the
university of
connecticut
libraries

862.3
C337
54361, t.1

BOOK 862.3.C337 t.1 c.1
CERVANTES # TEATRO COMPLETO

3 9153 00017460 9

CERVANTES

TEATRO COMPLETO

BIBLIOTECA CLÁSICA

TOMO CXCVII

TEATRO COMPLETO

DE

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

TOMO I

MADRID
LIBRERÍA DE HERNANDO Y COMPAÑÍA
Calle del Arenal, núm. 11.

1896

862.3
C337
f.1

ADVERTENCIA

Ocupaciones urgentes han impedido al señor don Marcelino Menéndez y Pelayo terminar el estudio crítico del teatro de Cervantes que está escribiendo para esta edición y debía figurar al frente del tomo primero. Con dicho estudio comenzará el tomo tercero y último de las obras dramáticas completas del autor de *El Quijote.*

Al Conde de Lemos.

Ahora se agoste ó no el jardín de mi corto ingenio, que los frutos que él ofreciere, en cualquiera sazón que sea, han de ser de Vuestra Excelencia, á quien ofrezco el de estas comedias y entremeses, no tan desabridos, á mi parecer, que no puedan dar algún gusto; y si alguna cosa llevan razonable, es que no van manoseados ni han salido al teatro, merced á los farsantes, que, de puro discretos, no se ocupan sino en obras grandes y de graves autores, puesto que tal vez se engañan. Don Quijote de la Mancha *queda calzadas las espuelas en su Segunda Parte para ir á besar los pies á Vuestra Excelencia. Creo que llegará quejoso, porque en Tarragona le han asendereado y malparado, aunque, por sí ó por no, lleva información hecha de que no es él el contenido en aquella historia, sino otro supuesto, que*

quiso ser él y no acertó á serlo. Luego irá el gran Pérsiles, *y luego* Las Semanas del Jardín, *y luego la Segunda Parte de la* Galatea, *si tanta carga pueden llevar mis ancianos hombros, y luego y siempre irán las muestras del deseo que tengo de servir á Vuestra Excelencia como á mi verdadero señor y firme y verdadero amparo, cuya persona, etc.*

Criado de Vuestra Excelencia,

Miguel de Cervantes Saavedra.

PRÓLOGO AL LECTOR

No puedo dejar, lector carísimo, de suplicarte me perdones, si vieres que en este prólogo salgo algún tanto de mi acostumbrada modestia. Los días pasados me hallé en una conversación de amigos, donde se trató de comedias y de las cosas á ellas concernientes; y de tal manera las sutilizaron y atildaron, que, á mi parecer, vinieron á quedar en punto de toda perfección. Tratóse también de quién fué el primero que en España las sacó de mantillas y las puso en toldo, y vistió de gala y apariencia. Yo, como el más viejo que allí estaba, dije que me acordaba de haber visto representar al gran Lope de Rueda, varón insigne en la representación y en el entendimiento. Fué natural de Sevilla, y de oficio bati-hoja, que quiere decir de los que hacen panes de oro. Fué admirable en la poesía pas-

toril; y en este modo, ni entonces, ni después acá, ninguno le ha llevado ventaja; y aunque, por ser muchacho yo entonces, no podía hacer juicio firme de la bondad de sus versos, por algunos que me quedaron en la memoria, vistos agora en la edad madura que tengo, hallo ser verdad lo que he dicho; y si no fuera por no salir del propósito de prólogo, pusiera aquí algunos que acreditaran esta verdad. En el tiempo de este célebre español, todos los aparatos de un autor de comedias se encerraban en un costal, y se cifraban en cuatro pellicos blancos, guarnecidos de guadamecí dorado; y en cuatro barbas y cabelleras, y cuatro cayados, poco más ó menos. Las comedias eran unos coloquios como églogas, entre dos ó tres pastores y alguna pastora. Aderezábanlas y dilatábanlas con dos ó tres entremeses, ya de negra, ya de rufián, ya de bobo ó ya de vizcaíno; que todas estas cuatro figuras y otras muchas hacía el tal Lope, con la mayor excelencia y propiedad que pudiera imaginarse. No había en aquel tiempo tramoyas, ni desafíos de moros y cristianos, á pie ni á caballo. No había figura que saliese ó pareciese salir del centro de la tierra por lo

hueco del teatro, al cual componían cuatro bancos en cuadro, y cuatro ó seis tablas encima, con que se levantaba del suelo cuatro palmos; ni menos bajaban del cielo nubes con ángeles ó con almas. El adorno del teatro era una manta vieja, tirada con dos cordeles de una parte á otra, que hacía lo que llaman vestuario, detras de la cual estaban los músicos cantando sin guitarra algún romance antiguo. Murió Lope de Rueda, y por hombre excelente y famoso, le enterraron en la iglesia mayor de Córdoba, donde murió, entre los dos coros, donde también está enterrado aquel famoso loco Luis López. Sucedió á Lope de Rueda, Naharro, natural de Toledo, el cual fué famoso en hacer la figura de un rufián cobarde. Éste levantó algún tanto más el adorno de las comedias, y mudó el costal de vestidos en cofres y en baúles; sacó la música, que antes cantaba detrás de la manta, al teatro público; quitó las barbas de los farsantes, que hasta entonces ninguno representaba sin barba postiza, y hizo que todos representasen á cureña rasa, si no era los que habían de representar los viejos ú otras figuras que pidiesen mudanza de rostro; inventó tramoyas,

nubes, truenos y relámpagos, desafíos y batallas; pero esto no llegó al sublime punto en que está agora; y esto es verdad que no se me puede contradecir (y aquí entra el salir yo de los límites de mi llaneza); que se vieron en los teatros de Madrid representar los *Tratos de Argel,* que yo compuse; *La destrucción de Numancia* y la *Batalla naval,* donde me atreví á reducir las comedias á tres jornadas, de cinco que tenían; mostré, ó por mejor decir, fuí el primero que representase las imaginaciones y los pensamientos escondidos del alma, sacando figuras morales al teatro; con general y gustoso aplauso de los oyentes compuse en este tiempo hasta veinte comedias ó treinta, que todas ellas se recitaron, sin que se les ofreciese ofrenda de pepinos ni de otra cosa arrojadiza; corrieron su carrera sin silbos, gritas ni baraúndas; tuve otras cosas de que ocuparme, dejé la pluma y las comedias, y entró luego el monstruo de naturaleza, el gran Lope de Vega, y alzóse con la monarquía cómica; avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes; llenó el mundo de comedias propias, felices y bien razonadas, y tantas, que pasan de

diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas, que es una de las mayores cosas que puede decirse, las ha visto representar ú oído decir, por lo menos, que se han representado; y si algunos, que hay muchos, han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan, en lo que han escrito, á la mitad de lo que él solo; pero no por esto, pues no lo concede Dios todo á todos, dejen de tenerle en precio los trabajos del doctor Ramón, que fueron los más, después de los del gran Lope. Estímense las trazas artificiosas en todo extremo del licenciado Miguel Sánchez; la gravedad del doctor Mira de Mescua, honra singular de nuestra nación; la discreción é innumerables conceptos del canónigo Tárraga; la suavidad y dulzura de D. Guillén de Castro; la agudeza de Aguilar; el rumbo, el tropel, el boato, la grandeza de las comedias de Luis Vélez de Guevara, y las que agora están en jerga del agudo ingenio de D. Antonio de Galarza, y las que prometen *Las fullerías de amor,* de Gaspar de Ávila; que todos éstos y otros algunos han ayudado á llevar esta gran máquina al gran Lope. Algunos años ha que volví

yo á mi antigua ociosidad, y pensando que aun duraban los siglos donde corrían mis alabanzas, volví á componer algunas comedias, pero no hallé pájaros en los nidos de antaño; quiero decir, que no hallé autor que me las pidiese, puesto que sabían que las tenía; y así las arrinconé en un cofre, y las consagré y condené á perpetuo silencio. En esta sazón me dijo un librero que él me las comprara si un autor de título no le hubiera dicho que de mi prosa se podía esperar mucho, pero que del verso, nada: y si va á decir la verdad, cierto que me dió pesadumbre el oirlo, y dije entre mí: «O yo me he mudado en otro, ó los tiempos se han mejorado mucho»; sucediendo siempre al revés, pues siempre se alaban los pasados tiempos. Torné á pasar los ojos por mis comedias y por algunos entremeses míos que con ellas estaban arrinconados, y vi no ser tan malas ni tan malos que no mereciesen salir de las tinieblas del ingenio de aquel autor, á la luz de otros autores menos escrupulosos y más entendidos. Aburríme y vendíselas al tal librero, que las ha puesto en la estampa, como aquí te las ofrece; él me las pagó razonablemente; yo cogí mi dinero con

suavidad, sin tener cuenta con dimes ni diretes de recitantes; querría que fuesen las mejores del mundo, ó á lo menos razonables; tú lo verás, lector mío, y si hallares que tienen alguna cosa buena, en topando aquel mi maldiciente autor, dile que se enmiende, pues yo no ofendo á nadie, y que advierta que no tienen necedades patentes y descubiertas, y que el verso es el mismo que piden las comedias, que ha de ser, de los tres estilos, el ínfimo, y que el lenguaje de los entremeses es el propio de las figuras que en ellos se introducen, y que para enmienda de todo esto le ofrezco una comedia que estoy componiendo y la intitulo: *El engaño á los ojos,* que, si no me engaño, le ha de dar contento. Y con esto, Dios te dé salud, y á mí paciencia.

EL TRATO DE ARGEL

Los que hablan en ella son los siguientes:

AURELIO y SILVIA, cautivos.
IZUF y ZARA, amos de Aurelio y Silvia.
FATIMA, criada.
SAAVEDRA y LEONARDO, cautivos.
SEBASTIÁN, muchacho.
FRANCISCO, muchacho.
PEDRO, cautivo.
MAMI, soldado corsario.
UN PREGONERO.
PADRE, MADRE y dos hijos, cautivos.
UN DEMONIO.
LA OCASIÓN.
LA NECESIDAD.
EL REY DE ARGEL.
Cristianos cautivos.
Moros.
Soldados turcos.
Mercaderes, etc.

JORNADA PRIMERA

Entra AURELIO.

AURELIO. ¡Triste y miserable estado;
Triste esclavitud amarga,
Donde es la pena tan larga,
Cuán corto el bien y abreviado!
¡Oh purgatorio en la vida,
Infierno puesto en el mundo,
Mal que no tiene segundo,
Estrecho do no hay salida;
Cifra de cuanto dolor
Se reparte en los dolores,
Daño que entre los mayores
Se ha de tener por mayor;
Necesidad increíble,
Muerte creíble y palpable,
Trato mísero, intratable,
Mal visible é invisible,
Toque que nuestra conciencia
Descubre si es valerosa,
Pobre vida trabajosa,
Retrato de penitencia!
Cállese aquí este tormento,
Que, según me es enemigo,
No llegará cuanto digo
Á un punto de lo que siento.
Pondérese mi dolor
Con decir, bañado en lloros,

Que mi cuerpo está entre moros,
Y el alma en poder de amor.
Del cuerpo y alma es mi pena:
El cuerpo ya veis cual va,
El alma rendida está
Á la amorosa cadena.
Pensé yo que no tenía
Amor poder entre esclavos;
Pero en mí sus recios clavos
Muestran más su gallardía.
¿Qué buscas en la miseria,
Amor, de gente cautiva?
Déjala que muera ó viva
Con su pobreza y laceria.
¿No ves que el hilo se corta
De esa tu amorosa estambre
Aquí, con sed ó con hambre,
Á la larga ó á la corta?
Mas creo que no has querido
Olvidarme en este estrecho;
Que has visto sano mi pecho,
Aunque tan roto el vestido.
Desde agora claro entiendo
Que el poder que en ti se encierra,
Abraza el cielo y la tierra,
Y más que no comprehendo.
Una cosa te pidiera,
Si en esa tu condición
Una sombra de razón
Por entre mil sombras viera;
Y es, que pues fuiste la causa
De acabarme y destruirme,
Que en el continuo herirme
Hagas un momento pausa.

Yo no te pido que salgas
De mi pecho, pues no puedes;
Antes te pido que quedes,
Y en este trance me valgas.
Mira que se me apareja
Una muy fiera batalla;
Y que no he de atropellalla
Si tu consejo me deja.
Del lugar do me pusiste,
Me procuran derribar;
¿Pero quién podrá bajar
Lo que tú una vez subiste?
Ya viene Zara y su arenga;
¿Hay enfadosa porfía
Como que me falte el día
Antes que la noche venga?
Valedme, Silvia, bien mío;
Que si vos me dais ayuda,
De guerra más ardua y cruda
Llevar la palma confío.

Entra agora ZARA, ama de AURELIO, y FATIMA, criada de ZARA.

ZARA. ¿Aurelio?
AURELIO. ¿Señora mía?
ZARA. Si tú por mal me tuvieras,
Á fe que luego hicieras
Lo que ruega mi porfía.
AURELIO. Lo que tú quieres, yo quiero,
Porque al fin, te soy esclavo.
ZARA. Esas palabras alabo,
Mas tus obras vitupero.
AURELIO. ¿Cuál ha sido por mí hecha
Que en ella no te complaces ?

ZARA. Aquellas que no me haces
Me tienen mal satisfecha.
AURELIO. Señora, no paro más;
Por agua me parto luego.
ZARA. Otra agua pide mi fuego,
Que no la que tú trairás.
No te vayas, está quedo.
AURELIO. De leña hay falta en la casa.
ZARA. Basta la que á mí me abrasa.
AURELIO. Mi amo....
ZARA. No tengas miedo.
AURELIO. Déjame, señora, ir,
No venga Izuf, mi señor.
ZARA. Quien queda con tanto amor,
Mal te dejará partir.
AURELIO. No hay para qué más porfíes.
Señora, déjame ya.
ZARA. Aurelio, llégate acá.
AURELIO. Mejor es que te desvíes.
ZARA. ¿Ansí, Aurelio, me despides?
AURELIO. Antes te hago favor,
Si con el compás de honor
Lo compasas y lo mides.
¿No miras que soy cristiano
Con suerte y desdicha mala?
ZARA. El amor todo lo iguala;
Dame por señor la mano.
FATIMA. Zahara, señora mía,
Dígote que me ha admirado,
Mirar en lo que ha pasado
Tu altivez y fantasía.
Ver, por cierto, es gentil cosa
Y digna de ser notada,
De un cristiano enamorada

Una mora tan hermosa;
Y lo que más lleva al cabo
Tu afición tan sin medida,
Es mirarte tan rendida
Á un cristiano que está esclavo.
Y ¡monta que corresponde
El perro á lo que le quieres!
Perdóname, frágil eres.

ZARA. ¿Dónde vas?

FATIMA. Bien sé yo á dónde.

ZARA. Dulce amiga verdadera,
Lo que dices no lo niego;
Mas ¿qué haré? Que amor es fuego,
Y mi voluntad es cera;
Y puesto que el daño veo
Y el fin do habré de parar,
Imposible es contrastar
Las fuerzas de mi deseo.
Vuelve tu lengua é intento
Á combatir esta roca;
Que no será gloria poca
Gozar de su vencimiento.

FATIMA. Quiero en esto complacerte,
Pues al fin puedes mandarme.—
Cristiano, vuelve á mirarme;
Que no es mi rostro de muerte.

AURELIO. Más que muerte me causáis
Con vuestros inducimientos;
Dejadme con mis tormentos,
Porque en vano trabajáis.

FATIMA. ¿No ves cómo se retira
El bravo en su pundonor?
Ansí entiende él del amor
Como el asno de la lira.

AURELIO. ¿Cómo queréis que yo entienda
De amor en esta cadena?
ZARA. Eso no te cause pena;
Que luego se hará la enmienda.
Las dos te la quitaremos.
AURELIO. Muy mejor será dejalla;
Que no quiero, con quitalla,
Pasar de un extremo á extremos.
FATIMA. ¿Á qué extremos pasarás?
AURELIO. Quitando al cuerpo este hierro,
Caeré en otro mayor yerro,
Que el alma fatigue más.
FATIMA. ¿Almas tenéis los cristianos?
AURELIO. Sí, y tan ricas y extremadas,
Cuanto por Dios rescatadas.
FATIMA. ¡Qué! Son pensamientos vanos;
Pero si almas tenéis,
De diamante es su valor,
Pues en la fragua de amor
Muy más os endurecéis.
Aurelio, resolución:
Ten cuenta en lo que te digo;
No quieras ser tan amigo
De tu obstinada opinión.
Ya te ves sin libertad,
Entre hierros y apretado;
Pobre, desnudo, cansado,
Lleno de necesidad,
Sujeto á mil desventuras,
Á palos, á bofetones,
Á mazmorras, á prisiones
Donde estás contino á escuras.
Libertad te se promete,
Los hierros te quitarán,

Y después te vestirán;
No hay temor de escuro brete:
Cuzcuz, pan blanco á comer,
Gallinas en abundancia,
Y aun habrá vino de Francia,
Si vino quieres beber.
No te piden lo imposible,
Ni trabajos demasiados,
Sino blandos, regalados,
Dulces lo más que es posible.
Goza de la coyuntura
Que se te pone delante;
No hagas del ignorante,
Pues muestras tener cordura.
Mira tu señora Zara,
Y lo mucho que merece;
Mira que al sol obscurece
La luz de su rostro clara.
Contempla su juventud,
Su riqueza, nombre y fama;
Mira bien que agora llama
Á tu puerta la salud.
Considera el interés
Que en hacer esto te toca;
Que hay mil que pondrían la boca
Donde tú pondrás los pies.

AURELIO. ¿Has dicho, Fatima?

FATIMA. Sí.

AURELIO. ¿Quieres que responda yo?

FATIMA. Responde.

AURELIO. Digo que no.

ZARA. ¡Ay Alá! ¿Qué es lo que oí?

AURELIO. Yo digo que no conviene
Pedirme lo que pedís,

Porque muy poco advertís
El peligro que contiene.

FATIMA. ¿Qué peligro puede haber
Queriéndolo tu señora?

AURELIO. La ofensa que, siendo mora,
Á Mahoma viene á hacer.

ZARA. Déjame á mí con Mahoma,
Que ahora no es mi señor,
Porque soy sierva de amor,
Que el alma sujeta y doma;
Echa ya el pecho por tierra,
Y levantarte he á mi cielo.

AURELIO. Señora, tengo un recelo
Que me consume y me atierra.

FATIMA. ¿De qué te recelas dí?

AURELIO. Señora, de que no veo
Ningún camino ó rodeo
Como complacerte á ti.
En mi ley no se recibe
Hacer yo lo que me ordenas;
Antes con muy graves penas
Y amenazas se prohibe.
Y aun si bautismo tuvieras,
Siendo, como eres, casada,
Fuera cosa harto excusada,
Si tal cosa me pidieras.
Por eso yo determino
Antes morir que hacer
Lo que pide tu querer,
Y en esto estaré contino.

ZARA. Aurelio, ¿estás en tu seso?

AURELIO. Y áun por estar tan en él,
Soy para vos tan cruel.

ZARA. ¡Ay desdichado suceso!

¿Que es posible que tan poco
Valgan mis ruegos contigo?

FATIMA. Sin duda que este enemigo
Es muy cuerdo, ó es muy loco.
Perro, ¡tanta fantasía!
¿Pensáis que hablamos de veras?
Antes de mal rayo mueras
Primero que pase el día.
Ruin, sin razón ni compás,
Nacido de vil canalla,
¿Pensábades ya triunfalla,
Perrazo, sin más ni más?
Conmigo las has de haber,
Y de modo, que te aviso
Qué dirá el que nunca quiso:
«Más me valiera querer.»
No estés, Zara, descontenta;
Deja el remedio en mi mano;
Que á este perro cristiano,
Yo le haré que se arrepienta.

ZARA. No es bien que por mal se lleve.

FATIMA. Ni aun bien llevarlo por bien.

ZARA. Cese, Aurelio, tu desdén.

FATIMA. Con eso el perro se atreve.
Ven, señora, al aposento,
Que en esta pena crecida,
O yo perderé la vida,
O tú tendrás tu contento.

Éntranse las dos y queda AURELIO solo.

AURELIO. Padre del cielo, en cuya fuerte diestra
Está el gobierno de la tierra y cielo,
Cuyo poder acá y allá se muestra
Con amoroso, justo y santo celo;

Si tu luz, si tu mano no me adiestra
A salir deste caos, temo y recelo
Que, como el cuerpo está en prisión esquiva,
También el alma ha de quedar cautiva.
En vos, Virgen Santísima María,
De Dios y de los hombres medianera,
De este mi mar incierto cierta guía,
Virgen entre las vírgenes primera;
En vos, Virgen y Madre, en vos confía
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que la habéis de guiar con vuestra lumbre
Deste hondo valle á la más alta cumbre.
Bien sé que no merezco que se acuerde
Vuestra eterna memoria de mi daño,
Porque tengo en el alma, fresco y verde,
El dulce fruto del amor extraño;
Mas vuestra alta clemencia, que no pierde
Ocasión de hacer bien, mi mal tamaño
Remedie, que ya estoy casi perdido,
De Scila y de Caríbdis combatido.
Si el cuerpo esclavo está, está libre el alma,
Puesto que Silvia tiene parte en ella,
Y la amorosa triunfadora palma
Ha de llevar sola mi Silvia della.
Ponga Zara su amor, póngale en calma,
Que á mi firmeza no hay pensar rompella,
Y aquello que á mi Dios y á Silvia debo
Hace que aun á mirarla no me atrevo.—
¿Do estás, Silvia hermosa? ¿Qué destino,
Qué fuerza insana de implacable hado
El curso de aquel próspero camino
Tan sin causa y razón nos ha cortado?
¡Oh estrella! ¡oh suerte! ¡oh fortuna! ¡oh sino!
Si alguno de vosotros ha causado

Tamaña perdición, desde aquí digo
Que mil cuentos de veces le maldigo.
Yo moriré por lo que al alma toca,
Antes de hacer lo que mi ama quiere.
Firme he de estar cual bien fundada roca,
Que en torno el viento, el mar combate y hiere.
Que sea mi vida mucha, ó que sea poca,
Importa poco; sólo el que bien muere
Puede decir que tiene larga vida,
Y el que mal, una muerte sin medida.

Éntrase AURELIO, y salen SAAVEDRA, soldado, y LEONARDO, ambos cautivos.

SAAV. En la veloz carrera apresuradas
Las horas del ligero tiempo veo,
Contra mí con el cielo conjuradas.
Queda atrás la esperanza, y no el deseo,
Y así la vida dél, la muerte della,
El daño, el mal aumentan que poseo.
¡Ay dura, inicua, inexorable estrella!
¡Cómo por los cabellos me has traído
Al terrible dolor que me atropella!

LEON. El llanto en tales tiempos es perdido,
Pues si llorando el cielo se ablandara,
Ya le hubieran mis lágrimas movido.
Á la triste fortuna alegre cara
Debe mostrar el pecho generoso;
Que á cualquier mal buen ánimo repara.

SAAV. El cuello enflaquecido, al trabajoso
Yugo de esclavitud amarga puesto,
Bien ves que á cuerpo y alma es peligroso,
Y más aquel que tiene prosupuesto
De dejarse morir antes que pase
Un punto al modo de vivir honesto.

LEON. Si acaso yo tus obras imitase,
Forzoso me sería que al momento
En brazos de la hambre me entregase.
Bien sé que en el cautivo no hay contento,
Mas no quiero crecer yo mi fatiga,
Teniendo en ella siempre el pensamiento.
Á mi patrona tengo por amiga,
Trátame cual me ves; huelgo y paseo:
«Cautivo soy», el que quisiere diga.

SAAV. Triunfa, Leonardo, y goza ese trofeo;
Que si por ser cautivo lo hermoseas,
Yo sé que es torpe, desgraciado y feo.

LEON. Amigo Sayavedra, si te arreas
De ser predicador, ésta no es tierra
Do alcanzarás el fruto que deseas.
Déjate deso; escucha de la guerra
Que el gran Filipo hace, nueva cierta,
Y un poco la pasión de ti destierra.
Dicen que una fragata de Biserta
Llegó esta noche allí con un cautivo
Que ha dado vida á mi esperanza muerta.
Quitóle libertad el hado esquivo;
De Málaga pasando á Barcelona,
Cautivóle Mamí, corsario altivo.
En su manera muestra ser persona
De calidad, y que es ejercitado
En el duro ejercicio de Belona.
Dice el número cierto que ha pasado
De soldados á España forasteros,
Sin los tres tercios nuestros que han bajado;
Los príncipes, señores, caballeros,
Que á servir á Filipo van de gana;
Los naturales y los extranjeros;
Y la muestra hermosísima lozana

Que en Badajoz el Rey hacer pretende,
De la pujanza de la unión cristiana.
Dice con esto, que ninguno entiende
El disinio del Rey, y el hablar desto
Al grande y al pequeño se defiende.

SAAV. Rompeos ya, cielos, y llovednos presto
El librador de nuestra amarga guerra,
Si ya en el suelo no le tenéis puesto.
Cuando llegué cautivo, y vi esta tierra,
Tan nombrada en el mundo, que en su seno
Tantos piratas cubre, acoge y cierra,
No pude al llanto detener el freno;
Que, á pesar mío, sin saber lo que era,
Me vi el marchito rostro de agua lleno.
Ofreciendo á mis ojos la ribera,
Y el monte, donde el grande Carlos tuvo
Levantada en el aire su bandera,
Y el mar, que tanto esfuerzo no sostuvo,
Pues movido de envidia de su gloria,
Airado entonces más que nunca estuvo,
Estas cosas volviendo en mi memoria,
Las lágrimas trujeron á los ojos,
Forzados de desgracia tan notoria.
Pero si el alto cielo en darme enojos
No está con mi ventura conjurado,
Y aquí no lleva muerte mis despojos,
Cuando me vea en más seguro estado,
Ó si la suerte, ó si el favor me ayuda
Á verme ante Filipo arrodillado,
Mi balbuciente lengua y casi muda
Pienso mover en la Rëal presencia,
De adulación y de mentir desnuda,
Diciendo: «Alto señor, cuya potencia
Sujetas trae las bárbaras naciones

Al desabrido yugo de obediencia,
  Á quien los negros indios con sus dones
Reconocen honesto vasallaje,
Trayendo el oro acá de sus rincones,
  Despierte en tu Rëal pecho coraje
La desvergüenza con que una vil oca
Aspira de contino á hacerte ultraje.
  Su gente es mucha, mas su fuerza es poca,
Desnuda, mal armada, que no tiene
En su defensa fuerte, muro ó roca,
  Cada uno mira si tu armada viene,
Para dar á los pies el cargo y cura
De conservar la vida que sostiene.
  De la esquiva prisión, amarga y dura,
Á donde mueren quince mil cristianos,
Tienes la llave de su cerradura.
  Todos cual yo, de allá, puestas las manos,
Las rodillas por tierra, sollozando,
Cercados de tormentos inhumanos,
  Poderoso señor, te están rogando
Vuelvas los ojos de misericordia
Á los suyos, que están siempre llorando;
  Y pues te deja agora la discordia,
Que tanto te ha oprimido y fatigado,
Y amor en darte sigue la concordia,
  Haz, ¡oh buen Rey!, que sea por ti acabado
Lo que con tanta audacia y valor tanto
Fué por tu amado padre comenzado.
  El sólo ver que vas pondrá un espanto
Á la bárbara gente, que adivino
Ya desde aquí su pérdida y quebranto.»
  ¿Quién duda que el Rëal pecho benino
No se muestre, escuchando la tristeza
Donde están estos míseros contino?

Mas ¡ay, cómo se muestra la bajeza
De mi tan rudo ingenio, pues pretende
Hablar tan bajo ante tan alta alteza!
Mas la ocasión es tal, que me defiende.
Pero á todo silencio poner quiero;
Que creo que mi plática te ofende,
Y al trabajo he de ir adonde muero.

Aquí entra SEBASTIÁN, muchacho, en hábito de esclavo.

SEB. ¿Hase visto tal maldad?
¿Hay tierra tan sin concordia,
Do falta misericordia
Y sobra la crueldad?
¿Donde se halla disculpa
De maldad tan insolente,
Que pague el que es inocente
Por el que tiene la culpa?
¡Oh cielos! ¿Qué es lo que he visto?
Este sí que es pueblo injusto,
Donde se tiene por gusto
Matar los siervos de Cristo.
¡Oh España, patria querida!,
Mira cuál es nuestra suerte;
Que si allá das justa muerte,
Quitan acá justa vida.

LEON. Sebastián, dinos qué tienes,
Que hablas razones tales.

SEB. Una infinidad de males,
Y una penuria de bienes.

LEON. ¡En ser, como eres, esclavo,
Se encierra todo dolor!

SEB. Otra pena muy mayor
Me tiene á mí tan al cabo.

SAAV. ¿De dónde puede causarse

La pena que dices brava?
SEB. De una vida que hoy se acaba,
Para jamás acabarse.
Ya sabes que aquí en Argel,
Se supo cómo en Valencia
Murió por justa sentencia
Un morisco de Sargel;
Digo, que en Sargel vivía,
Puesto que era de Aragón,
Y al olor de su nación,
Pasó el perro á Berbería,
Y aquí corsario se hizo,
Con tan prestas crueles manos,
Que con sangre de cristianos
La suya bien satisfizo.
Andando en corso, fué preso,
Y como fué conocido,
Fué en la Inquisición metido,
Do le formaron proceso;
Y allí se le averiguó
Cómo, siendo bautizado,
De Cristo había renegado,
Y en Africa se pasó,
Y que por su industria y manos,
Traidores tratos esquivos,
Habían sido cautivos
Más de seiscientos cristianos,
Y como se le probaron
Tantas maldades y errores,
Los justos inquisidores
Al fuego le condenaron.
Súpose del moro acá,
Y la muerte que le dieron,
Porque luego la escribieron

Dos moriscos que hay allá.
  La triste nueva sabida
De los parientes del muerto,
Juran y hacen concierto
De dar al fuego otra vida.
  Buscaron luego un cristiano
Para pagar este escote,
Y halláronle sacerdote
Y de nación valenciano;
  Prendieron éste á gran priesa
Para ejecutar su hecho,
Porque vieron que en el pecho
Traía la cruz de Montesa;
  Y esta señal de victoria
Que le cupo en buena suerte,
Si le dió en el suelo muerte,
En el cielo le dió gloria;
  Porque estos ciegos sin luz,
Que en él tal señal han visto,
Pensando matar á Cristo,
Matan al que trae su cruz.
  De su amo le compraron,
Y aunque eran pobres, á un punto
El dinero todo junto
De limosna lo allegaron.
  En nuestro pueblo cristiano,
Por Dios se pide á la gente
Para sanar al doliente,
No para matar al sano;
  Mas entre esta descreída
Gente y maldito lugar,
No piden para sanar,
Mas para quitar la vida.
  Hoy en poder de sayones

He visto al siervo de Dios,
No sólo puesto entre dos,
Sino entre dos mil sayones.
Iba el sacerdote justo
Entre injusta gente puesto,
Marchito y humilde el gesto,
A morir por Dios con gusto.
En darle penas dobladas
Todo el pueblo se desvela;
Cuál sus blancas canas pela,
Cuál le da mil bofetadas.
Las manos que á Dios tuvieron
Mil veces, hoy son tenidas
De dos sogas retorcidas,
Con que atrás se las asieron;
Al yugo de otro cordel
Puesto el cuello humilde lleva,
Haciendo seis moros prueba,
Cuanto pueden tirar dél.
A ningún lado miraba
Que descubra un solo amigo;
Que todo el pueblo enemigo
En torno le rodeaba.
Con voluntad tan dañada
Procuran su pena y lloro,
Que se tuvo por mal moro
Quien no le dió bofetada.
A la marina llegaron
Con la víctima inocente,
Do con barbaria insolente
A una áncora le ligaron.
Dos áncoras á una mano
Vi yo allí en contrario celo;
Una de hierro en el suelo,

Otra de fe en el cristiano.
  Y la una á la otra asida,
La de hierro se convierte
En dar cruda y presta muerte;
La de fe, á dar larga vida.
  Ved si es bien contrario el celo
De las dos en esta guerra;
La una del suelo afierra,
La otra se ase del cielo.
  Y aunque corra tal fortuna
Que asombre el cuerpo y el alma,
Como si estuviera en calma,
No hay desasirse la una.
  Sin yerro al hierro ligado
El siervo de Dios se hallaba,
Y en su cuerpo atado, estaba
Espíritu desatado.
  El cuerpo no se rodea,
Que le ata más de un cordel;
Mas el espíritu dél,
Todos los cielos pasea.
  La canalla, que se enseña
A hacer nueva crueldad,
Trujo luego cantidad
De seca y humosa leña,
  Y una espaciosa corona
Hicieron luego con ella,
Dejando encerrada en ella
La santa humilde persona;
  Y aunque no tienen sosiego
Hasta verle ya expirar,
Para más le atormentar,
Encienden lejos el fuego.
  Quieren, como el cocinero

Que á su oficio más mirase,
Que se ase y no se abrase
La carne de aquel cordero.
  Sube el humo al aire vano,
Y á veces le da en los ojos;
Quema el fuego los despojos
Que le vienen más á mano.
  Vase arrugando el vestido
Con el calor violento,
Y el fuego, poco contento,
Busca lo más escondido.
  Esperad, simple cordero;
Que esta ardiente llama insana,
Si os ha quemado la lana,
Os quiere abrasar el cuero.
  Combátenle fuegos dos;
El uno humano y visible,
El otro santo, invisible,
Que es fuego de amor de Dios.
  Yo no sé á cuál más debía,
Puesto que á los dos pagaba:
Al que el cuerpo le abrasaba,
O al que el alma le encendía.
  Los que estaban á miralle,
La ira ansí se les pervierte,
Que mueren por darle muerte,
Y entretiénense en matalle.
  Y en medio de este tormento,
No movió el santo varón
La lengua á formar razón
Que fuese de sentimiento;
  Antes dicen, y yo he visto,
Que si alguna vez hablaba,
En el aire resonaba

Y cielo el nombre de *Cristo;*
Y cuando en el agonía
Última el triste se vió,
Cinco ó seis veces llamó
La Virgen Santa María.
Al fuego el aire le atiza,
Y con tal ardor revuelve,
Que poco á poco resuelve
El santo cuerpo en ceniza;
Mas, ya que morir le vieron,
Tantas piedras le tiraron,
Que las piedras acabaron
Lo que las llamas no hicieron.
¡Oh Santisteban segundo,
Que me asegura tu celo
Que miraste abierto el cielo,
En tu muerte, desde el mundo!
Queda el cuerpo en la marina,
Quemado y apedreado,
El alma vuelo ha tomado
Hacia la región divina.
Queda el moro muy gozoso
Del injusto y crudo hecho,
El turco está satisfecho,
Y el cristiano temeroso.
Yo he venido á referiros
Lo que no pudistes ver,
Si os lo han dejado entender
Mis lágrimas y suspiros.

SAAV. Deja el llanto, amigo, ya;
Que no es bien que se haga duelo
Por los que se van al cielo,
Sino por quien queda acá;
Que aunque parece ofendida

A humanos ojos su suerte,
El acabar con tal muerte
Es comenzar mejor vida.
Mide por otro nivel
Tu llanto; que no hay paciencia
Que las muertes de Valencia
Se venguen acá en Argel.
Muéstrase allá la justicia
En castigar la maldad;
Muestra acá la crueldad
Cuánto puede la injusticia.

SEB. En tan amarga querella,
¿Quién detendrá los gemidos,
Ellos con culpa punidos,
Nosotros muertos sin ella?

LEON. Bastábanos ser cautivos
Sin temer más desconciertos,
Pues si allá queman los muertos,
Abrasan acá los vivos.
Use Valencia otros modos
En castigar renegados;
No en público condenados.
Mueran á tósigo todos.
Mas un moro viene acá;
No estemos juntos aquí,
Saavedra, por allí;
Tu, Sebastián, por acá.

JORNADA SEGUNDA

IZUF y AURELIO.

IZUF. Trescientos escudos di,
Aurelio, por la doncella:
Ésto di al turco; que á ella
Alma y vida le rendí;
Y es poco, según es bella.
Vendiómela de aburrido;
Que dice que no ha podido,
Mientras la tuvo en poder,
En ningún modo traer
Al amoroso partido.
Púsela en casa de un moro,
Sin osarla traer acá,
Y allí está, y donde ella, está
Todo mi bien y tesoro,
Y la gloria que amor da,
Allí se ve la bondad,
Junto con la crueldad
Mayor que se vió en la tierra,
Y juntas sin hacer guerra
Belleza y honestidad.
No pueden prometimientos
Ablandar su duro pecho;
Veme en lágrimas deshecho,
Y ofrece siempre á los vientos
Cuantos servicios la he hecho.
No echa de ver su ventura,

Ni cómo el dolor me apura
Poco á poco, sospirando,
Antes cuando yo más blando,
Entonces ella más dura.
A casa quiero traella,
Y reclinar en tu mano
Mi gozo más soberano:
Quizá tú podrás movella,
Siendo, como ella, cristiano.
Y desde aquí te prometo
Que si conduces á efeto
Mi amorosa voluntad,
De darte la libertad
Y serte amigo perfeto.

AURELIO. En todo lo que quisieres,
He, señor, de complacerte,
Por ser tu esclavo, y por verte
Que melindres de mujeres
Te tengan de aquesa suerte.
¿De qué nación es la dama
Que te enciende en esa llama,
Sin mirar á su interés?

IZUF. Española dicen que es.

AURELIO. ¿El nombre?

IZUF. Silvia se llama.

AURELIO. ¿Silvia? Una Silvia venía
A donde yo cautivé,
Y según que la miré,
No en tanto allá se tenía.

IZUF. Esa es: yo la compré.

AURELIO. Si ella es, yo sé decir
Que es hermosa sin mentir,
Y que no es tan cruda, altiva,
Que su condición esquiva

A ninguno haga morir.
Tráela á casa, señor, luego,
Y ten las riendas al miedo;
Y tu verás, si yo puedo,
Cómo á mis manos y ruego
Amaina el casto denuedo.

IZUF. Yo voy, y mientras se ordena
Su venida, por estrena
Del contento que me has dado,
Hoy diré á mi renegado
Que te quite esa cadena. (Vase.)

AURELIO. ¡Qué es esto, cielos! ¿Qué he oído?
¿Es mi Silvia? ¿Silvia? ¿Es cierto,
Es posible ¡oh hado incierto!
Que he de ver quien me ha tenido
Vivo en muerte, en vida muerto?
Esta es mi Silvia, á quien llamo,
A quien quiero y á quien amo
Más que á todo lo del suelo.
Gracias hago y doy al cielo
Que á los dos ha dado un amo.
Tregua tendrán mis enojos
Entre tanta desventura,
Pues por extraña ventura
Vendrán á mirar mis ojos
Tan sin igual hermosura.
Y si della está rendido
Mi amo, está conocido
Que quien la supo mirar,
Era imposible escapar
De preso, ó de mal herido.
Y pues que con tales bríos
Él descubre sus amores,
Si nos vemos, sus dolores

Se calmarán, y los míos
Le diré, que son mayores.
Y mientras pudiere ver
Tu hermosura y gentil ser,
Templaré mi desconsuelo,
Hasta que disponga el cielo
De entrambos lo que ha de ser.

Vase AURELIO, y entran dos mercaderes moros y MAMÍ, soldado corsario.

MERC. 1.° En fin, Aydar, ¿que en Cerdeña
Habéis hecho la galima?
MAMÍ. Sí, y aun no de poca estima,
Según se vió en la reseña.
MERC. 2.° Dícenos que os dieron caza
De Nápoles las galeras.
MAMÍ. Sí dieron, más no de veras;
Que el peso las embaraza.
El ladrón que va á hurtar,
Para no dar en el lazo,
Ha de ir muy sin embarazo,
Para huir; para alcanzar
Las galeras de cristianos,
Sabed, si no lo sabéis,
Que tienen falta de pies
Y que no les sobran manos;
Y esto lo causa que van
Tan llenas de mercancías,
Que si vogasen dos días,
Un pontón no tomarán.
Nosotros á la ligera,
Listos, vivos como el fuego,
Y en dándonos caza, luego
Pico al viento y ropa fuera.

Las obras muertas abajo,
Árbol y entena en crujía,
Y ansí hacemos nuestra vía
Contra el viento, sin trabajo;
Y el soldado más lucido,
El más caco y más membrudo,
Luego se muestra desnudo
Y del bogavante asido.
Pero allá tiene la honra
El cristiano en tal extremo,
Que asir en un trance el remo
Le parece que es deshonra.
Y mientras ellos allá
En sus trece están honrados,
Nosotros, dellos cargados,
Venimos sin honra acá.

MERC. 1.° Esa honra y ese engaño
Nunca salga de su pecho,
Pues nuestro mayor provecho
Nace de su propio daño.
Un mozo de poca edad
De estos Sardos, comprar quiero.

MAMI. Ya los trae el pregonero
Vendiendo por la ciudad.

IZUF. ¿Hay españoles entre ellos?

MAMI. Si hay; que también tomamos
Una nave, y allí hallamos
Hasta venticuatro dellos.

Entra el PREGONERO con el PADRE y la MADRE y un niño de teta á los pechos y los dos MUCHACHOS.

PREG. ¿Hay quien compre los perritos,
¿Y el viejo, que es el perrazo,
Y la vieja y su embarazo?

Pues á fe que son bonitos.
De ése me dan ciento y dos,
Deste doscientos me dan;
Pero no los llevarán.
Pasa acá, perrazo, vos.

HIJO. ¿Qué es ésto, madre? ¿Por dicha
Véndennos aquestos moros?

MADRE. Sí, hijo; que sus tesoros
Los crece nuestra desdicha.

PREG. ¿Hay quien á comprar acierte
El niño y la madre junto?

MADRE. ¡Oh amargo y terrible punto,
Más terrible que la muerte!

PADRE. Sosegad, señora, el pecho;
Que si mi Dios ha ordenado
Ponernos en este estado,
Él sabe por qué lo ha hecho.

MADRE. Destos hijos tengo pena,
Que no sé por donde han de ir.

PADRE. Dejad, señora, cumplir
Lo que el alto cielo ordena.

MERC. 1.° ¿Qué han de dar déste? decí.

PREG. Ciento y dos escudos dan.

MERC. 2.° ¿Por ciento y diez darlo han?

PREG. No, si no pasáis de ahí.

MERC. 2.° ¿Está sano?

PREG. Sano está. (Ábrele la boca.)

MERC. 2.° Abre, no tengas temor.

HIJO. No me la saque, señor;
Que ella misma se caerá.

MERC. 2.° ¿Piensa que sacalle quiero,
El rapaz, alguna muela?

HIJO. Paso, señor, no me duela;
Tenga quedo, que me muero.

MERC. 2.° Destotro ¿cuánto dan dél?
PREG. Doscientos escudos dan.
MERC. 2.° ¿Y por cuánto le darán?
PREG. Trescientos piden por él.
MERC. 2.° Si te compro, ¿serás bueno?
HIJO. Aunque vos no me compréis,
Seré bueno.
MERC. 2.° Y ¿serlo héis?
HIJO. Ya lo soy, sin ser ajeno.
MERC. 1.° Por éste doy ciento y treinta.
PREG. Vuestro es; venga el dinero.
MERC. 1.° En casa dároslo quiero.
MADRE. ¡El corazón me reviénta!
MERC. 1.° Comprad, compañero, esotro.
Ven niño, vente á holgar.
HIJO. No, señor; no he de dejar
Mi madre por ir con otro.
MADRE. Ve, hijo; que ya no eres
Sino del que te ha comprado.
HIJO. ¡Ay madre! ¿habeisme dejado?
MADRE. ¡Ay cielo, cuán crudo eres!
MERC. 1.° Anda, rapaz, ven conmigo.
HIJO. Vámonos juntos, hermano.
HERM. No puedo, ni está en mi mano;
El cielo vaya contigo.
MADRE. ¡Oh mi bien, y mi alegría,
No se olvide de ti Dios!
HIJO. ¿Dónde me llevan sin vos,
Padre mío y madre mía?
MADRE. ¿Quieres que hable, señor,
A mi hijo aun un momento?
Dame este breve contento,
Pues es eterno el dolor.
MERC. 1.° Cuanto quisieres le di,

Pues será la vez postrera.

MADRE. ¿Sí? pues esta es la primera
Que en éste trance me vi.

HIJO. Tenedme con vos aquí,
Madre; que voy no sé donde.

MADRE. La ventura se te asconde,
Hijo, pues yo te parí.
Hase escurecido el cielo,
Turbado los elementos,
Conjurado mar y vientos
Todos en tu desconsuelo:
No conoces tu desdicha,
Aunque estás bien dentro della,
Puesto que el no conocella
Lo puedes tener á dicha.
Lo que te ruego, alma mía,
Pues el verte se me impide,
Es que nunca se te olvide
Rezar el *Ave María;*
Que esta Reina de bondad,
De virtud y gracia llena,
Ha de limar tu cadena,
Y volver tu libertad.

MERC. 1.° Mirad la perra cristiana
Qué consejo da al muchacho.
Sí, que no estaba él borracho
Como tú, sin seso, vana.

HIJO. Madre, al fin ¿que no me quedo?
¿Qué me llevan estos moros?

MADRE. Contigo van mis tesoros.

HIJO. A fe que me ponen miedo.

MADRE. Más miedo me queda á mí
De verte ir donde vas,
Que nunca te acordarás

De Dios, de mí, ni de ti,
Porque esos tus tiernos años
¿Qué prometen sino esto,
Entre inicua gente puesto,
Fabricadora de engaños?

PREG. Calla, vieja y mala pieza,
Si no quieres, por más mengua,
Que lo que dice tu lengua
Que lo pague la cabeza.
Destotro ¿hay quién me dé más,
Que es más bello y más lozano,
Que no es el otro su hermano?

MERC. 2.º Sus, ¿en cuánto le darás?

PREG. ¿No os he dicho que trescientos
Escudos de oro por cuenta?

MERC. 2.º ¿Quies doscientos y cincuenta?

PREG. Es dar voces á los vientos.

MERC. 2.º Enamorado me ha
El donaire del garzón;
Yo los doy, en conclusión.

PREG. Dinero, ó señal me da.

MERC. 2.º Cómo te llamas me di.

HIJO. Señor, Francisco me llamo.

MERC. 2.º Pues que has mudado de amo,
Muda el Francisco en Mamí.

HIJO. ¿Para qué es mudar el nombre
Si no he de mudar de fe?

MERC. 2.º Eso agora no lo sé.

HIJO. No hay castigo que me asombre.

MERC. 2.º Alto, veníos tras mí.

HIJO. Amados padres, adiós.

PADRE. El mesmo vaya con vos.

MADRE. ¡Francisco!

MERC. 2.º No, no, Mamí.

HIJO. Eso no, señor patrón;
Francisco me has de llamar.
MERC. 2.º El palo os hará trocar
El nombre, y aun la intención.
HIJO. Pues me aparta el hado insano
De vos, señor, ¿qué mandáis?
PADRE. Sólo, hijo, que viváis
Como bueno y fiel cristiano.
MADRE. Hijo, no las amenazas,
No los gustos y regalos,
No los azotes ni palos,
No los conciertos y trazas,
No todo cuanto tesoro
Cubre el suelo, el cielo ha visto,
Te mueva á dejar á Cristo
Por seguir al pueblo moro.
HIJO. En mí se verá, si puedo,
Y mi buen Jesús me ayuda,
Cómo en mi alma no muda
La fe, la promesa ó miedo.
PREG. ¡Oh, qué cristiano se muestra
El rapaz! Pues yo os prometo
Que alzaréis con santo aprieto
La flecha, y la mano diestra.
Estos rapaces cristianos,
Al principio muchos lloros,
Y luego se hacen moros
Mejor que los más ancianos.

Sálense, y entran IZUF y SILVIA.

IZUF. Dejad, Silvia, el llanto agora,
Poned tregua al ansia brava;
Que no os compré para esclava,

Sino para ser señora.
Mirad que imagino y creo
Que vuestra gran desventura,
Para daros más ventura
Ha traído este rodeo.
Con vos fortuna en su ley
No usa de nuevas leyes;
Que esclavos se han visto reyes,
Aunque vos sois más que rey.
Limpiad los húmedos ojos
Que sujetan cuanto miran,
Y al tiempo que se retiran,
Llevan de almas los despojos.
Y no cubra el blanco velo
Esa divina hermosura,
Que es como la nieve escura
Que impide la luz del cielo.

SILVIA. Esme ya tan natural,
Señor, el llanto y tormento,
Que si me deja un momento,
Lo tengo por mayor mal;
Y aunque así estoy, estaré
Alegre al obedeceros,
Pues distes tantos dineros
De mí, sin saber por qué;
Que si acaso lo habéis hecho,
Pensando sacar de mí
Gran rescate, desde aquí
Se apoca vuestro provecho;
Porque os prometo, señor,
Que de miseria y pobreza
Tengo cuanto de riqueza,
Si la riqueza es dolor;
Y de dolor soy tan rica,

Cuanto, por darme pasión
Este caudal, la ocasión
Por puntos la multiplica.

IZUF. Silvia, vives engañada;
Que yo no quiero de ti
Sino que quieras de mí
Ser servida y respetada;
Que el provecho que yo espero,
Silvia, de haberte comprado,
Es ver tu rostro extremado,
Y no doblar el dinero;
Que el amor, que se mejora
En mostrar su fuerza brava,
Me ha hecho esclavo de mi esclava,
Esclava que es mi señora;
Y quedo tan satisfecho
De perder la libertad,
Que alabo la crueldad
Deste crudo y nuevo hecho;
Y porque lo que aquí digo
Lo entiendas, Silvia, mejor,
Nunca me llames señor,
Sino siervo ó caro amigo.

SILVIA. Aunque tamaña mudanza
Hace fortuna en mi estado,
No creo se me ha olvidado
El término de crianza.
Bien sé cómo he de llamarte,
Y sé que es de obligación
Que en lo que fuere razón,
Procure de contentarte.

IZUF. Tu habla tan comedida,
Tu donaire, gracia y ser,
Claro me dan á entender

Que eres. Silvia. bien nacida.
Y aunque pudiera esperar
De ti un rescate crecido,
Á tal término he venido,
Que tú me has de rescatar.
Mas en tanto que á la clara
Veas cuanto hago por ti,
Ven, Silvia, vente tras mí,
Verás á tu ama Zara.

SILVIA. Vamos, Señor, en buena hora.

IZUF. Silvia, no tanto señor,
Pues mi ventura y amor
Os ha hecho á vos mi señora.

ZARA Seáis, Izuf, bien llegado.
¿Cual es la esclava rumía?

SILVIA Vuestra soy, señora mía.

IZUF. Verdad es, yo la he comprado.

ZARA. Por cierto la compra es bella,
Si. cual hermosa, es honesta;
Decid, señor: ¿cuánto cuesta?

IZUF. Dado he mil doblas por ella.

ZARA. ¿Es para ser rescatada?

IZUF. De muy rica tiene fama.

ZARA. ¿Su nombre?

IZUF. Silvia se llama.

ZARA. ¿Es doncella ó es casada?

SILVIA. Casada soy y doncella.

ZARA. ¿Cómo es esto, Silvia, di?

SILVIA. Señora, ello es ansí;
Que ansí lo quiso mi estrella.
El cielo me dió marido
No para que lo gozase,
Sino para que quedase
Yo perdida, y él perdido.

Entra un MORO.

MORO. Izuf, á llamarte envía
Apriesa el Rey nuestro, Azán.
IZUF. ¿Dónde está agora?
MORO. En Durán,
Metido en grande agonía.
Amet genizar Agá,
Y los volucos bajíes,
Y también los de bajíes
Y oldajes están allá.
Hanse juntado á consejo
Sobre que se ha averiguado
Que el Rey de España ha juntado
De guerra grande aparejo.
Dicen que va á Portugal,
Mas témese no sea maña,
Y es bien que tema su saña
Argel, que le hace más mal.
En la guerra hay mil ensayos,
De fraude y de astucia llenos;
Acullá suenan los truenos,
Y acá disparan los rayos.
IZUF. Vamos; que el cielo, que toma
Por suya nuestra defensa,
Á España hará, con su ofensa
Sujeta y sierva á Mahoma.—
Y vos, señora, ordenad
Á Silvia lo que ha de hacer;
Y vos, Silvia, á su querer
Sujetad la voluntad.

Vanse los dos y queda SILVIA y ZARA, solas.

ZARA. Cristiana, di: ¿de adónde eres?

¿Eres pobre ó eres rica?
De suerte ensalzada ó chica
No me lo niegues, si quieres;
Porque soy, cual tú, mujer,
Y no de entrañas tan duras,
Que tus tristes desventuras
No me hagan enternecer.

SILVIA. Señora, soy de Granada,
Y de suerte ansí abatida,
Cual lo muestra el ser vendida,
Y á cada paso comprada.
Dicen que fuí rica un tiempo,
Pero toda mi riqueza
Se ha vuelto en mayor pobreza,
Y ha pasado con el tiempo.

ZARA. ¿Has algún tiempo tenido
Enamorado deseo?

SILVIA. Al estado en que me veo
El crudo amor me ha traído.

ZARA. ¿Fuiste acaso bien querida?

SILVIA. Fuílo, y quise con ventaja
Tal, que apenas la mortaja
Borrará fe tan subida.

ZARA. ¿Fuiste querida primero,
O empezó el amor de ti?

SILVIA. Primero querida fuí
Del que quise, querré y quiero.

ZARA. ¿Es mozo?

SILVIA. Y aun gentilhombre.

ZARA. ¿Es cristiano?

SILVIA. Pues ¡qué! ¿moro?
No sale de su decoro
Quien ha de cristiano el nombre?

ZARA. Y ¿es pecado querer bien

Á un moro?

SILVIA. Yo no sé nada;
Sé que es cosa reprobada,
Y á cristianos no está bien.

ZARA. Y ¿querer mora á cristiano?

SILVIA. Eso tú mejor lo entiendes.

ZARA. ¡Ay Silvia, cómo me ofendes
Y me lastimas temprano!

SILVIA. ¿Yo, mi señora? ¿En qué suerte?

ZARA. Escucha y te lo diré;
Que, en oyéndome, bien se
Que vendrás de mí á dolerte.
Has de saber, ¡oh Silvia! que estos días,
Partieron deste puerto, con buen tiempo
Doce bajeles, de corsarios todos,
Y con próspero viento caminaron,
Á vuelta de las islas de Cerdeña,
Y allí en las calas, vueltas y revueltas,
Y puntas que la mar hace y la tierra,
Se fueron á esconder, estando alerta
Si algún bajel de Génova ó España
Ó de otra nación con que no fuese
Francesa, por el mar se descubría.
En esto un bravo viento se levanta,
Que maestral se llama, cuya furia
Dicen los marineros que es tan fuerte,
Que las tupidas velas y las jarcias
Del más recio navío y más armado
No pueden resistirla, y es forzado
Acudir al abrigo más cercano,
Si su rigor acaso lo concede.
Las levantadas ondas, el ruido
Del atrevido viento detenía
Los corsarios bajeles en las calas,

Sin dejarles salir al mar abierto;
Y en otra parte con furor insano,
Mostrando su braveza, fatigaba
Una galera, de cristiana gente
Y de riquezas llena, que corriendo
Por el hinchado mar, sin remo alguno,
Venía á su albedrío, temerosa
De ser sorbida de las bravas hondas.
Pero después, al cabo de tres días,
Del recio mar y viento contrastada,
Descubrió tierra, y fué el descubrimiento
De su mayor dolor y desventura,
Porque á la misma isla de San Pedro
Vino á parar, á donde recogidos
Estaban los bajeles enemigos,
Los cuales, de la presa codiciosos,
Salen, y de furor bélico armados,
La galera acometen destrozada
Y de solos deseos defendida.
Una pelota pasa en el momento
Al capitán el pecho, y á su lado,
Del lusitano fuerte, muerto cae
Un caballero ilustre valenciano.
El robo, las riquezas, los cautivos
Que los turcos hallaron en el seno
De la triste galera, me ha contado
Un cristiano que allí perdió la dulce
Y amada libertad, para quitarla
Á quien quiere rendirse á su rendido.
Este cristiano, Silvia, este cristiano,
Este cristiano es, Silvia, quien me tiene
Fuera del ser que á moras es debido,
Fuera de mi contento y alegría,
Fuera de todo gusto, y estoy fuera,

Que es lo peor, de todo mi sentido.
Compróle mi marido y está en casa,
Y puesto que con lágrimas y ruegos,
Con suspiros, ternezas y con dádivas
Procuro de ablandar su duro pecho
Al mío, que contino es blanda cera,
El suyo se me muestra de diamante.
Ansí que, Silvia hermana, como has dicho
Que al cristiano no es lícito dé gusto,
En cosas del amor, á mora alguna,
Tus razones me tienen ofendida,
Y con aquesas mismas se defiende
Aurelio, á quien ha hecho tan cristiano
El cielo, para darme á mi la muerte.

SILVIA. ¿Aurelio dices que por nombre tiene,
Señora, ese cristiano?

ZARA. Así se llama.

SILVIA. La galera que dices, según creo,
Se llamaba *San Pablo*, y era nueva,
Y de la sacra religión de Malta.
Yo en ella me perdí, y ansí imagino
Que conozco á ese Aurelio, y es un mozo
De rostro grave y de nación hispano.

ZARA. Sin duda has acertado. ¡Ay Silvia mía!
¿Quién es este enemigo de mi gloria?
¿Es caballero, ó rústico villano?
Que todo lo parece en su apostura
Y dura condición: el talle ilustre
De la ciudad, la condición del monte.

SILVIA. Á mí, pobre escudero me parece,
Según en la galera se trataba;
Que de su hacienda no se más, señora.

ZARA. Ni yo sé que te diga ¡oh Silvia, Silvia!
Sino que á tal extremo soy venida,

Que le tengo de amar, sea quien se fuere.
Sólo te ruego que procures, Silvia,
De ablandar esta fiera tigre hircana,
Y atraerla con dulces sentimientos
Á que sienta la pena que padece
Esta mísera esclava de su esclavo;
Y si esto, Silvia, haces, yo te juro
Por todo el Alcorán, de buscar modo
Como con brevedad alegre vuelvas
Al patrio dulce suelo deseado.

SILVIA. Deja, Señora, el cargo á Silvia dello;
Que tú verás lo que mi industria hace
Por gusto tuyo y por provecho mío.

(Éntranse.)

Sale AURELIO solo y dice:

¡Oh santa edad, por nuestro mal pasada,
Á quien nuestros antiguos le pusieron
El dulce nombre de la edad dorada!
¡Cuán seguros y libres discurrieron
La redondez del suelo los que en ella
La caduca mortal vida vivieron!
No sonaba en los aires la querella
Del mísero cautivo cuando alzaba
La voz á maldecir su dura estrella;
Entonces libertad dulce reinaba,
Y el nombre odioso de la servidumbre
En ningunos oídos resonaba.
Pero después que sin razón, sin lumbre,
Ciegos de la avaricia, los mortales,
Cargados de terrena pesadumbre,
Descubrieron los rubios minerales
Del oro que en la tierra se escondía,
Ocasión principal de nuestros males;

Este que menos oro poseía,
Envidioso de aquel que con más maña
Mas riquezas en uno recogía,
Sembró la cruda y la mortal zizaña
Del robo, de la fraude y del engaño,
Del cambio injusto y trato con maraña;
Mas con ninguna hizo mayor daño
Que con la hambrienta despiadada guerra,
Que al natural destruye y al extraño.
Esta consume, abrasa, echa por tierra
Los reinos, los imperios populosos,
Y la paz hermosísima destierra;
Y sus fieros ministros, codiciosos
Más del rubio metal que de otra cosa,
Turban nuestros contentos y reposos;
Y en la sangrienta guerra peligrosa,
Pudiendo con el filo de la espada
Acabar nuestra vida temerosa,
La guardan de prisiones rodeada,
Por ver si prometemos, por libralla,
Nuestra pobre riqueza mal lograda.
Ya sí puede el que es pobre y que se halla
Puesto entre esta canalla al daño cierto,
Su libertad á Dios encomendalla,
Ó contarse, viviendo, ya por muerto,
Como el que en rota nave y mar airado
Se halla solo, sin saber dó hay puerto.
Y no tengo por menos desdichado
Al que tiene con qué, y el modo ignora
Como llegar al punto deseado;
Porque esta gente, do bondad no mora,
No dió jamás palabra que cumpliese,
Como falsa, sin ley, sin fe y traidora.
Guardará por su Dios al interese;

Y do éste no interviene, no se espere
Que por sola virtud bondad hiciese.
Aquí en diverso traje veo que muere
El ministro de Dios, y por su oficio
Más abatido es, peor se quiere;
Y el mancebo cristiano al torpe vicio,
Es dedicado, desta gente perra,
Do consiste su gloria y ejercicio.
¡Oh cielo santo! ¡Oh dulce amada tierra!
¡Oh Silvia! ¡Oh gloria de mi pensamiento!
¿Quién de tu alegre vista me destierra?
Pero, si no me engaño, pasos siento.
Izuf, mi amo, es éste que aquí viene;
¡Cuán ajeno de sí le trae el tormento!

Vase, y sale IZUF.

IZUF. Quien con amor amargo se entretiene,
Y al duro yugo de su servidumbre
El flaco cuello ya inclinado tiene,
Si del cielo no viene nueva lumbre,
Que aquella ceguedad de los sentidos
Con claros rayos de razón alumbre,
Todos estos remedios son perdidos;
Que al fin irán por tierra derribados
Los amigos consejos. Más sabidos,
Más viejos y más pláticos soldados
Tiene el Rey á su mando y su servicio;
Déjeme á mí, que tengo otros cuidados.
Mejor será que el trabajoso oficio
De reparar los fosos y muralla
Entregue al que de amor aun es novicio;
Que yo más cruda y más fiera batalla
Espero á cada paso. ¡Ay suerte dura,
Que teme el alma y ha de atropellalla!

¡Oh Silvia, reina de la hermosura!
Por vos á los oficios doy de mano,
Que pudieran honrarme y dar ventura.—
Pero ¿qué es lo que he dicho, ciego insano?
No vale más gozar de aquellos ojos
Que ser señor del ancho suelo hispano?
Tu beldad, Silvia, adoro aquí de hinojos.

AURELIO vuelve, y hallándole de rodillas, le dice:

AURELIO. ¿Son estos los despojos, señor mío,
Que el gran cuidado mío te procura?
Por cierto que es locura averiguada
Mostrar tan derribada la esperanza:
Ten, señor, confianza, espera un poco;
Que das muestras de loco en lo que haces.

IZUF. Poco me satisfaces y contentas,
Si consolarme tratas con razones.
¿Has visto las facciones de mi diosa?

AURELIO. Señor, no he visto cosa; ¿es ya venida?
Si lo es, retraída está allá dentro.

IZUF. Sí está, y aun en el centro de mi pecho.

AURELIO. Ten cierto tu provecho, desde hoy ma..

IZUF. Vamos, y verla has, y ten cuidado
De lo que te he rogado...

AURELIO. El cielo será desto...

Vanse, y sale FATIMA, sola.

FATIMA. El esperado punto es ya llegado,
Que pide la no vista hechicería,
Para poder domar el no domado
Pecho, que domará la ciencia mía.
Por la región del cielo estrellado
Carro lleva la noche obscura y fría,
Y la ocasión me llama, do haré cosas

Horrendas, estupendas, espantosas.
El cabello dorado al aire suelto
Tiene de estar, el cuerpo desceñido,
Descalzo el pie derecho, el rostro vuelto
Al mar, á donde el sol sea zabullido.
Al brazo este sartal será revuelto
De las piedras preñadas que en el nido
Del águila se hallan, y esta cuerda
Con mi entención la virtud suya acuerda.
Aquestas cinco cañas, que cortadas
Fueron en luna llena por mi mano,
En esta misma forma acomodadas,
Lo que quiero harán fácil y llano.
También estas cabezas, arrancadas
Del jáculo, serpiente, en el verano
Ardiente, allá en la Libia, me aprovechan,
Y aun estos granos, si en el suelo se echan.
Esta carne, quitada de la frente
Del tiernecillo potro cuando nace,
Cuya virtud rarísima. excelente,
En todo á mi deseo satisface,
Envuelta en esta hierba, á quien el diente
Tocó del corderillo cuando pace,
Hará que Aurelio venga, cual cordero
Mansísimo y humilde, á lo que quiero.
Esta figura, que de cera es hecha,
En el nombre de Aurelio fabricada,
Será con blanda mano y dura flecha
Por medio el corazón atravesada.
Quedará luego Zara satisfecha
De aquella voluntad desordenada,
Y el helado cristiano vendrá luego,
Ardiendo en amoroso y dulce fuego.
Á vosotros, oh justos Radamantos

Y Minos, que con leyes inmutables
En los escuros reinos del espanto
Regís las almas tristes, miserables,
Si acaso tiene fuerza el ronco canto,
O murmurio de versos detestables,
Por ellos os conjuro, ruego y pido
Ablandéis este pecho endurecido.
Rápida, ronca, run, raspe, riforme,
Gandulandin clifet Pantasilonte,
Ladrante, tragador, falso tisforme,
Hervárico, pestífero del monte,
Hérebo, engendrador del rostro inorme
De todo fiero Dios, á punto ponte,
Y ven sin detenerte á mi presencia,
Si no desprecias la zoroastra ciencia.

Sale un DEMONIO, y dice:

DEM. La fuerza incontrastable de tus versos
Y murmurios perversos me han traído
Del reino del olvido á obedecerte;
Mas, ¡oh mora!, que el verte en esta empresa
Infinito me pesa, porque entiendo
Que es mi tiempo perdiendo.

FATIMA. ¿Por qué causa?

DEM. Pon al conjuro pausa, y al momento
Satisfaré tu intento en lo que pides.
Si acaso tú te mides y acomodas
Con mis palabras todas y consejos,
Todos tus aparejos son en vano,
Porque un pecho cristiano que se arrima
A Cristo, en poco estima hechicerías;
Por muy diversas veces te conviene
Atraerle á que pene por tu amiga.

FATIMA. ¿Ansí que esta fatiga no aprovecha?

DEM. En vano ha sido hecha; más escucha,
Que con presteza mucha y sin rodeo
Cumplirás tu deseo: en este modo
En el infierno todo va, y quien haga
Más cruda y fiera plaga entre cristianos,
Aunque muestren más sanos corazones
Y limpias intenciones, que es la dura
Necesidad, que apura la paciencia.
No tiene resistencia esta pasión,
La obra es la Ocasión; si éstas dos vienen,
Y con Aurelio tienen estrecheza,
Verás á su braveza derribada
Y en blandura tornada, y con sosiego
Regalarse en el fuego de Cupido.

FATIMA. Pues esas dos te pido que me envíes,
Y que no te desvíes desta empresa.

DEM. Tu mandado se hará con toda priesa.

(Vanse.)

JORNADA TERCERA

Salen DOS ESCLAVOS y DOS MUCHACHILLOS MOROS que les salen diciendo estas palabras, que se usan decir en Argel: «Joan ó Juan, non rescatar, non fugir; don Juan no venir; acá morir, perro, acá morir; don Juan no venir; acá morir.»

ESC. 1.º Bien decís, perros; bien decís, traidores;
Que si don Juan, el valeroso de Austria,
Gozara del vital amado aliento,
Á sólo él, á sola su ventura,
La destruición de vuestra infame tierra
Guardara el justo y piadoso cielo.
Mas no le mereció gozar del mundo;
Antes, en pena de tan graves culpas
Como en él se cometen, quiso el hado
Cortar el hilo de su dulce vida,
Y arrebatar el alma al alto cielo.

MORO. *¡Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 1.º Si él acaso viniera, yo sé cierto
Que huyérades vosotros y este infame.

MORO. *¡Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 2.º Vendrá su hermano, el ínclito Filipo,
El cual sin duda ya venido hubiera,
Si la cerviz indómita y erguida
Del luterano Flandes no ofendiese
Tan sin vergüenza á su Real corona.

MORO. *¡Don Juan no venir; acá morir!*

ESC. 1.º Primero espero ver puestas por tierra
Estas flacas murallas, y este nido
Y cueva de ladrones abrasado;
Pena que justamente le es debida

A sus continos y nefandos vicios.
Esc. 2.º Será nunca acabar si respondemos.
Déjalos ya, Per Álvarez amigo,
Que ellos se cansarán; y dime agora
Si todavía piensas de huirte.
Esc. 1.º Y ¿cómo?
Esc. 2.º ¿En qué manera?
Esc. 1.º ¿En qué manera?
Por tierra, pues no puedo de otra suerte
Esc. 2.º Dificultosa empresa cierto emprendes.
Esc. 1.º Pues ¿qué quieres que haga? dime, hermano.
Que mis ancianos padres, que son muertos,
Y un hermano que tengo sea entregado
En la hacienda y bienes que dejaron;
El cual es tan avaro, que aunque sabe
La esclavitud amarga que padezco,
No quiere dar, para librarme della,
Un real de mi mismo patrimonio.
Como esto considero, y veo que tengo
Un amo tan cruel como tú sabes,
Y que piensa que yo soy caballero,
Y que no hay modo que limosna alguna
Llegue á dar el dinero que él me pide,
Y la insufrible vida que padezco,
De hambre, desnudez, cansancio y frío,
Determino morir antes huyendo,
Que vivir una vida tan mezquina.
Esc. 2.º ¿Has hecho la mochila?
Esc. 1.º Sí, ya tengo
Casi diez libras de bizcocho bueno.
Esc. 2.º Pues hay desde aquí á Orán sesenta leguas,
Y ¿no piensas llevar más de diez libras?
Esc. 1.º No, porque tengo hecha ya una pasta
De harina y huevos, y con miel mezclada,

Y cocida muy bien, la cual me dicen
Que da muy poco della gran sustento;
Y si esto me faltare, algunas hierbas
Pienso comer, con sal, que también llevo.

Esc. 2.º ¿Zapatos llevas?

Esc. 1.º Sí, tres pares buenos.

Esc. 2.º ¿Sabes bien el camino?

Esc. 1.º Ni por pienso.

Esc. 2.º ¿Pues cómo piensas ir?

Esc. 1.º Por la marina,
Que agora como es tiempo de verano,
Los alarabes todos á la sierra
Se retiran, buscando el fresco viento.

Esc. 2.º ¿Llevas algunas señas por do entiendas
Cuál es de Orán la deseada tierra?

Esc. 1.º Sí llevo, y sé que he de pasar primero
Dos ríos, uno Délbat es nombrado
Río del Azafrán, que está aquí junto;
Otro el de Hiqueznaque, que es más lejos,
Cerca de Mostagán, y á man derecha,
Está una levantada y grande cuesta,
Que dicen que se llama el Cerro Gordo,
Y puesto encima della, se descubre
Frente por frente un monte, que es la silla
Que sobre Orán levanta la cabeza.

Esc. 2.º ¿Caminarás de noche?

Esc. 1.º ¿Quién lo duda?

Esc. 2.º ¿Por montañas, por riscos, por honduras
Te atreves á pasar en las tinieblas
De la cerrada noche, sin camino
Ni senda que te guíe á donde quieres?
¡Oh libertad, y cuánto eres amada!
Amigo dulce, el cielo santo haga
Salir con buen suceso tu trabajo;

Dios te acompañe.

ESC. 1.º Y él vaya contigo.

(Vanse.)

Salen AURELIO y SILVIA.

AURELIO. Dádome ha la fortuna por descuento
De todo mi trabajo, Silvia mía,
La gloria de mirarte y el contento;
Mi pena será vuelta en alegría
De hoy más, pues que te veo, Silvia amada,
Y mi cerrada noche en claro día.

SILVIA. Yo soy, mi bien, la bien afortunada,
Pues que torno á gozar de tu presencia,
De lo que estaba ya desconfiada.

AURELIO. ¿Cómo os ha ido, esposa, en esta ausencia,
En poder desta gente, que no alcanza
Razón, virtud, valor, alma, conciencia?

SILVIA. Como he tenido y tengo la esperanza
Puesta en el Hacedor de tierra y cielo,
Con cristiana y segura confianza,
Por su bondad, aun tengo el casto velo
Guardado, y con su ayuda santa, espero
No tener de mancharle algún recelo.

AURELIO. Sabrás, esposa dulce, que el artero
Y vengativo amor ha salteado
Con áspero rigor, airado y fiero
El pecho de mi ama, y le ha llagado
De una llaga incurable, pues le tiene
Deste pecho que es tuyo, enamorado,
Y á do quiera que voy, conmigo viene;
Y según que la mora me declara,
Con el sólo mirarme se entretiene.

SILVIA. Todo ese cuento ya me ha dicho Zara,
Y me ha pedido que yo á ti te pida

No quieras desdeñarla así á la clara.
También no pasa ménos triste vida
Izuf, nuestro amo, que también me adora
Con fe, que, á lo que creo, no es fingida,

AURELIO. ¡Oh pobre moro!

SILVIA. ¡Oh desdichada mora!

AURELIO. Cómo enviais en vano al vano viento
Vuestros vanos suspiros de hora en hora!
También me ha dicho Izuf todo su intento,
Y me ha rogado que yo á vos os ruegue
Algún alivio déis á su tormento;
Mas antes con airada furia llegue
Una saeta que me pase el pecho,
Y esta alma de las carnes se despegue,
Que tan á costa mía su provecho,
Y tan en daño vuestro, procurase,
Aunque él quede de mí mal satisfecho.

SILVIA. Si en este caso, Aurelio, nos bastase
Mostrar á éstos voluntad trocada,
Sin que el daño adelante más pasase,
Tendríalo por cosa yo acertada,
Porque deste fingir se granjearía
El no estorbarnos nuestra vista amada.
Dirás á Zara que por causa mía
No te muestras tan áspero, y yo al moro
Diré que mucho puede tu porfía;
Y guardando los dos este decoro,
Con discreción podremos fácilmente
Aplacar, con el vernos, nuestro lloro.

AURELIO. El parecer que has dado es excelente,
Y haráse cual ordenas, y entre tanto
Quizá se aplacará el hado inclemente.
Yo escribiré á mi padre en el quebranto
En que estamos los dos; tú, Silvia, puedes

Escribír á los tuyos otro tanto;
Y porque á veces tienen las paredes,
Como se dice, oídos, Silvia mía,
Agradeciendo al cielo estas mercedes,
Pasemos esta plática á otro día.

(Vanse.)

Salen LA OCASIÓN y LA NECESIDAD.

OCASION. Necesidad, fiel ejecutora
De cualquiera delicto que se ofrece
La pública ocasión ó la secreta,
Ya ves cuán apremiadas y forzadas
Del hérebo infernal habemos sido
Para venir á combatir la roca
Del pecho encastillado de un cristiano
Que está rebelde y muestra que no teme
Del niño y ciego dios la grande fuerza.
Es menester que tú le solicites,
Y te le muestres siempre á todas horas,
En el comer y en el vestir y en todas
Las cosas que pensare ó pretendiere;
Yo, de mi parte, de contino pienso
Ponérmele delante, y la melena
De mis pocos cabellos ofrecerle,
Y detenerme un rato, porque pueda
Asirme della, cosa poco usada
De mi ligera condición y presta.

NECESID. Bien puedes, Ocasión, estar segura
Que yo haré por mi parte maravillas,
Si tu favor y ayuda no me falta;
Pero ves, aquí viene el indomable:
Apercíbete, hermana, y derribemos
La vana presunción deste cristiano.

Sale AURELIO.

AURELIO. ¿Que no ha de ser posible, pobre Aurelio,
El defenderte desta mora infame,
Que por tantos caminos te persigue?
Sí será, sí, si no me niega el cielo
El favor que hasta aquí no me ha negado.
De mil astucias usa y de mil mañas
Para traerme á su lascivo intento:
Ya me regala, ya me vitupera,
Ya me da de comer en abundancia,
Ya me mata de hambre y de miseria.

NECESID. Grande es, por cierto, Aurelio, la que tienes.

AURELIO. Grande necesidad cierto padezco.

NECESID. Rotos traes los zapatos y vestido.

AURELIO. Zapatos y vestidos tengo rotos.

NECESID. En un pellejo duermes y en el suelo.

AURELIO. En el suelo me acuesto en un pellejo.

NECESID. Corta traes la camisa, sucia y rota.

AURELIO. Sucia, corta camisa y rota traigo.

OCASIÓN. Pues yo sé, si quisieres, que hallarías
Ocasión de salir deste trabajo

AURELIO. Pues yo sé, si quisiese, que podría
Salir desta miseria, á poca costa.

OCASIÓN. Con no más de querer á tu ama Zara,
Ó con dar muestras sólo de quererla.

AURELIO. Con no más de querer bien á mi ama,
Ó fingir que la quiero, me bastaba;
Mas ¿quién podrá fingir lo que no quiere?

NECESID. Necesidad te fuerza á que lo hagas.

AURELIO. Necesidad me fuerza á que lo haga.

OCASIÓN. ¡Oh cuán rica que es Zara y cuán hermosa!

AURELIO. ¡Cuán hermosa y cuán rica que es mi ama!

NECESID. Y liberal, que hace más al caso;

Que te dará á montón lo que quisieres.

AURELIO. Y siendo liberal y enamorada,
Daráme todo cuanto le pidiere.

OCASIÓN. Extraña es la ocasión que se te ofrece.

AURELIO. Extraña es la ocasión que se me ofrece;
Mas no podrá torcer mi hidalga sangre,
De lo que es justo y á sí misma debe.

OCASIÓN. ¿Quién tiene de saber lo que tú haces?
Que un pecado secreto, aunque sea grave,
Cerca tiene el remedio y la disculpa.

AURELIO. ¿Quién tiene de saber lo que yo hago?
Y una secreta culpa no merece
La pena que á la pública le es dada.

OCASIÓN. Y más, que la ocasión mil ocasiones
Te ofrecerá secretas y escondidas.

AURELIO. Y más, que á cada paso se me ofrecen
Secretas ocasiones infinitas.
Cerrar quiero con una... Aurelio, paso;
Que no es de caballero lo que piensas,
Sino de mal cristiano, descuidado
De lo que á Cristo y á su sangre debe.

NECESID. Misericordia tuvo y tiene Cristo.
Con que perdona siempre las ofensas
Que por necesidad pura se hacen.

AURELIO. Pero bien sabe Dios que aquí me fuerza
Pura necesidad, y ésto reciba
El cielo por disculpa de mi culpa.

OCASIÓN. Agora es tiempo, Aurelio, agora puedes
Asir á la ocasión por los cabellos;
Mira cuán linda, dulce y amorosa
La mora hermosa viene á tu mandado.

(Sale ZARA.)

ZARA. Aurelio ¿sólo estás?

AURELIO. Y acompañado.
ZARA. ¿De quién?
AURELIO. De un amoroso pensamiento.
ZARA. ¿Quién fué la causa? dí.
AURELIO. Si te la digo,
Podría ser que ya no me llamases
Riguroso ó cruel desamorado.
NECESID. Obrando va tu fuerza, compañera.
OCASIÓN. Pues ¿no ha de obrar? Escucha en lo que para.
ZARA. Si eso ansí fuese, Aurelio, dichosísima
Sería mi ventura, y tu serías
No menos venturoso, dulce Aurelio;
Y porque más despacio y más á solas
Me puedas descubrir tu pensamiento,
Sígueme agora, Aurelio, que se ofrece
La ocasión de no estar Izuf en casa.
AURELIO. Sí seguiré, señora; que ya es tiempo
De obedecerte, pues que soy tu esclavo.
NECESID. Por tierra va, Ocasión, el fundamento
Del bizarro cristiano: ya se rinde.
OCASIÓN. Tales combates juntas le hemos dado.
Entrémonos con Zara en su aposento,
Y allí de nuevo, cuando Aurelio entrare,
Tornaremos á darle tientos nuevos.

Éntranse y queda AURELIO solo.

AURELIO. Aurelio, ¿dónde vas? ¿Parado mueves
El vagaroso paso? ¿Quién te guía?
¿Con tan poco temor de Dios te atreves
Á contentar tu loca fantasía?
Las ocasiones fáciles y leves
Que el lascivo regalo al alma envía,
¿Tienen de persuadirte y derribarte,
Y al vano y torpe amor blando entregarte?

¿Es este el levantado pensamiento
Y el propósito firme que tenías
De no ofender á Dios aunque en tormento
Acabases tus cortos tristes días?
¿Tan presto has ofrecido y dado al viento
Las justas amorosas fantasías,
Y ocupas la memoria de otras vanas,
Inhonestas, infames y livianas?
Vaya lejos de mí el intento vano;
Afuera, pensamiento mal nacido;
Que el lazo enredador de amor insano
De otro más limpio amor será rompido.
Cristiano soy, y he de vivir cristiano;
Y aunque á términos tristes conducido,
Dádivas ó promesa, astucia ó arte,
No harán que un punto de mi Dios me aparte.

Sale FRANCISCO, el muchacho hermano del que vendieron en la segunda jornada, y dice:

FRANCIS. ¿Has visto, Aurelio, á mi hermano?
AURELIO. ¿Dices á Juanico?
FRANCIS. Sí.
AURELIO. Poquito habrá que lo vi.
FRANCIS. ¡Oh santo Dios soberano!
AURELIO. ¿Padeces algún tormento,
Francisco?
FRANCIS. Sí, una fatiga
Que no sé cómo la diga,
Aunque sé como la siento.
Y no quieras saber más,
Para entender mi cuidado,
Sino que mi hermano ha dado
El ánima á Satanás.
AURELIO. ¿Ha renegado por dicha?

FRANCIS. ¿Dicha llamas renegar?
Si él lo viene á efectuar,
Ello será por desdicha.
Ha dado ya la palabra
De ser moro, y este intento
En su tierno pensamiento
Con regalos siempre labra.
AURELIO. Vesle, Francisco, á do asoma:
Bizarro viene por cierto.
FRANCIS. Estos vestidos le han muerto:
Que él, ¿qué sabe de Mahoma?

Sale JUANICO, el hermano de FRANCISCO.

AURELIO. Vengáis horabuena, Juan.
JUAN. No saben ya que me llamo...
AURELIO. ¿Cómo?
JUAN. Ansí como mi amo.
FRANCIS. ¿En qué modo?
JUAN. Solimán.
FRANCIS. Tósigo fuera mejor,
Que envenenara aquel hombre
Que ansí ha mudado el nombre.
¿Qué es lo que dices, traidor?
JUAN. Perro, poquito de aqueso,
Que se lo diré á mi amo,
¿Porque Solimán me llamo,
Me amenaza? ¡Bueno es eso!
FRANCIS. Abrázame, dulce hermano.
JUAN. ¿Hermano? ¿De cuando acá?
Apártese el perro allá,
No me toque con la mano.
FRANCIS. ¿Por qué conviertes en lloro
Mi contento, hermano mío?
JUAN. Ese es grande desvarío:

¿Hay más gusto que ser moro?
Mira este galán vestido
Que mi amo me le ha dado,
Y otro tengo de brocado
Más bizarro y más polido.
Alcuzcuz cómo sabroso,
Sorbete de azúcar bebo,
Y el corde, que es dulce, pruebo,
Y el pilas, que es provechoso,
Y en vano trabajarás
De aplacarme con tu lloro;
Mas si tú quieres ser moro,
Á fe que lo acertarás.
Toma mis consejos sanos
Y veráste mejorado;
Adiós; porque es gran pecado
Hablar tanto con cristianos.

(Vase.)

FRANCIS. ¿Hay desventura igual en todo el suelo?
¿Qué red tiene el demonio aquí tendida,
Con que estorba el camino de ir al cielo?
¡Oh tierna edad, cuán presto eres vencida,
Siendo en esta Sodoma secuestrada
Y con falsos regalos combatida!

AURELIO. ¡Oh, cuán bien la limosna es empleada
En rescatar muchachos! que en sus pechos
No está la santa fe bien arraigada.
¡Si de hoy más en caridad deshechos
Se viesen los cristianos corazones,
Y fuesen en el dar no tan estrechos
Para sacar de grillos y prisiones
Al cristiano cautivo, especialmente
Á los niños de flacas intenciones!

En esta santa obra ansí excelente,
Que en ella sola están todas las obras
Que al cuerpo y alma tocan juntamente:
Al que rescatas, de perdido cobras;
Reduces á tu patria el peregrino,
Quítasle de cien mil y más zozobras:
De hambre que le aflige de contino,
Y de la sed insufrible y de consejos
Que procuran cerrarle el buen camino;
De muchos y continuos aparejos
Que aquí el demonio tiene, con que toma
Á muchachos cristianos y aun á viejos.
¡Oh secta fementida de Mahoma,
Ancha, casaca, poco escrupulosa,
Con qué facilidad los simples doma!

FRANCIS. ¿Mándasme, buen Aurelio, alguna cosa?

AURELIO. Dios te guíe, Francisco, y ten paciencia;
Que la mano bendita poderosa
Curará de tu hermano la dolencia.

Vase FRANCISCO, y yéndose á salir AURELIO, sale SILVIA y dice:

SILVIA. ¿Do vas, Aurelio, dulce amado esposo?

AURELIO. Á verte, Silvia, pues tu vista sola
Es el perfecto alivio á mis trabajos.

SILVIA. También el verte yo, mi caro Aurelio,
Es el remedio de mis graves daños.

Abrázanse, y estánlo mirando sus amos; y ZARA va dar á SILVIA y IZUF á AURELIO.

ZARA. Perra, y ¿esto se sufre ante mis ojos?

IZUF. Perro, traidor, esclavo ¿con la esclava?

ZARA. No, no, señor; no tiene culpa Aurelio,
Que es hombre al fin, sino esta perra esclava.

IZUF. La esclava no, señora; este maldito,
Forzador é inventor de mil embustes,
Tiene la culpa destas desvergüenzas.

ZARA. Si esta lamida, si esta descarada
No diera la ocasión, no se atreviera
Aurelio ansí á abrazarla estrechamente.

AURELIO. No por cierto, señores; no ha nacido
Nuestra desenvoltura de ocasiones
Lascivas, según da las muestras dello,
Sino que á Silvia le rogaba agora
Me hiciese una merced que ha muchos días
Que se la pido, y no por mi interese,
Y ella también á mí me ha persuadido
Que un servicio le hiciese, que conviene
Para mejor servir la casa vuestra,
Y por habernos concedido entrambos
Aquello que pedía el uno al otro,
En señal de contento, nos hallastes
De aquel modo que vistes, abrazados,
Sin manchar los honestos pensamientos.

IZUF. ¿Es verdad esto, Silvia?

SILVIA. Verdad dice.

IZUF. ¿Qué le pediste tú á él?

SILVIA. Poco te importa
Saber lo que yo á Aurelio le pedía.

ZARA. ¿Concediótelo al fin?

SILVIA. Como yo quise.

IZUF. Entraos á dentro; que por fuerza os creo,
Porque si no os creyese, convendría
Castigar vuestro exceso con mil penas.

Éntranse AURELIO y SILVIA.

Sabréis, Zara, que en este mismo punto,
Viniendo por el Zoco, me fué dicho

Cómo el Rey me mandaba que llevase
Á Silvia con Aurelio á su presencia,
Y tengo para mí, que algún tresleño
Y mal cristiano que á los dos conoce,
Al Rey debe de haber significado
Cómo son de rescate estos cautivos;
Y como el Rey está tan mal conmigo,
Porque aceptar no quise el cargo y honra
De reparar los fosos y murallas,
Quiéremelos quitar sin duda alguna.

ZARA. El remedio que en esto se me ofrece,
Es advertir á Aurelio que no diga
Al Rey que es caballero, sino un pobre
Soldado que iba á Italia, y que esta Silvia
Es su mujer; y si esto el Rey creyese,
No querrá, por el tanto que costaron
Quitártelos; que el precio es muy subido.

IZUF. Muy bien dices, señora: ven, entremos,
Y demos este aviso á los dos juntos.

JORNADA CUARTA

Entra el CAUTIVO que se huyó, descalzo, roto el vestido, y las piernas señaladas, como que trae muchos rasgones, de las espinas y zarzas por do ha pasado.

CAUTIVO. Este largo camino,
Tanto pasar de breñas y montañas,
Y el bramido contino
De fieras alimañas
Me tienen de tal suerte,
Que pienso de acabarle con la muerte,
El pan se me ha mojado,
Y roto entre jarales el vestido,
Los zapatos rasgado,
El brío consumido;
De modo que no puedo
En pie del otro pie pisar un dedo.
Ya la hambre me aqueja
Y la sed insufrible me atormenta;
Ya la fuerza me deja;
Y espero desta afrenta
Salir, con entregarme
A quien de nuevo quiera cautivarme.
He ya perdido el tino;
No sé cuál es de Orán la cierta vía;
Ni senda, ni camino
La triste suerte mía
Me ofrece; mas ¡ay laso!
Que, aunque la hallase, no hay mover el paso.—
Virgen bendita y bella,

Remediadora del linaje humano,
Sed vos aquí la estrella
Que en este mar insano
Mi pobre barca guíe,
Y de tantos peligros la desvíe.
Virgen de Monserrate,
Que esas ásperas sierras hacéis cielo,
Enviadme rescate,
Sacadme deste duelo,
Pues es hazaña vuestra
Al mísero caído dar la diestra.
Entre estas matas quiero
Asconderme, porque es entrado el día,
Aquí morir espero:
Santísima María,
En este trance amargo,
El cuerpo y alma dejo á vuestro cargo.

Échase á dormir entre unas matas, y sale un león y échase junto á él muy manso, y luego sale OTRO CRISTIANO, que también se ha huido de Argel, y dice:

CRIST. Estas pisadas no son
Por cierto, de moro, no,
Cristiano las estampó,
Que con la misma intención
Debe de ir, que llevo yo.
De alarábes las pisadas
Son anchas y mal formadas,
Porque es ancho su calzado;
El nuestro más escotado,
Y ansí son diferenciadas.
Y seguro que no está
Muy lejos de aquí escondido,
Porque el rastro es ya perdido,

Mas el sol alto está ya,
Y yo mal apercibido.
Aquí me quiero esconder,
Hasta que al anochecer
Torne á seguir mi viaje;
Que en este mismo paraje
Mostagán viene á caer.
Pues el sol sale de allí,
El Norte hacia aquí se inclina;
No está lejos la marina.
¡Oh, qué mal estoy aquí!—
Buen Jesús, tú me encamina,
Que mucho alárabe pasa
Por esta campaña rasa;
Si hoy me he acertado á esconder,
No me despido de ver
Mis hijos, mujer y casa.

Escóndese y sale luego UN MORILLO, como que va buscando hierbas y ve escondido á este segundo cristiano y comienza á dar voces: «Nizara, Nizara», á las cuales acuden OTROS MOROS, y cogen al cristiano, y dándole de mojicones, se entran; entrando, despierta el primer cautivo, que está junto al león, y viéndole, se espanta y dice:

CAUT. ¡Santo Dios! ¡qué es lo que veo!
¡Qué manso y fiero león!
Saltos me da el corazón.
Cumplido se ha mi deseo:
Libre soy ya de pasión,
Pues lo quiere mi ventura.
Éste con su fuerza dura
Mis días acabará,
Y su vientre servirá
Al cuerpo de sepultura.
Pero tanta mansedumbre

No se ve ansí fácilmente
En animal tan valiente,
Aunque su fiera costumbre
Muestra á las veces clemente.
Mas ¿quién sabe si movido
El cielo de mi gemido,
Este león me ha enviado
Para ser por él tornado
Al camino que he perdido?
Sin duda es divina cosa;
Y asegúrame este intento
Que en mis espíritus siento
Con fuerza maravillosa
Y nuevo y crecido aliento;
Y ya es caso averiguado
Que otro león ha llevado
A la Goleta un cautivo,
Que le halló en un monte esquivo
Huído y descaminado.—
Obra es ésta, Virgen pía,
De vuestra divina mano;
Porque ya está claro y llano,
Que el hombre que en vos confía,
No espera y confía en vano.—
Espérame, compañero;
Que yo determino y quiero
De seguirte do quier fueres;
Que ya me parece que eres,
No león, sino cordero.

Éntrase, y vuelve á salir y dice:

Nunca menos con afán
He caminado camino,
Y aquello que yo imagino,

No está muy lejos Orán.
Gracias te doy, Rey divino;
Virgen pura, á vos alabo;
Yo ruego llevéis al cabo
Tan extraña caridad;
Que si me dais libertad,
Prometo seros esclavo.

Vase, y salen los dos cautivos PEDRO y SAAVEDRA.

PEDRO. Siete escudos de oro he granjeado
Con mi solicitud, industria y maña,
Y aun son pocos, según he trabajado.
Nunca tuve otros tantos en España
Cuando anduve en la guerra de Granada,
Armado nueve meses en campaña.

SAAVED. ¿Cómo cayeron, Pedro, en la celada
Los siete escudos hoy? Por vida mía,
Cualque nueva campaña fabricada.

PEDRO. Muy mal se negará á tu cortesía
Cualquier secreto mío; escucha agora
Y verás lo que he hecho en este día,
En esta casa grande, do Izuf mora,
Renegado español que está casado
Con Zahara, la ilustre hermosa mora,
Está un cautivo nuevo que es llamado
Aurelio, y una Silvia, hermosa dama,
De quien está el Aurelio enamorado.
Los dos de principales tienen fama,
Y helo dicho yo al Rey, y mandó darme
Los tres escudos destos.

SAAVED. ¡Gentil trama!

PEDRO. Gentil ó no gentil, si remediarme
No puedo de otra suerte, y cada día
He de dar mi jornal y sustentarme,

¿Quieres que cate y guarde cortesía
Á quien puede pagar bien su rescate?
No reza esa oración mi letanía.

SAAVED. ¿Los otros cuatro?

PEDRO. Son de un jaque y mate
Que he dado en una bolsa de un cristiano
Con un muy concertado disparate.
Hele hecho tocar casi con mano
Que tengo ya una barca medio hecha,
Debajo de la tierra, allá en un llano.
Queda desta verdad bien satisfecha
Su voluntad, y cierto el bobo piensa
Alcanzar libertad ya de esta hecha;
Para ayudar el gasto y la despensa
De tablas, vela, pez, clavos y estopa,
Los cuatro dió con que compró su ofensa.

SAAVED. ¡Desdichado de aquel que acaso topa
Contigo, Pedro; y tú más desdichado,
Que así codicias la cristiana ropa!
En peligroso golfo has engolfado
Tu barca, de mentiras fabricada,
Y en ella tú serás solo anegado.

PEDRO. La de Noe, que está bien ancorada
En las sierras de Armeña, sería buena,
Si no vale la mía acaso nada,
Ó quizá nos llevara á sierra ó breña;
Pero por cuatro escudos, buena es ésta,
Si acuden otros cuatro á caer carena,
Ajenos pies han de subir la cuesta
Agria de mi trabajo, y yo, holgando,
Haré gasajo, regocijo y fiesta.—
¿Qué piensas Saavedra?

SAAVED. Estoy pensando
Cómo se echa á perder aquí un cristiano,

Y más mientras va más empeorando.
Cautivo he visto yo que da de mano
Á todo aquello que su ley le obliga,
Y vive á veces vida de pagano.
Á otro le avasalla su fatiga,
Y en Dios y en ella ocupa el pensamiento,
La abraza y la quiere como amiga;
Y de ti sé que tienes el intento
Holgazán, embaidor y codicioso,
Fundado sobre embustes sin cimiento.
Tarde habrás libertad.

PEDRO. Estás donoso;
Antes la tengo ya cierta y segura,
Sino que estoy un poco vergonzoso.
Pienso mudar de nombre y vestidura,
Y llamarme Mamí.

SAAVED. ¿Renegar quieres?

PEDRO. Sí quiero, más entiende de qué hechura.

SAAVED. Reniega tú del modo que quisieres:
Que ello es muy gran maldad y horrible culpa,
Y corresponde mal á ser quien eres.

PEDRO. Bien sé que la conciencia ya me culpa;
Pero tanto el salir de aquí deseo,
Que esta razón daré por mi disculpa.
Ni niego á Cristo, ni en Mahoma creo:
Con la voz y el vestido seré moro,
Para alcanzar el bien que no poseo.
Si voy en corso, séme yo de coro
Que en tocando en la tierra de cristianos,
Me huiré, y aun no vacío de tesoro.

SAAVED. Lazos son esos codiciosos, vanos,
Con que el demonio tienta fácilmente
Con el alma ligarte pies y manos.
Un falso bien se muestra aquí aparente,

Que es tener libertad, y en renegando,
Se te irá el procurarla de la mente;
Que siempre esperarás el modo y cuando,
Este año no, el otro será cierto;
Y ansí lo irás por años dilatando.
Tiéneme en estos casos bien experto
Muchos que he visto con tu mismo intento,
Y á ninguno llegar nunca á buen puerto;
Y puesto que llegases, ¿es buen cuento
Poner un tan inorme y falso medio
Para alcanzar el fin de tu contento?
Daño puedes llamarle tal remedio.

PEDRO. Si no puede esperarse, ni es posible,
De mi necesidad otra salida
Para alcanzar la libertad gozosa,
¿Es mucho aventurarse algunos días
Á ser moro no más de en la apariencia,
Si con esta cautela se granjea
La amada libertad que va huyendo?

SAAVED. Si tú supieses, Pedro, adó se extiende
La perfección de nuestra ley cristiana,
Verías cómo en ella se nos manda
Que un pecado mortal no se cometa
Aunque se interesase en cometerle
La universal salud de todo el mundo.
Pues, ¿cómo quieres tú, por verte libre
De libertad del cuerpo, echar mil hierros
Al alma miserable, desdichada,
Cometiendo un pecado tan inorme
Como es negar á Cristo y á su Iglesia?

PEDRO. ¿Dónde se niega Cristo ni su Iglesia?
¿Hay más de retajarse, y decir ciertas
Palabras de Mahoma, y no otra cosa,
Sin que se miente á Cristo y á sus santos?

Ni yo le negaré por todo el mundo;
Que acá en mi corazón estará siempre,
Y el sólo el corazon quiere del hombre.

SAAVED. ¿Quieres ver si lo niegas? está atento:
Fíngete ya vestido á la turquesca,
Y que vas por la calle, y que yo llego
Delante de otros turcos, y te digo:
«Sea loado Cristo, amigo Pedro;
¿No sabéis cómo el martes es vigilia,
Y que manda la Iglesia que ayunemos?»
Á ésto, dime, ¿qué responderías?
Sin duda que me dieses mil puñadas,
Y dijeses que á Cristo no conoces,
Ni tienes con su iglesia cuenta alguna,
Porque eres muy buen moro, y que te llamas,
No Pedro, sino Aydar ó Mahometo.

PEDRO. Eso haríalo yo, mas no con saña,
Sino porque los turcos que lo oyesen
Pensasen que pues dello me pesaba,
Que era perfecto moro, y no cristiano;
Pero acá en mi intención, cristiano siempre.

SAAVED. ¿No sabes tú que el mismo Cristo dice:
«Aquel que me negare antes los hombres,
De mí será negado ante mi Padre;
Y el que ante ellos á mí me confesare,
Será de mí ayudado ante el eterno
Padre mío.» ¿Es prueba esta bastante,
Que te convenza y desengañe, amigo,
Del engaño en que estás en ser cristiano
Con sólo el corazón, como tu dices?
Y ¿no sabes también que aquel arrimo
Con que el cristiano se levanta al cielo,
Es la cruz y pasión de Jesucristo,
En cuya muerte nuestra vida vive,

Y que el remedio para que aproveche
Á nuestras almas el tesoro inmenso
De su vertida sangre por bien nuestro,
Depositado está en la penitencia,
La cual tiene tres partes esenciales
Que la hacen perfecta y acabada:
Contricïón de corazón la una,
Confesión de la boca la segunda,
Satisfacción de obras la tercera?
Y aquel que contrición dice que tiene,
Como algunos cristianos renegados,
Y con la boca y con las obras niegan
Á Cristo y á sus santos, no la llames
Aquella contrición, sino un deseo
De salir del pecado, y es tan flojo,
Que respetos humanos le detienen
De ejecutar lo que razón le dice;
Y así con esta sombra y apariencia
Deste vano deseo, se les pasa
Un año y otro, y llega al fin la muerte
Á ponerle en perpetua servidumbre
Por aquel mismo modo que él pensaba
Alcanzar libertad en esta vida.
¡Oh cuantas cosas puras, excelentes,
Verdaderas sin réplica, sencillas
Te pudiera decir, que hacen al caso,
Para poder borrar de tu sentido
Esta falsa opinión que en él se imprime!
Mas el tiempo y lugar no lo permite.

PEDRO. Bastan las que me has dicho, amigo, bastan,
Y bastarán de modo que te juro
Por todo lo que es lícito jurarse,
De seguir tu consejo, y no apartarme
Del santísimo gremio de la Iglesia

Aunque en la dura esclavitud amarga
Acabe mis amargos tristes días.

SAAVED. Si á ese parecer llegas las obras,
El día llegará, sabroso y dulce,
Do tengas libertad; que el cielo sabe
Darnos gusto y placer por cien mil vías
Ocultas al humano entendimiento;
Y así no es bien ponerse en contingencia
Que por sola una senda y un camino
Tan áspero, tan malo y trabajoso,
Nos venga el bien de muchos procurado,
Y hasta aquí conseguido de muy pocos.

PEDRO. Mis obras te darán señales ciertas
De mi arrepentimiento y mi mudanza.

SAAVED. El cielo te dé fuerzas y te quite
Las ocasiones malas que te incitan
Á tener tan malvado y ruin propósito.

PEDRO. El mismo á ti te ayude, cual merece
La sana voluntad con que me enseñas.
Adiós, que es tarde, adiós.

SAAVED. Adiós, amigo.

Sale el REY con cuatro turcos.

REY. De ira y de dolor hablar no puedo,
Y es la ocasión de mi pesar insano
El ver que don Antonio de Toledo
Ansí se me ha escapado de la mano.
Los arraces, sus amos, con el miedo
Que yo no les tomase su cristiano,
Á Tetuán con priesa lo enviaron,
Y en siete mil ducados le tallaron.
¿Un tan ilustre y rico caballero
Por tan vil precio distes, vil canalla?
¿Tanto os acudiciastes al dinero?

¿Tan grande os pareció que era la talla,
Que le añadistes otro compañero,
El cual sólo pudiera bien pagalla?
Francisco de Valencia ¿no podía
Pagar sólo por sí mayor cuantía?
En fin, favorecióles la ventura,
Que pudo más que no mi diligencia;
Que esta es la que concierta y asegura
Lo que no puede hacer humana ciencia.
Conocieron el tiempo y coyuntura,
Y huyeron de no verse en mi presencia;
Que si yo á don Antonio aquí hallara,
Cincuenta mil ducados me pagara.
Es hermano de un conde, y es sobrino
De una principalísima duquesa.
Y en perderse, perdió en este camino
Ser coronel en una ilustre empresa.
Airado el cielo, se mostró y benino
En hacerle cautivo y darse priesa
Á darle libertad por tal rodeo,
Que no pudo pedir más el deseo.
Pero pues ya no puede remediarse,
El tratar más en ello es excusado;
Mirad si viene alguno á querellarse.

MORO. Señor, aquí está Izuf el renegado.

REY. Entre, con intención de aparejarse
Á obedecer en todo mi mandado;
Si no, á fe que le trate en mi presencia
Cual merece su necia inobediencia.

Entra IZUF.

REY. ¿Dónde están tus cristianos?

IZUF. Allí fuera.

REY. ¿Cuanto diste por ellos?

IZUF. Mil ducados.
REY. Yo los daré por ellos.
IZUF. No se espera
De tu bondad agravios tan sobrados.
REY. ¿En esto me replicas?
IZUF. Da siquiera
Algún alivio en parte á mis cuidados.
El esclavo te doy, Rey, sin dinero,
Y déjame la esclava, por quien muero.
REY. ¿Tal osaste decir, oh moro infame?—
Llevalde abajo, y dalde tanto palo,
Hasta que con su sangre se derrame
El deseo que tiene torpe y malo.
IZUF. Dame, señor, mi esclava, y luego dame
La muerte en fuego, á hierro, á gancho en [palo.
REY. Quitadmele delante, acabad presto.
IZUF. ¿Por pedirte mi hacienda soy molesto?

Sacan fuera á IZUF á empujones, y entran luego dos alárabes con EL CRISTIANO que se huyó que asieron en el campo, y estos dos moros dicen al REY: «Alicum Zalema, lultam adereimi guaharan cal cul.»

REY. ¿Adónde vas, cristiano?
CRIST. Procuraba
Llegarme á Orán, si el cielo lo quisiera.
REY. ¿Adónde cautivaste?
CRIST. En el Almadraba.
REY. ¿Tu amo?
CRIST. Ya murió, que no debiera,
Pues me dejó en poder de una tan brava
Mujer que no la iguala alguna fiera.
REY. ¿De España eres?
CRIST. En Málaga nacido.
REY. Bien lo muestras en ser ansí atrevido.

¡Oh Zuraja Caur! Dalde seiscientos
Palos en las espaldas muy bien dados,
Y luego le daréis otros quinientos
En la barriga y en los pies cansados.

CRIST. ¿Tan sin razón ni ley tantos tormentos
Tienes para el que huye aparejados?

REY. Cito, cifuti brequedi, atalde,
Abrilde, desollalde y aun matalde.

(Átanle con cuatro cordeles de pies y manos y tiran cada uno de una parte, y dos le están dando, y de cuando en cuando el cristiano se encomienda á Nuestra Señora, y el REY se enoja y dice en turquesco una cólera: Laguedi denicara bacinaf, á la testa, á la testa, y está diciendo mientras le están dando:)

No sé qué raza es esta destos perros
Cautivos españoles: ¿Quién se huye?
Español. ¿Quién no cura de los yerros?
Español. ¿Quién hurtando nos destruye?
Español. ¿Quién comete otros mil yerros?
Español: que en su pecho el cielo influye
Un ánimo indomable, acelerado,
Al bien y al mal contino aparejado.
Una virtud en ellos he notado:
Que guardan su palabra sin reveses,
Y en esta mi opinión me han confirmado
Dos caballeros Sosas, portugueses;
Don Francisco también la ha asegurado
Que tiene el sobrenombre de Meneses,
Los cuales sobre su palabra han sido
Enviados á España, y la han cumplido.
Don Fernando de Ormaza también fuese
Sobre su fe y palabra, y ansí ha hecho,
Un mes ántes que el término cumpliese;
La paga, conque bien me ha satisfecho:
De darlos libertad un interese

Se sigue tal que dobla mi provecho;
Que como van sobre su fe prendados,
Les pido los rescates tres doblados.
Y éste dalde á su amo, y llamad luego
Un cristiano de Izuf, que está allí fuera
Que quiero que granjee su sosiego,
Por ver si mi opinión es verdadera,
De pérdida y ganancia es este juego.

MORO. Señor, del bien hacer siempre se espera
Galardón, y si falta en este suelo
La paga, se dilata para el cielo.

Entra AURELIO y dícele el REY.

REY. Ya sé quien eres, cristiano,
Tu virtud, valor y suerte,
Y sé que pronto has de verte
En el patrio suelo hispano.
Esta Silvia ¿es tu mujer?

AURELIO. Sí, señor.

REY. ¿Y adónde ibas
Cuando en las ondas esquivas
Perdiste todo el placer?

AURELIO. Yo se lo diré, señor,
En verdaderas razones:
De otro Rey y otras prisiones
Fuí yo esclavo, que es amor.
Desta Silvia enamorado
Anduve un tiempo en mi tierra,
Y la fuerza desta guerra
Me ha traído á este estado.
Á su padre la pedí
Muchas veces por mujer,
Pero nunca á mi querer
Sólo un punto le rendí;

Y viendo que no podía
Por aquel modo alcanzalla,
Determiné de roballa,
Que era la más fácil vía.
Cumplí en esto mi deseo,
Y pensando ir á Milán,
Trújome el hado al afán
Y esclavitud, do me veo.

REY. No pierdas la confianza
En esta vida importuna,
Pues sabes que de fortuna
La condición es mudanza.
Yo te daré libertad
A ti y á Silvia al momento,
Si tienes conocimiento
De pagar tal voluntad.
Mil ducados he de dar
Por los dos, y sólo quiero
Que me déis dos mil; empero,
Habéismelo de jurar;
Y ansí sobre vuestra fe
Os partiréis luego á España.

AURELIO. Señor, á merced tamaña
¿Qué gracias te rendiré?
Yo prometo de enviallos
Dentro de un mes, sin mentir,
Aunque los sepa pedir
Por Dios, ó si no hurtallos,

REY. Pues luego os aparejad,
Y la primer saetía
Tomad de España la vía;
Que á los dos doy libertad.

AURELIO. El suelo y cielo te trate
Cual merece tu bondad,

Y toma mi voluntad
Por prenda de mi rescate;
Que yo perderé la vida
O cumpliré mi palabra;
Que este bien ya escarba y labra
En mi sangre bien nacida.

MORO. Señor, un navío viene.

REY. ¿De qué parte?

MORO. De Occidente.

REY. Mejor es que no de Oriente.
¿Es de gavia?

MORO. Gavia tiene.

REY. Debe ser de mercancía.

MORO. Podría ser aunque se suena,
Que la mercancía es buena.

REY. Si es limosna...

MORO. Sí sería.

REY. Vamos.—Tú, Aurelio, procura
Tu partida, y ten cuidado
De aquello que me has jurado.

AURELIO. Crezca el cielo tu ventura.

(Éntrase el REY, y queda AURELIO solo.)

Gracias te doy, eterno Rey del cielo,
Que tan sin merecerlo, has permitido
Que por la mano de quien más temía,
Tanto bien, tanta gloria me viniese.

Entra FRANCISCO y dice:

FRANCIS. Albricias, caro Aurelio; que es llegado
Un navío de España, y todos dicen
Que es de limosna cierto, que en él viene
Un fraile trinitario cristianísimo,
Amigo de hacer bien y conocido,

Porque ha estado otra vez en esta tierra
Rescatando cristianos, y da ejemplo
De una gran cristiandad y gran prudencia.
Su nombre es fray Juan Gil.

AURELIO. Mira no sea
Fray Jorge de Olivar, que es de la Orden
De la Merced, que aquí también ha estado,
De no menos bondad y humano pecho;
Tanto, que ya después que hubo expendido
Bien veinte mil ducados que traía,
En otros siete mil quedó empeñado.
¡Oh caridad extraña! ¡Oh santo pecho!

Entran tres esclavos, asidos en sus cadenas.

ESC. 1.° ¡Qué buen día, compañeros!
La limosna está en el puerto.
Mi remedio tengo cierto,
Porque aquí me traen dineros.

ESC. 2.° No tengo bien ni le espero,
Ni siento en mi tierra quien
Me pueda hacer algún bien.

ESC. 3.° Pues yo no me desespero.

FRANCIS. Dios nos ha de remediar;
Hermanos, mostrad buen pecho;
Que el Señor, que nos ha hecho,
No nos tiene de olvidar.
Roguémosle, como á Padre,
Nos vuelva á nuestra mejora,
Pues es nuestra intercesora
Su Madre, que es nuestra madre.
Porque con tan santo medio
Nuestro bien está seguro;
Que ella es nuestra fuerza y muro,
Nuestra luz, nuestro remedio.

7361

Echan todos las cadenas al suelo, hincándose de rodillas, y dice el ESCLAVO 1.º:

Esc. 1.º Vuelve, Virgen Santísima María,
Tus ojos, que dan luz y gloria al cielo,
A los tristes que lloran noche y día,
Y riegan con sus lagrimas el suelo;
Socórrenos, bendita Virgen pía,
Antes que este mortal corpóreo velo
Quede sin alma en esta tierra dura,
Y carezca de usada sepultura.

Esc. 2.º Reina de las alturas celestiales,
Madre y Madre de Dios, Virgen y Madre,
Espanto de las furias infernales,
Madre y Esposa de tu mismo Padre,
Remedio universal en nuestros males;
Si con tu condición es bien que cuadre
Usar misericordia, úsala agora
Y sácame de entre esta gente mora.

Esc. 3.º En vos, Virgen dulcísima María,
Entre Dios y los hombres medianera,
De nuestro mar incierto cierta guía,
Virgen, entre las vírgenes primera;
En vos, Virgen y Madre, en vos confía
Mi alma, que sin vos en nadie espera,
Que me habréis de sacar con vuestras manos
De dura servidumbre de paganos.

Aurelio. Si yo, Virgen sagrada, he conseguido
De tu misericordia, un bien tan alto,
¿Cuándo podré mostrarme agradecido
Tanto, que al fin no quede corto y falto?
Recibe mi deseo, que subido
Sobre un cristiano obrar, dará tal salto,
Que toque, ya olvidado deste suelo,
El alto trono del empírio cielo.

Y en tanto que se llega el tiempo y punto
De poner en efecto mi deseo,
Al ilustre auditorio que está junto,
En quien tanta bondad dicierno y veo,
Si ha estado mal sacado este trasunto
De la vida de Argel y Trato feo,
Pues es bueno el deseo que he tenido,
En nombre del autor, perdón le pido.

FIN DE LA COMEDIA

LA NUMANCIA

Los que hablan en ella son los siguientes:

CIPIÓN.
JUGURTA.
GAYO MARIO.
Q INT.) FABIO.
TEOGENES.
SU MUJER y sus hijos.
CORABINO.
MILVIO.
MARQUINO, hechicero.
VIRIATO.
SERVIO.
ERMILIO.
MORANDO y LEONCIO, soldados numantinos.
LIRA.
SU HERMANO.
UN DEMONIO.
LA GUERRA.
LA ENFERMEDAD.
LA FAMA.
ESPAÑA.
EL RÍO DUERO.
UN CUERPO AMORTAJADO.

Soldados, embajadores, sacerdotes y ciudadanos, todos de Numancia.

Mujeres, madres numantinas y sus hijos.

Soldados romanos.

JORNADA PRIMERA

Salen CIPIÓN y JUGURTA

CIPIÓN. Esta difícil y pesada carga,
Que el senado romano me ha encargado,
Tanto me aprieta, me fatiga y carga,
Que ya sale de quicio mi cuidado:
Guerra de curso tan extraño y larga,
Y que tantos romanos ha costado,
¡Quién no estará suspenso al acabarla,
O quién no temerá de renovarla!

JUGURTA. ¿Quién, Cipión? Quien tiene la ventura
Y el valor nunca visto, que en ti encierras,
Pues con ella y con él está segura
La victoria y el triunfo destas guerras.

CIPIÓN. El esfuerzo regido con cordura
Allana al suelo las más altas sierras,
Y la fuerza feroz de loca mano,
Áspero vuelve lo que está más llano;
Mas no hay que reprimir, á lo que veo,
La furia del ejército presente,
Que, olvidado de gloria y de trofeo,
Yace embebido en la lascivia ardiente.
Esto sólo pretendo, esto deseo;
Volver á nuevo trato á nuestra gente;
Que enmendado primero el que es amigo,
Sujetaré más presto al enemigo.—
¿Mario?

Sale GAYO MARIO

MARIO. ¿Señor?
CIPIÓN. Haz que á noticia venga
De todo nuestro ejército, en un punto,
Que sin que estorbo alguno le detenga,
Parezca en este sitio todo junto,
Porque una breve plática ó arenga
Les quiero hacer.
MARIO. Harélo en este punto.
CIPIÓN. Camina, porque es bien que sepan todos
Mis nuevas trazas y sus viejos modos.

Vase GAYO MARIO

JUGURTA. Séte decir, señor, que no hay soldado
Que no te tema juntàmente y te ame;
Y porque ese valor tuyo extremado
De Antártico á Calixto se derrame,
Cada cual con feroz ánimo osado,
Cuando la trompa á la ocasión le llame,
Piensa de hacer en tu servicio cosas
Que pasen las hazañas fabulosas.
CIPIÓN. Primero es menester que se refrene
El vicio que entre todos se derrama;
Que si éste no se quita, en nada tiene
Con ellos que hacer la buena fama;
Si este daño común no se previene,
Y se deja arraigar su ardiente llama,
El vicio solo puede hacernos guerra
Más que los enemigos desta tierra.

Dentro se echa este bando, habiendo primero tocado á recoger el tambor.

Manda nuestro General
Que se recojan, armados,

Luego todos los soldados
En la plaza principal,
Y que ninguno no quede
De parecer á esta vista,
So pena que de la lista
Al punto borrado quede.

UGURTA. No dudo yo, señor, sino que importa
Regir con duro freno la milicia,
Y que se dé al soldado rienda corta
Cuando él se precipita en la injusticia:
La fuerza del ejército se acorta
Cuando va sin arrimo de justicia,
Aunque más le acompañen á montones
Mil pintadas banderas y escuadrones.

A este punto han de entrar los más soldados que pudieren, y GAYO MARIO, armados á la antigua, sin arcabuces, y CIPIÓN se sube sobre una peñuela que está en el tablado, y mirando á los soldados, dice:

CIPIÓN. En el fiero ademán, en los lozanos
Marciales aderezos y vistosos,
Bien os conozco, amigos, por romanos:
Romanos, digo, fuertes y animosos;
Mas en las blancas delicadas manos
Y en las teces de rostros tan lustrosos
Allá en Bretaña parecéis criados,
Y de padres flamencos engendrados.
El general descuido vuestro, amigos,
El no mirar por lo que tanto os toca.
Levanta los caídos enemigos,
Y vuestro esfuerzo y opinión apoca;
Desta ciudad los muros son testigos,
Que aun hoy están cual bien fundada roca,
De vuestras perezosas fuerzas vanas,

Que sólo el nombre tienen de romanas.
¿Paréceos, hijos, que es gentil hazaña
Que tiemble del romano nombre el mundo,
Y que vosotros solos en España
Le aniquiléis y echéis en el profundo?
¿Qué flojedad es ésta tan extraña?
¿Qué flojedad? Si mal yo no me fundo,
Es flojedad nacida de pereza,
Enemiga mortal de fortaleza.
La blanda Venus con el duro Marte
Jamás hacen durable ayuntamiento:
Ella regalos sigue, él sigue el arte
Que incita á daños, y á furor sangriento.
La cipria diosa estése agora aparte,
Deje su hijo nuestro alojamiento;
Que mal se aloja en las marciales tiendas
Quien gusta de banquetes y meriendas.
¿Pensáis que solo atierra la muralla
El arïete de ferrada punta,
Y que sólo atropella la batalla
La multitud de gentes y armas junta?
Si el esfuerzo y cordura no se halla,
Que todo lo previene y lo barrunta,
Poco aprovechan muchos escuadrones,
Y menos infinitas municiones.
Si á militar concierto se reduce
Cualquier pequeño ejército que sea,
Veréis que como sol claro reluce
Y alcanza las victorias que desea;
Pero si á flojedad él se conduce,
Aunque abreviado el mundo en él se vea,
En un momento quedará deshecho
Por más reglada mano y fuerte pecho.
Avergüénceos, varones esforzados,

Ver que á nuestro pesar, con arrogancia
Tan pocos españoles y encerrados
Defiendan este nido de Numancia.
Diez y seis años son, y más, pasados,
Que mantienen la guerra, y la jactancia
De haber vencido con feroces manos
Millares de millares de romanos.
Vosotros os vencéis, que estáis vencidos
Del bajo antojo femenil liviano,
Con Venus y con Baco entretenidos,
Sin que á las armas extendáis la mano.
Córraos agora, si no estáis corridos,
De ver que este pequeño pueblo hispano
Contra el poder romano se defienda,
Y cuando más rendido, más ofenda.
De nuestro campo quiero en todo caso
Que salgan las infames meretrices,
Que de ser reducidos á este paso
Ellas solas han sido las raíces.
Para beber no quede más de un vaso,
Y los lechos un tiempo ya felices
Llenos de concubinas, se deshagan,
Y de fajina y en el suelo se hagan.
No me huela el soldado á otros olores
Que al olor de la pez y de resina,
Ni por gulosidad de los sabores
Traiga aparato alguno de cocina:
Que el que busca en la guerra estos primores,
Muy mal podrá sufrir la coracina:
No quiero otro primor ni otra fragancia
En tanto que español viva en Numancia.
No os parezca, varones, escabroso
Ni duro este mi justo mandamiento,
Que al fin conoceréis ser provechoso,

Caando aquél consigáis de vuestro intento.
Bien sé se os ha de hacer dificultoso
Dar á vuestras costumbres nuevo asiento;
Mas si no las mudáis, estará firme
La guerra, que esta afrenta más confirme.
En blandas camas, entre juego y vino
Hállase mal el trabajoso Marte;
Otro aparejo busca, otro camino,
Otros brazos levantan su estandarte;
Cada cual se fabrica su destino;
No tiene aquí fortuna alguna parte;
La pereza fortuna baja cría,
La diligencia, imperio y monarquía.
Estoy con todo esto tan seguro
De que al fin mostraréis que sois romanos,
Que tengo en nada el defendido muro
Destos rebeldes bárbaros hispanos,
Y así os prometo por mi diestra y juro
Que si igualáis al ánimo las manos,
Que las mías se alarguen en pagaros,
Y mi lengua también en alabaros.

Míranse los soldados unos á otros, y hacen señas á uno de ellos, GAYO MARIO, que responda por todos, y así dice:

MARIO. Si con atentos ojos has mirado,
Ínclito general, en los semblantes
Que á tus breves razones han mostrado
Los que tienes ahora circunstantes,
Cuál habréis visto sin color, turbado,
Y cuál con ella; indicios bien bastantes
De que el temor y la vergüenza á una
Les aflige, molesta é importuna:
Vergüenza de mirarse reducidos
Á términos tan bajos por su culpa,

Que viendo ser por ti reprehendidos,
No saben á su falta dar disculpa;
Temor de tantos yerros cometidos,
Y la torpe pereza, que nos culpa,
Los tiene de tal modo, que se holgaran
Antes morir que en esto se hallaran.
Pero el lugar y tiempo que les queda,
Para mostrar alguna recompensa,
Es causa que con menos fuerza pueda
Fatigar el rigor de tal ofensa;
De hoy más con presta voluntad y leda
El más mínimo de éstos cuida y piensa
De ofrecer sin revés á tu servicio
La hacienda, vida y honra en sacrificio.
Admite, pues, de sus intentos sanos
El justo ofrecimiento, señor mío,
Y considera al fin que son romanos,
En quien nunca faltó del todo el brío.—
Vosotros, levantad las diestras manos
En señas que aprobáis el voto mío.

VAR. SOL. Todo lo que aquí has dicho confirmamos,
Y lo juramos todos.

TODOS. Sí, juramos.

CIPIÓN. Pues arrimada á tal ofrecimiento
Crecerá desde hoy más mi confianza,
Creciendo en vuestros pechos ardimiento,
Y del viejo vivir nueva mudanza;
Vuestras promesas no se lleve el viento;
Hacedlas verdaderas con la lanza;
Que las mías saldrán tan verdaderas,
Cuanto fuere el valor de vuestras veras.

UN SOL. Dos numantinos con seguro vienen
Á darte, Cipïón, una embajada.

CIPIÓN. ¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen?

SOLDADO. Esperan que licencia les sea dada.
CIPIÓN. Si son embajadores, ya la tienen.
SOLDADO. Embajadores son.
CIPIÓN. Dales entrada:
Que aunque descubra cierto ó falso pecho
El enemigo, siempre es de provecho.
Jamás la falsedad vino cubierta
Tanto con la verdad, que no mostrase
Algún pequeño indicio, alguna puerta
Por donde su maldad se investigase;
Oir al enemigo es cosa cierta
Que siempre aprovechó, antes que dañase,
Y en las cosas de guerra la experiencia
Muestra que lo que digo es cierta ciencia.

Entran dos embajadores numantinos.

EMB. 1.º Si nos das, buen señor, grata licencia
De decir la embajada que traemos,
Do estamos, ó ante sola tu presencia,
Todo á lo que venimos te diremos.
CIPIÓN. Decid; que á donde quiera doy audiencia.
EMB. 1.º Pues con ese seguro que tenemos,
De tu rëal grandeza concedido,
Daré principio á lo que soy venido.
Numancia, de quien soy ciudadano,
Ínclito General, á ti me envía
Como al más fuerte Cipïón romano,
Que ha cubierto la noche, visto el día,
Á pedirte, señor, la amiga mano
En señal de que cesa la porfía
Tan trabada y cruel de tantos años,
Que ha causado sus propios y tus daños.
Dice que nunca de la ley y fueros
Del romano senado se apartara,

Si el insufrible mando y desafueros
De un cónsul y otro no la fatigara;
Ellos con duros estatutos fieros
Y con su estrecha condición avara
Pusieron tan gran yugo á nuestros cuellos,
Que forzados salimos dél y dellos,
Y en todo el largo tiempo que ha durado
Entre ambas partes la contienda, es cierto
Que ningún general hemos hallado
Con quien poder tratar de algún concierto.
Empero agora, que ha querido el hado
Reducir nuestra nave á tan buen puerto,
Las velas de la guerra recogemos,
Y á cualquiera partido nos ponemos.
Y no imagines que temor nos lleva
Á pedirte las paces con instancia;
Pues la larga experiencia ha dado prueba
Del poder valeroso de Numancia:
Tu virtud y valor es quien nos ceba,
Y nos declara que será ganancia
Mayor de cuantas desear podremos
Si por señor y amigo te tenemos.
Á esto ha sido la venida nuestra;
Respóndenos, señor, lo que te place.

CIPIÓN. Tarde de arrepentiros dais la muestra,
Poco vuestra amistad me satisface;
De nuevo ejercitad la fuerte diestra.
Que quiero ver lo que la mía hace,
Ya que ha puesto en ella la ventura
La gloria mía, y vuestra desventura.
Á desvergüenza de tan largos años
Es poca recompensa pedir paces;
Seguid la guerra, renovad los daños,
Salgan de nuevo las valientes haces.

EMB. 2.° La falsa confianza mil engaños
Consigo trae. Advierte lo que haces,
Señor, que esa arrogancia que nos muestras,
Renovará el valor en nuestras diestras;
Y pues niegas la paz, que con buen celo
Te ha sido por nosotros demandada,
De hoy más la causa nuestra con el cielo
Quedará por mejor calificada;
Y antes que pises de Numancia el suelo,
Probarás dó se extiende la indignada
Furia de aquel que siéndote enemigo,
Quiere ser vasallo y fiel amigo.

CIPIÓN. ¿Tenéis más que decir?

EMB. 1.° No: mas tenemos
Que hacer, pues tú, señor, así lo quieres,
Sin querer la amistad que te ofrecemos,
Correspondiendo mal á ser quien eres.
Pero entonces verás lo que podemos,
Cuando nos muestres tú lo que pudieres;
Que es una cosa razonar de paces,
Y otra romper por las armadas haces.

CIPIÓN. Verdad dices; y así, para mostraros
Si sé tratar en paz y obrar en guerra,
No quiero por amigos aceptaros,
Ni lo seré jamás de vuestra tierra;
Y con esto, podéis luego tornaros.

EMB. 2.° ¿Que en esto tu querer, señor, se encierra?

CIPIÓN. Ya he dicho que sí.

EMB. 2.° Pues sús al hecho;
Que guerras ama el numantino pecho.

Sálense los embajadores, y QUINTO FABIO, hermano de CIPIÓN, dice:

FABIO. El descuido pasado nuestro ha sido

El que os hace hablar de aquesa suerte;
Mas ya ha llegado el tiempo, ya es venido,
Do veréis nuestra gloria y vuestra muerte

CIPIÓN. El vano blasonar no es admitido
De pecho valeroso, honrado y fuerte;
Templa las amenazas, Fabio, y calla,
Y tu valor descubre en la batalla;
Aunque yo pienso hacer que el numantino
Nunca á las manos con nosotros venga,
Buscando de vencerle tal camino,
Que más á mi provecho le convenga;
Yo haré que baje el brío y pierda el tino,
Y que en sí mesmo su furor detenga.
Pienso de un hondo foso rodeallos,
Y por hambre insufrible sujetallos:
No quiero ya que sangre de romanos
Colore más el suelo desta tierra;
Basta la que han vertido estos hispanos
En tan larga, reñida y cruda guerra;
Ejercítense agora vuestras manos
En romper y cavar la dura tierra,
Y cúbranse de polvo los amigos
Que no lo están de sangre de enemigos:
No quede deste oficio reservado
Ninguno que le tenga preminente;
Trabaje el decurión como el soldado,
Y no se muestre en esto diferente;
Yo mismo tomaré el hierro pesado,
Y romperé la tierra fácilmente;
Haced todos cual yo, y veréis que hago
Tal obra con que á todos satisfago.

FABIO. Valeroso señor y hermano mío,
Bien nos muestras en esto tu cordura,
Pues fuera conocido desvarío

Y temeraria muestra de locura,
Pelear contra el loco airado brío
Destos desesperados sin ventura;
Mejor será encerrallos, como dices,
Y quitarles al brío las raíces.
Bien puede la ciudad toda cercarse,
Sino es la parte por do el río la baña.

CIPIÓN. Vamos, y venga luego á efectüarse
Esta mi nueva poco usada hazaña,
Y si en nuestro favor quiere mostrarse
El cielo, quedará sujeta España
Al senado romano, solamente
Con vencer la soberbia desta gente.

Sale una doncella coronada con unas torres, y trae un castillo en la mano, la cual significa ESPAÑA, y dice:

ESPAÑA. Alto, sereno, y espacioso cielo,
Que con tus influencias enriqueces
La parte que es mayor deste mi suelo,
Y sobre muchos otros le engrandeces:
Muévate á compasión mi amargo dûelo,
Y pues al afligido favoreces,
Favoréceme á mí en ansia tamaña,
Que soy la sola desdichada España.
Bástete ya que un tiempo me tuviste
Todos mis fuertes miembros abrasados,
Y al sol por mi entrañas descubriste
El reino escuro de los condenados.
A mil tiranos, mil riquezas diste;
A fenicios y griegos entregados
Mis reinos fueron, porque tu has querido,
Ó porque mi maldad lo ha merecido.
¿Será posible que contino sea
Esclava de naciones extranjeras,

Y que un pequeño tiempo yo no vea
De libertad, tendidas mis banderas?
Con justísimo título se emplea
En mí el rigor de tantas penas fieras,
Pues mis famosos hijos y valientes
Andan entre sí mesmos diferentes.
Jamás en su provecho concertaron
Los divididos ánimos briosos,
Antes entonces más los apartaron
Cuando se vieron más menesterosos;
Y ansí con sus discordias convidaron
Los bárbaros de pechos codiciosos
A venir y entregarse en mis riquezas,
Usando en mí y en ellos mil cruezas.
Sola Numancia es la que sola ha sido
Quien la luciente espada sacó fuera,
Y á costa de su sangre ha mantenido
La amada libertad suya primera.
Mas ¡ay! que veo el término cumplido
Y llegada la hora postrimera,
Do acabará su vida y no su fama,
Cual Fénix, renovándose en la llama.
Estos tan muchos tímidos romanos,
Que buscan de vencer cien mil caminos,
Rehuyen de venir más á las manos
Con los pocos valientes numantinos.
¡Oh, si saliesen sus intentos vanos,
Y fuesen sus quimeras desatinos,
Y esta pequeña tierra de Numancia,
Sacase de su pérdida ganancia!
Mas ¡ay! que el enemigo la ha cercado
No sólo con las armas contrapuestas
Al flaco muro suyo, mas ha obrado
Con diligencia extraña y manos prestas,

Que un foso por la margen trincheado
Rodea la ciudad por llano y cuestas:
Sola la parte por do el río se extiende,
De este ardid nunca visto se defiende.
Ansí están encogidos y encerrados
Los tristes numantinos en sus muros;
Ni ellos pueden salir ni ser entrados,
Y están de los asaltos bien seguros;
Pero en solo mirar que están privados
De ejercitar sus fuertes brazos duros,
Con horrendos acentos y feroces
La guerra piden ó la muerte á voces.
Y pues sola la parte por do corre
Y toca á la ciudad el ancho Duero,
Es aquella que ayuda y que socorre
En algo al numantino prisionero,
Antes que alguna máquina ó gran torre
En sus aguas se funde, rogar quiero
Al caudaloso conocido río,
En lo que puede ayude al pueblo mío.—
Duero gentil, que con torcidas vueltas
Humedeces gran parte de mi seno,
Ansí en tus aguas siempre veas envueltas
Arenas de oro, cual el Tajo ameno,
Y ansí las ninfas fugitivas sueltas,
De que está el verde prado y bosque lleno,
Vengan humildes á tus aguas claras,
Y en prestarte favor no sean avaras,
Que prestes á mis ásperos lamentos
Atento oído, ó que ha escucharlos vengas,
Y aunque dejes un rato tus contentos,
Suplícote que en nada te detengas.
Si tú, con tus continuos crecimientos,
Destos fieros romanos no me vengas,

Cerrado veo ya cualquier camino
A la salud del pueblo numantino.

Sale el RÍO DUERO con otros muchachos, vestidos de río como él, que son tres riachuelos que entran en el DUERO.

DUERO. Madre y querida España, rato había
Que hirieron mis oídos tus querellas,
Y si en salir acá me detenía
Fué por no poder dar remedio á ellas.
El fatal, miserable, y triste día
Según el disponer de las estrellas,
Se llega de Numancia, y cierto temo
Que no hay dar medio á su dolor extremo.
Con Orvïón, Minuesa y también Tera,
Cuyas aguas las mías acrecientan,
He llenado mi seno en tal manera,
Que los usados márgenes revientan;
Mas sin temor de mi veloz carrera,
Cual si fuera un arroyo, veo que intentan
De hacer lo que tú, España, nunca veas,
Sobre mis aguas, torres y trincheas.
Mas ya que el revolver del duro hado
Tenga el último fin estatuído
Deste tu pueblo numantino amado,
Pues á términos tales ha venido,
Un consuelo le queda en este estado:
Que no podrán las sombras del olvido
Escurecer el sol de sus hazañas,
En toda edad temidas por extrañas.
Y puesto que el feroz romano tiende
El paso agora por tu fértil suelo,
Y que te oprime aquí, y allí te ofende
Con arrogante y ambicioso celo,
Tiempo vendrá, según que ansí lo entiende

El saber que á Proteo ha dado el cielo,
Que esos romanos sean oprimidos
Por los que agora tienen abatidos.
De remotas naciones venir veo
Gentes que habitarán tu dulce seno
Después que, como quiere tu deseo,
Habrán á los romanos puesto freno:
Godos serán, que con vistoso arreo,
Dejando de su fama el mundo lleno,
Vendrán á recogerse en tus entrañas,
Dando de nuevo vida á sus hazañas.
Estas injurias vengará la mano
Del fiero Atíla en tiempos venideros,
Poniendo al pueblo tan feroz romano
Sujeto á obedecer todos sus fueros;
Y portillos abriendo en Vaticano.
Tus bravos hijos, y otros extranjeros,
Harán que para huir vuelva la planta
El gran piloto de la nave santa.
Y también vendrá tiempo en que se mire
Estar blandiendo el español cuchillo
Sobre el cuello romano, y que respire
Sólo por la bondad de su caudillo.
El grande Albano hará que se retire
El español ejército, sencillo,
No de valor, sino de poca gente,
Que iguala al mayor número en valiente.
Y cuando fuere ya más conocido
El propio Hacedor de tierra y cielo,
Aquel que ha de quedar estatuído
Por visorrey de Dios en todo el suelo
A tus reyes dará tal apellido,
Cual viere que más cuadra con su celo:
Católicos serán llamados todos,

Sucesión digna de los fuertes godos.
Pero el que más levantará la mano
En honra tuya y general contento,
Haciendo que el valor del nombre hispano
Tenga entre todos el mejor asiento,
Un rey será, de cuyo intento sano
Grandes cosas me muestra el pensamiento:
Será llamado, siendo suyo el mundo,
El Segundo Filipo sin segundo.
Debajo deste imperio tan dichoso
Serán á una corona reducidos,
Por bien universal y tu reposo,
Tres reinos hasta entonces divididos:
El girón Lusitano tan famoso,
Que un tiempo se cortó de los vestidos
De la ilustre Castilla, ha de zurcirse
De nuevo, y á su estado antiguo unirse.
¡Qué envidia y que temor, España amada.
Te tendrán las naciones extranjeras,
En quien tú teñirás tu aguda espada
Y tenderás triunfando tus banderas!
Sírvate esto de alivio en la pesada
Ocasión por quien lloras tan de veras,
Pues no puede faltar lo que ordenado
Ya tiene de Numancia el duro hado.

ESPAÑA. Tus razones alivio han dado en parte,
Famoso Duero, á las pasiones mías,
Sólo porque imagino que no hay parte
De engaño alguno en estas profecías.

DUERO. Bien puedes deso, España, asegurarte,
Puesto que tarden tan dichosos días;
Y adiós, porque me esperan ya mis ninfas;

ESPAÑA. El cielo aumente tus sabrosas linfas.

JORNADA SEGUNDA

TEOGENES y CORABINO, con otros cuatro numantinos, gobernadores de Numancia, y MARQUINO, hechicero, y un CUERPO MUERTO, que saldrá á su tiempo. Siéntanse á consejo.

TEOG. Paréceme, varones esforzados,
Que en nuestros daños con rigor influyen
Los tristes signos y contrarios hados,
Pues nuestra fuerza y maña disminuyen.
Tiénennos los romanos encerrados,
Y con cobardes mañas nos destruyen;
Ni con matar muriendo no hay vengarnos,
Ni podemos sin alas escaparnos.
Y no sólo á vencernos se despiertan
Los que habemos vencido veces tantas,
Que también españoles se conciertan
Con ellos á segar nuestras gargantas.
Tan gran maldad los cielos no consientan;
Los rayos hieran las ligeras plantas
Que se mueven en daño del amigo,
Favoreciendo al pérfido enemigo.
Mirad si imagináis algún remedio
Para salir de tanta desventura,
Porque este largo y trabajoso asedio
Sólo promete presta sepultura:
El ancho foso nos estorba el medio
De probar con las armas la ventura,
Aunque á veces valientes, fuertes brazos,
Rompen mil contrapuestos embarazos.

CORAB. ¡Á Júpiter pluguiera soberano
Que nuestra juventud sola se viera
Con todo el bravo ejército romano
Á donde el brazo rodear pudiera!
Que allí el valor de la española mano
La mesma muerte poco estorbo fuera
Para dejar de abrir ancho camino
Á la salud del pueblo numantino.
Mas, pues en tales términos nos vemos,
Que estamos como damas encerrados,
Hagamos todo cuanto hacer podremos
Para mostrar los ánimos osados:
Á nuestros enemigos convidemos
Á singular batalla, que cansados
De este cerco tan largo, ser podría
Quisiesen acabarle por tal vía.
Y cuando este remedio no suceda
Á la justa medida del deseo,
Otro camino de intentar nos queda,
Aunque más trabajoso á lo que creo:
Este foso y muralla que nos veda
El paso al enemigo que allí veo,
En un tropel de noche le rompamos,
Y por ayuda á los amigos vamos.

NUM. 1.º Ó sea por el foso ó por la muerte,
De abrir tenemos paso á nuestra vida;
Que es dolor insufrible el de la muerte,
Si llega cuando mas vive la vida.
Remedio á las miserias es la muerte,
Si se acrecientan ellas con la vida,
Y suele tanto más ser excelente
Cuanto se muere más honradamente.

NUM. 2.º ¿Con qué más honra pueden apartarse
De nuestros cuerpos estas almas nuestras,

Que en las romanas armas arrojarse,
Y en su daño mover las fuertes diestras?
En la ciudad podrá muy bien quedarse
Quien guste de cobarde dar las muestras;
Que yo mi gusto pongo en quedar muerto
En el cerrado foso ó campo abierto.

NUM. 3.º Esta insufrible hambre macilenta,
Que tanto nos persigue y nos rodea,
Hace que en vuestro parecer consienta,
Puesto que temerario y duro sea,
Muriendo, excusaremos tanta afrenta;
Mas quien morir de hambre no desea,
Arrójese conmigo al foso, y haga
Camino á su remedio con la daga.

NUM. 4.º Primero que vengáis al trance duro
Desta resolución que habéis tomado,
Paréceme ser bien, que desde el muro
Nuestro fiero enemigo sea avisado,
Diciéndole que dé campo seguro
Á un numantino y otro su soldado,
Y que la muerte de uno sea sentencia
Que acabe nuestra antigua diferencia.

Son los romanos tan soberbia gente,
Que luego aceptarán este partido,
Y si lo aceptan, creo firmemente
Que nuestro amargo daño ha fenecido,
Pues está Corabino aquí presente,
Cuyo valor me tiene persuadido
Que él solo contra tres bravos romanos
Quitará la victoria de las manos.

También será acertado, que Marquino,
Pues es un agorero tan famoso,
Mire qué estrella, qué planeta ó sino
Nos amenaza muerte, ó fin honroso,

Y si puede hallar algún camino
Que nos pueda mostrar si del dudoso
Cerco cruel do estamos oprimidos,
Saldremos vencedores ó vencidos.
También primero encargo que se haga
Á Júpiter solene sacrificio,
De quien podremos esperar la paga
Harto mayor que nuestro beneficio;
Cúrese luego la profunda llaga
Del arraigado acostumbrado vicio;
Quizá con esto mudará de intento
El hado esquivo y nos dará contento.
Para morir jamás le falta tiempo
Al que quiere morir desesperado;
Siempre seremos á sazón y á tiempo
Para mostrar, muriendo, el pecho osado;
Mas porque no se pase en balde el tiempo,
Mirad si os cuadra lo que aquí he ordenado,
Y si no os pareciere, dad un modo
Que mejor venga, y que convenga á todo.

MARQ. Esa razón que muestran tus razones,
Es aprobada del intento mío;
Háganse sacrificios y oblaciones,
Y póngase en efeto el desafío;
Que yo no perderé las ocasiones
De mostrar de mi ciencia el poderío;
Yo sacaré del hondo centro oscuro
Quien nos declare el bien ó el mal futuro.

TEOG. Yo desde aquí me ofrezco, si os parece
Que puede de mi esfuerzo algo fiarse,
De salir á este duelo que se ofrece,
Si por ventura viene á efectüarse.

CORAB. Más honra tu valor raro merece;
Bien pueden de tu esfuerzo confiarse,

Más difíciles cosas y mayores,
Por ser el que es mejor de los mejores;
Y pues tú ocupas el lugar primero
De la honra y valor con causa justa,
Yo, que en todo me cuento por postrero,
Quiero ser heraldo desta justa.

NUM. 1.º Pues yo con todo el pueblo me prefiero
Hacer de lo que Júpiter mas gusta,
Que son los sacrificios y oraciones,
Si van con enmendados corazones.

NUM. 2.º Vámonos, y con presta diligencia
Hagamos cuanto aquí propuesto habemos
Antes que la pestífera dolencia
De la hambre nos ponga en los extremos.

NUM. 3.º Si tiene el cielo dada la sentencia
De que en este rigor fiero acabemos,
Revóquela, si acaso lo merece
La justa enmienda que Numancia ofrece.

Salen primero dos soldados numantinos, MORANDRO y LEONCIO.

LEONCIO. Morandro, amigo, ¿á do vas,
Ó hacia do mueves el pie?

MORAN. Si yo mismo no lo sé,
Tampoco tú lo sabrás.

LEONCIO. ¿Cómo te saca de seso
Tu amoroso pensamiento?

MORAN. Antes después que lo siento
Tengo más razón y peso.

LEONCIO. Eso ya está averiguado
Que el que sirviere al amor,
Ha de ser, por su dolor,
Con razón muy más pesado.

MORAN. De malicia ó de agudeza

No escapa lo que dijiste.

LEONCIO. Tú mi agudeza entendiste,
Mas yo entiendo tu simpleza.

MORAN. ¡Qué! ¿Soy simple en querer bien?

LEONCIO. Sí, si el querer no se mide,
Como la razón lo pide,
Con cuándo, cómo, y á quién.

MORAN. ¿Reglas quies poner á amor?

LEONCIO. La razón puede ponellas.

MORAN. Razonables serán ellas,
Mas no de mucho primor.

LEONCIO. En la amorosa porfía,
Á razón no hay conocella.

MORAN. Amor no va contra ella,
Aunque de ella se desvía.

LEONCIO. ¿No es ya contra la razón,
Siendo tú tan buen soldado,
Andar tan enamorado
En esta estrecha ocasión?
Al tiempo que del dios Marte
Has de pedir el furor,
¿Te entretienes con amor,
Que mil blanduras reparte?
Ves la patria consumida
Y de enemigos cercada,
¿Y tu memoria turbada
Por amor, de ella se olvida?

MORAN. En ira mi pecho se arde
Por verte hablar sin cordura:
¿Hizo el amor, por ventura,
Á ningún pecho cobarde?
¿Dejo yo la centinela
Por ir donde está mi dama,
Ó estoy durmiento en la cama

Cuando mi capitán vela?
  ¿Hasme tú visto faltar
De lo que debo á mi oficio,
Por algún regalo ó vicio,
Ni menos por bien amar?
  Y si nada me has hallado
De que deba dar disculpa,
¿Por qué me das tanta culpa
De que sea enamorado?
  Y si de conversación
Me ves que ando siempre ajeno,
Mete la mano en tu seno,
Verás si tengo razón.
  ¿No sabes los muchos años
Que tras Lira ando perdido?
¿No sabes que era venido
El fin de mis tristes daños,
  Porque su padre ordenaba
De dármela por mujer,
Y que Lira su querer
Con el mío concertaba?
  También sabes que llegó
En tan dulce coyuntura
Esta fuerte guerra dura,
Por quien mi gloria cesó.
  Dilatóse el casamiento
Hasta acabar esta guerra,
Porque no está nuestra tierra
Para fiestas y contento.
  Mira cuán poca esperanza
Puedo tener de mi gloria,
Pues está nuestra victoria
Toda en la enemiga lanza.
  De la hambre fatigados,

Sin medio de algún remedio,
Tal muralla y foso en medio,
Pocos, y esos encerrados.—
Pues, como veo llevar
Mis esperanzas del viento,
Ando triste y descontento
Ansí cual me ves andar.

LEONCIO. Sosiega, Morandro, el pecho;
Vuelve al brío que tenías;
Quizá por ocultas vías
Se ordena nuestro provecho;
Que Júpiter soberano
Nos descubrirá camino,
Por do el pueblo numantino
Quede libre del romano;
Y en dulce paz y sosiego
De tu esposa gozarás,
Y las llamas templarás
Deste tu amoroso fuego;
Que para tener propicio
Al gran Júpiter tonante,
Hoy Numancia en este instante,
Le quiere hacer sacrificio.
Ya el pueblo viene y se muestra
Con las víctimas é incienso.
¡Oh Júpiter, padre inmenso!
Mira la miseria nuestra!

Han de salir agora dos numantinos, vestidos como sacerdotes antiguos, y traen asido de los cuernos en medio de entrambos un carnero grande, coronado de oliva ó hiedra y otras flores, y un paje con una fuente de plata y una toalla al hombro; otro con un jarro de plata lleno de agua; otro con otro lleno de vino; otro con otro plato de plata con un poco de incienso; otro con fuego y leña; otro que ponga una mesa con un tapete, donde se ponga todo esto, y salgan en esta escena

todos los que hubiere en la comedia en hábito de numantinos, y luego DOS SACERDOTES, y dejando uno el carnero de la mano, diga el SACERDOTE 1.º:

SAC. 1.º Señales ciertas de dolores ciertos
Se me han presentado en el camino,
Y los canos cabellos tengo yertos.
SAC. 2.º Si acaso yo no soy mal adevino,
Nunca con bien saldremos desta impresa.
¡Ay desdichado pueblo numantino!
SAC. 1.º Hagamos nuestro oficio con la priesa
Que nos incitan los agüeros tristes.
SAC. 2.º Poned, amigos, hacia aquí esa mesa;
El vino, incienso y agua, que trujistes,
Ponedlo encima, y apartaos afuera,
Y arrepentíos de cuanto mal hicestes;
Que la oblación mejor y la primera
Que se debe ofrecer al alto cielo,
Es el alma limpia y voluntad sincera.
SAC. 1.º El fuego no le hagáis, vos, en el suelo;
Que aquí viene brasero para ello;
Que ansí lo pide el religioso celo.
SAC. 2.º Lavaos la manos y limpiaos el cuello.
SAC. 1.º Dad acá el agua; el fuego ¿no se enciende?
UNO. No hay quien pueda, señores, encendello.
SAC. 2.º ¡Oh Júpiter! ¿Qué es esto que pretende
De hacer en nuestro daño el hado esquivo?
¿Cómo el fuego en la tea no se enciende?
UNO. Ya parece, señor, que está algo vivo.
SAC. 1.º Quítate afuera, ¡oh flaca llama escura,
Que dolor en mirarte ansí, recibo!
¿No miras cómo el humo se apresura
Á caminar al lado del Poniente,
Y la amarilla llama, mal sigura,
Sus puntas encamina hacia el Oriente?

Desdichada señal, señal notoria
Que nuestro mal y daño está presente.

SAC. 2.° Aunque lleven romanos la victoria
De nuestra muerte, en humo ha de tornarse
Y en llamas vivas nuestra muerte y gloria.

SAC. 1.° Pues debe con el vino rocïarse
El sacro fuego, dad acá ese vino,
Y el incienso también que ha de quemarse.

Rocian el fuego, y á la redonda, con el vino, y luego ponen el incienso en el fuego, y dice SACERDOTE 2.°:

SAC. 2.° Al bien del triste pueblo numantino
Endereza, ¡oh gran Júpiter! la fuerza
Propicia, del contrario amargo sino.

SAC. 1.° Ansí como este ardiente fuego fuerza
Á que en humo se vaya el sacro incienso,
Ansí se haga al enemigo fuerza,
Para que en humo eterno, Padre inmenso,
Todo su bien, toda su gloria vaya,
Ansí como tú puedes y yo pienso.

SAC. 2.° Tengan los cielos su poder á raya,
Ansí como esta víctima tenemos,
Y lo que ella ha de haber, él también haya.

SAC. 1.° Mal responde el agüero, mal podremos
Ofrecer esperanza al pueblo triste,
Para salir del mal que poseemos.

Hágase ruido debajo del tablado con un barril lleno de piedras, y dispárese un cohete volador.

SAC. 2.° ¿No oyes un ruido, amigo? ¿Ya no viste
El rayo ardiente que pasó volando?
Presagio verdadero desto fuiste.

SAC. 1.° Turbado estoy, de miedo estoy temblando.
¡Oh qué señales en el aire veo!
¡Qué amargo fin nos van pronosticando!

¿No ves un escuadrón airado y feo
De unas águilas fieras, que pelean
Con otras aves en marcial rodeo?

SAC. 2.º Sólo su esfuerzo y su rigor emplean
En encerrar las aves en un cabo,
Y con astucia y arte las rodean.

SAC. 1.º Tal señal vitupero y no la alabo,
Águilas imperiales vencedoras.
Tú verás de Numancia presto el cabo.

SAC. 2.º Águilas, de gran mal anunciadoras,
Partíos; que ya el agüero vuestro entiendo,
Ya el efecto; contadas son las horas.

SAC. 1.º Con todo, el sacrificio hacer pretendo
Desta inocente víctima, guardada
Para aplacar el dios del rostro horrendo.—
¡Oh gran Plutón, á quien por suerte dada
Le fué la habitación del reino obscuro,
Y el mando en la infernal triste morada!
Ansí vivas en paz, cierto y seguro
De que la hija de la sacra Ceres
Corresponde á tu amor con amor puro,
Que en todo aquello que en provecho vieres
Venir del pueblo triste que te invoca,
Lo allegues, cual se espera de quien eres;
Atapa la profunda escura boca
Por do salen las tres fieras hermanas
Á hacernos el daño que nos toca,
Y sean de dañarnos tan livianas

(Quite algunos pelos al carnero y échelos al aire.)

Sus intenciones, que las lleve el viento;
Y ansí como yo baño y ensangriento
Este cuchillo en esta sangre pura,
Con alma limpia y limpio pensamiento,

Ansí la tierra de Numancia dura
Se bañe con la sangre de romanos,
Y aun les sirva también de sepultura.

Aquí ha de salir por los huecos del tablado UN DEMONIO hasta el medio cuerpo, y ha de arrebatar el carnero, y meterle dentro, y tornar luego á salir, y derramar y esparcir el fuego, y todos los sacrificios.

Mas ¡quién me ha arrebatado de las manos
La víctima! ¿Qué es esto, dioses santos?
¿Qué prodigios son estos tan insanos?
¿No os han enternecido ya los llantos
Deste pueblo lloroso y afligido,
Ni la sagrada voz de nuestros cantos?

SAC. 2.º Antes creo que se han endurecido,
Cual se puede inferir de las señales
Tan fieras como aquí han acontecido;
Nuestros vivos remedios son mortales,
Toda es nuestra pereza diligencia,
Y los bienes ajenos nuestros males.

UNO DEL P. En fin, dado han los cielos la sentencia
De nuestro fin amargo y miserable;
No nos quiere valer ya su clemencia.

OTRO. Lloremos, pues, en son tan lamentable
Nuestra desdicha, que en la edad postrera
Dél y de nuestro esfuerzo siempre se hable.
Marquino haga la experiencia entera
De todo su saber, y sepa cuanto
Nos promete del mal la lastimera
Suerte, que ha vuelto nuestra risa en llanto.

Éntranse todos, y quedan solos MORANDRO y LEONCIO.

MORAN. Leoncio, ¿qué te parece?
¿Tendrán remedio mis males

Con estas buenas señales
Que aquí el cielo nos ofrece?
¿Tendrá fin mi desventura
Cuando se acabe la guerra,
Que será cuando la tierra
Me sirva de sepultura?

LEONCIO. Morandro, al que es buen soldado
Agüeros no le dan pena,
Que pone la suerte buena
En el ánimo esforzado;
Y esas vanas apariencias
Nunca le turban el tino;
Su brazo es su estrella y sino,
Su valor sus influencias;
Pero si quieres creer
En este notorio engaño,
Aun quedan, si no me engaño,
Experiencias más que hacer,
Que Marquino las hará
Las mejores de su ciencia,
Y el fin de nuestra dolencia
Ser bueno ó malo sabrá.
Paréceme que le veo;
¡En qué extraño traje viene!

MORAN. Quien con feos se entretiene,
No es mucho que venga feo.
¿Será acertado seguirle?

LEONCIO. Acertado me parece,
Por si acaso se le ofrece
Algo en que poder servirle.

Aquí sale MARQUINO con una ropa negra de bocací ancha, y una cabellera negra, y los pies descalzos, y en la cinta traerá, de modo que se le vean, tres redomillas llenas de agua: la una negra, la otra teñida con azafrán y la otra

clara; y en la una mano una lanza barnizada de negro, y en la otra un libro; y viene MILVIO con él, y así como entran, se ponen á un lado LEONCIO y MORANDRO.

MARQ. ¿Do dices, Milvio, que está el joven triste?
MILVIO. En esta sepultura está enterrado.
MARQ. No yerres el lugar do le pusiste.
MILVIO. No, que con esta piedra señalado
Dejé el lugar adonde el mozo tierno
Fué con lágrimas tiernas sepultado.
MARQ. ¿De qué murió?
MILVIO. Murió de mal gobierno:
La flaca hambre le acabó la vida,
Peste cruel, salida del infierno.
MARQ. En fin, ¿que dices, que ninguna herida
Le cortó el hilo del vital aliento,
Ni fué cáncer, ni llaga su homicida?
Esto te digo, porque hace al cuento
De mi saber, que esté este cuerpo entero,
Organizado todo y en su asiento.
MILVIO. Habrá tres horas que lo di el postrero
Reposo, y le entregué á la sepultura,
Y de hambre murió, como refiero.
MARQ. Está muy bien, y es buena coyuntura
La que me ofrecen los propicios sinos
Para invocar de la región obscura
Los feroces espíritus malinos;
Presta atentos oídos á mis versos,
Fiero Plutón, que en la región obscura
Entre ministros de ánimos perversos
Te cupo de reinar suerte y ventura;
Haz, aunque sean de tu gusto adversos,
Cumplidos mis deseos, y en la dura
Ocasión que te invoco no te tardes
Ni á ser más oprimido de mí aguardes.

Quiero que al cuerpo que aquí está ente-
Vuelvas el alma que le daba vida, [rrado
Aunque el fiero Carón del otro lado
La tenga en la ribera denegrida,
Y aunque en las tres gargantas del airado
Cerbero esté penada y escondida,
Salga, y torné á la luz del mundo nuestro,
Que luego tornará al obscuro vuestro;
Y pues ha de salir, salga informada
Del fin que ha de tener guerra tan cruda,
Y desto no me encubra ó calle nada,
Ni me deje confuso y con más duda;
La plática desta alma desdichada,
De toda ambigüidad libre y desnuda
Tiene de ser; Invíala; ¿qué esperas?
¿Esperas á que hable con más veras?
¿No revolvéis la piedra, desleales?
Decid, ministros falsos: ¿qué os detiene?
¿Cómo? ¿No me habéis dado ya señales
De que hacéis lo que digo y me conviene?
¿Buscáis, con deteneros, vuestros males,
Ó gustáis de que yo al momento ordene
De poner en efecto los conjuros
Que ablandan vuestros fieros pechos duros?
Ea, pues, vil canalla, mentirosa,
Aparejaos á duro sentimiento,
Pues sabéis que mi voz es poderosa
De doblaros la rabia y el tormento.
Dime, traidor esposo de la esposa
Que seis meses del año á su contento
Está sin ti, haciéndote cornudo,
¿Porqué á mis peticiones estás mudo?
Este hierro, bañado en agua clara,
Que al suelo no tocó en el mes de Mayo,

Herirá en esta piedra, y hará clara
Y patente la fuerza deste ensayo.

Con el agua de la redoma clara baña el hierro de la lanza, y luego hiere en la tabla, y debajo, ó suéltense cohetes, ó hágase el rumor con el barril de piedras.

Ya parece, canalla, que á la clara
Dais muestras de que os toma cruel desmayo.
¿Qué rumores son éstos? Ea, malvados,
Que al fin venís, aunque venís forzados.
Levantad esta piedra, fementidos,
Y descubridme el cuerpo que aquí yace.
¿Qué es esto? ¿qué tardáis? ¿á dó sois idos?
¿Cómo mi mando al punto no se hace?
¿No os curáis de amenazas, descreídos?
Pues no esperéis que mas os amenace;
Esta agua negra del Estigio lago
Dará á vuestra tardanza presto el pago.
Agua de la fatal negra laguna,
Cogida en triste noche, obscura y negra,
Por el poder que en ti junto se auna
Á quien otro poder ninguno quiebra,
Ni otra fuerza diabólica importuna,
Y á quien la primer forma de culebra
Tomó, conjuro, apremio, pido y mando
Que venga á obedecerme aquí volando.

Rocía con el agua la sepultura, y ábrese.

¡Oh mal logrado mozo! Sal ya fuera,
Y vuelve á ver el sol claro y sereno;
Deja aquella región do no se espera
En ella un día sosegado y bueno;
Dame, pues puedes, relación entera
De lo que has visto en el profundo seno;
Digo, de aquello á que mandado eres,

Y más, si al caso toca, y tú pudieres.

Sale el CUERPO AMORTAJADO, con un rostro de máscara descolorido, como de muerto, y va saliendo poco á poco, y saliendo, déjase caer en el teatro sin mover pie ni mano hasta su tiempo.

¿Qué esto? ¿No respondes? ¿No revives?
¿Otra vez has gustado de la muerte?
Pues yo haré que con tu pena avives,
Y tengas el hablar á buena suerte;
Pues eres de los nuestros, no te esquives
De hablarme y responderme, mira, advierte
Que si callas, haré que con tu mengua
Sueltes la atada y encogida lengua.—

Rocía el cuerpo con el agua amarilla, y luego le azota con un azote.

Espíritus malinos, ¿no aprovecha?
Pues esperad, saldrá el agua encantada
Que hará mi voluntad tan satisfecha,
Cuanto es la vuestra pérfida y dañada;
Y aunque esta carne fuera polvos hecha,
Siendo con este azote castigada,
Cobrará nueva, aunque ligera vida,
Del áspero rigor suyo oprimida.

Menéase y estremécese el cuerpo á este punto.

Alma rebelde, vuelve al aposento
Que pocas horas ha desocupaste.
EL CUER. Cese la furia del rigor violento
Tuyo, Marquino, baste, triste, baste
La que yo paso en la región obscura,
Sin que tú crezcas más mi desventura.
Engáñaste si piensas que recibo
Contento de volver á esta penosa,
Mísera y corta vida que ahora vivo,

Que ya me va faltando presurosa;
Antes me causas un dolor esquivo,
Pues otra vez la muerte rigurosa
Triunfará de mi vida y de mi alma;
Mi enemigo tendrá doblada palma.
El cual, con otros del obscuro bando,
De los que son sujetos á guardarte,
Está con rabia en torno aquí esperando
Á que acabe, Marquino, de informarte
Del lamentable fin, del mal nefando
Que de Numancia puedo asegurarte;
La cual acabará á las mismas manos
De los que son á ella más cercanos.
No llevarán romanos la victoria
De la fuerte Numancia, ni ella menos
Tendrá del enemigo triunfo ó gloria,
Amigos y enemigos, siendo buenos;
No entiendas que de paz habrá memoria,
Que rabia albergan sus contrarios senos,
El amigo cuchillo el homicida
De Numancia será, y será su vida,

Arrójase en la sepultura y dice:

Y quédate, Marquino; que los hados
No me conceden más hablar contigo;
Y aunque mis dichos tengas por trocados,
Al fin saldrá verdad lo que te digo.

MARQ. ¡Oh tristes signos, signos desdichados!
Si esto ha de suceder del pueblo amigo,
Primero que mirar tal desventura,
Mi vida acabe en esta sepultura.

Arrójase en la sepultura.

MORAND. Mira, Leoncio, si ves

Por do yo pueda decir
Que no me haya de salír
Todo mi gusto al revés.
De toda nuestra ventura
Cerrado está ya el camino;
Si no, dígalo Marquino,
El muerto y la sepultura.

LEONCIO. Que todas son ilusiones,
Quimeras y fantasías,
Agüeros y hechicerías,
Diabólicas invenciones.
No muestres que tienes poca
Ciencia en creer desconciertos;
Que poco cuidan los muertos
De lo que á los vivos toca.

MILVIO. Nunca Marquino hiciera
Desatino tan estraño,
Si nuestro futuro daño
Como presente no viera;
Avisemos este caso
Al pueblo, que está mortal;
Mas para dar nueva tal,
¿Quién podrá mover el paso?

JORNADA TERCERA

CIPIÓN, JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPIÓN. En forma estoy contento en mirar como
Corresponde á mi gusto la ventura,
Y esta libre nación soberbia domo
Sin fuerzas, solamente con cordura.
En viendo la ocasión, luego la tomo,
Porque sé que si corre y se apresura,
Y si se pasa en cosas de la guerra,
El crédito consume y vida atierra.
Juzgábades á loco desvarío
Tener los enemigos encerrados,
Y que era mengua del romano brío
No vencerlos con modos más usados;
Bien sé que lo habrán dicho, mas yo fío
Que los que fueren prácticos soldados
Dirán que es de tener en mayor cuenta
La victoria que menos es sangrienta.
¿Qué gloria puede haber más levantada
En las cosas de guerra que aquí digo,
Que sin quitar de su lugar la espada
Vencer y sujetar al enemigo?
Que cuando la victoria es granjeada
Con la sangre vertida del amigo,
El gusto mengua que causar pudiera
La que sin sangre tal, ganada fuera.

Aquí ha de sonar una trompeta desde el muro de Numancia.

FABIO. Oye, señor, que de Numancia suena
El son de una trompeta, y me asiguro
Que decirte algo desde allá se ordena,
Pues el salir de acá lo estorba el muro.
Corabino se ha puesto en una almena,
Y una señal ha hecho de seguro:
Lleguémonos más cerca.

CIPIÓN. Sea, lleguemos.

MARIO. No más: que desde aquí le entenderemos.

Pónese CORABINO encima de la muralla con bandera blanca puesta en una lanza.

CORAB. Romanos, ¡ah romanos! ¿Puede acaso
Ser de vosotros esta voz oída?

MARIO. Puesto que más la bajes, y hables paso,
Cualquiera tu razón será entendida.

CORAB. Decid al general. que acerque el paso
Al foso, porque viene dirigida
Á él una embajada.

CIPIÓN. Dila presto,
Que yo soy Cipión.

CORAB. Escucha el resto.
Dice Numancia, general prudente,
Que consideres bien que ha muchos años
Que entre la nuestra y tu romana gente
Duran los males de la guerra extraños,
Y que por evitar que no se aumente
La dura pestilencia destos daños,
Quiere, si tú quisieres, acaballa,
Con una breve y singular batalla.
Un soldado se ofrece de los nuestros
Á combatir, cerrado en estacada,

Con cualquier esforzado de los vuestros,
Por acabar contienda tan pesada;
Y si los hados fueren tan siniestros,
Que el uno quede sin la vida amada,
Si fuere el nuestro, darse ha la tierra;
Si el tuyo fuere, acábese la guerra:
Y por seguridad déste concierto,
Daremos á tu gusto los rehenes.
Bien sé que en él vendrás, porque estás cierto
De los soldados que á tu cargo tienes,
Y sabes que el menor, en campo abierto
Hará sudar el pecho, el rostro y sienes
Al más aventajado de Numancia;
Ansí que está segura tu ganancia.
Respóndeme, señor, si estás en ello,
Porque á la ejecución se venga luego.

CIPIÓN. Donaire es lo que dices, risa, juego,
Y loco el que pensase de hacello.
Usad el medio del humilde ruego,
Si queréis que se escape vuestro cuello
De probar el rigor y filos diestros
Del romano cuchillo y brazos nuestros.
La fiera que en la jaula está encerrada
Por su selvatiquez y fuerza dura,
Si puede allí con maña ser domada
Y con el tiempo y medios de cordura,
Quien la dejase ir libre y desatada
Daría grandes muestras de locura.
Bestias sois, y por tales encerrados
Os tengo donde habéis de ser domados.
Mía será Numancia, á pesar vuestro,
Sin que me cueste un mínimo soldado,
Y el que tenéis vosotros por más diestro
Rompa por ese foso trincheado,

Y si en esto os parece que yo muestro
Un poco mi valor acobardado,
El viento lleve agora esta vergüenza,
Y vuélvale la fama cuando os venza.

Vanse CIPIÓN y los suyos.

CORAB. ¿No escuchas más, cobarde? ¿Ya te escondes?
¿Enfádate la igual justa batalla?
Mal con tu nombradía correspondes,
Mal podrás deste modo sustentalla.
En fin, como cobarde me respondes:
Cobardes sois, romanos, vil canalla,
En vuestra muchedumbre confiados,
Y no en los diestros brazos levantados.
Pérfidos, desleales, fementidos,
Crueles, revoltosos y tiranos,
Ingratos, codiciosos, mal nacidos,
Pertinaces, feroces y villanos,
Adúlteros, infames, conocidos
Por de industriosas, mas cobardes manos;
¿Qué gloria alcanzaréis en darnos muerte
Teniéndonos atados desta suerte?
En cerrado escuadrón, ó manga suelta
En la campaña rasa, do no pueda
Estorbar la mortal fiera revuelta
El ancho foso y muro que la veda,
Fuera bien que sin dar el pie la vuelta
Y sin tener jamás la espada queda
Ese ejército mucho bravo vuestro,
Se viera con el poco flaco nuestro.
Mas, como siempre estáis acostumbrados
Á vencer con ventajas y con mañas,
Estos conciertos, en valor fundados,
No los admiten bien vuestras marañas,

Liebres en pieles fieras disfrazados,
Load y engrandeced vuestras hazañas;
Que espero en el gran Júpiter de veros
Sujetos á Numancia y á sus fueros.

Bájase, y torna á salir luego con todos los Numantinos que salieron en el principio de la segunda jornada, excepto MARQUINO, que se arrojó en la sepultura, y sale también MORANDRO.

TEOG. En términos nos tiene nuestra suerte,
Dulces amigos, que será ventura
Acabar nuestros daños con la muerte;
Por nuestro mal, por nuestra desventura,
Vistes del sacrificio el triste agüero,
Y á Marquino tragar la sepultura;
El desafío no ha importado un cero;
De intentar qué nos queda, no lo siento,
Si no es acelerar el fin postrero.
Esta noche se muestre el ardimiento
Del numantino acelerado pecho,
Y póngase por obra nuestro intento:
El enemigo muro sea deshecho;
Salgamos á morir á la campaña,
Y no, como cobardes, en estrecho.
Bien sé que sólo sirve esta hazaña
De que á nuestro morir se mude el modo,
Que con ella la muerte se acompaña.

CORAB. Con ese parecer yo me acomodo;
Morir quiero rompiendo el fuerte muro,
Y deshacelle por mi mano todo.
Mas tiéneme una cosa mal seguro:
Que si nuestras mujeres saben esto,
De que no haremos nada os aseguro.
Cuando otra vez tuvimos presupuesto
De salir y dejallas, cada uno

Fiado en su caballo y brazo diestro,
Ellas, que el trato á ellas importuno
Supieron, al momento nos robaron
Los frenos, sin dejarnos sólo uno.
Entonces el salir nos estorbaron,
Y ansí lo harán agora fácilmente,
Si las lágrimas muestran que mostraron.

MORAN. Nuestro disinio á todas es patente,
Todas lo saben; ya no queda alguna
Que no se queja dello amargamente,
Y dicen que en la buena ó ruin fortuna
Quieren en vida y muerte acompañarnos,
Aunque su compañía es importuna.

Aquí entran cuatro ó más mujeres de Numancia, y con ellas LIRA. Las mujeres traen unas figuras de niños en los brazos y otros de las manos, excepto LIRA, que no trae ninguno.

Veislas aquí do vienen á rogaros
No las dejéis en tantos embarazos;
Aunque seáis de acero, han de ablandaros.
Los tiernos hijos vuestros en los brazos
Las tristes traen: ¡no veis con qué señales
De amor les dan los últimos abrazos!

MUJER 1.ª Dulces señores nuestros, si en los males
Hasta aquí de Numancia padecidos,
Que son menores los que son mortales,
Y en los bienes también que ya son idos,
Siempre mostramos ser mujeres vuestras,
Y vosotros también nuestros maridos,
¿Por qué en las ocasiones tan siniestras
Que el cielo airado agora nos ofrece,
Nos dais de aquel amor tan cortas muestras?
Hemos sabido, y claro se parece
Que en las romanas armas arrojaros

Queréis, pues su rigor menos empece,
Que no la hambre de que veis cercaros,
De cuyas flacas manos desabridas
Por imposible tengo el escaparos.
Peleando queréis dejar las vidas
Y dejarnos también desamparadas,
A deshonras y muertes ofrecidas.
Nuestro cuello ofreced á las espadas
Vuestras primero, que es mejor partido
Que vernos de enemigos deshonradas.
Yo tengo en mi intención estatuído
Que si puedo, haré cuanto en mí fuere
Por morir do muriere mi marido,
Y esto mesmo hará la que quisiere
Mostrar que no los miedos de la muerte
Le estorban, de querer á quien bien quiere
En buena, ó mala, en dulce, ó amarga suerte.

OTRA. ¿Qué pensáis, varones claros?
¿Revolvéis aun todavía
En la triste fantasía
De dejarnos y ausentaros?
¿Queréis dejar por ventura
A la romana arrogancia
Las vírgenes de Numancia
Para mayor desventura?
¿Y á los libres hijos nuestros
Queréis esclavos dejallos?
¿No será mejor ahogallos
Con los propios brazos vuestros?
¿Queréis hartar el deseo
De la romana codicia,
Y que triunfe su injusticia
De nuestro justo trofeo?
¿Serán por ajenas manos

Nuestras casas derribadas?
Y las bodas esperadas
¿Hanlas de gozar romanos?
En salir haréis error,
Que acarrea cien mil yerros,
Porque dejáis sin los perros
El ganado, y sin señor.
Si al foso queréis salir,
Llevadnos en tal salida,
Porque tendremos por vida
Á vuestros lados morir.
No apresuréis el camino
Al morir, porque su estambre
Cuidado tiene la hambre
De cercenarla contino.

OTRA. Hijos déstas tristes madres,
¿Qué es esto? ¿Cómo no habláis
Y con lágrimas rogáis
Que no os dejen vuestros padres?
Baste que la hambre insana
Os acabe con dolor,
Sin esperar el rigor
De la aspereza romana.
Decildes que os engendraron
Libres, y libres nacistes,
Y que vuestras madres tristes
También libres os criaron.
Decildes que pues la suerte
Nuestra va tan de caída,
Que, como os dieron la vida,
Ansímismo os den la muerte;—
¡Oh, muros desta ciudad!
Si podéis hablar, decid,
Y mil veces repetid:

«¡Numantinos, libertad!»—
Los templos, las casas nuestras,
Levantadas en concordia,
Os piden misericordia
Hijos y mujeres vuestras.
Ablandad, claros varones,
Esos pechos diamantinos,
Y mostrad, cual numantinos,
Amorosos corazones;
Que no por romper el muro
Remediáis un mal tamaño;
Antes en ello está el daño
Más propincuo y más seguro.

LIRA. También las tiernas doncellas
Ponen en vuestra defensa
El remedio de su ofensa,
Y el alivio á sus querellas;
No dejéis tan ricos robos
Á las codiciosas manos;
Mirad que son los romanos
Hambrientos y fieros lobos.
Desesperación notoria
Es ésta que hacer queréis,
Adonde sólo hallaréis
Breve muerte y larga gloria.
Mas, ya que salga mejor
Que yo pienso, esta hazaña,
¿Qué ciudad hay en España
Que quiera daros favor?
Mi pobre ingenio os advierte
Que si hacéis esta salida,
Al enemigo dais vida,
Y á toda Numancia muerte.
De vuestro acuerdo gentil

Los romanos burlarán;
Porque, decidme, ¿qué harán
Tres mil contra ochenta mil?
Aunque estuviesen abiertos
Los muros y sin defensa,
Seríades con ofensa
Mal vengados y bien muertos.
Mejor es que la ventura
Del daño que el cielo ordene
O nos salve, ó nos condene,
Dé la vida ó sepultura.

TEOG. Limpiad los ojos húmidos del llanto,
Mujeres tiernas, y tené entendido
Que vuestra angustia la sentimos tanto,
Que responde al amor nuestro subido;
Ora crezca el dolor, ora el quebranto,
Sea por nuestro bien diminuído,
Jamás en vida ó muerte os dejaremos,
Antes en muerte y vida os serviremos.
Pensábamos salir al foso ciertos
Antes de allí morir que de escaparnos,
Pues fuera quedar vivos aunque muertos,
Si muriendo pudiéramos vengarnos;
Mas, pues nuestros disinios descubiertos
Han sido, y es locura aventurarnos,
Amados hijos y mujeres nuestras,
Nuestras vidas serán de hoy más las vuestras.
Sólo se ha de mirar que el enemigo
No alcance de nosotros triunfo y gloria;
Antes ha de servir él de testigo
Que apruebe y eternice nuestra historia;
Y si todos venís en lo que digo,
Mil siglos durará nuestra memoria,
Y es, que no quede cosa aquí en Numancia

De do el contrario pueda haber ganancia.
En medio de la plaza se haga un fuego,
En cuya ardiente llama licenciosa
Nuestras riquezas todas se echen luego,
Desde la pobre á la más rica cosa;
Y esto podéis tener á dulce juego,
Cuando os declare la intención honrosa
Que se ha de efectüar, después que sea
Abrasada cualquier rica presea.
Y para entretener por alguna hora
La hambre, que ya roe nuestros huesos,
Haréis descuartizar luego á la hora
Esos tristes romanos que están presos,
Y sin del chico al grande hacer mejora,
Repártanse entre todos, que con esos
Será nuestra comida celebrada
Por extraña, cruel, necesitada.
Amigos, ¿qué os parece? ¿Estáis en esto?

COR. Digo que á mí me tiene satisfecho,
Y que á la ejecución se venga presto
De tan extraño y tan honroso hecho.

TEOG. Pues yo de mi intención os diré el resto.
Después que sea lo que digo hecho,
Vamos á ser ministros todos luego
De encender el ardiente y rico fuego.

MUJ. 1.ª Nosotras desde aquí ya comenzamos
A dar con voluntad nuestros arreos,
Y la vida á las vuestras entregamos
Como se han entregado los deseos.

LIRA. Ea, pues, caminemos, vamos, vamos,
Y abrásense en un punto los trofeos
Que pudieran hacer ricas las manos,
Y aun hartar la codicia de romanos.

Vanse todos, y al salir MORANDRO, ase á LIRA por el brazo y detiénela.

MORAN. No vayas tan de corrida,
Lira; dejame gozar
Del bien que me puede dar
En la muerte alegre vida:
Deja que miren mis ojos
Un rato tu hermosura,
Pues tanto mi desventura
Se entretiene en mis enojos.
¡Oh dulce Lira, que sueñas
Contino en mi fantasía
Con tan süave armonía
Que vuelve en gloria mis penas!
¿Qué tienes? ¿qué estás pensando,
Gloria de mi pensamiento?

LIRA. Pienso como mi contento
Y el tuyo se va acabando,
Y no será su homicida
El cerco de nuestra tierra;
Que primero que la guerra,
Se me acabará la vida.

MORAN. ¿Qué dices, bien de mi alma?

LIRA. Que me tiene tal la hambre,
Que de mi vital estambre
Llevará presto la palma.
¿Qué talamo has de esperar
De quien está en tal extremo,
Que te aseguro que temo
Antes de un hora expirar?
Mi hermano ayer expiró
De la hambre fatigado,
Y mi madre ya ha acabado,
Que la hambre le acabó.

Y si la hambre y su fuerza
No ha rendido mi salud,
Es porque la juventud
Contra su rigor se esfuerza;
Pero, como ha tantos días
Que no le hago defensa,
No pueden contra su ofensa
Las débiles fuerzas mías.

MORAN. Enjuga, Lira, los ojos,
Deja que los tristes míos
Se vuelvan corrientes ríos,
Nacidos de tus enojos;
Y aunque la hambre ofendida
Te tenga tan sin compás,
De hambre no morirás
Mientras yo tuviere vida.
Yo me ofrezco de saltar
El foso y el muro fuerte,
Y entrar por la misma muerte
Para la tuya excusar.
El pan que el romano toca
Sin que el temor me destruya,
Lo quitaré de la suya
Para ponerlo en tu boca.
Con mi brazo haré carrera
Á tu vida y á mi muerte,
Porque más me mata el verte,
Señora, desa manera.
Yo te traeré de comer
Á pesar de los romanos,
Si ya son estas mis manos
Las mismas que solían ser.

LIRA. Hablas como enamorado,
Morandro, pero no es justo

Que yo tome el gusto al gusto
Con tu peligro comprado.
Poco podrá sustentarme
Cualquier robo que harás,
Aunque más cierto hallarás
El perderte que ganarme.
Goza de tu mocedad
En fresca edad y crecida;
Que más importa tu vida
Que la mía, á la ciudad.
Tú podrás bien defendella
De la enemiga asechanza,
Que no la flaca pujanza
Desta tan triste doncella.
Ansí que, mi dulce amor,
Despide ese pensamiento;
Que yo no quiero sustento
Ganado con tu sudor.
Que aunque puedas alargar
Mi muerte por algún día,
Esta hambre que porfía,
En fin, nos ha de acabar.

MORAN. En vano trabajas, Lira,
De impidirme este camino,
Do mi voluntad y sino
Allá me convida y tira.
Tú rogarás entretanto
Á los dioses que me vuelvan
Con despojos que resuelvan
Tu miseria y mi quebranto.

LIRA. Morandro, mi dulce amigo,
No vayas; que se me antoja
Que de tu sangre veo roja
La espada del enemigo.

No hagas esta jornada,
Morandro, bien de mi vida;
Que si es mala la salida,
Es muy peor la tornada.
Si quiero aplacar tu brío,
Por testigo pongo al cielo;
Que de mi daño recelo
Y no del provecho mío;
Mas si acaso, amado amigo,
Prosigues esta contienda,
Lleva este abrazo por prenda
De que me llevas contigo.

MORAN. Lira, el cielo te acompañe;
Vete, que á Leoncio veo.

LIRA. Y á ti te cumpla el deseo,
Y en ninguna parte dañe.

LEONCIO ha de estar escuchando todo lo que ha pasado entre su amigo MORANDRO y LIRA.

LEONCIO. Terrible ofrecimiento es el que has hecho,
Y en él, Morandro, se nos muestra claro
Que no hay cobarde enamorado pecho,
Aunque de tu virtud y valor raro
Debe más esperarse; más yo temo
Que nuestro hado infeliz se muestre avaro.
He estado atento al miserable extremo
En que te ha dicho Lira que se halla,
Indigno, cierto, á su valor supremo;
Y que tú has prometido de libralla
Deste presente daño, y arrojarte
En las armas romanas á batalla.
Yo quiero, buen amigo, acompañarte,
Y en empresa tan justa y tan forzosa
Con mis pequeñas fuerzas ayudarte.

MORAN. ¡Oh mitad de mi alma! ¡oh venturosa
Amistad, no en trabajos dividida,
Ni en la ocasión más próspera y dichosa!
Goza, Leoncio, de la dulce vida,
Quédate en la ciudad; que yo no quiero
Ser de tus verdes años homicida:
Yo solo tengo de ir, yo solo espero
Volver con los despojos merecidos
Á mi inviolable fe y amor sincero.

LEONCIO. Pues ya tienes, Morandro, conocidos
Mis deseos, que en buena ó mala suerte
Al sabor de los tuyos van medidos.
Sabrás que no los miedos de la muerte
De ti me apartarán un solo punto,
Ni otra cosa, si la hay, que sea más fuerte.
Contigo tengo de ir, contigo junto
He de volver, si ya el cielo no ordena
Que quede en tu defensa allá difunto.

MORAN. ¡Quédate, amigo!, queda en hora buena,
Porque si yo acabare aquí la vida
En esta empresa de peligro llena,
Tú puedas á mi madre dolorida
Consolar en el trance riguroso,
Y á la esposa de mí tanto querida.

LEONCIO. Cierto que estás, amigo, muy donoso
En pensar que, tú muerto, quedaría
Yo con tal quïetud y tal reposo,
Que de consuelo alguno serviría
Á la doliente madre y triste esposa:
Pues en la tuya está la muerte mía,
Seguirte tengo en la ocasión dudosa;
Mira cómo ha de ser, Morandro amigo,
Y en el quedarme no me hables cosa.

MORAN. Pues no puedo estorbarte el ir conmigo,

En el silencio de la noche obscura
Tenemos de asaltar al enemigo.
Lleva ligeras armas; que ventura
Es la que ha de ayudar al alto intento,
Que no la malla entretejida y dura;
Lleva ansimismo puesto el pensamiento
En robar y traer á buen recado
Lo que pudieres más de bastimento.

LEONCIO. Vamos, que no saldré de tu mandado.

DOS NUMANTINOS.

NUM. 1.º Derrama, ¡oh dulce hermano!, por los ojos
El alma, en llanto amargo convertida;
Venga la muerte y lleve los despojos
De nuestra miserable y triste vida.

NUM. 2.º Bien poco durarán estos enojos;
Que ya la muerte viene apercebida
Para llevar en presto y breve vuelo
A cuantos pisan de Numancia el suelo.
Principios veo que prometen presto
Amargo fin á nuestra dulce tierra,
Sin que tengan cuidado de hacer esto
Los contrarios ministros de la guerra:
Nosotros mismos, á quien ya es molesto
Y enfadoso el vivir que nos atierra,
Hemos dado sentencia irrevocable
De nuestra muerte, aunque cruel, loable
En la plaza mayor ya levantada
Queda una ardiente cudiciosa hoguera,
Que de nuestras riquezas ministrada,
Sus llamas sube hasta la cuarta esfera.
Allí con triste priesa acelerada
Y con mortal y tímida carrera
Acuden todos, como á santa ofrenda,

Á sustentar sus llamas con su hacienda.
Allí la perla del rosado Oriente,
Y el oro en mil vasijas fabricado,
Y el diamante y rubí más excelente,
Y la extremada púrpura y brocado
En medio del rigor fogoso ardiente
De la encendida llama es arrojado:
Despojos do pudieran los romanos
Henchir los senos y ocupar las manos.

Aquí salen algunos cargados de ropa, y entran por una puerta y salen por otra.

Vuelve al triste espectáculo la vista;
Verás con cuánta priesa y cuánta gana
Toda Numancia en numerosa lista
Aguija á sustentar la llama insana;
Y no con verde leño y seca arista,
No con materia al consumir liviana,
Sino con sus haciendas mal gozadas,
Pues se ganaron para ser quemadas.

NUM. 1.º Si con esto acabara nuestro daño,
Pudiéramos llevallo con paciencia;
Mas ¡ay!, que se ha de dar, si no me engaño
De que muramos todos, cruel sentencia.
Primero que el vigor bárbaro extraño
Muestre en nuestras gargantas su inclemen-
[cia,
Verdugos de nosotros nuestras manos
Serán, y no los pérfidos romanos.
Han acordado que no quede alguna
Mujer, niño ni viejo con la vida,
Pues al fin la cruel hambre importuna
Con más fiero rigor es su homicida.
Mas ves allí do asoma, hermano, una

Que como sabes, fué de mí querida
Un tiempo, con extremo tal de amores,
Cual es el que ella tiene de dolores.

Sale una mujer con una criatura en los brazos, y otra de la mano.

MADRE. ¡Oh duro vivir molesto!
¡Terrible y triste agonía!
HIJO. Madre ¿por ventura habría
Quién nos diese pan por esto?
MADRE. ¡Pan, hijo!, ni aun otra cosa
Que semeje de comer.
HIJO. Pues ¿tengo de perecer
De dura hambre rabiosa?
Con poco pan que me déis,
Madre, no os pediré más.
MADRE. Hijo, ¡qué penas me das!
HIJO. Pues ¡qué, madre! ¿no queréis?
MADRE. Sí quiero; mas ¿qué haré
Que no sé donde buscallo?
HIJO. Bien podéis, madre, comprallo;
Si no, yo lo compraré;
Mas, por quitarme de afán,
Si alguno conmigo topa,
Le daré toda esta ropa
Por un mendrugo de pan.
MADRE. ¡Qué mamas, triste criatura!
¿No sientes que á mi despecho,
Sacas ya del flaco pecho
Por leche, la sangre pura?
Lleva la carne á pedazos,
Y procura de hartarte;
Que no pueden más llevarte
Mis flojos, cansados brazos.

Hijos del ánima mía,
¿Con qué os podré sustentar,
Si apenas tengo qué os dar
De la propia carne mía?
¡Oh hambre terrible y fuerte!
¡Cómo me acabas la vida!
¡Oh guerra, sólo venida
Para causarme la muerte!

HIJO. Madre mía, que me fino;
Aguijemos á do vamos,
Que parece que alargamos
La hambre con el camino.

MADRE. Hijo, cerca está la casa
Adonde echaremos luego
En mitad del vivo fuego
El peso que te embaraza.

(Éntranse.)

JORNADA CUARTA

Tócase á la arma con gran priesa, y á este rumor salen CIPIÓN con JUGURTA y GAYO MARIO.

CIPIÓN. ¿Qué es esto, capitanes? ¿Quién nos toca?
¿Al arma en tal sazón? ¿Es por ventura
Alguna gente desmandada y loca,
Que viene á procurar su sepultura?
Ó no sea algún motín el que provoca
Tocar al arma en recia coyuntura:
Que tan seguro estoy del enemigo,
Que tengo más temor al que es amigo.

Sale QUINTO FABIO con la espada desnuda, y dice:

FABIO. Sosiega el pecho, General prudente,
Que ya desta arma la ocasión se sabe,
Puesto que ha sido á costa de tu gente,
De aquella en quien más brio ó fuerza cabe.
Dos numantinos con soberbia fuerte,
Cuyo valor será razón se alabe,
Saltando el ancho foso y la muralla,
Han movido á tu campo cruel batalla.
A las primeras guardias invistieron,
Y en medio de mil lanzas se arrojaron,
Y con tal furia y rabia arremetieron,
Que libre paso al campo les dejaron;
Las tiendas de Fabricio acometieron.
Allí su fuerza y su valor mostraron

De modo, que en un punto seis soldados
Fueron de agudas puntas traspasados.
No con tanta presteza el rayo ardiente
Pasa, rompiendo el aire en presto vuelo,
Ni tanto la cometa reluciente
Se muestra ir presurosa por el cielo,
Como estos dos por medio de tu gente
Pasaron, colorando el duro suelo
Con la sangre romana que sacaban
Sus espadas do quiera que llegaban.
Queda Fabricio traspasado el pecho,
Abierta la cabeza tiene Horacio,
Olmida ya perdió el brazo derecho,
Y de vivir le queda poco espacio.
Fuéle ansí mismo poco de provecho
La ligereza al valeroso Estacio,
Pues el correr al numantino fuerte
Fué abreviar el camino de su muerte.
Con presta ligereza discurriendo
Iban de tienda en tienda, hasta que hallaron
Un poco de bizcocho, el cual cogieron;
El paso, y no el furor, atrás tornaron;
El uno dellos se escapó huyendo,
Al otro mil espadas le acabaron,
Por donde infiero que la hambre ha sido
Quien les dió atrevimiento tan subido.

CIPIÓN. Si estando deshambridos y encerrados
Muestran tan demasiado atrevimiento,
¿Qué hicieran siendo libres, y enterados
En sus fuerzas primeras y ardimiento?
Indómitos, al fin seréis domados,
Porque contra el furor vuestro violento
Se tiene de poner la industria nuestra,
Que de domar soberbios es maestra.

Éntrase CIPIÓN y los suyos, y luego tócase al arma en la ciudad, y al rumor sale MORANDRO herido y lleno de sangre, con una cestilla blanca en el brazo izquierdo con algún poco de bizcocho ensangrentado, y dice:

MORAN. ¿No vienes, Leoncio? di;
¿Qué es esto, mi dulce amigo?
Si tú no vienes conmigo,
¿Cómo vengo yo sin ti?
Amigo, ¿qué? ¿te has quedado?
Amigo, ¿qué? ¿te quedaste?
No eres tú el que me dejaste,
Sino yo el que te ha dejado.
¡Qué es posible que ya dan
Tus carnes despedazadas
Señales averiguadas
De lo que cuesta este pan!
Y ¿es posible que la herida
Que á ti te dejó difunto
En aqueste instante y punto
No me quitó á mí la vida?
No quiso el hado cruel
Acabarme en paso tal,
Por hacerme á mi más mal,
Y hacerte á ti más bien.
Tú, en fin, llevarás la palma
De más verdadero amigo,
Yo á disculparme contigo
Enviaré bien presto el alma;
Y tan presto, que el afán
Á morir me llama y tira,
En dando á mi dulce Lira
Este tan amargo pan:
Pan ganado de enemigos;
Pero no ha sido ganado,

Sino con sangre comprado
De dos sin ventura amigos.

Sale LIRA con alguna ropa, como que la lleva á quemar, y dice:

LIRA. ¿Qué es esto que ven mis ojos?
MORAN. Lo que presto no verán,
Según la priesa se dan
De acabarme mis enojos.
Ves aquí, Lira, cumplida
Mi palabra y mis porfías
De que tú no morirías
Mientras yo tuviese vida.
Y aun podré mejor decir
Que presto vendrás á ver
Que á ti sobrará el comer,
Y á mí faltará el vivir.
LIRA. ¿Qué dices, Morandro amado?
MORAN. Lira, que acortes la hambre,
Entretanto que la estambre
De mi vida corta el hado.
Pero mi sangre vertida,
Y con este pan mezclada,
Te ha de dar, mi dulce amada,
Triste y amarga comida.
Ves aquí el pan que guardaban
Ochenta mil enemigos,
Que cuesta de dos amigos
Las vidas que más amaban.
Y porque lo entiendas cierto
Y cuánto tu amor merezco,
Ya yo, señora, perezco,
Y Leoncio ya está muerto.
Mi voluntad sana y justa

Recíbela con amor,
Que es la comida mejor
Y de que el alma más gusta.
Y pues en tormenta y calma
Siempre has sido mi señora,
Recibe este cuerpo agora
Como recibiste el alma.

Cáese muerto y cógele en las faldas LIRA.

LIRA. Morandro, dulce bien mío,
¿Qué sentís, ó que tenéis?
¿Cómo tan presto perdéis
Vuestro acostumbrado brío?
Mas ¡ay triste sin ventura
Que ya está muerto mi esposo!
¡Oh caso el más lastimoso
Que se vió en la desventura!
¿Quién os hizo, dulce amado,
Con valor tan excelente,
Enamorado valiente
Y soldado desdichado?
Hicistes una salida,
Esposo mío, de suerte,
Que por excusar mi muerte
Me habéis quitado la vida.
¡Oh pan, de la sangre lleno
Que por mí se derramó!
No te tengo en cuenta yo
De pan, sino de veneno.
No te llegaré á mi boca
Por poderme sustentar,
Si ya no es para besar
Esta sangre que te toca.

Á este punto ha de entrar un muchacho hablando desmayadamente, el cual es HERMANO de LIRA.

HERM. Lira, hermana, ya expiró
Mi padre, y mi madre está
En términos que ya, ya
Morirá, cual muero yo.
La hambre los ha acabado.
Hermana mía, ¿pan tienes?
¡Oh pan, y cuan tarde vienes,
Que ya no hay pasar bocado!
Tiene la hambre apretada
Mi garganta en tal manera,
Que aunque este pan agua fuera,
No pudiera pasar nada.
Tómalo, hermana querida,
Que por más crecer mi afán,
Veo que me sobra el pan
Cuando me falta la vida.

(Cáese muerto.)

LIRA. ¿Expiraste, hermano amado?
Ni aliento ni vida tiene:
¡Bien es el mal cuando viene
Sin venir acompañado!
Fortuna ¿por qué me aquejas
Con un daño y otro junto,
Y por qué en un solo punto
Huérfana y viuda me dejas?
¡Oh duro escuadrón romano!
¡Cómo me tiene tu espada
De dos muertos rodeada,
Uno esposo y otro hermano!
¿A cuál volveré la cara

En este trance importuno,
Si en la vida cada uno
Fué prenda del alma cara?
¡Dulce esposo, hermano tierno,
Yo os igualaré en quereros,
Porque pienso presto veros
En el cielo ó el infierno.
En el modo de morir
Á entrambos he de imitar,
Porque el hierro ha de acabar
Y la hambre, mi vivir.
Primero daré á mi pecho
Una daga que este pan;
Que á quien vive con afán,
Es la muerte de provecho.
¿Qué aguardo? cobarde estoy.
Brazo ¿ya os habéis turbado?
¡Dulce esposo, hermano amado,
Esperadme, que ya voy!

Á este punto sale una MUJER huyendo, y tras ella un SOLDADO NUMANTINO con una daga en la mano para matarla.

MUJER. Eterno padre, Júpiter piadoso,
Favorecedme en tan adversa suerte.
SOLDADO. Aunque más lleves vuelo presuroso
Mi dura mano te ha de dar la muerte.

Éntrase la MUJER.

LIRA. El hierro agudo, el brazo belicoso,
Contra mí, buen soldado, le convierte;
Deja vivir á quien la vida agrada,
Y quítame la mía, que me enfada.

SOLDADO. Puesto que es el decreto del Senado
Que ninguna mujer quede con vida,
¿Cuál será el bravo pecho acelerado
Que en ese hermoso vuestro dé herida?
Yo, señora, no soy tan mal mirado
Que me aprecie de ser vuestro homicida;
Otra mano, otro hierro ha de acabaros;
Que yo sólo nací para adoraros.

LIRA. Esa piedad que quies usar conmigo,
Valeroso soldado, yo te juro,
Y al alto cielo pongo por testigo,
Que yo la estimo por rigor muy duro;
Tuviérate yo entonces por amigo,
Cuando con pecho y ánimo seguro
Este mío afligido traspasaras,
Y de la amarga vida me privaras.
Pero, pues quies mostrarte pïadoso
Tan en daño, señor, de mi contento,
Muéstralo agora en que á mi triste esposo
Demos el funeral, último asiento;
También á este mi hermano, que en reposo
Yace, ya libre del vital aliento,
Mi esposo feneció por darme vida;
De mi hermano la hambre fué homicida.

SOLDADO. Hacer lo que me mandas está llano,
Con condición que en el camino cuentes,
Quién á tu amado esposo y caro hermano
Trujo á los postrimeros accidentes.

LIRA. Amigo, ya el hablar no está en mi mano.

SOLDADO. Qué ¿tan al cabo estás? Qué, ¿tal te sientes?
Lleva á tu hermano, pues que es menor carga,
Y yo á tu esposo, que más pesa y carga.

Sálense llevando los dos cuerpos.

Sale una mujer, armada con un escudo en el brazo izquierdo, y una lancilla en la mano que significa LA GUERRA, trae consigo á LA ENFERMEDAD, arrimada á una muleta, y rodeada de paños la cabeza, con una máscara amarilla, y LA HAMBRE saldrá vestida con una ropa de bocací amarillo, y una máscara amarilla ó descolorida: pueden estas figuras hacellas hombres, pues llevan máscaras.

GUERRA. Hambre y Enfermedad, ejecutoras
De mis terribles mandos y severos,
De vidas y salud consumidoras,
Con quien no vale ruego, mando, ó fueros,
Pues ya de mi intención sois sabidoras,
No hay para qué de nuevo encareceros
De cuánto gusto me será y contento,
Que luego, luego, hagáis mi mandamiento.
La fuerza incontrastable de los hados,
Cuyos efectos nunca salen vanos,
Me fuerza á que de mí sean ayudados
Estos sagaces mílites romanos;
Ellos serán un tiempo levantados,
Y abatidos también estos hispanos;
Pero tiempo vendrá en que yo me mude,
Y dañe al alto, y al pequeño ayude;
Que yo que soy la poderosa Guerra,
De tantas madres detestada en vano,
Aunque quien me maldice á veces yerra,
Pues no sabe el valor desta mi mano,
Sé bien que en todo el orbe de la tierra
Seré llevada del valor hispano,
En la dulce sazón que estén reinando
Un Carlos, un Filipo y un Fernando.

ENFER. Si ya la Hambre, nuestra amiga fida,
No tuviera tomado con instancia
A su cargo, de ser fiera homicida

De todos cuantos viven en Numancia,
Fuera de mí tu voluntad cumplida,
De modo que se viera la ganancia
Fácil y rica que el romano hubiera,
Harto mejor de aquella que se espera.
Mas ella, en cuanto su poder alcanza,
Ya tiene tal al pueblo numantino,
Que de esperar alguna buena andanza
Le ha tomado las sendas y el camino;
Mas del furor la rigurosa lanza
Y la influencia del contrario sino
Le trata con tan áspera violencia,
Que no es menester hambre ni dolencia.
El Furor y la Rabia, tus secuaces,
Han tomado en sus pechos tal asiento,
Que cual si fuese de romanas haces,
Cada cual de su sangre está sediento.
Muertes, incendios, iras son sus paces;
En el morir han puesto su contento,
Y por quitar el triunfo á los romanos,
Ellos mesmos se matan con sus manos.

HAMBRE. Volved los ojos, y veréis ardiendo
De la ciudad los encumbrados techos;
Escuchad los suspiros que saliendo
Van de mil tristes lastimados pechos;
Oid la voz y lamentable estruendo
De bellas damas, á quien ya deshechos
Los tiernos miembros en ceniza y fuego,
No valen padre, amigo, amor ni ruego.
Cual suelen las ovejas descuidadas,
Siendo del fiero lobo acometidas,
Andar aquí y allí descarriadas,
Con temor de perder las simples vidas;
Tal niños y mujeres delicadas,

Huyendo las espadas homicidas
Andan de calle en calle, ¡oh hado insano!
Su cierta muerte dilatando en vano.
Al pecho de la amada nueva esposa
Traspasa del esposo el hierro agudo;
Contra la madre, ¡oh nunca vista cosa!
Se muestra el hijo de piedad desnudo,
Y contra el hijo el padre, con rabiosa
Clemencia, levantando el brazo duro,
Rompe aquellas entrañas que ha engendrado,
Quedando satisfecho y lastimado.
No hay plaza, no hay rincón, no hay calle [ó casa,
Que de sangre y de muertos no esté llena;
El hierro mata, el duro fuego abrasa,
Y el rigor ferocísimo condena:
Presto veréis, que por el suelo rasa
Está la más subida y alta almena,
Y las casas y templos más crecidos
En polvo y en ceniza convertidos.
Venid, veréis que en los amados cuellos
De tiernos hijos y mujer querida,
Teógenes afila y prueba en ellos
De su espada el cruel corte homicida,
Y cómo ya después de muertos ellos,
Estima en poco la cansada vida,
Buscando de morir un modo extraño
Que causó, como el suyo, más de un daño.

GUERRA. Vamos, pues, y ninguno se descuide
De ejecutar por eso aquí su fuerza,
Y á lo que diga sólo atienda y cuide,
Sin que de mi intención un punto tuerza.

(Vanse.)

Sale TEÓGENES con dos HIJOS pequeños y una hija y su MUJER.

TEÓG. Cuando el paterno amor no me detiene
De ejecutar la furia de mi intento,
Considerad, mis hijos, cuál me tiene
El celo de mi honroso pensamiento.
Terrible es el dolor que se previene
Con acabar la vida en fin violento,
Y más el mío, pues al hado plugo
Que yo sea de vosotros cruel verdugo.
No quedaréis, ¡oh hijos de mi alma!,
Esclavos, ni el romano poderío
Llevará de vosotros triunfo ó palma,
Por más que á sujetarnos alce el brío;
El camino más llano que la palma
De nuestra libertad el cielo pío
Nos ofrece, nos muestra y nos advierte,
Que sólo está en las manos de la muerte.
Ni vos, dulce consorte amada mía,
Os veréis en peligro que romanos
Pongan en vuestro pecho y gallardía
Los vanos ojos y las torpes manos.
Mi espada os sacará desta agonía,
Y hará que sus intentos salgan vanos,
Pues por más que condicia les atiza,
Triunfarán de Numancia en la ceniza.
Yo soy, consorte amada, el que primero
Di el parecer que todos pereciésemos
Antes que al insufrible desafuero
Del romano poder sujetos fuésemos,
Y en el morir no pienso ser postrero,
Ni lo serán mis hijos.

MUJER. Si pudiésemos
Escaparnos, señor, por otra vía,

El cielo sabe si me holgaría;
Mas, pues no puede ser, según yo veo,
Y está ya mi müerte tan cercana;
Lleva de nuestras vidas tú el trofeo,
Y no la espada pérfida romana,
Mas, pues que he de morir, morir deseo
En el sagrado templo de Diana.
Allá nos lleva, buen señor, y luego
Entréganos al hierro, al lazo y fuego.

TEÓG. Ansí se haga, y no nos detengamos,
Que ya á morir me incita el triste hado.

HIJO. Madre, ¿porqué lloráis? ¿Adónde vamos?
Teneos, que andar no puedo de cansado:
Mejor será, mi madre, que comamos,
Que la hambre me tiene fatigado.

MADRE. Ven en mis brazos, hijo de mi vida,
Do te daré la muerte por comida.

Vanse luego, y salen dos muchachos huyendo, y el uno de ellos ha de ser el que se arroja de la torre, que se llama VIRIATO, y el otro SERVIO.

VIRIATO. ¿Por dónde quieres que huyamos,
Servio?

SERVIO. ¿Yo? por do quisieres.

VIRIATO. Camina; ¡qué flojo eres!
Tú ordenas que aquí muramos.
¿No ves, triste, que nos siguen
Mil hierros para matarnos?

SERVIO. Imposible es escaparnos
De aquellos que nos persiguen.
Mas di, ¿qué piensas hacer,
Ó que medio hay que nos cuadre?

VIRIATO. Á una torre de mi padre
Me pienso ir á esconder.

SERVIO. Amigo, bien puedes irte,

Que yo estoy tan flaco y laso
De hambre, que un solo paso
No puedo dar, ni seguirte.

VIRIATO. ¡Qué! ¿No quies venir?

SERVIO. No puedo.

VIRIATO. Si no puedes caminar,
¡Ahí te abrá de acabar
La hambre, la espada ó miedo.
Y voime, que ya temo
Lo que el vivir desbarata,
Ó que la espada me mata,
Ó que en el fuego me quemo.

Vase, y sale TEÓGENES con dos espadas desnudas y ensangrentadas las manos, y como SERVIO le ve venir, húyese y éntrase dentro.

TEÓG. Sangre de mis entrañas derramada,
Pues sois aquella de los hijos míos;
Mano contra ti mesma acelerada,
Llena de honrosos y crueles bríos;
Fortuna en daño nuestro conjurada;
Cielos, de justa pïedad vacíos,
Ofrecedme en tan dura amarga suerte
Alguna honrosa, aunque cercana muerte.—
Valientes numantinos, haced cuenta
Que yo soy algún pérfido romano,
Y vengad en mi pecho vuestra afrenta,
Ensangrentando en él espada y mano.

(Arroja la una espada de la mano.)

Una de estas espadas os presenta
Mi airada furia, mi dolor insano;
Que muriendo en batalla no se siente
Tanto el rigor del último accidente;
Y el que privare del vital sosiego

Al otro, por señal de beneficio,
Entregue el desdichado cuerpo al fuego;
Que éste será bien pïadoso oficio.
Venid; ¿qué os detenéis? acudid luego,
Haced ya de mi vida sacrificio,
Y esa terneza que tenéis de amigos,
Volved en rabia fiera de enemigos.

NUMANT. ¿Á quién, fuerte Teógenes, invocas?
¿Qué nuevo modo de morir procuras?
¿Para qué nos incitas y provocas
Á tantas desiguales desventuras?

TEÓG. Valiente numantino, si no apocas
Con el miedo tus bravas fuerzas duras,
Toma esa espada, y mátate conmigo
Ansí como si fuese tu enemigo;
Que esta manera de morir me aplace,
En este trance, más que no otra alguna.

NUMAN. También á mí me agrada y satisface,
Pues que lo quiere ansí nuestra fortuna;
Mas vamos á la plaza, donde yace
La hoguera á nuestras vidas importuna,
Porque el que allí venciere pueda luego
Entregar el vencido al duro fuego.

TEÓG. Bien dices, y camina, que se tarda
El tiempo de morir como deseo,
Ora me mate el hierro, ó el fuego me arda,
Que gloria nuestra en cualquier muerte veo.

(Éntranse.)

CIPIÓN, JUGURTA, QUINTO FABIO Y GAYO MARIO
y algunos soldados romanos.

CIPIÓN. Si no me engaña el pensamiento mío,
Ó salen mentirosas las señales

Que habéis visto en Numancia, del estruendo
Y lamentable son, y ardientes llamas,
Sin duda alguna que recelo y temo
Que el bárbaro furor del enemigo
Contra su propio pecho no se vuelva.
Ya no parece gente en la muralla,
Ni suenan las usadas centinelas;
Todo está en calma y en silencio puesto,
Como si en paz tranquila y sosegada
Estuviesen los fieros numantinos.

MARIO. Presto podrás salir de aquesa duda,
Porque si tú lo quieres, yo me ofrezco
De subir sobre el muro, aunque me ponga
Al riguroso trance que se ofrece,
Sólo por ver aquello que en Numancia
Hacen nuestros soberbios enemigos.

CIPIÓN. Arrima, pues, ¡oh Mario! alguna escala
Á la muralla, y haz lo que prometes.

MARIO. Id por la escala luego, y vos, Ermilio
Haced que mi rodela se me traiga,
Y la celada blanca de las plumas;
Que á fe que tengo de perder la vida
Ó sacar desta duda al campo todo

ERMILIO. Ves aquí la rodela y la celada;
La escala vesla allí, la trae Olimpio

MARIO. Encomendadme á Júpiter inmenso;
Que yo voy á cumplir lo prometido

CIPIÓN. Alza más alta la rodilla, Mario,
Y encoge el cuerpo, y cubre la cabeza:
Ánimo, que ya llegas á lo alto.
¿Qué ves?

MARIO. ¡Oh santos dioses! y ¿qué es esto?

JUGURTA. ¿De qué te admiras?

MARIO. De mirar de sangre

Un rojo lago, y de ver mil cuerpos
Tendidos por las calles de Numancia.

CIPIÓN. ¡Qué! ¿no hay ninguno vivo?

MARIO. Ni por pienso;
A lo menos ninguno se me ofrece
En todo cuanto alcanzo con la vista.

CIPIÓN. Salta, pues, dentro, y míralo bien todo.

Salta CAYO MARIO en la ciudad.

Síguele tu también, Jugurta amigo;
Mas sigámosle todos.

JUGURTA. No conviene
Al oficio que tienes esta impresa;
Sosiega el pecho, buen señor, y espera
Que Mario vuelva ó yo con la respuesta
De lo que pasa en la ciudad soberbia.
Tened bien esa escala. ¡Oh cielos justos!
Y ¡cuán triste espectáculo y horrendo
Se me ofrece á la vista! ¡oh caso extraño!
Caliente sangre baña todo el suelo,
Cuerpos muertos ocupan plaza y calles;
Dentro quiero saltar y verlo todo.

Salta JUGURTA en la ciudad, y dice QUINTO FABIO.

FABIO. Sin duda que los fieros numantinos,
Del bárbaro furor suyo incitados,
Viéndose sin remedio de salvarse,
Antes quisieron entregar las vidas
Al filo agudo de sus propios hierros
Que no á las vencedoras manos nuestras,
Aborrecidas dellos lo posible.

CIPIÓN. Con uno solo que quedase vivo
No se me negaría el triunfo en Roma
De haber domado esta nación soberbia

Enemiga mortal de nuestro nombre,
Constante en su opinión, presta, arrojada
Al peligro mayor y duro trance,
De quien jamás se alabará romano
Que vió la espalda vuelta al numantino,
Cuyo valor, cuya destreza en armas
Me forzó con razón á usar el medio
De encerrarlos cual fieras indomables,
Y triunfar dellos con industria y maña,
Pues era con las fuerzas imposible.
Pero ya me parece vuelve Mario.

GAYO MARIO torna á salir por las murallas, y dice:

MARIO. En balde, ilustre General prudente;
Han sido nuestras fuerzas ocupadas;
En balde te has mostrado diligente;
Pues en humo y en viento son tornadas
Las ciertas esperanzas de victoria,
De tu industria continua aseguradas.
El lamentable fin y triste historia
De la ciudad invicta de Numancia
Merece ser eterna en la memoria.
Sacado han de su pérdida ganancia;
Quitádote han el triunfo de las manos,
Muriendo con magnánima constancia.
Nuestros desinios han salido vanos,
Pues ha podido más su honroso intento
Que toda la potencia de romanos.
El fatigado pueblo, en fin violento
Acabó la miseria de su vida,
Dando triste remate al largo cuento.
Numancia está en un lago convertida
De roja sangre y de mil cuerpos llena,
De quien fué su rigor propio homicida;

De la pesada y sin igual cadena
Dura de esclavitud se han escapado
Con presta audacia, de temor ajena.
En medio de la plaza levantado
Está un ardiente fuego temeroso,
De sus cuerpos y haciendas sustentado.
A tiempo llegué á verlo, que el furioso
Teógenes, valiente numantino,
De fenecer su vida deseoso,
Maldiciendo su corto amargo sino,
En medio se arrojaba de la llama,
Lleno de temerario desatino,
Y al arrojarse, dijo: «¡Oh clara fama!
Ocupa aquí tus lenguas y tus ojos
En esta hazaña que á cantar te llama.
Venid, romanos, ya por los despojos
Desta ciudad, en polvo y humo envueltos,
Y sus flores y frutos en abrojos.»
Y allí con pies y pensamientos sueltos
Gran parte de la tierra he rodeado,
Por las calles y pasos mal revueltos,
Y á un solo numantino no he hallado
Que poderte traer vivo siquiera,
Para que fueras dél bien informado
Por qué ocasión, de qué suerte ó manera
Cometieron tan grave desvarío,
Apresurando la mortal carrera.

CIPIÓN. ¿Estaba por ventura el pecho mío
De bárbara arrogancia y muertes lleno,
Y de crueldad justísima vacío?
¿Es de mi condición acaso ajeno
Usar benignidad con el rendido,
Como conviene al vencedor que es bueno?
Mal, por cierto, teníades conocido

El valor, en Numancia, de mi pecho,
Para vencer y perdonar nacido.

FABIO. Jugurta te hará más satisfecho,
Señor, de aquello que saber deseas,
Que vesle, vuelve lleno de despecho.

Torna JUGURTA por la mesma muralla.

JUGURTA. Prudente General, en vano empleas
Más aquí tu valor; vuelve á otra parte
La industria sin igual de que te arreas.
No hay en Numancia cosa en que ocuparte;
Todos son muertos ya; sólo uno creo
Que queda vivo, para el triunfo darte.
Allí en aquella torre, según veo,
Allí denantes un muchacho estaba,
Turbado en vista, y de gentil arreo.

CIPIÓN. Si eso fuese verdad, eso bastaba
Para triunfar en Roma de Numancia,
Que es lo que más agora deseaba.
Lleguémonos allá, y haced instancia
Como el muchacho vuelva á nuestras manos
Vivo, que es lo que agora es de importancia.

VIRIATO desde la torre.

¿Dónde venís, ó qué buscáis, romanos?
Si en Numancia queréis entrar por suerte,
Haréislo sin contraste, á pasos llanos;
Pero mi lengua desde aquí os advierte
Que yo las llaves mal guardadas tengo
Desta ciudad, de quien triunfó la muerte.

CIPIÓN. Por esas, joven, deseoso vengo,
Y más de que tú hagas experiencia,
Si en este pecho pïedad sotengo.

VIRIATO. Tarde, cruel, ofreces tu clemencia,

Pues no hay en quien usarla; que yo quiero
Pasar por el rigor de la sentencia.
Que, consüelo amargo, lastimero
De mis padres y patria tan querida
Causó el último fin terrible y fiero.

FABIO. Dime: ¿tienes por suerte aborrecida,
Ciego de un temerario desvarío,
Tu floreciente edad, tu tierna vida?

CIPIÓN. Templa, pequeño joven, templa el brío
Y sujeta el valor tuyo y pequeño
Al mayor de mi honroso poderío;
Que desde aquí te doy mi fe, y empeño
Mi palabra, que solo de ti seas
Tú mismo el propio y conocido dueño,
Y que de ricas joyas y preseas
Vivas, lo que vivieres, abastado,
Como yo podré darte y tú deseas
Si á mí te entregas, y te das de grado.

VIRIATO. Todo el furor de cuantos ya son muertos
En este pueblo, en polvo reducido;
Todo el huir los pactos y conciertos,
Ni el dar á sujeción jamás oído,
Sus iras y rencores descubiertos,
Está en mí pecho todo junto unido.
Yo heredé de Numancia todo el brío;
Ved si pensar vencerme es desvarío.
Patria querida, pueblo desdichado,
No temas ni imagines que delire
De lo que debo hacer, en ti engendrado,
Ni que promesa ó miedo me retire,
Ora me falte el suelo, el cielo helado,
Ora á vencerme todo el mundo aspire;
Que imposible será que yo no haga
A tu valor la merecida paga:

Que si á esconderme aquí me trajo el miedo
De la cercana y espantosa muerte,
Ella me sacará con más denuedo,
Con el deseo de seguir tu suerte.
Del vil temor pasado, como puedo,
Haré ahora la enmienda, osado y fuerte,
Y el error de mi edad tierna, inocente,
Pagaré con morir osadamente.
Yo os aseguro, ¡oh fuertes ciudadanos!,
Que no falte por mí la intención vuestra
De que no triunfen pérfidos romanos,
Si ya no fuere de ceniza nuestra.
Saldrán conmigo sus intentos vanos,
Ora levanten contra mí su diestra,
Ó me asesoren, con promesa cierta,
Á vida y á regalos ancha puerta.
Teneos, romanos, sosegad el brío,
Y no os canséis en asaltar el muro;
Que aunque fuere mayor el poderío
Vuestro, de no vencerme os aseguro.
Pero muéstrese ya el intento mío,
Y si ha sido el amor perfecto y puro
Que yo tuve á mi patria tan querida,
Asegúrelo luego esta caída

Aquí se arroja de la torre, y dice CIPIÓN.

CIPIÓN. ¡Oh nunca vista memorable hazaña,
Digna de anciano y valeroso pecho,
Que no sólo á Numancia, mas á España
Has adquirido gloria en este hecho!
Con tu viva virtud, heroica, extraña,
Queda muerto y perdido mi derecho.
Tú con esta caída levantaste
Tu fama, y mis victorias derribaste.

Que fuera aun viva, y en su ser Numancia,
Sólo porque vivieras, me holgara;
Que tú solo has llevado la ganancia
Desta larga contienda, ilustre y rara.
Lleva, pues, niño, lleva la jactancia
Y la gloria que el cielo te prepara,
Por haber, derribándote, vencido
Al que, subiendo, queda más caído.

Suena una trompeta, y sale la FAMA.

FAMA. Vaya mi clara voz de gente en gente,
Y en dulce y suavísimo sonido
Llene las almas de un deseo ardiente
De eternizar un hecho tan subido.
Alzad, romanos, la inclinada frente;
Llevad de aquí este cuerpo, que ha podido,
En tan pequeña edad, arrebataros
El triunfo que pudiera tanto honraros;
Que yo, que soy la Fama pregonera,
Tendré cuidado, en cuanto el alto cielo
Moviere el paso en la subida esfera,
Dando fuerza y vigor al bajo suelo,
De publicar con lengua verdadera,
Con justo intento y presuroso vuelo
El valor de Numancia, único y solo,
De Batro á Tile, y de uno al otro Polo.
Indicio ha dado esta no vista hazaña
Del valor que en los siglos venideros
Tendrán los hijos de la fuerte España,
Hijos de tales padres herederos;
No de la muerte la feroz guadaña,
Ni los cursos de tiempos tan ligeros
Harán que de Numancia yo no cante
El fuerte brazo y ánimo constante.

Hallo sólo en Numancia todo cuanto
Debe con justo título cantarse
Y lo que puede dar materia al canto,
Para poder mil siglos ocuparse;
La fuerza no vencida, el valor tanto,
Dino de en prosa y verso celebrarse;
Mas pues de esto se encarga mi memoria,
Dése feliz remate á nuestra historia

FIN DE LA TRAGEDIA

EL GALLARDO ESPAÑOL

JORNADA PRIMERA

Hablan en esta primera jornada las personas siguientes:

ARLAJA, mora.
ALIMUZEL, moro.
DON ALONSO DE CÓRDOBA, conde de Alcaudete, general de Orán.
DON FERNANDO DE SAAVEDRA.
GUZMÁN, capitán.
FRATÍN, ingeniero.
UN SOLDADO.
CEBRIÁN, moro, criado de Alimuzel.
NACOR, moro.
DON MARTÍN DE CÓRDOBA.
UNO con una petición.
BUITRAGO, soldado.
UN PAJECILLO.
OROPESA, cautivo.
ROBLEDO, alférez.

Salen ARLAJA, mora, y ALIMUZEL, moro.

ARLAJA. Es el caso, Alimuzel,
Que á no traerme el cristiano,
Te será el amor tirano,
Y yo te seré cruel.
Quiérole preso y rendido,
Aunque sano y sin cautela.

ALIM. ¿Posible es que te desvela
Deseo tan mal nacido?
Conténtate que le mate,
Si no pudiere rendille;
Que detener, al herille
El brazo, será dislate.
Partiréme á Orán al punto,
Y desafiaré al cristiano,
Y haré por traerle sano,
Pues no le quieres difunto.
Pero si acaso el rigor
De la cólera me incita,
Y su muerte solicita,
¿Tengo de perder tu amor?
¿Está tan puesto en razón
Marte, desnuda la espada,
Que la tenga nivelada
Al peso de tu afición?

ARLAJA. Alimuzel, yo confieso
Que tienes razón en parte,
Que en las hazañas de Marte
Hay muy pocas sin exceso;
El cual se suele templar
Con la cordura y valor;
Yo he puesto precio en mi amor,
Mira si le puedes dar.

Quiero ver la bizarría
Deste que con miedo nombro,
De este espanto, de este asombro
De toda la Berbería;
De este Fernando valiente,
Ensalzador de su crisma,
Y coco de la morisma,
Que nombrar su nombre siente;
De este Athlante de su España:
Su nuevo Cid, su Bernardo,
Su don Manuel el Gallardo
Por una y otra hazaña.
Quiero de cerca miralle,
Pero rendido á mis pies.

ALIM. Haz cuenta que ya lo ves,
Puesto que dé en ayudalle
Todo el Cielo.

ARLAJA. Pues ¿qué esperas?

ALIM. Espero á ver si te burlas;
Aunque para mí tus burlas
Siempre han sido puras veras.
Comedido, como amante,
Soy, y sólo sé decirte,
Que el deseo de servirte
Me hace ser arrogante.
Puedes de mí prometerte
Imposibles sobrehumanos,
Mil prisioneros cristianos
Que vengan á obedecerte.

ARLAJA. Tráeme solamente al fuerte
Don Fernando Saavedra,
Que con veré que medra,
Y se mejora mi suerte;
Y aun tuya, pues te doy

Palabra que he de ser tuya,
Como el hecho se concluya
Á mi gusto.

ALIM. Quizá hoy
Oirán los muros de Orán
Mi voz en el desafío;
Y aun de los cielos confío,
Que luz y vida nos dan,
Que han de acudir á mi intento
Con suceso venturoso.

ARLAJA. Parte, Alimuzel famoso.

ALIM. Fuerzas de tu mandamiento
Me llevan tan alentado,
Que acabaré con valor
El imposible mayor
Que se hubiere imaginado.

ARLAJA. Ve en paz, que de aquella guerra
La vitoria te adivino (Éntrase).

ALIM. Queda en paz, rostro divino,
Ángel que mora en la tierra,
Bizarra sobre los hombres
Que á guerra á Marte provocan;
Á quien de excelencias tocan
Mil títulos y renombres;
En extremo poderosa
De dar tormento y placer;
Hielo, que nos hace arder
En viva llama amorosa;
Queda en paz, que sin tu sol
Ya camino en noche escura;
Resucite mi ventura
La muerte de este español.
Mas ¡ay! que no he de matalle,
Sino prendelle, y no más.

¿Quién tal deseo jamás
Vió, ni pudo imaginalle? (Éntrase.)

Salen D. ALONSO DE CÓRDOBA, conde de Alcaudete, general de Orán: D. FERNANDO DE SAAVEDRA; GUZMÁN, capitán; FRATÍN, ingeniero.

FRATÍN. Hase de alzar, señor, esta cortina
Á peso de aquel cubo, que responde
Á éste, que descubre la marina.
De la silla esta parte no se esconde;
Mas ¿qué aprovecha, si no está en defensa,
Ni Almarza á nuestro intento corresponde?

ALONSO. El cerco es cierto, y más cierta la ofensa,
Si ya no son cortinas y murallas
De vuestros brazos la virtud inmensa.
Donde el deseo de la fama se halla,
Las defensas se estiman en un cero,
Y á campo abierto salta á la batalla.
Venga, pues, la morisma, que yo espero
En Dios y en vuestras manos vencedoras,
Que volverá el león manso cordero.
Los Argos, centinelas veladoras,
Miren al mar y miren á la tierra,
En las del día y las nocturnas horas.
No hay disculpa al descuido que en la guerra
Se hace, por pequeño que parezca;
Que pierde mucho quien en poco yerra.
Y si aviniere que el cabello ofrezca
La ligera ocasión, ha de tomarse,
Antes que á espaldas vueltas desparezca;
Que en la guerra el perderse ó el ganarse
Suele estar en un punto; que si pasa,
Vendrá el de estar quejoso y no vengarse.

En su pajiza, pobre y débil casa
Se defiende el pastor del sol ardiente,
Que el campo agosta y la montaña abrasa.
Quiero inferir que puede ser valiente
Detrás de un muro un corazón medroso,
Cuando, á sus lados, que le animan siente.

Entra un SOLDADO.

SOLDADO. Señor, con ademán bravo y airoso,
Picando un alazán, un moro viene,
Y á la ciudad se acerca presuroso.
Bien es verdad que á veces se detiene,
Y mira á todas partes recatado,
Como quien miedo y osadía tiene.
Adarga blanca trae, y alfanje al lado:
Lanza con bandereta de seguro,
Y el bonete con plumas adornado.
Puedes, si gustas, verle desde el muro.

ALCAUD. Bien de aquí se descubre, ya le veo:
Si es embajada, yo le doy seguro.

FERN. Antes es desafío, á lo que creo.

Entra ALIMUZEL, á caballo, con lanza y adarga.

ALIM. Escuchadme los de Orán,
Caballeros y soldados,
Que firmáis con nuestra sangre
Vuestros hechos señalados:
Alimuzel soy, un moro
De aquellos que son llamados
Galanes de Melïona,
Tan valientes, como hidalgos.
No me trae aquí Mahoma

Á averiguar en el campo
Si su secta es buena ó mala,
Que él tiene de eso cuidado:
Tráeme otro dios más brioso,
Que es tan soberbio y tan manso,
Que ya parece cordero,
Y ya león irritado;
Y este dios, que así me impele,
Es de una mora vasallo,
Que es reina de la hermosura,
De quien soy humilde esclavo.
No quiero decir que hiendo,
Que destrozo, parto ó rajo,
Que animoso, y no arrogante,
Es el buen enamorado.
Amo, en fin, y he dicho mucho
En solo decir que amo,
Para daros á entender
Que puedo estimarme en algo;
Pero sea yo quien fuere,
Basta que me muestro armado
Ante estos soberbios muros,
De tantos buenos guardados;
Que si no es señal de loco,
Será indicio de que he dado
Palabra, que he de cumplilla,
Ó quedar muerto en el campo;
Y así, á tí te desafío.
Don Fernando el fuerte, el bravo,
Tan infamia de los moros,
Cuanto prez de los cristianos.
Bien se verá en lo que he dicho
Que aunque haya otros Fernandos,
Es aquel de Saavedra

Á quien á batalla llamo.
Tu fama, que no se encierra
En límites, ha llegado
Á los oídos de Arlaja,
De la belleza milagro.
Quiere verte, mas no muerto,
Sino preso; y hame dado
El asunto de prenderte;
Mira si es pequeño el cargo.
Yo prometí de hacello,
Porque el que está enamorado,
Los más arduos imposibles
Facilita y hace llano.
Y para darte ocasión
De que salgas mano á mano
Á verte conmigo agora,
De estas cosas te hago cargo:
Que peleas desde lejos;
Que el arcabuz es tu amparo;
Que en comunidad aguijas,
Y á solas te vas despacio:
Que eres Ulises nocturno,
No Telamón al sol claro;
Que nunca mides tu espada
Con otra, á fuer de hidalgo;
Si no sales, verdad digo;
Si sales, quedará llano,
Ya vencido ó vencedor,
Que tu fama no habla en vano.
Aquí, junto á Canastel,
Solo te estaré esperando,
Hasta que mañana el Sol
Lleve al poniente su carro.
Del que fuere vencedor

Ha de ser el otro esclavo:
Premio rico, y premio honesto:
Ven, que espero, Don Fernando. (Vase.)

ALONSO. Don Fernando, ¿qué os parece?

FERN. Que es el moro comedido,
Y valiente, y que merece
Ser de amor favorecido
En el trance que se ofrece.

ALONSO. Luego ¿pensáis de salir?

FERN. Bien se puede esto inferir
De su demanda y mi celo,
Pues ya se sabe que suelo
Á lo que es honra acudir.
Deme Vuestra Señoría
Licencia, que es bien que salga
Antes que se pase el día.

ALONSO. No es posible que ahora os valga
Vuestra noble valentía.
No quiero que allá salgáis;
Porque hallaréis, si miráis
Á la soldadesca ley,
Que obligado á vuestro Rey,
Mucho más que á vos, estáis.
En la guerra usanza es vieja,
Y aun ley casi principal,
Á toda razón aneja,
Que por causa general
La particular se deja;
Porque no es suyo el soldado,
Que está en presidio encerrado,
Sino de aquel que le encierra;
Y no ha de hacer otra guerra
Sino á la que se ha obligado.
En ningún modo sois vuestro,

Sino del Rey; y en su nombre
Sois mío, según lo muestro,
Y yo no aventuro un hombre
Que es de la guerra maestro,
Por la simple niñería
De una amorosa porfía:
Don Fernando, esto es verdad.

FERN. De extraña riguridad
Usa Vuestra Señoría
Conmigo: ¿qué dirá el moro?

ALONSO. Diga lo que él más quisiere,
Que yo guardo aquí el decoro
Que la guerra pide y quiere,
Y de ella ninguno ignoro.

FERN. Respóndasele á lo menos,
Y sepa, que por tus buenos
Respetos, allá no salgo.

GUZMÁN. No os tendrá por esto el galgo,
Señor Don Fernando, en menos.

ALONSO. Lleve el capitán Guzmán
La respuesta.

GUZMÁN. Sí haré;
Y voto á tal, si me dan
Licencia, que yo le dé
Al morico ganapán
Tal rato, que quede frío
De amor con el desafío.

ALONSO. Respondedle cortésmente,
Con el término prudente,
Que de vuestro ingenio fío.

Vanse D. ALONSO y FRATÍN.

GUZMÁN. ¿Queréis que en vez de respuesta
Os le dé una mano tal,

Que se concluya la fiesta?

FERN. Que me estará á mi muy mal
Esto, es cosa manifiesta.
Sólo á mí me desafía,
Y gran mengua me sería
Que otro por mí pelease;
Mas si el moro me esperase
Allí siquiera otro día,
Yo le saldré á responder,
Á pesar de todo el mundo
Que lo quiera defender.

GUZMÁN. ¿En qué os fundáis?

FERN. Yo me fundo
En esto que pienso hacer:
El lunes soy yo de ronda;
Y cuando la noche esconda
La luz con su manto escuro,
Arrojaréme del muro
Á la cava.

GUZMÁN. Está muy honda,
Y podríais peligrar.

FERN. Póneme en los pies el brío
Mil alas para volar.
Todo aquesto de vos fío.

GUZMÁN. Ya sabéis que sé callar.
Dejadme salir primero,
Porque de mi industria espero
Que saldréis bien de este hecho.

FERN. Sois amigo de provecho.

GUZMÁN. Sí; porque soy verdadero.

Vanse, y salen ALIMUZEL y CEBRIÁN, su criado, que en arábigo quiere decir lacayo ó mozo de caballos.

ALIM. Átale allí, Cebrián,

Al tronco de aquella palma:
Repose el fuerte alazán
Mientras reposa mi alma
Los cuidados que le dan.
Aquí á solas daré al llanto
Las riendas, ó al pensar santo
En las memorias de Arlaja,
En tanto que al campo baja
Aquel que se estima en tanto.

Baja la cabeza CEBRIÁN y vase.

Venturoso tú, cristiano,
Que puedes á tus despojos
Añadir el más que humano,
Que es querer verte los ojos
Del cielo, que adoro en vano.
Y más que pena recibo
De esto que en el alma escribo
Con celoso desconcierto,
Que á mí me quieren ver muerto,
Y á ti te quieren ver vivo.
Pero yo no haré locura
Semejante; que si venzo,
Ó por fuerza, ó por ventura,
Daré á mis glorias comienzo,
Dándote aquí sepultura.
Mas, si te hago morir,
¿Cómo podré yo cumplir
Lo que Arlaja me ha mandado?
¡Oh triste y dudoso estado,
Insufrible de sufrir!
Parleras aves, que al viento
Esparcís quejas de amor,

¿Qué haré en el mal que siento?
¿Daré la rienda al rigor,
Ó al cortés comedimiento?
Mas démoslas al sueño agora:
Perdonadme, hermosa mora,
Si aplico sin tu licencia
Este alivio á la dolencia,
Que en mi alma triste mora.

Échase á dormir, y sale al instante NACOR, moro, con un turbante verde.

NACOR. Mahoma, ya que el amor
En mis dichas no consiente,
Muéstrame tú tu favor;
Mira que soy tu pariente,
El infelice Nacor.
Jarife soy de tu casta;
Y no me respeta el asta
De amor, que blande en mi pecho,
Un blanco á sus tiros hecho,
Do todas sus flechas gasta,
Y más; y no sé qué es esto,
Que con ser enamorado,
Soy de tan bajo supuesto,
Que no hay conejo acosado
Más cobarde ni más presto.
De esto será buen testigo
El ver aquí mi enemigo
Dormido, y no osar tocalle,
Deseando de matalle
Por venganza, y por castigo.
¡Qué esté celoso y con miedo!
Por Alí que es cosa nueva.

¿Llegaré, ó estarme he quedo?
¿Cortaré en segura prueba
Este gordïano enredo?
Que si éste quito delante,
Podrá ser que vuelva amante
El pecho de Arlaja ingrato.
Muérome porque no mato,
Oso y tiemblo en un instante.

Entra el capitán GUZMÁN con espada y rodela.

GUZMÁN. ¿Eres tú el desafiador
De don Fernando, por dicha?
NACOR. No tengo yo este valor,
Que el corazón con desdicha
Es morada del temor.
Aquél es, que está allí echado,
Moro tan afortunado,
Que Arlaja le manda y mira.
GUZMÁN. Paréceme que suspira.
NACOR. Sí hará, que está enamorado.
GUZMÁN. ¡Alimuzel!
ALIM. ¿Quién me llama?
GUZMÁN. Mal acudirás durmiendo
Al servicio de tu dama.
ALIM. En el sueño va adquiriendo
Fuerzas la amorosa llama,
Porque en él se representan
Visiones que me atormentan;
Obligaciones, que guarde,
Miedos, que me hacen cobarde.
Y celos, que más me alientan.
Mirándote estoy, y veo
Cuán propio es de la mujer

Tener extraño deseo;
Cosas hay en ti que ver,
No que admirar.

GUZMÁN. Yo lo creo.
Pero ¿por qué dices eso?

ALIM. Don Fernando, yo confieso
Que tu buen talle y buen brío
Llega, y se aventaja al mío;
Pero no en muy grande exceso:
Y si no es por el gran nombre
Que entre la morisma tienes
De ser en las armas hombre,
Ninguna cosa contienes
Que enamore, ni que asombre;
Y yo no sé por qué Arlaja
Tanto se angustia y trabaja
Por verte, y vivo, que es más.

GUZMÁN. Engañado, moro, estás:
Tu vano discurso ataja,
Que yo no soy don Fernando.

ALIM. Pues ¿quién eres?

GUZMÁN. Un su amigo,
Y embajador.

ALIM. Dime cuándo
Espera verse conmigo,
Porque le estoy aguardando.

GUZMÁN. Has de saber, moro diestro,
Que el sabio general nuestro,
Que salga no le consiente.

ALIM. Pues ¿por qué?

GUZMÁN. Porque es prudente,
Y en la guerra gran maestro.
Teme el cerco que se espera,
Y no quiere aventurar

En empresa tan ligera
Una espada, que en cortar
Es, entre muchas, primera.
Pero dice Don Fernando
Que le estés aquí aguardando
Hasta el lunes, que él te jura
Salir en la noche escura
Aunque rompa cualquier bando.
Si aquesto no te contenta
Y quieres probar la suerte
Con menos daño y afrenta,
Tu brazo gallardo y fuerte
Con éste, que es flaco, tienta,
Y á tu mora llevarás,
Si me vences, quizá más
Que en llevar á Don Fernando.

ALIM. No estoy en eso pensando:
Muy descaminado vas.
No eres tú por quien me envía
Arlaja, y aunque te prenda,
No saldré con mi porfía.
Haz que Don Fernando entienda
Que le aguardaré ese día
Que pide, y si le venciere
Y entonces tu gusto fuere
Probarme en el marcial juego,
Mi voluntad hará luego
Lo que la tuya quisiere:
Que ya sabes que no es dado
Dejar la empresa primera
Por la segunda al soldado.

GUZMÁN. Es verdad.

ALIM. De esa manera,
Bien quedaré disculpado.

GUZMÁN. Dices muy bien.
ALIM. Sí, bien digo:
Vuélvete y dile á tu amigo
Que le espero, y que no tarde.
GUZMÁN. Tu Mahoma, Alí, te guarde.
ALIM. Tu Cristo vaya contigo.

(Vase GUZMÁN.)

Nacor, ¿qué es esto? ¿á qué vienes?
NACOR. A ver cómo en esta empresa
Tan peligrosa te avienes;
Y por Alá que me pesa
De ver que en punto la tienes
Que el de tu muerte está á punto.
ALIM. ¿En qué modo?
NACOR. En que barrunto
Que si de noche peleas,
Sobre ti no es mucho veas
Todo un ejército junto.
Esto de no estar en mano
De Don Fernando salir,
Tenlo por ligero y vano,
Que se suele prevenir
Con astucias el cristiano.
De noche quieren cogerte,
Porque al matarte ó prenderte,
Aun el sol no sea testigo:
No creas á tu enemigo,
Alí; procura volverte:
Que bien disculpado irás
Con Arlaja, pues has hecho
Lo que es posible, y aun más.
ALIM. Consejos de sabio pecho

Son, Nacor, los que me das;
Pero no puedo admitillos,
Ni menos con gusto oíllos;
Que tiene el amor echados
Á mis oídos candados,
Á los pies y al alma grillos.

NACOR. Para mejor ocasión
Te guarda, porque es cordura
Prevenir á la intención
Del que á su salvo procura
Su gloria y tu perdición.
Ven, que á Arlaja daré cuenta
De modo que diga y sienta
Que eres vencedor osado,
Pues si no sale el llamado,
En sí se queda la afrenta.
Cuanto más, que cuando venga
El cerco desta ciudad,
Que ya no hay quien le detenga,
Podrás á tu voluntad
Hacer lo que más convenga;
Que entonces saldrá el cristiano,
Si es arrogante y lozano,
Al campo abierto sin duda.

ALIM. Bien es, Nacor, que yo acuda
Á tu consejo, que es sano.
Ven, y vamos, pues podré
En ese cerco que dices
Cumplir lo que aquí falté;
Mas mira que me autorices
Con Arlaja.

NACOR. Sí haré.
Sentirá Arlaja la mengua
Que tanto al cristiano amengua

Haciéndole de ella alarde:
Vos quedaréis por cobarde,
Ó mal me andará la lengua. (Ap.)

Vanse, y salen D. ALONSO DE CÓRDOBA, general de Orán, conde de Alcaudete, y su hermano D. MARTÍN DE CÓRDOBA y DON FERNANDO DE SAAVEDRA.

CONDE. Señor don Martín, conviene
Que vuesa merced acuda
Á Mazalquivir, que tiene
Necesidad de la ayuda
Que vuestro esfuerzo contiene,
Que allí acudirá primero
El enemigo ligero;
Mas que venzáis no lo dudo;
Que el cobarde está desnudo
Aunque se vista de acero.
En su muchedumbre estriba
Aquesta mora canalla
Que así se nos muestra esquiva;
Mas cuando defensa halla,
Se humilla, postra y derriba.
Sus gustos, sus algazaras,
Si bien en ello reparas,
Son el canto del medroso:
Calla el león animoso
Entre las balas y jaras.

MARTIN. Por mi caudillo y mi hermano
Te obedezco, y haré cuanto
Fuere, señor, en mi mano;
Que ni de gritos me espanto,
Ni de tumulto pagano.
Dame, señor, municiones,

Que en el trance que me pones
Pienso, si no faltan ellas,
Poner sobre las estrellas
Los españoles blasones.

Entra UNO con una petición.

UNO. Señor, dame licencia que te lea
Aquesta petición.

CONDE. Lee en buen hora.

UNO. Doña Isabel de Avellaneda, en nombre
De todas las mujeres desta tierra,
Dice que llegó ayer á su noticia
Que, por temor del cerco que se espera,
Quieres que quede la ciudad vacía
De gente inútil, enviando á España
Las mujeres, los viejos y los niños,
Resolución prudente, aunque medrosa,
Y apelan de esto á ti de ti, diciendo
Que ellas se ofrecen de acudir al muro,
Ya con tierra ó fagina, ó ya con lienzos
Bañados en vinagre, con que limpien
El sudor de los fieros combatientes
Que asistan al rigor de los asaltos;
Que tomarán la sangre á los heridos;
Que las más pequeñuelas harán hilas,
Dando la mano al lienzo, y voz al cielo
Con tiernas, virginales rogativas,
Pidiendo á Dios misericordia, en tanto
Que los robustos brazos de sus padres
Defienden sus murallas y sus vidas;
Que los niños darán de buena gana
Para enviar á España con los viejos,
Pues no pueden servir de cosa alguna;
Mas ellas, que por útiles se tienen,

No irán de ningún modo, porque piensan
Por Dios, y por su ley, y por su patria,
Morir sirviendo á Dios, y en la muerte,
Cuando el hado les fuere inexorable,
Dar el último vale á sus maridos,
Ó ya cerrar los ojos á sus padres
Con tristes y cristianos sentimientos.
En fin, serán, señor, de más provecho
Que daño, por lo cual te ruegan todas
Que revoques, señor, lo que ordenaste
En cuanto toca á las mujeres sólo,
Que en ello harás á Dios servicio grande.
Merced á ellas, y favor inmenso.
Esto la petición, señor, contiene.

CONDE. Nunca tal me pasó por pensamiento;
Nunca tanto el temor se ha apoderado
De mí que hiciese prevención tan triste.
Por respuesta llevad que yo agradezco
Y admiro su gallardo ofrecimiento,
Y que de su valor tendrá la fama
Cuidado de escribirle y de grabarle
En láminas de bronce, porque viva
Siglos eternos, y esto les respondo,
Y andad con Dios.

UNO. Por cierto que han mostrado
De espartanas valor, de Argivas brío.

Entra el capitán GUZMÁN.

CONDE. Pues capitán Guzmán, ¿qué dice el moro?

GUZMÁN. Ya se fué mal contento.

FERN. (Ap. á Guzmán.) ¿Es ido cierto?

GUZMÁN. Aguardándote está, porque es valiente
Y discreto además en lo que muestra.

FERN. Saldré sin duda.

GUZMÁN. No sé si lo aciertas,
Que está muy cerca el cerco.
FERN. Si le venzo,
Presto me volveré; si soy vencido,
Muy poca falta haré, pues poco valgo.
CONDE. Bravo parece el moro.
GUZMÁN. Bravo, cierto,
Y muy enamorado y comedido.

Entra á esta sazón BUITRAGO, un soldado, con la espada sin vaina, oleada con un orillo, tiros de soga; finalmente, muy malparado: trae una tablilla con demanda de las ánimas del purgatorio, y pide para ellas: y esto de pedir para las ánimas es cuento verdadero, que yo lo ví; y la razón por que pedía se dice adelante.

BUIT. Denme para las ánimas, señores,
Pues saben que me importa.
CONDE. ¡Oh buen Buitrago!
¿Cuánto ha caído hoy?
BUIT. Hasta tres cuartos.
MARTÍN. De ellos, ¿qué habéis comprado?
BUIT. Casi nada.
Una asadura sola y cien sardinas.
MARTÍN. Harto habrá para hoy.
BUIT. Por Santo Nuflo,
Que apenas hay para que masque un diente.
MARTÍN. Comeréis hoy conmigo.
BUIT. De ese modo
¿Habrá para almorzar en lo comprado?
MARTÍN. ¿Y la ración?
BUIT. Que la ración ya asiste
Á un lado del estómago, y no ocupa
Cuanto una casa de ajedrez pequeña.
FERN. ¡Gran comedor!
GUZMÁN. Tan grande, que le ha dado

El conde esta demanda porque pueda
Sustentarse con ella.

BUIT. ¿Qué aprovecha?
Que como saben todos que no hay ánima
Á quien haga decir sólo un responso,
Si me dan medio cuarto es por milagro,
Y así pienso pedir para mi cuerpo,
Y no para las ánimas.

MARTÍN. Sería
Gran discreción.

BUIT. ¡Oh, pese á mi linaje!
¿No sabe todo el mundo que si cómo
Por seis, que suelo pelear por siete?
¡Cuerpo de Dios conmigo! Denme ripio
Suficiente á la boca, y denme moros
Á las manos, á pares y á millares,
Verán quién es Buitrago, y si merece
Comer por diez, pues que pelea por veinte.

CONDE. Tiene razón Buitrago; mas agora,
Si llega el cerco, mostrará sus bríos,
Y haré yo que le den siete raciones
Con tal que cese la demanda.

BUIT. Cese,
Que entonces no habrá lengua y habrá manos.
No hay pedir, sino dar; no hay sacar almas
Del purgatorio entonces, sino espiches
Para meter en el infierno muchas
De la mora canalla que se espera.

UN PAJECILLO diga:

PAJE. Daca el alma, Buitrago, daca el alma.

BUIT. Hijo de puta, y puto, y miente, y calle:
¿No sabe el cornudillo, sea quien fuere,
Que aunque tenga cien cuerpos y cien almas

Para dar por mi Rey, no daré una
Si me la piden de ese modo infame?

MARTÍN. Otra vez, Cereceda.

PAJE. Daca el alma.

BUIT. Por vida de...

CONDE. Buitrago, con paciencia;
No la déis vos, por más que os la demanden.

BUIT. ¡Que tenga atrevimiento un pajecillo
De pedirme á mí el alma! Voto á Cristo,
Que á no estar aquí el Conde, don hediondo,
Que os sacara la vuestra á puntillazos,
Aunque me lo impidiera el mismo diablo,
Por prenda suya.

CONDE. No haya más, Buitrago;
Guardad vuestra alma y dadnos vuestras ma-
[nos,
Que serán menester, yo os lo prometo.

BUIT. Denme para las ánimas agora,
Que todo se andará.

MARTÍN. Tomad.

BUIT. ¡Oh invicto
Don Martín generoso! Por mi diestra
Que he de ser tu soldado si por dicha
Vas á Mazalquivir, como se ha dicho.

MARTÍN. Seréis mi camarada y compañero.

BUIT. ¡Vive Dios que eres bravo caballero!

Vanse y sale ARLAJA y OROPESA, su cautivo.

ARLAJA. Mucho tarda Alizumel,
Cristiano; no sé qué sea.

OROP. Fuiste, señora, con él
Otra segunda Medea,
Famosa por ser cruel.
A una empresa le enviaste

Que parece que mostraste
Que te era en odio su vida.

ARLAJA. Yo fuí parte en su partida;
Tú el todo, pues la causaste.
Las alabanzas extrañas
Que aplicaste á aquel Fernando,
Contándome sus hazañas,
Se me fueron estampando
En medio de las entrañas:
Y de allí nació un deseo,
No lascivo, torpe ó feo,
Aunque vano, por curioso,
De ver á un hombre famoso
Más de los que siempre veo.
Más que discreta, curiosa,
Ordené que Alimuzel
Fuese á la empresa dudosa,
No por mostrarme con él
Ingrata ni rigurosa.
Y muéstrame su tardanza
Que me engañó la esperanza,
Y que es premio merecido
Del deseo mal nacido
Tenelle quien no le alcanza.
Yo tengo un alma bizarra
Y varonil, de tal suerte,
Que gusto del que desgarra,
Y más allá de la muerte
Tira atrevido la barra.
Huélgome de ver á un hombre
De tal valor y tal nombre,
Que con los dientes tarace,
Con las manos despedace,
Y con los ojos asombre.

OROP. Pues si viene Alimuzel
Y á D. Fernando trae preso,
No verás, señora, en él
Ninguna cosa en exceso
De las que te he dicho dél.
Tendrásme por hablador,
Y será más el valor
De Alimuzel conocido,
Pues la fama del vencido
Se pasa en el vencedor.
Pero si acaso da el cielo
Á D. Fernando victoria,
Cierto está tu desconsuelo,
Pues su fama en tu memoria
Alzará más alto el vuelo.
Y de no poderle ver,
Vendrá el deseo á crecer
De velle.

ARLAJA. Tienes razón;
Parienta es la confusión
Del discurso de mujer.

Entran ALIMUZEL y NACOR.

ALIM. Dadle la mano, señora,
Ó los pies, á aqueste esclavo
Que con el alma os adora.

ARLAJA. ¿Cómo en corazón tan bravo
Tanta humildad, señor, mora?
Alzaos, no estéis de ese modo.

ALIM. A tu gusto me acomodo.

ARLAJA. ¿Sois vencido ó vencedor?

ALIM. Todo lo dirá Nacor,
Que se halló presente á todo.

NACOR. No quiso el desafiado

Acudir al desafío,
Aunque bien se ha disculpado.

ARLAJA. ¿Ese es soldado de brío
Tan temido y alabado?
¿Cómo pudo dar disculpa
Buena de tan fea culpa?

NACOR. Su general le detuvo,
Que él ninguna culpa tuvo,
Aunque Alimuzel le culpa;
Que él saliera al campo abierto,
Á esperarle un día más,
Según quedó en el concierto.

ALIM. Nacor, endiablado estás;
No sé cómo no te he muerto.

NACOR. Mal haces de amenazarme,
Ni soberbio, ocasión darme
Para que contigo rife,
Pues sabes que soy jarife
Y que pecas en tocarme.

ARLAJA. Paso, mi señor valiente;
Que entiendo deste contrastre,
Sin que ninguno le cuente,
Que ni él salió, ni esperaste.

NACOR. Es así.

ALIM. ¿Un jarife miente?
Por Alá que es gran maldad.

NACOR. ¿No se muestra la verdad
En que te vienes sin él?

ALIM. ¿Pude yo verme con él
Encerrado en la ciudad?
¿No sabes lo que pasó
Y la embajada que trujo
Quien por él me respondió?

NACOR. Sé que á esperar se redujo

El trance, y más no sé yo.

ALIM. ¿Por consejo no me diste
Que me volviese?

NACOR. Hiciste
Mal, yo bien, porque pensaba
Que á un cobarde aconsejaba.

ALIM. El diablo se me reviste
É incita á hacerte pedazos.

NACOR. Jarife soy, no me toques
Con los dientes ni los brazos,
Ni á que te dé me provoques
Duros y fuertes abrazos;
Que ya sabes que Mahoma
Por suya la causa toma
Del jarife y le defiende,
Y al soberbio que le ofende,
Á sus pies le humilla y doma.

Entran dos moros y traen cautivo á D. FERNANDO, en cuerpo y sin espada.

ALIM. ¿Qué es aquesto?

PRIM. Á este cristiano
Cautivó tu escuadra ayer
Junto á Orán.

FERN. Miente el villano:
Yo me entregué, sin poner
Pies á huir, ni á espada mano.
Si no quisiera entregarme,
No pudieran cautivarme
Tres escuadras, ni aun trescientas.

ALIM. ¿Estás cautivo y revientas
De bravo?

FERN. Puedo alabarme.

ARLAJA. ¿Quién eres?

FERN. Soy un soldado,
Que me he venido á entregar
Á vuestra prisión de grado,
Por no poder tolerar
Ser valiente y mal pagado.

ARLAJA. ¿Luego quieres ser cautivo?

FERN. De serlo gusto recibo:
Dadme patrón que me mande.

ARLAJA. ¡Qué disparate tan grande!
Yo de disparates vivo.

OROP. (Ap.) Este es Don Fernando, cierto,
El que yo tanto alabé;
Y ni viene preso ó muerto,
Ni como viene no sé,
Ni atino su desconcierto.
El callar será acertado,
Hasta hablalle en apartado,
Que me admira su venida.

ALIM. ¿Seréis, Arlaja, servida
De que os sirva este soldado?
Que si ayer fué el primer día
Que salió de Orán, dirá,
Si hice lo que debía,
Que yo entiendo, que sabrá
Mi valor ó cobardía.
Dime: ¿oiste un desafío,
Que hizo un moro, vacío
De ventura, y de fe lleno?

FERN. Y fué tenido por bueno,
Bien criado, y de gran brío.
El retado no salió,
Que lo estorbó el general,
Por cierta ley que halló;
Pero después, por su mal,

Que vino al campo sé yo,
Pensando hallar allí
Al valeroso Alí;
Porque salimos los dos,
Él á combatir con vos,
Yo para venir aquí;
Que ya os conozco en el talle.

ALIM. Pues esto es verdad, señora,
Bien será que Nacor calle.

OROP. (Ap.) ¡Oh, si llegase la hora
En que pudiese hablalle,
Qué de cosas le diría!

NACOR. ¿No se ve tu cobardía,
Si el cristiano salió á verte,
Y tú quisiste volverte,
Sin esperar más de un día?

ALIM. Si tú no hicieras alarde
De tu ingenio caviloso,
Yo volviera nunca ó tarde:

NACOR. Consejos de religioso,
Presto los toma el cobarde.

ALIM. Arlaja, yo volveré,
Y á tu presencia traeré,
Ó muerto ó preso al cristiano.

NACOR. Ya tu vuelta será en vano.

ARLAJA. No le quiero, déjale;
Que pues á la voz primera
No faltó de la muralla,
Y empuñó la espada fiera,
La fama que en él se halla
No debe ser verdadera.
Y así ya no quiero velle;
Aunque si puedes traelle
Sin tu daño, darme has gusto.

FERN. Es Don Fernando robusto,
Y habrá que hacer en prendelle.
Conózcole como á mí,
Y sé que es de condición,
Que sabrá volver por sí,
Y aun buscará la ocasión
Para responder á Alí.

ARLAJA. ¿Es valiente?

FERN. Como yo.

ARLAJA. ¿De buen rostro?

FERN. Aqueso no,
Porque me parece mucho.

ALIM. Todo esto con rabia escucho.

ARLAJA. ¿Tiene amor?

FERN. Ya le dejó.

ARLAJA. ¿Luego túvole?

FERN. Sí creo.

ARLAJA. ¿Será mudable?

FERN. No es fuerza
Que sea eterno un deseo.

ARLAJA. ¿Tiene brío?

FERN. Y tiene fuerza.

ARLAJA. ¿Es galán?

FERN. De buen aseo.

ARLAJA. ¿Raja y hiende?

FERN. Tronca y parte.

ARLAJA. ¿Es diestro?

FERN. Como otro Marte.

ARLAJA. ¿Atrevido?

FERN. Es un león.

ARLAJA. Partes todas estas son,
Cristiano, para adorarle,
Á ser moro.

ALIM. Calla, Arlaja,

Pues tienes aquí delante
Quien por tu gusto trabaja:

ARLAJA. Gusto yo de un arrogante
Que bravea, hiende y raja.
Vuelve, Alí, por el cristiano,
Que te doy mi fe y mi mano,
Si le traes, de ser tu esposa.

FERN. Tú le mandas una cosa,
Donde ha de sudar en vano.

NACOR. Soberbios sois los cristianos.

FERN. Eslo, al menos, quien se alaba.

ALIM. Aquí hay quien con ufanos
Bríos quitará la clava
Á Hércules de las manos.
Aquí hay quien á pesar
De quien lo quiera estorbar,
Arlaja, hará lo que mandas.

FERN. A veces se mandan mandas,
Que nunca se piensan dar:
Y á las veces las promete
Quien no las quiere cumplir,
Ni puede.

NACOR. ¿Quién te mete
A ti en eso?

FERN. Se decir,
Que en parte á mí me compete;
Que es Don Fernando mi amigo,
Y soy cierto y buen testigo
Del mucho valor que encierra.

ALIM. Traen los casos de la guerra
Diversos fines consigo.
El valiente y fanfarrón
Tal vez se ha visto vencido
Del flaco de corazón,

Que Alá da ayuda al partido
Que defiende la razón.

FERN. ¿Pues qué razón lleva en este
Ali?

OROP. (Ap.) Tú harás que te cueste
La vida tu lengua necia.

ALIM. Si el que ama, el amor precia,
Su santo favor me preste,
Que sin razón, y con él,
Á Don Fernando el valiente
Vencerá el flaco Muzel.

ARLAJA. (Ap.) ¡Qué plática impertinente!

ALIM. (Ap.) ¡Qué corazón tan cruel!

ARLAJA. Quede el cristiano conmigo.
Alá vaya, Ali contigo
Y con Nacor.

NACOR. Él te guarde.

ARLAJA. Volvedme á ver esta tarde.

Éntranse todos, sino D. FERNANDO y OROPESA.

OROP. Hola, soldado, ¿á quien digo?
¿Qué noramala, señor,
Os ha traído á este puesto,
Tan contrario á vuestro honor?

FERN. En buena te diré presto
De mi fortuna el rigor.
No quiso el general mío
Que saliese al desafío,
Que me hizo aqueste moro:
Yo, por guardar el decoro
Que corresponde á mi brío,
Me descolgué por el muro;
Y cuando pensé hallar
Lo que aun agora procuro,

Un escuadrón vino á dar
Conmigo, estando seguro.
Era la noche cerrada,
Y como vi defraudada
Mi esperanza tan del todo,
Con el tiempo me acomodo:
Mentí, rendíles la espada.
Díjeles que mi intención
Era venir á ponerme
De grado en su sujeción,
Y que quisiesen traerme
Á reconocer patrón.
Dijéronme que este Ali
Era su señor, y así
Vine sin fuerza y forzado:
De todo cuenta te he dado;
No hay más que saber de mí.
Calla mi nombre; que veo
Que aquesta mora hermosa
Tiene de verme deseo.

OROP. De tu fama valerosa,
Que está enamorada creo.
No te des á conocer,
Que deseos de mujer
Se mudan á cada paso.

FERN. Vuelve Muzel; habla paso.

OROP. No sé qué pueda querer.

Entra ALIMUZEL.

ALIM. Oropesa, escucha y calla,
Y guárdame aquel secreto,
Que en tu discreción se halla,
Que á tu bondad le prometo
Con la mía de premialla.

Yo te daré libertad;
Y á ti, si tu voluntad
Fuere de volverte á Orán,
Mis designios te darán
Honrosa comodidad.
Sólo os pido en cambio de esto
Que me descubráis un modo
Tan honroso y tan compuesto,
Que en las partes, y en el todo
Eche de hidalguía el resto;
El cual me vaya mostrando
En qué parte, cómo ó cuándo,
Ya en el campo ó estacada,
Pueda yo medir mi espada
Con la del bravo Fernando:
Quizá está en su vencimiento,
Como Arlaja significa,
De mi bien el cumplimiento,
Si ya mi esperanza rica
No la empobrece su intento,
Que debe de ser doblado,
Pues de lo que me ha mandado
Todo se puede temer,
Y no hay bien que venga á ser
Seguro en el desdichado.

FERN. Yo te daré á tu enemigo
Á toda tu voluntad,
Como estoy aquí contigo,
Sin usar de deslealtad,
Que nunca albergó conmigo.

ALIM. No es enemigo el cristiano;
Contrario sí, que el lozano
Deseo de Arlaja bella,
Presta para esta querella

La voz, el intento y mano.

FERN. Presto te pondré con él,
Y fía aquesto de mí,
Comedido Alimuzel,
Y aun pienso hacer por ti
Lo que un amigo fiel,
Porque la ley que divide
Nuestra amistad, no me impide
De mostrar hidalgo el pecho;
Antes con lo que es bien hecho
Se acomoda, ajusta y mide.
Ve en paz, que yo pensaré
El tiempo que más convenga
Para hacer lo que haré.

ALIM. Mahoma sobre ti venga,
Y lo que puede te dé. (Vase).

FERN. Gentil carga.

OROP. Y gentil presa.

FERN. ¿Pesa mucho?

OROP. Poco pesa,
Que está en fuego convertida.

FERN. Mira que importa la vida
Tener secreto, Oropesa.

Vanse, y salen riñendo el capitán GUZMÁN y el alférez ROBLEDO.

GUZMÁN. Señor alférez Robledo,
Póngase luego entredicho
Á esta plática.

ROB. No puedo,
Que lo que sin miedo he dicho,
No lo desdigo por miedo.
Ó él se fué á renegar.

Ó hizo mal en dejar
Su presidio en tiempos tales.

GUZMÁN. De los hombres principales
No se debe así hablar.
El renegar no es posible;
Y si en ello os afirmáis,
Mentís.

Meten mano.

ROB. ¡Oh trance terrible!

GUZMÁN. Agora sí que os halláis
En más dudoso imposible,
Si queréis satisfaceros.

Entran el CONDE DE ALCAUDETE y D. MARTÍN de CÓRDOBA, acompañados.

CONDE. Paso; teneos, caballeros.
¿Por qué ha sido la pendencia?

GUZMÁN. Más agudo es de conciencia
Este hidalgo, que de aceros.
Ha afirmado que se es ido
Á renegar Don Fernando,
Y vive Dios que ha mentido,
Y mentirá cada y cuando
Lo diga.

CONDE. ¡Descomedido!
Llévenle luego á una torre.

GUZMÁN. Ni me afrenta ni me corre
Este agravio, porque nace
De la justicia que hace
Al que su amigo socorre.

CONDE. Vaya el alférez también,
Y mientras que el cerco pasa,

Hagan treguas.

ROB. Hazme un bien;
Que sea la torre mi casa.

MARTIN. Sí, porque juntos no estén.

Llevan al alférez.

UNO. Señor, la guarda ha descubierto agora
Un bajel por la parte de poniente.

MARTIN. ¿Qué vela trae?

UNO. Entiendo que latina.

CONDE. Vamos á recibirle á la marina.

JORNADA SEGUNDA

Los que hablan en ella son :

ARLAJA.
DON FERNANDO.
OROPESA.
NACOR.
VOZMEDIANO, anciano.
DOÑA MARGARITA, doncella en hábito de hombre.
BUITRAGO.
DON MARTÍN.
EL CONDE.
GUZMAN el capitán.
ALIMUZEL.
VAIRAN, renegado.
UN MORO.

Salen ARLAJA, D. FERNANDO y OROPESA

ARLAJA. ¿Cómo te llamas, Cristiano?
Que tu nombre aun no he sabido.
FERN. Es mi nombre Juan Lozano,
Nombre que es bien conocido
Por el distrito africano.
ARLAJA. Nunca le he oído decir.
FERN. Pues él suele competir
Con el del bravo Fernando.
ARLAJA. Mucho te vas alabando.

FERN. Alábome sin mentir.
ARLAJA. Pues ¿qué hazañas has tú hecho?
FERN. He hecho las mismas que él,
Con el mismo esfuerzo y pecho,
Y ya me he visto con él
En más de un marcial estrecho.
ARLAJA. ¿Es tu amigo?
FERN. Es otro yo.
ARLAJA. ¿Por ventura, di, salió
Á combatir con mi moro?
FERN. Siempre de bravo el decoro
En todo trance guardó.
ARLAJA. De ese modo, ¿Alí es cobarde?
FERN. Eso no; que pudo ser
Salir Don Fernando tarde,
Cuando no pudiese hacer
Alí de su esfuerzo alarde.
Y imagino que este moro
Jarife, no con decoro
De amigo, á Muzel da culpa.
ARLAJA. De su esfuerzo y de su culpa
Toda la verdad ignoro.
FERN. Haz cuenta que te trae preso
Á Fernando tu Muzel:
¿Qué piensas hacer por eso?
ARLAJA. Estimaré mucho en él
De su esfuerzo el grande exceso.
Tendré en menos al cristiano,
Cuyo nombre sobrehumano
Me incita, y mueve el deseo
De velle.
OROP. Pues yo le veo
En sólo ver á Lozano.
ARLAJA. ¡Qué! ¿Tanto se le parece?

OROP. Yo no sé qué diferencia
Entre los dos se me ofrece:
Esta es su misma presencia,
Y el brazo que le engrandece.

ARLAJA. ¿Qué hazañas ha hecho ese hombre
Para alcanzar tan gran nombre
Como tiene?

OROP. Escucha una
De su esfuerzo y su fortuna,
Que podrá ser que te asombre.
Dió fondo en una caleta
De Argel una galeota,
Casi de Orán cinco millas,
Poblada de turcos toda.
Dieron los guardias aviso
Al general, y con tropa
De hasta trescientos soldados
Se fué á requerir la costa.
Estaba el bajel tan junto
De tierra, que se le antoja
Dar sobre él: ved qué batalla
Tan nueva y tan peligrosa.
Dispararon los soldados
Con prisa una vez y otra;
Tanto, que dejan los turcos
Casi la cubierta sola.
No hay ganchos para acercar
Á tierra la galeota;
Pero el bravo Don Fernando
Ligero á la mar se arroja;
Ase recio de gumena,
Que ya el turco aprisa corta,
Porque no le dan lugar
De que el áncora recoja;

Tiró hacia sí con tal fuerza,
Que cual si fuera una góndola,
Hizo que el bajel besase
El arena con la popa.
Salió á tierra, y de ella un salto
Dió al bajel, ¡cosa espantosa!
Qué piensa el turco, que el cielo
Cristianos llueve, y se asombra.
Reconocido su miedo,
Don Fernando, con voz ronca
De la cólera y trabajo,
Grita: «¡Victoria, victoria!».
La voz da al viento, y la mano
Á la espada victoriosa,
Con que matando é hiriendo
Corrió de la popa á proa.
Él solo rindió al bajel.
Mira, Arlaja, si esta es obra
Para que la fama diga
Los bienes que de él pregona.
Probado han bien sus aceros
Los Lindos de Melïona,
Los Elches de Tremecén
Y los Leventes de Bona.
Cien moros ha muerto en trances,
Siete en estacada sola,
Doscientos sirven al remo,
Ciento tiene en las mazmorras.
Es muy humilde en la paz,
Y en la guerra no hay persona
Que le iguale, ya cristiana,
Ó ya que sirva á Mahoma.

ARLAJA. ¡Oh qué famoso español!

OROP. Hércules, Héctor, Roldán,

Se hicieron en su crisol.

ARLAJA. Mejor no le ha visto Orán.

OROP. Ni tal no le ha visto el Sol.

Entra NACOR.

ARLAJA. (Ap. á los dos.) Aqueste Nacor me enfada;
No me dejéis sola.

OROP. (A ella.) Honrada
Te le muestra y comedida.

FERN. (Lo mismo.) Da á sus razones salida,
Que espere, y no espere en nada.

NACOR. Hermosa Arlaja, yo estoy
Resuelto en traerte preso
Al cristiano, y así voy
Á Orán luego.

ARLAJA. Buen suceso,
Y agüero espero y te doy,
Porque irás en gracia mía,
Y en verte tomó alegría
Desusada el corazón.

NACOR. Tienes, Arlaja, razón,
Que yo la tendré algún día
De rogarte que me quieras.

ARLAJA. Déjate agora de burlas,
Pues partes á tantas veras.

FERN. Hará Nacor, si no burlas,
Sus palabras verdaderas.
Que amante favorecido
Es un león atrevido,
Y romperá, por su dama,
Por la muerte y por la llama
Del fuego más encendido.

OROP. (Ap. á Fernando.) Concluyeras tú esta em-
[presa

Harto mejor que no él.

FERN. (A él.) Calla y escucha, Oropesa.

NACOR. Ya en este caso Muzel
Por vencido se confiesa;
Pues no hace diligencia
Por traer á tu presencia
El que yo te traeré presto.

ARLAJA. Pártete, Nacor, con esto;
Que gusto, y te doy licencia.

NACOR. Dame las manos, señora,
Por el favor con que animas
Al alma que más te adora.

ARLAJA. En poco, Nacor, te estimas,
Pues te humillas tanto agora.
Eres Jarife, levanta,
Que verte á mis pies me espanta;
¿Qué dirá de esto Mahoma?

NACOR. Estos rendimientos toma
Él por cosa buena y santa.
Queda en paz. (Vase.)

ARLAJA. Vayas con ella,
Que con el fin de este trance
Le tendrá el de tu querella.

FERN. (A Oropesa.) Echado ha el moro buen lance.

OROP. (A él.) Ella es falsa, cuanto es bella.

ARLAJA. Venid, que habemos de ir
Los tres á ver combatir
A mis amantes valientes.

OROP. Si nos vieren ir las gentes,
Tarde nos verán venir.

Vanse y sale VOZMEDIANO, anciano, y DOÑA MARGARITA en hábito de hombre.

VOZM. Priesa por llegar á Orán,

Y priesa por salir de él;
Muy bien nuestras cosas van.

MARG. Préciase amor de cruel,
Y tras uno da otro afán.

VOZM. Ya os he dicho, Margarita,
Que su daño solicita
Quien camina tras un ciego.

MARG. Ayo y señor, yo no niego
Que esa razón es bendita;
Pero, ¿qué puedo hacer
Si he echado la capa al toro
Y no la puedo coger?

VOZM. Menos te la podrá un moro,
Si bien lo miras, volver.

MARG. ¿Que sea moro D. Fernando?

VOZM. Así lo van pregonando
Los niños por la ciudad.

MARG. ¡Qué haya hecho tal maldad!
(De cólera estoy rabiando).
No lo creo, Vozmediano;

VOZM. Haces bien, pero yo veo
Que ni moro ni cristiano
Parece.

MARG. Verle deseo.

VOZM. Siempre tu deseo es vano.

MARG. Quiérelo así mi ventura;
Pero no será tan dura
Que no dé fin á mis penas,
Con darme en estas arenas
Berberisca sepultura.

VOZM. No dirás, señora, al menos,
Que no te he dado consejos,
De bondad y de honor llenos.

MARG. Los prudentes y los viejos

Siempre dan consejos buenos;
Pero no ve su bondad
La loca, y temprana edad
Que en sí misma se embaraza,
Ni cosa prudente traza
Fuera de su voluntad.

Entra BUITRAGO con la demanda.

BUIT. Vuestras mercedes me den
Para las ánimas luego,
Que les estará muy bien.
MARG. Si ellas arden en mi fuego.
VOZM. Pasito, Anastasio, ten.
No digas alguna cosa
Malsonante, aunque curiosa.
MARG. Váyase, señor soldado,
Que no tenemos trocado.
BUIT. La respuesta está donosa.
Denme, pese á mis pecados;
Siempre yo de aquella guisa
Medro con almidonados;
Denme, que vengo de prisa,
Y ellos están muy pausados.
¡Oh que novatos que están
De lo que se usa en Orán
En esto de las demandas!
Descoja sus manos blandas,
Y dé limosna, galán.
¿Qué me mira? acabe ya;
Eche mano, y no á la espada,
Que su tiempo se vendrá.
VOZM. La limosna que es rogada,
Más fácilmente se da
Que la que se pide á fuerza.

BUIT. Úsase en aquesta fuerza
De Orán pedirse de este arte,
Que son las almas de Marte,
Y piden siempre con fuerza.
Nadie muere aquí en el lecho,
Á almidones y almendradas,
Á pistos y purgas hecho:
Aquí se muere á estocadas
Y á balazos, roto el pecho.
Bajan las almas feroces
Tan furibundas y atroces,
Que piden que acá se pida,
Para su pena afligida,
Á cuchilladas y á voces.
En fin, las almas de Orán,
Que tienen comedimiento,
Aunque en purgatorio están,
Dicen que vuelva en sustento
La limosna que me dan.
Á la parte voy con ellas,
Remediando sus querellas
Á fuerza de Ave Marías,
Y mis hambrientas porfías
Con lo que me dan para ellas.

VOZM. Hermano, yo no os entiendo,
Y no hay limosna que os dar.

BUIT. De gana me voy riendo;
Y ¿á dónde se vino á hallar
El parentesco tremendo?
¿Hace burla en ver el traje
Entre pícaro y salvaje?
Pues sepa que este sayal
Tiene encubierto algún al
Que puede honrar un linaje.

El conde es éste; ¡qué pieza!
Que cuando me da, le dan
Mil vaguidos de cabeza.
Pobretas almas de Orán,
Que estáis en vuestra estrecheza,
Rogad á Dios que me den,
Porque si yo como bien,
Rezaré más de un rosario,
Y os haré un aniversario
Por siempre jamás. Amén.

Entran el CONDE, D. MARTÍN, el capitán GUZMÁN y NACOR.

NACOR. Digo, señor, que entregaré sin duda
La presa, que he contado, fácilmente,
En el silencio de la noche muda,
Con muy poquito número de gente;
Y porque al hecho la verdad acuda,
Las manos á un cordel daré obediente:
Dejaréme llevar, siendo yo guía,
Que os muestre el aduar antes del día;
Y sólo quiero de esta rica presa,
Por quien mi industria y mi traición trabaja.
Un cuerpo que á mi alma tiene presa:
Quiero á la bella sin igual Arlaja.
Por ella tengo tan infame empresa
Por ilustre, por grande, y no por baja;
Que por reinar y por amor no hay culpa
Que no tenga perdón y halle disculpa.
No siento ni descubro otro camino
Para ser poseedor de aquesta mora,
Que hacer este amoroso desatino,
Puesto que en él crueldad y traición mora;

Ámola por la fuerza del destino;
Y aunque mi alma su beldad adora,
Quiérola cautivar para soltalla,
Por si puedo moverla, ú obligalla.

CONDE. No estamos en sazón que nos permita
Sacar de Orán un mínimo soldado,
Que el cerco que se espera solicita
Que ponga en otras cosas mi cuidado.

NACOR. La victoria en la palma traigo escrita;
En breves horas te daré acabado,
Sin peligro, el negocio que he propuesto:
Si presto vamos, volveremos presto.

CONDE. Esta tarde os daré, Nacor, respuesta;
Esperad hasta entonces.

NACOR. Soy contento. (Vase.)

MARTÍN. Empresa rica y sin peligro es ésta,
Si cierta fuese.

GUZMÁN. Yo por tal la cuento:
Hace la lengua al alma manifiesta;
Declarado ha Nacor su pensamiento
Con tal demostración, con tal afecto,
Que si vamos, el saco me prometo.

MARTÍN. Cubre el traidor sus malas intenciones
Con rostro grave y ademán sincero,
Y adorna su traición con las razones
De que se precia un pecho verdadero:
De un Sinón aprendieron mil Sinones;
Y así, el que es general, al blando ó fiero
razonar del contrario, no se rinde
Sin que el primero la intención deslinde.

CONDE. Hermano, así se hará; no tengáis miedo
Que yo me arroje ó precipite en nada.
(A Guzmán.) ¿Hicisteis ya la tregua con Ro-
[bledo,

Y queda ante escribano confirmada?

MARTÍN. Gran cólera tenéis, Guzman.

GUZMÁN. No puedo
Tenerla, en la ocasión, más enfrenada.

CONDE. Podréis darle la rienda entre enemigos,
Y es prudencia cogerla con amigos.
Pues Buitrago, ¿qué hacemos?

BUIT. Aquí asisto
Procurando sacar de aqueste esparto
Jugo de algún *plus ultra,* y no lo he visto,
Siquiera de una tarja ni de un cuarto;
Así guardan la ley de Jesucristo
Aquéstos, como yo, cuando estoy harto,
Que no me acuerdo si hay cielo ni tierra;
Sólo á mi vientre acudo y á la guerra.

MARG. Pide limosna en modo este soldado,
Que parece que grita ó que reniega,
Y yo estoy en España acostumbrado
Á darla á quien por Dios la pide y ruega.

BUIT. Quiérosela pedir arrodillado,
Veré si la concede ó si la niega.

VOZM. Ni tanto, ni tan poco.

BUIT. Soy cristiano.

MARG. ¿Ya no le han dicho que no hay blanca, her-
[mano?

BUIT. ¿Hermano? Lleve al diablo el parentesco
Y el ladrón que le halló la vez primera.
Descosa, pese al mundo, ese grigüesco;
Desgarre esa olorosa faltriquera.
De aquestas pinturitas á lo fresco
¿Qué se puede esperar?

VOZM. Esa es manera
De hacer sacar la espada, y no el dinero.

CONDE. Paso, Buitrago.

MARG. A fe de caballero...
MARTIN. No os enfadéis, galán; que de este modo
Se pide la limosna en esta tierra:
Todo es aquí braveza: es aquí todo
Rigor y duros términos de guerra.
BUIT. Y yo, que á lo de Marte me acomodo,
Y á lo de Dios es Cristo doy por tierra
Con todo el bodegón, si con floreos
Responden á mis gustos y deseos.
MARTIN. En fin, ¿que aqueste galán
Es de Jeréz?
VOZM. Y de nombre
De los buenos que allí están,
Y hijo, señor, de un hombre,
Que en Francia fué capitán.
Quedó rico y con hacienda:
Dejómele á mi por prenda
Mi hermana, que fué su madre,
Y yo quise que del padre
Siguiese la honrada senda.
Supe el cerco que se espera,
Y con su gusto le truje,
Que sin él no le trajera,
Y á esta dura le reduje,
De su vida placentera;
Que en los grados de alabanza,
Aunque pervierta la usanza
El adulador liviano,
No alcanza un gran cortesano
Lo que un buen soldado alcanza.
CONDE. Así es verdad, y agradezco
Venida de tales dos,
Y á servírosla me ofrezco.
BUIT. ¿Qué no me darán por Dios

Lo que por mí no merezco?
¡Voto á Cristóbal del Pino,
Que si una vez me amohino,
Que han de ver quien es Callejas!
Busquen alivio á sus quejas,
Almas, por otro camino.
Buscaréle yo también
Para mi hambre insolente,
Ó me den ó no me den,
Que nunca muere un valiente
De hambre.

MARTÍN. Dices muy bien.

BUIT. No digo sino muy mal;
¿Es eso por excusarse
De no sacar un rëal?

CONDE. Vamos, que ya de enojarse
Buitrago nos da señal,
Y no quiero que lo esté.

Vanse el CONDE y D. MARTÍN.

BUIT. Con aqueso comeré.
¡No fuera yo motilón,
Ó mozo de bodegón,
Y no soldado!

MARG. ¿Por qué?

BUIT. Yo me entiendo, so galán;
Vava, y guarde su dinero.—
Adiós, mi señor Guzmán.

GUZMÁN. No, no; convidaros quiero,
Por vida del Capitán.
Venid, Buitrago, conmigo.

BUIT. En seguirte sé que sigo
Á un Alejandro y á un Marte.

Vanse el CAPITÁN y BUITRAGO.

MARG. Señor, llégate á esta parte,
Que tengo que hablar contigo.
Resuelta estoy.
VOZM. En tu daño.
MARG. No me atajes, déjame
Relatar mi mal extraño.
VOZM. ¿Ya no sabes que lo sé,
Por mi mal, más ha de un año?
MARG. Dime, señor, ¿tú no sientes,
Que con nuevos accidentes
Cada día amor me enviste?
VOZM. Y sé que no los resiste
Tu alma, pues los consientes.
MARG. Déjate de aconsejarme,
Y dame ayuda, si quieres;
Que lo demás es matarme.
VOZM. Por quien soy y por quien eres
Siempre te oiré sin cansarme;
Y siempre te ayudaré,
Porque á ello me obligué
Cuando, de venir contigo,
Como ayo y como amigo,
Te dí la palabra y fe.
Di, en fin, ¿qué piensas hacer?
MARG. Ir por soldado á esta empresa,
Con extraño parecer,
Pues procuraré ser presa,
Puesto que vaya á prender.
Procuraré ser cautiva,
Que de la dura y esquiva
Tormenta, que siente el alma,
El sosiego, gusto y palma,

En disparates estriba.
Sabré cautiva de quien
Me cautivo sin sabello,
Pensando de hacerme bien;
Daré al moro perro el cuello,
Porque á mi alma me den;
Que no es posible sea moro
Quien guardó tanto el decoro
De cristiano caballero,
Y si fuere esclavo, quiero
Dar por él mil montes de oro.
De que los halle no dude
Nadie, que el cielo al deseo
Del aflicto siempre acude.

VOZM. El gran Dios, dese deseo
Impertinente te mude.

MARG. ¿Habrá más de rescatarme,
Dando tiempo al informarme
De lo que voy á saber?
Que en el mal de irme á perder
Consiste el bien de ganarme.
Venid, señor Vozmediano,
Negociaréis mi salida
Con el escuadrón cristiano.

VOZM. ¿Dónde queréis ir, perdida?

MARG. Aconsejarme es en vano.

VOZM. Yo haré con su señoría,
Que se oponga á tu porfía.

MARG. Si esto me impedís, señor,
Haré otro yerro mayor,
Con que lloréis más de un día.
Echada está ya la suerte:
Yo he de seguir mi destino,
Aunque me lleve á la muerte.

VOZM. Del amor el desatino,
Cualquier bien en mal convierte.
En mal punto me encargué
De ti; en mal punto dejé
La patria por tus antojos.
MARG. Tal vez tras nubes de enojos,
De esperanza el sol se ve.

Vanse, y salen ARLAJA, ALIMUZEL, OROPESA y D. FERNANDO.

ARLAJA. ¿Á dónde está Alimuzel?
Oropesa, ¿do te has ido?
Y mi Lozano, ¿qué es de él?
Cielo, escucha mi gemido;
No te me muestres cruel.
ALIM. Bella Arlaja, aquí me tienes.
ARLAJA. Amigo, á buen tiempo vienes.
OROP. ¿Qué es lo que mandas, señora?
ARLAJA. Vengas, amigo, en buen hora.
Lozano, ¿en qué te detienes?
FER. Aquí estoy, señora mía;
¿Qué me mandas? dilo, acaba.
ARLAJA. ¡Desdichada dicha mía!
ALIM. ¿Qué has, Arlaja?
ARLAJA. Yo soñaba,
Que esta noche, al alba fría
Daban sobre este adüar
Cristianos, y á mi pesar,
Nacor me llevaba presa,
Y desperté con la priesa
Del asalto y del gritar;
Y he venido á socorrerme
De vosotros con el miedo
Que el sueño pudo ponerme;

Y aunque os veo, apenas puedo
Sosegarme ni valerme.
Tengo á Nacor por traidor,
Y no me deja el temor
Fiar de vuestra lealtad.

ALIM. No son los sueños verdad;
No tengas miedo, mi amor;
Y si lo son, juzga y piensa
Que á tu lado hallarás
Quien no consienta tu ofensa.

ARLAJA. Contra el hado, es por demás
Que valga humana defensa.

FERN. No te congojes, señora,
Que si llegare la hora
De verte en aquese aprieto,
Librarte dél te prometo,
Por el Dios que mi alma adora.
Si no quedase cristiano
En Orán, y aquí viniese
Tan arrojado y ufano,
Que la victoria tuviese
Tan cierta como en la mano,
Será ésta mía bastante
Para que el más arrogante
Vuelva humilde y sin despojos.
Temple aquesto tus enojos:
No pase el miedo adelante,
Que haré más de lo que digo;
Y de que prometo poco,
Mis obras serán testigo.

OROP. Ó está Don Fernando loco,
Ó es ya de Cristo enemigo.
Pelear contra cristianos
Promete.—Venid, hermanos;

Que yo con mejor conciencia
Pasaré la diligencia
Á los pies, y no á las manos.

FERN. Alí, dame tú una espada,
Y un turbante con que pueda
La cabeza estar guardada.

OROP. Señora, ¿dónde se queda
Tu condición arrojada?
Agora verás hender,
Herir, matar y romper:
Deja venir al cristiano.

ARLAJA. Es accidental y vano
Tal deseo en la mujer,
Y fácilmente se trueca;
Y antes que la espada, agora
Tornaría á ver la rueca.

ALIM. El que te ofende, señora,
Contra todo el mundo peca.
Ven, cristiano, á tomar armas.

OROP. Mira contra quién te armas,
Lozano.

FERN. Calla, Oropesa.

OROP. En armarte á tal empresa,
De tu valor te desarmas.

(Éntranse todos.)

Salen NACOR, atadas las manos atrás con un cordel, y tráele BUITRAGO, el capitán GUZMÁN, MARGARITA y otros soldados con sus arcabuces.

NACOR. Valeroso Guzmán, este es, sin duda,
El vendido adüar, el paraíso
Do está la gloria que mi alma busca.
Con la caballería, como es uso,

Le puedes coronar á la redonda,
Porque apenas se escape un solo moro.

GUZMÁN. No tengo tanta gente para tanto.

NACOR. Cerca, pues, por lo menos esta parte,
Que responde derecha á una montaña
Que está cerca de aquí, donde sin duda
Harán designio de acogerse cuantos
Sobresaltados fueren esta noche.

GUZMÁN. Dices muy bien.

NACOR. Pues manda que me suelten,
Porque vaya á buscar el grande premio
Que pide la amorosa traición mía.

BUIT. Esto no, ¡vive Dios! Hasta que vea
Cómo se entabla el juego, so Mahoma,
Estése atraillado como galgo,
Porque hasta ver las liebres no le suelto.

NACOR. Señor Guzmán, agravio se me hace.

GUZMÁN. Buitrago, suéltale, y adiós y embiste.

BUIT. Contra mi voluntad le suelto. Vaya.

NACOR. Venid, que yo pondré la gente en orden,
De modo que no haya algún desorden.

Vanse, y queda sola MARGARITA.

MARG. ¡Pobre de mí! ¿Dónde quedo?
¿Adónde me trae la suerte,
Confusa y llena de miedo?
¿Qué cosa haré con que acierte,
Si ninguna cosa puedo?
¡Oh amoroso desvarío
Que ciegas el albedrío,
Y la razón tienes presa!
¿Qué sacaré de esta empresa,
De quien temo y de quien fío?
Soy mariposa inocente

Que despreciando el sosiego,
Simple y presurosamente
Me voy entregando al fuego
De la llama más ardiente.
Estos pasos son testigos
Que huyo de los amigos;
Y llena de ceguedad,
De mi propia voluntad
Me entrego á los enemigos.

Suena dentro ¡Arma!, ¡Arma!, ¡Santiago! ¡Cierra, cierra España, España! Salga al teatro NACOR, abrazado con ARLAJA, y á su encuentro BUITRAGO.

BUIT. Por aqueste portillo se desagua
El adüar, soldados; aquí, amigos.—
Tente, perro cargado; tente, galgo.
NACOR. Amigo soy, señor.
BUIT. No es este tiempo
Para estas amistades; tente, perro.
NACOR. Muerto soy, por Alá.
BUIT. Por San Benito
Que he pasado á Nacor de parte á parte,
Y que esta debe ser su amada ingrata.
ARLAJA. Cristiano, yo me rindo, no ensangrientes
Tu espada en mujeril sangre mezquina.
Llévame do quisieres.

Sale ALIMUZEL.

ALIM. La voz oigo
De Arlaja bella, que socorro pide.—
¡Ah perro! suelta.
BUIT. Suéltala tú, podenco sin provecho.—
¿No hay quien me ayude aquí?
ARLAJA. Mientras pelean

Aquellos dos, podrá ser escaparme,
Si acaso acierto de tomar la parte
Que lleva á la montaña.

MARG. Si me guías
Seré tu esclavo, tu defensa y guarda,
Hasta ponerte en ella. Ven, señora.

Vanse ARLAJA y MARGARITA. Salen D. FERNANDO y GUZMÁN.

BUIT. Ánimas del Purgatorio,
Fovorecerme, señoras,
Que mi peligro es notorio,
Si ya no estáis á estas horas
Durmiendo en el dormitorio.
De vuestro divino aliento
Con mayor fuerza me siento.—
Perro, el huir no te cale;
Ahora verán si vale
Buitrago por más de ciento.

Éntrase ALIMUZEL, y BUITRAGO tras él.

GUZMÁN. Ó eres diablo, ó no eres hombre;
¿Quién te dió tal fuerza, perro?

FERN. No os admire ni os asombre,
Guzmán, que haga este yerro
Quien respeta vuestro nombre.

GUZMÁN. ¿Sois á dicha don Fernando?

FERN. El mismo que estáis mirando,
Aunque no me veis amigo.

GUZMÁN. ¿Sois ya de Cristo enemigo?

FERN. Ni de veras, ni burlando.

GUZMÁN. Pues ¿cómo sacas la espada
Contra él?

FERN. Vendrá sazón
Más llana y acomodada,
En que te dé relación
De mi pretensión honrada.
Cristiano soy, no lo dudes.
GUZMÁN. ¿Por qué á defender acudes
Este adüar?
FERN. Porque encierra
La paz que causa esta guerra,
La salud de mis saludes.
Dos prendas has de dejar,
Y carga, amigo, con todo
Cuanto hay en este adüar.
GUZMÁN. Á tu gusto me acomodo:
No quiero más preguntar;
Pero porque no se diga
Que tengo con tigo liga,
Tú, pues bastas, lo defiende.

Vase GUZMÁN y vuelven BUITRAGO y ALIMUZEL.

BUIT. En vano, moro, pretende
Tu miedo que no te siga,
Que tengo para ofenderte
Dos manos y dos mil almas,
Que á mis pies han de ponerte.
FERN. Otros despojos y palmas
Puedes, amigo, ofrecerte,
Que éste no.
ALIM. Deja, Lozano;
Que este valiente cristiano
En grande aprieto me ha puesto.
FERN. Ve tú á socorrer el resto,
Y éste, déjale en mi mano;
Que yo daré cuenta dél.

ARLAJA dentro.

ARLAJA. Lozano, que voy cautiva:
Que voy cautiva, Muzel.
ALIM. Fortuna, á mi suerte esquiva,
Cielo envidioso y cruel,
Ejecutad vuestra rabia
En mi vida, si os agravia;
Dejad libre la de aquélla,
Que os podéis honrar con ella
Por hermosa, honesta y sabia.

Sale ARLAJA, defendiéndola MARGARITA del capitán GUZMÁN, y de otros tres soldados.

FERN. Todos sois pocos, soldados.
GUZMÁN. Esta es la mora en quien tiene
Don Fernando sus cuidados:
Dejársela me conviene. (Vase.)
BUIT. Aquí hay moros encantados,
Ó cristianos fementidos;
Que ha llegado á mis oídos,
Creo, el nombre de Lozano.
FERN. Vuestro trabajo es en vano,
Cristianos mal advertidos;
Que esta mora no ha de ir presa:
Entrad en el adüar,
Y hallaréis más rica presa.
BUIT. De ésta irás á señalar,
Perro, el tanto de tu fuesa.
ALIM. Muerto soy; Alá me ayude.
ARLAJA. Acude, Lozano, acude,
Que han muerto á tu grande amigo.

Cae ALIMUZEL dentro y éntrase ARLAJA tras él.

FERN. Vengaréle en su enemigo,
Aunque de intención me mude.—
No te retires, aguarda.
BUIT. ¿Yo retirar? bueno es eso:
Si tuviera una alabarda,
Le partiera hasta el hueso.
¡Oh, cómo el perro se guarda!
FERN. Este que va á dar el pago
De tus bravatas, Buitrago,
Mejor cristiano es que tú.
BUIT. Que te valga Belcebú,
Y á mí Dios y Santiago.
Di quién eres, que sonando
el eco, me trae con miedo
El habla de D. Fernando.
FERN. El mismo soy.
BUIT. ¡Oh, Robledo,
Verdadero y memorando,
Y cuánta verdad dijiste!
Sin razón le desmentiste,
Guzmán, atrevido, y fuerte;
Yo quiero huir de la muerte,
Que en esas manos asiste.
FERN. (A Margarita). ¿Cómo, di, tú no peleas,
Te retiras ó te vas
Antes que tu prisión veas?
MARG. Extraños consejos das
A quien la muerte deseas;
Mas no puedo retirarme
Ni pelear, y he de darme,
De cansado, á moras manos;
Que se van ya los cristianos
Y tú no querrás dejarme.

Dentro diga GUZMÁN:

GUZMAN. Al retirar, cristianos, toca Robles:
A retirar, á retirar, amigos;
No se quede ninguno, y los cansados
A las ancas los suban los jinetes,
Y en la mitad del escuadrón recojan
La presa al retirar; que viene el día.

FERN. Yo te pondré en las ancas de un caballo
De los tuyos; amigo, no desmayes.

MARG. Mayor merced me harás si aquí me dejas.

FERN. ¿Quieres quedar cautivo por tu gusto?

MARG. Quizá mi libertad consiste en eso.

FER. ¿Hay otros Don Fernandos en el mundo?
Demos lugar que los cristianos pasen.
Retiraos á esta parte.

MARG. Yo no puedo.

FERN. Dadme la mano, pues.

MARG. De buena gana.

FERN. ¡Jesus, y qué desmayo!

MARG. Gentil hombre,
¿Lleváisme á los cristianos, ó á los moros?

FERN. A los moros os llevo.

MARG. No querría
Que fuésedes cristiano y me engañásedes.

FERN. Cristiano soy; pero por Dios que os llevo
A entregar á los moros.

MARG. Dios lo haga.

FERN. De novedades anda el mundo lleno.
¿Estáis herido acaso?

MARG. No estoy bueno. (Vanse).

Sale OROPESA cargado de despojos.

OROP. No, sino estaos atenido
Á los consejos de un loco,
Enamorado y perdido.

Mucho llevo en esto poco;
Voy libre y enriquecido.
Ya en mi libertad contemplo
Un nuevo y extraño ejemplo
De los casos de fortuna,
Y adornarán la coluna
Mis cadenas, de algún templo.

Salen el CONDE, D. MARTÍN y VAIRÁN el renegado

VAIRÁN. Digo, señor, que la venida es cierta,
Y que este mar verás, y esta ribera,
Él de bajeles lleno, ella cubierta
De gente innumerable y vocinglera.
De Barbarroja el hijo se concierta
Con Alabez y el Cuco, de manera,
Que en su favor más moros dan y ofrecen,
Que en clara noche estrellas se parecen.
Los turcos son seis mil, y los leventes
Siete mil, toda gente vencedora;
Veinte y seis las galeras, suficientes
A traer municiones de hora en hora.
Andan en pareceres diferentes,
Sobre cuál de estas plazas se mejora
En fortaleza y sitio, y creo se ordena
De dar á San Miguel la buena estrena.
Esto es, señor, lo que hay del campo moro,
Y en Argel el armada queda á punto;
Y Azán el rey, guardando su decoro,
Que es diligente, la traerá aquí al punto.

CONDE. De sus designios poco ó nada ignoro;
Mas por tu relación cuerda barrunto
Que á San Miguel el bárbaro amenaza,
Como más flaca, aunque importante plaza;
Pero puesto le tengo en tal reparo,

Tales soldados dentro dél he puesto,
Que al bárbaro el ganarle será caro.
Muy más que en su designio trae propuesto.
Idos á reposar, mi amigo caro,
Y el agradecimiento y paga de esto
Esperadla de mí, con la ventaja
Que aquel merece, que cual vos trabaja.

Vase VAIRÁN

¿No tarda ya Guzmán?

MARTÍN. Las centinelas
Le han descubierto ya.

CONDE. Venga en buen hora.

MARTÍN. Su premio habrá Nacor de sus cautelas
Cobrado su adorada ingrata mora:
Amor, como otro Marte, nos desvelas;
Furia y rigor en tus entrañas mora;
Hasta las religiosas almas dañas,
Y fundas en traiciones tus hazañas.

Entra el Capitán GUZMÁN, OROPESA, BUITRAGO, VOZMEDIANO y otros soldados.

GUZMÁN. Tus manos pido, y de las mías toma,
Ó por mejor decir, de tus soldados,
Amorosos despojos de Mahoma.
Volvemos, como fuimos, alentados,
Mejorados en honra y buena fama,
Y en ropa y en esclavos mejorados.
Nacor no trae á su hermosa dama,
Que Buitrago apagó con fuerte acero
Del moro infame la amorosa llama.

BUIT. Paséle, por la fe de caballero,
Por entrambas hijadas, ignorando
Que fuese el que el aviso dió primero;

Y si no lo estorbara D. Fernando,
Diera, con más de dos, patas arriba,
Que con él se me fueron escapando.

CONDE. Que, en fin, ¿se volvió moro?

OROP. No se escriba,
Se diga, ó piense tal de quien su intento
En ser honrado y valeroso estriba.
Yo sé de D. Fernando el pensamiento,
Y sé que presto volverá á servirte,
Con las veras que ofrece su ardimiento.

GZMÁN. Que él es cristiano sé, señor, decirte,
Que él se nombró conmigo, combatiendo.

MARTIN. ¿Y procuraba por ventura herirte?

GUZMÁN. Con tiento pareció que iba esgrimiendo,
Y palabras me dijo en el combate
Por quien fuí sus designios conociendo.

MARTÍN. De este caso, señores, no se trate;
Ya por lo menos ha caído en culpa,
Y no hay disculpa á tanto disparate.

GONDE. Salir sin mi licencia ya le culpa,
Y más el escalar de la muralla;
Insulto que jamás tendrá disculpa.

GUZMÁN. Precipitóle honor, vistió la malla,
Por conservar su crédito famoso;
Huyóle el moro, fué á buscar batalla.

MARTÍN. Por cierto ¡oh buen Guzmán! que estáis do-
(noso;
Pues ¿cómo no se ha vuelto, ó cómo muestra
Contra cristianos ánimo brioso?

OROP. Él dará presto de su intento muestra,
Sacando, en gloria de la ley cristiana,
A luz la fuerza de su honrada diestra.

CONDE. Venid, repartiré de buena gana
Lo que de este despojo á todos toca,

Que el gusto crece lo que así se gana.

Vanse, y quedan BUITRAGO y VOZMEDIANO

VOZM. ¡Válgame Dios! ¿Si se quedó la loca?
¿Si se quedó la sin ventura y triste,
Que asi su suerte y su valor apoca?—
Dime, señor, si por ventura viste
Aquel soldado que partió conmigo,
Cuando á la empresa, do has venido, fuiste;
Aquel visoño manicorto digo,
Que no te quiso dar limosna un día,
Y habrá hasta seis que vino aquí conmigo.

BUIT. ¿No es aquel del entono y bizarría,
De las plumas volantes y del rizo,
Que me habló con remoques y acedías?

VOZM. Aquese mismo.

BUIT. No sé qué se hizo. (Vase.)

VOZM. ¿A dónde estarás agora,
Moza, por tus pies llevada
Do toda miseria mora,
De mandar á ser mandada,
Esclava de ser señora?
Qué ¿es posible que un deseo
Incite á tal devaneo?
Y éste es, en fin, de tal ser,
Que no lo puedo creer,
Y con los ojos lo veo. (Vase.)

Salen ARLAJA, D. FERNANDO y MARGARITA

FERN. Para ser mozo y galán,
Y, al parecer, bien nacido,
Muchos desmayos os dan;
Señal de que habéis comido

Mucha liebre y poco pan.
Quien se rinde á su enemigo,
En sí presenta testigo
De que es cobarde.

MARG. Es verdad;
Pero trae muy poca edad
Grande disculpa consigo.
El que mis cuitas no siente,
Hará de mi miedo alarde;
Pero yo sé claramente
Que hice más en ser cobarde
Que no hiciera en ser valiente.
¡Desdichada de la vida,
A términos reducida,
Que busca con ceguedad
En la prisión libertad,
Y á lo imposible salida!

ARLAJA. ¿Qué sabes si este soldado,
Cual tú, tiene aquella queja
De valiente mal pagado?

FERN. Fácil conocer se deja
Que le aflige otro cuidado;
Que sus años cual él muestra,
No habrán podido dar muestra,
Por ser pocos, de los hechos,
Que por ser mal satisfechos
Muestran voluntad siniestra;
Y el ofrecerle caballo
Para que volviese á Orán,
Y el no querer acetallo,
Unas sospechas me dan,
Que por su honra me callo:
Quizá la vida le enfada
Soldadesca, y desgarrada;

Y como el vicio le doma,
Viene tras la de Mahoma,
Que es más ancha y regalada.

MARG. En mi edad, aunque está en flor,
He alcanzado y conocido
Que no hay mal de tal rigor,
Que llegue al verse ofendido,
El que es honrado, en su honor;
Y más si culpa no tiene;
Qué cuando la infamia viene
A quien la busca y procura,
Es menor la desventura,
Que la deshonra contiene;
Y así me será forzoso,
Para huir la infamia y mengua
De mal cristiano y medroso,
Que os descubra aquí mi lengua
Lo que apenas pensar oso.
Si gustáis de estarme atentos,
Veréis que paran los vientos
Su veloz curso á escucharme;
Y veréis, que fué el quedarme
Honra de mis pensamientos.

Entra ALIMUZEL

ALIM. El remedio que aplicaste,
Bella Arlaja, de tu mano,
Fué tal, que en él te mostraste
Ser un ángel soberano
Que á la vida me tornaste.
Conságrotela dos veces,
Una porque la mereces,
Y la otra te la consagro

Por el extraño milagro
Con que tu fama engrandeces.

ALIM. Sosiégate y no me alabes,
Que el médico ha sido Alá
De tus heridas tan graves.—
(Á Margarita.) Comienza, cristiano, ya
La historia, que alegre acabes.

MARG. Sí haré; mas tú verás
En el cuento que me oirás,
Que no dan los duros hados
Á principios desdichados
Alegres fines jamás.
Nací en un lugar famoso,
De los mejores de España,
De padres que fueron ricos,
Y de antigua y noble casta,
Los cuales, como prudentes,
Apenas mi edad temprana
Dió muestras de entendimiento,
Cuando me encierran y guardan
En un santo monasterio
De la Virgen Santa Clara;
Que soy mujer sin ventura,
Que soy mujer desdichada.

ARLAJA. ¡Santo Alá! ¿qué es lo que dices?

MARG. ¿De esto poquito te espantas?
Ten silencio, hermosa mora,
Hasta el fin de mis desgracias;
Que aunque ellas jamás le tengan,
Yo me animaré á contallas,
Si es posible, en breve espacio
Y con sucintas palabras.
No me encerraron mis padres
Sino para la crianza,

Y fué su intención que fuese,
No monja, sino casada.
Faltáronme antes de tiempo,
Que la inexorable parca
Cortó el hilo de sus vidas,
Para añadirle á mis ansias.
Quedé con solo un hermano
De condición tan bizarra,
Que parece que en él solo
Hizo asiento la arrogancia.
Llegó la edad de casarme;
Hiciéronle mil demandas
De mí, no acudió á ninguna,
Fundándose en leves causas.
Y entre los que me pidieron,
Fué uno que con la espada
Satisfizo á la respuesta,
Según se la dieron mala.

(Suenan dentro atambores.)

ALIM. Escucha, que oigo clarines,
Oigo trompetas y cajas:
Algún escuadrón es éste
De turcos, que hacia Orán marcha.

Entra un MORO.

MORO. Si lo que dejó el cristiano
No quieres, hermosa Arlaja,
Que lo acaben de talar
Diez escuadrones que pasan,
Ven, señora, á defenderlo;
Que con tu presencia, Arlaja,

Pararás al sol su curso,
Y suspenderás las armas.

ALIM. Bien dice, señora; vamos,
Que lugar habrá mañana
Para oir si aquesta historia,
En fin triste ó alegre acaba.

ARLAJA. Vamos, pues, y vos, hermosa
Y lastimada cristiana,
No os pene, si á vuestras penas
El oíllas se dilata.

Vanse ARLAJA y ALIMUZEL tras ella, y MARGARITA á lo último, y DON FERNANDO tras ella, y dicen antes:

MARG. Como no tengo, señora,
Ningún alivio en contarlas,
Tengo á ventura el estorbo
Que de tal silencio es causa.

FERN. ¡Válgame Dios, qué sospechas
Me van encendiendo el alma!
Muchas cosas imagino,
Y todas me sobresaltan.
Desesperado esperando
He de estar hasta mañana,
Ó hasta el punto que el fin sepa
De la historia comenzada.

JORNADA TERCERA

Los que hablan en ella son:

ARLAJA.
MARGARITA.
VOZMEDIANO.
DON FERNANDO DE SAAVEDRA.
GUZMAN.
BUITRAGO.
EL CONDE DE ALCAUDETE.
DON MARTÍN.
DON JUAN DE VALDERRAMA.
ALIMUZEL.
ROAMA, moro.
AZÁN, Rey de Argel.
EL del CUCO.
EL de ALABEZ.
ACOMPAÑAMIENTO.

Salen los reyes del CUCO y ALABEZ, DON FERNANDO de moro, ALIMUZEL, ARLAJA y MARGARITA.

CUCO. Hermosísima Arlaja, tu belleza
Puede volver del mesmo Marte airado
En mansedumbre la mayor braveza,
Y dar leyes al mundo alborotado.

ALABEZ. Puedes con tu extremada gentileza

Suspender los extremos del cuidado
Que amor pone en el alma que cautiva,
Y hacer que en gloria sosegada viva.

CUCO. Puede la luz de esos serenos ojos
Prestarla al Sol, y hacerle más hermoso;
Puede colmar el carro de despojos
Del dios antojadizo y riguroso.

ALABEZ. Puede templar la ira, los enojos
Del amante olvidado y del celoso;
Puedes, en fin, parar, sin duda alguna,
El curso volador de la fortuna.

ARLAJA. Nace de vuestra rara cortesía
La sin par que me dais dulce alabanza,
Porque no llega la bajeza mía
Á donde su pequeña parte alcanza.
Tendré por felicísimo este día,
Pues en él toma fuerzas mi esperanza
De ver mis aduares mejorados,
Viendo á sus robadores castigados.
Cien canastos de pan blanco apurado,
Con treinta orzas de miel, aun no tocada,
Y del menudo y más gordo ganado
Casi os ofrezco entera una manada;
Dulce lebeni, en zaques encerrado,
Agrio yagurt, y todo aquello es nada,
Si mi deseo no tomáis en cuenta;
Que en su virtud la dádiva se aumenta.

CUCO. Admitimos tu oferta, y prometemos
De vengarte de aquel que te ha ofendido;
Que en fe de haberte visto, bien podemos
Mostrar el corazón algo atrevido.

ALABEZ. Arlaja, queda en paz, porque tenemos
El tiempo limitado y encogido.

ARLAJA. Viváis alegres siglos y infinitos,

Reyes del Cuco y Alabez invitos.

(Vanse los reyes.)

Vuelve á seguir tu comenzada historia,
Cristiana, sin que dejes cosa alguna
Que puedas reducir á la memoria
De tu adversa ó tu próspera fortuna.

MARG. Pasadas penas en presente gloria,
El contarlas la lengua no repugna;
Mas si el mal está en ser que se padece,
Al contarle la lengua se enmudece.
Quedé, si mal no me acuerdo,
En una mala respuesta,
Que dió mi bizarro hermano
Á un caballero de prendas,
El cual, por satisfacerse,
Muy mal herido le deja.
Ausentóse y fuése á Italia,
Según después tuve nuevas.
Tardó mi hermano en sanar
Mucho tiempo, y no se acuerda
En mucho más de su hermana,
Como si ya muerta fuera.
Vi que volaban los tiempos,
Y que encerraban las rejas
El cuerpo, mas no el deseo,
Que es libre y muy mal se encierra.
Vi que mi hermano aspiraba,
Codicioso de mi hacienda,
Á dejarme entre paredes,
Medio viva y medio muerta.
Quise casarme yo misma;
Mas no supe en qué manera,

Ni con quién; que pocos años,
En pocos casos aciertan.
Dejóme un viejo mi padre,
Hidalgo y de intención buena,
Con el cual me aconsejase
En mis burlas y en mis veras.
Comuniquéle mi intento;
Respondióme que el quisiera
Que el caballero que tuvo
Con mi hermano la pendencia
Fuera aquel que me alcanzara
Por su legítima prenda,
Porque eran tales las suyas,
Que por extremo se cuentan.
Pintómele tan galán,
Tan gallardo en paz y en guerra,
Que en relación vi un Adonis,
Y á otro Marte vi en la tierra.
Dijo, que su discreción
Igualaba con sus fuerzas,
Puesto que valiente y sabio,
Pocas veces se conciertan.
Estaba yo á sus loores
Tan descuidada y atenta,
Que tomó el pincel la fama,
Y en el alma las asienta:
Y amor, que por los oídos
Pocas veces dicen que entra,
Se entró entonces hasta el alma
Con blanda y honrada fuerza:
Y fué de tanta eficacia
La relación verdadera,
Que adoré lo que los ojos
No vieron, ni ver esperan:

. . . . . .
Que rendida á la inclemencia
De un antojo honrado y simple,
Mudé traje y mudé tierra.
Á mi sabio consejero
Fuerzo á que conmigo venga;
Que ánimo determinado,
De imposibles no hace cuenta.

ARLAJA. No te suspendas, prosigue
Tu bien comenzado cuento;
Que ninguna cosa siento
En él, que á gusto no obligue,
Y aun á pesar.

FERN. Y es de modo,
Según que voy discurriendo,
Que al alma va suspendiendo
Con la parte y con el todo.

MARG. Enamorada de oídas
Del caballero que dije,
Me salí del monasterio,
Y en traje de hombre vestíme.
Dejé el hermano y la patria,
Y entre alegre y entre triste,
Con mi consejero anciano
Á la bella Italia vine.
De la mitad de mi alma,
Para que yo más le estime,
Supe allí, que en estacada
Venció á tres y quedó libre;
Y que la parlera fama,
Que más de lo que oye dice,
Le trujo á encerrar á Orán,
Que espera el cerco terrible.
En alas de mi deseo

Desde Nápoles partíme;
Llegué á Orán facilitando
Cualquier dudoso imposible,
Y apenas pisé su arena,
Cuando alborotada fuíme
Á saber, sin preguntallo,
De quien me tiene tan triste.
Del él supe, y pluguiera el cielo,
Que consuela á los que aflige,
Que nunca yo lo supiera.

FERN. Di presto lo que supiste.

MARG. Supe, que á volverse moro
(Cosa á pensarla imposible)
Dejó los muros de Orán,
Y que en vuestra secta vive.
Yo, por no vivir muriendo
Entre sospechas tan tristes,
Á trueco de ser cautiva
Todo el hecho saber quise;
Y así, arrojada y ansiosa
Entre los cristianos vine,
De quien fué Nacor la guía,
Que los trujo á lo que vistes.
Ya me quedé, y soy cautiva,
Y ya os pregunto si vistes
Á este cristiano que busco,
Ó á este moro que acogistes.
Llamábase Don Fernando
De Saavedra, de insignes
Costumbres y claro nombre,
Como su fama lo dice.
Por él, y por mi rescate,
Si de él sabéis, se percibe
Mi lengua á ofreceros tanto,

Que pase de lo posible.
Esta es mi historia, señores,
Nunca alegre, siempre triste:
Si os he cansado en contalla,
Lo que me mandastes hice.

ARLAJA. Cristiana, de tu dolor
Casi siento la mitad,
Que tal vez curiosidad
Fatiga como el amor;
Y al que te enciende en la llama
De amor con tantos extremos,
Como tú, le conocemos
Solamente por la fama.

ALIM. ¿Debajo de cuál estrella
Ese cristiano ha nacido,
Que aun de quien no es conocido
Los deseos atropella?
Ese amigo por quien lloras,
Y en quien pones tus tesoros,
Las vidas quita á los moros,
Y las almas á las moras.

FERN. Que no es moro está en razón;
Que no muda un bien nacido,
Por más que se vea ofendido,
Por otra su religión.
Puede ser que á ese español
Que agora tanto se encubre,
Alguna causa le encubre,
Como alguna nube al sol.
Mas dime, ¿quien te asegura
Que después de haberle visto,
Quede en tu pecho bien quisto?
Que enjendra amor la hermosura;
Y si él carece de ella,

Como imagino y aun creo,
Faltando causa, el deseo
Faltará, faltando en ella.

MARG. La fama de su cordura
Y valor es la que ha hecho
La herida dentro del pecho,
No del rostro la hermosura;
Que esa es prenda que la quita
El tiempo breve y ligero:
Flor que se muestra en Enero,
Que á la sombra se marchita.
Ansí que aunque en él hallase,
No el rostro y la lozanía
Que pinté en mi fantasía,
No hay pensar que no le amase.

FERN. Con esa seguridad,
Presto me ofrezco mostrarte
Al que puede asegurarte
El gusto y la libertad.
Muda ese traje indecente
Que en parte tu ser desdora,
Y vístete en el de mora,
Que la ocasión lo consiente;
Y con Arlaja y Muzel
Los moros de Orán veremos,
Donde sin duda hallaremos
Tu piadoso ó tu cruel:
Que no es posible dejar
De hallarse en aquella guerra,
Si no le ha hundido la tierra
Ó se le ha sorbido la mar.
Alimucel, no te tardes;
Ven, y mira que es razón;
Que en semejante ocasión

No es bien parecer cobarde.

ALIM. Haz cuenta que á punto estoy.

ARLAJA. A mí nada me detiene.

MARG. Ya ves si á mí me conviene
Seguiros.

FERN. Pues pase hoy;
Y mañana, cuando dan
Las aves el alborada,
Demos á nuestra jornada
Principio, y al fin de Orán.
¿Queda así?

ALIM. No hay que dudar.

ARLAJA. ¿Cómo te llamas, señora?

MARG. Margarita, mar do mora
Gustos que me han de amargar.

ARLAJA. Ven, que el amor favorece
Siempre á honestos pensamientos.

FERN. ¡Qué atropellados contentos
La ventura aquí me ofrece!

(Éntranse todos).

Sale BUITRAGO solo á la muralla.

BUIT. Arma, arma, señor, con toda priesa;
Porque en el charco azul columbro y veo
Pintados leños de una armada gruesa,
Hacer un medio círculo y rodeo:
El viento el remo impele, el lienzo atesa,
El mar tranquilo ayuda á su deseo.
Arma, pues, que en un vuelo se avecina
Y viene á tomar tierra á la marina,

A la muralla el CONDE y GUZMÁN

CONDE. Turcos cubren el mar, moros la tierra:
Don Fernando de Cárcamo al momento
A San Miguel defienda, y á la guerra
Se dé principio con furor sangriento.
Mi hermano, que en Almarza ya se encierra,
Mostrará de quien es el bravo intento;
Que este perro (que nunca otra vez ladre)
Es el que en Mostagán mordió á su padre.

GUZMAN. Mal puedes defenderle la ribera.

CONDE. No hay para qué, si todo el campo cubre
Del Cuco y Alabez la gente fiera,
Tanta, que hace horizonte lo que encubre
Y los que van poblando la ladera
De aquel cerro empinado que descubre
Y mira exento nuestros prados secos,
Son los moros de Fez y de Marruecos.
Coronen las murallas los soldados,
Y reitérese el arma en toda parte;
Estén los artilleros alistados,
Y usen certeros de su industria y arte.
Los á cosas diversas diputados,
Acudan á su oficio, y dése á Marte
El que á Venus se daba, y haga cosas
Que sean increíbles de espantosas.

Éntrense de la muralla el CONDE y GUZMÁN

BUIT. Ánimas, si quereis que al ejercicio
Vuelva de mis plegarias y rosario,
Pedid que me haga el cielo beneficio,
Que siquiera no falte el ordinario;
Que aunque de Marte el trabajoso oficio
En mi estómago pide extraordinario,
Con diez hogazas que me envíe, sienta

Que á seis bravos soldados alimenta.

Éntranse y suenan chirimías y cajas: entran AZÁN BAJÁ y VAIRÁN, con el rey del CUCO y el ALABEZ

VAIRÁN. Don Francisco, el hermano del valiente
Don Juan que naufragó en la Herradura,
Apercibe gran número de gente,
Y socorrer á esta ciudad procura.
Don Alvaro Bazán, otro excelente
Caballero, famoso y de ventura,
Tiene cuatro galeras á su cargo,
Y éste ha de ser de tu designio embargo.

AZÁN. Su arena piso ya; de Orán colijo,
No aquella lozanía que dijiste:
Sólo por tocar arma ya me aflijo,
Y ver quién será aquel que me resiste.

ALABEZ. Quien al padre venció, vencerá al hijo;
No hay que esperar ¡oh grande Azán!; embiste,
Que el tiempo que te tardas, ese quitas
A tus victorias raras é infinitas.

Entren á esta sazón ARLAJA, y MARGARITA en hábito de moro, D. FERNANDO como moro, y ALIMUZEL

CUCO. Tienes presente ¡oh rey Azán! la gloria
De la África, y la flor de Berbería,
Un ángel es, que anuncia tu victoria,
Que el cielo, donde él vive, te la envía.

AZÁN. Tendré yo para siempre en la memoria
Esta merced ¡oh, gran señora mía!
Bella y sin par Arlaja, en cuanto el cielo
Pudo de bien comunicar al suelo.
¿Qué buscas entre el áspero ruido

Del cóncabo metal que el aire hiriendo,
No ha de llevar á tu sabroso oído
De Apolo el son, mas el de Marte horrendo?

ARLAJA. El tantarán del atabal herido,
El bullicio de guerra y el estruendo
De gruesa y disparada artillería,
Es para mí suave melodía;
Cuanto más que yo vengo á ser testigo
De tus raras hazañas, y excelentes,
Y á servirte estos dos truje conmigo,
Que cuanto son gallardos, son valientes.

AZÁN. De agradecer tanta merced me obligo
Cuando corran los tiempos diferentes
De aquestos, porque el fruto de la guerra
En la paz felicísima se encierra.

Entra ROAMA, moro, con un cristiano galán, atadas las manos.

ROAMA. El bergantín que de la *Vez* se llama
Cautivaron anoche tus fragatas,
Y éste, que es un Don Juan de Valderrama,
Venía en él.

AZÁN. ¿Por qué no le desatas?

Como entra el cautivo, se cubre MARGARITA el rostro con un velo.

ALABEZ. ¿Cómo sabes su nombre tú, Roama?

ROAMA. El me lo ha dicho así.

AZAN. Pues mal le tratas:
Si es caballero, suéltale las manos.

JUAN. ¡Qué es lo que veo, cielos soberanos!

(Mira á D. Fernando.)

AZÁN. ¿De qué tierra eres, cristiano?
JUAN. De Jerez de la Frontera.
AZÁN. ¿Eres hidalgo ó villano?
ALABEZ. Vestir de aquella manera
Los villanos, no es muy llano.
JUAN. Caballero soy.
AZÁN. ¿Y rico?
JUAN. Eso no, pues que me aplico
A ser soldado, señal
Que de bienes me va mal,
Y esto os juro y certifico.
ALABEZ. De cristianos juramentos
Está preñada la tierra,
Lleno el mar, densos los vientos.
AZÁN. ¿Y venías?
JUAN. A la guerra.
AZÁN. Honrados son tus intentos.
MARG. Este es mi hermano, señora.
ARLAJA. Disimula como mora,
Y cúbrete el rostro más.
CUCO. Buena guerra agora harás.
JUAN. Y ¿cómo la hago agora?
AZÁN. ¿Qué nuevas hay en España?
JUAN. No más de la de esta guerra,
Y que ya estás en campaña
AZÁN. Dirán que mi intento yerra
En emprender tal hazaña.
El socorro aprestarán,
El mundo amenazarán,
Y estándole amenazando,
Llegarán á tiempo cuando
Yo esté en sosiego en Orán.—
Preséntote este cristiano,
Arlaja, como en indicio

De lo que en servirte gano;
Y acepta el primer servicio
Que recibes de mi mano;
Que otros pienso de hacerte,
Con que mejores la suerte
De tu aduar saqueado.

ARLAJA. Tenga el grande Alá cuidado,
Grande Azán, de engrandecerte.

AZÁN. Vamos; que Marte nos llama
A ejercitar el rigor
Que enciende tu ardiente llama.

ARLAJA. Mahoma te dé favor,
Que aumente tu buena fama:
Ven, cristiano, y darme has cuenta
De quien eres.

Éntranse todos, excepto D. JUAN y D. FERNANDO.

JUAN. (Ap.) No consienta
El cielo, que éste sea aquel
Que, enamorado y cruel
Pudo hacerme honrada afrenta.

FERN. Escucha, cristiano, espera.

JUAN. (Ap.) Ya espero, ya escucho, y veo
Lo que nunca ver quisiera,
Si me pinta aquí el deseo
Esta visión verdadera.

FERN. ¿Qué murmuras entre dientes?

JUAN. ¿Qué me quieres?

FERN. Que me cuentes
Quién eres.

JUAN. Pues ¿qué te importa?

FERN. Hacer tu desgracia corta.

JUAN. Podrá ser que me la aumentes.

(Ap.) Muestran que no es opinión
Los sobresaltos que paso;
Mas cosa puesta en razón,
Que sin duda hace caso
Tal vez la imaginación;
Pues pienso que estoy mirando
El rostro de Don Fernando,
Su habla, su talle y brío;
Pero que esto es desvarío
Su traje me va mostrando.

FERN. ¿Todo ha de ser murmurar,
Cristiano?

JUAN. Perdona, moro,
Que no me dejan guardar
El cortesano decoro
Las ansias de mi pesar;
Y más, que tú me enmudeces,
Porque tanto te pareces
A un cristiano, que me admiro,
Que le veo si te miro,
Y el mismo en ti mismo ofreces.

FERN. En Orán hay un cristiano
Que dicen que me parece,
Como esta mano á esta mano,
Y que si acaso se ofrece
Vestir hábito africano,
Ningún moro hay que le vea
Que no diga que yo sea,
Y juzgue con evidencia
Que todo nos diferencia
Su vestido y mi librea.
No le he visto, y voy trazando
Verle; que verle deseo,
Ya en paz, ó ya peleando.

JUAN. ¿Cómo se llama?
FERN. Yo creo,
Que se llama Don Fernando,
Y tiene por sobrenombre
Saavedra.
JUAN. Ese es el hombre
Por quien con mil males lucho.
FERN. De esa manera, no es mucho,
Que mi presencia te asombre.

Entra ROAMA el moro.

ROAMA. Arlaja y Fátima están
Esperándote, cautivo.
FERN. Ve en paz, que rendido Orán,
Si el otro yo queda vivo,
Tendrá remedio tu afán.
JUAN. Estimo tu buen deseo;
Mas, con todo aquesto, creo,
Pero no, no creo nada;
Que es cosa desvariada
Dar crédito á lo que veo.

Éntranse D. JUAN y ROAMA.

FERN. Entre sospechas y antojos
Y en gran confusión metido,
Va Don Juan lleno de enojos,
Pues le estorba este vestido
No dar crédito á sus ojos.
No se puede persuadir
Que yo pudiese venir
A ser moro y renegar,
Y así se deja llevar

De lo que quise fingir.
Su confesión está llana,
Y más lo estará si mira,
Y si conoce á su hermana;
Que entonces no habrá mentira
Que no se tenga por vana.
Pregunto: ¿en qué ha de parar
Este mi disimular
Y este vestirme de moro?
En que gurdaré el decoro
Con que más me pueda honrar.

(Éntrase).

Tócase arma, salen á la muralla el CONDE y GUZMAN, y al teatro AZAN, el CUCO y ALABEZ

CONDE. Veinte asaltos creo que son
Los que han dado á San Miguel,
Y éste, según es cruel,
Me muestra su perdición.
No podrá más Don Fernando
De Cárcamo.

GUZMÁN. No sin duda;
Mas si no se le da ayuda,
Su fin le está amenazando.
Fuerza que no se socorre,
Haz cuenta que está rendida.

AZÁN. San Miguel va de vencida,
Que gran morisma allá corre.

Suena mucha vocería de li, li, li, y atambores: sale ROAMA

ROAMA. San Miguel se ha entrado ya,

Y sobre el muro español
Son tus medias lunas sol,
El más bello que hizo Alá.
Fuéronse á Mazalquivir
Algunos que se escaparon.

AZÁN. Algún tanto dilataron
Esos perros el vivir.

ALABEZ. De esta huída no se arguye
El refrán, que el vulgo trata,
Que es hacer puente de plata
Al enemigo que huye.

CUCO. Hoy de aquel gran capilludo
Las memorias quedarán
Enterradas con Orán,
Pues tú puedes más que él pudo.

AZÁN. Valeroso Don Martín,
Que te precias de otro Marte,
Espera, que voy á darte
A tu usanza, un San Martín.

Éntranse todos; salen ARLAJA y MARGARITA cubierto el rostro con un velo, y D. JUAN como cautivo.

JUAN. Ayer me entró por la vista
Cruda rabia á los sentidos,
Y hoy me entra por los oídos
Sin haber quien la resista.
Ayer la suerte inhumana,
A quien mil veces maldigo,
Me hizo ver mi enemigo,
Y hoy me hace ver mi hermana.
Quítate el velo, señora,
Y sacarme has de una duda,
Por quien tiembla el alma y suda.

MARG. Otra vez: no puedo agora.
JUAN. ¡Ay Dios! que la voz es esta
De mi buscada enemiga.
MARG. Si el oirme te fatiga,
Jamás te daré respuesta.
JUAN. No me tengas más suspenso,
Descúbrete; que me das,
Mientras que cubierta estás,
Un dolor que llega á inmenso.
ARLAJA. Fátima, por vida mía,
Que te descubras, veremos
Por qué hace estos extremos
Este cristiano.
MARG. Sí haría,
Si no me importase mucho
Encubrirme de esta suerte.
JUAN. Los ecos son de mi muerte
Los que en esta voz escucho.
ARLAJA. Descúbrete, no te asombres,
Que has de saber, si lo ignoras,
Que nunca para las moras
Los cristianos fueron hombres.
Ya no es nadie el que es esclavo;
No tienes que recelarte.
MARG. Yo daré, por contentarte,
Con mis designios al cabo.
ARLAJA. (Ap. á Margarita.) Que te conozca no importa;
Cuanto más que has de negallo.
MARG. Dudosa en todo me hallo.
ARLAJA. Ten ánimo, no seas corta.
MARG. Descúbrome: vesme aqui;
Cristiano, mírame bien.
JUAN. ¡Oh, el mismo rostro de quien
Aquí me tiene sin mí!

¡Oh hembra la más liviana
Que el sol ha visto jamás!
¡Oh hermana de Satanás,
Primero que no mi hermana!
Por ejemplos más de dos
He visto puesto en efeto,
Que en perdiéndose el respeto
Al mundo, se pierde á Dios.

ARLAJA. ¿Qué dices, perro?

JUAN. Que es esta
Mi hermana.

ARLAJA. ¿Fatima?

JUAN. Sí.

ARLAJA. En mi vida vi, ni oí
Tan linda, y graciosa fiesta.
¿Tuya mi hermana? ¿Estás loco?
Mírala bien.

JUAN. Ya la miro.

ARLAJA. ¿Qué dices, pues?

JUAN. Que me admiro
Y en el jüicio me apoco.
¿Por dicha hace Mahoma
Milagros?

ARLAJA. Mil á montones.

JUAN. ¿Y hace transformaciones?

ARLAJA. Cuando voluntad le toma.

JUAN. ¿Y suele mudar tal vez
En mora alguna cristiana?

ARLAJA. Sí.

JUAN. Pues aquésta es mi hermana,
Y la tuya está en Jerez.

ARLAJA. Roama, Roama, ven.

Entra ROAMA

ROAMA. Señora ¿qué es lo que mandas?
ARLAJA. Que pongas las carnes blandas
A este perro.
ROAMA. Está muy bien. (Vuélvese.)
ARLAJA. Con un corvacho procura
Sacarle de la intención
Una cierta discreción,
Que da indicios de locura.
MARG. De cualquiera maleficio,
Arlaja, que al hombre culpa,
Le viene á sobrar disculpa
En la falta del juicio.
No le castigues ansí
Por cosa que es tan liviana.
JUAN. Juro á Dios que eres mi hermana,
Ó el diablo está hablando en ti.

(Suena dentro asalto).

ARLAJA. ¿No oyes, Fatima, que dan
Asalto á Mazalquivir,
Que hasta aquí se hace sentir
En el conflicto en que están?
Deja á ese perro y acude,
Por si lo podremos ver.
MARG. Siempre te he de obedecer.

Éntranse ARLAJA y MARGARITA

JUAN. ¿Y quieren que de esto dude?
Por ser grande la distancia
Que hay de mi hermana á ser mora,
Imagino que en mí mora
Gran cantidad de ignorancia.

Extraño es el devaneo
Con quien vengo á contender,
Pues no me deja creer
Lo que con los ojos veo.

Éntrase: salen á la muralla D. MARTÍN, el capitán GUZMAN y BUITRAGO, con una mochila á las espaldas y una bota de vino, comiendo un pedazo de pan.

MARTÍN. Gente soberbia y cruel,
A quien ayuda la suerte,
No penséis que es éste el fuerte
Tan flaco de San Miguel.
Bravo Guzmán, gran Buitrago,
Hoy ha de ser vuestro día.

BUIT. Déjeme vueseñoría (Bebe.)
Que me esfuerce con un trago.
Échenme de estos alanos
Agora de dos en dos,
Porque yo les juro á Dios
Que han de ver si tengo manos.

Salen al teatro AZÁN, el CUCO, el ALABEZ, D. FERNANDO y otros moros con escalas.

AZÁN. Al embestir no se tarde,
Porque quiero estar presente
Para honrar al que es valiente,
Y dar infamia al cobarde.
Muzel, una escala toma,
Y muéstranos que te dan,
Como á melionés galán,
Manos las del gran Mahoma.
Ea, al embestir, amigos;

Amigos, al embestir;
Que hoy será Mazalquivir
Sepultura de enemigos.

Embisten, anda la grita, lleva MUZEL una escala, sube por ella y otro moro por otra, desciende al muro BUITRAGO, y D. FERNANDO ase á MUZEL y derríbale: pelea con otros y mátalos; todos han de caer dentro del vestuario: desde un cabo mira AZÁN, el CUCO y el ALABEZ lo que pasa.

FERN. Ya no es tiempo de aguardar
A designios prevenidos,
Viendo que están oprimidos
Los que yo debo ayudar.
Baja, Muzel.

MUZEL. ¿Por ventura,
Quiéresme quitar la gloria
De esta ganada victoria?

FERN. Aun más mi intento procura.

ALIM. Que me derribas, espera;
Que ya bajo á castigarte.

FERN. Aunque bajase el dios Marte
Acá de su quinta esfera,
No le estimaré en un higo.
¡Oh, cómo que trepa el galgo!

(Derriba al otro que sube.)

ALIM. Poco puedo, y poco valgo
Con este amigo enemigo.
¿Por qué contra mí, Lozano,
Esgrimes el fuerte acero? (Riñen los dos.)

FERN. Porque soy cristiano, y quiero
Mostrarte que soy cristiano.

MARTÍN. Disparen la artilleria.

Aquí, Buitrago y Guzmán:
Robledo, venga alquitrán;
Arrojad esa alcancía
Allí, que se sube aquél.

FERN. Donde yo estoy, este muro
Estará siempre seguro,
Y aunque le pese á Muzel,
Este perro vendrá al suelo. (Derriba á otro).

AZÁN. ¿Quién es aquel que derriba
A cuantos suben arriba?

CUCO. Que es renegado recelo;
Pero yo lo veré presto,
Y le haré que se arrepienta.

AZÁN. A un rey no toca esta afrenta.

Vase el del CUCO contra D. FERNANDO.

CUCO. Mahoma se sirve en esto.

GUZMÁN. Buitrago, el que nos defiende
Es sin duda Don Fernando.

BUIT. Aquesto estaba pensando,
Porque á los moros ofende.

CUCO. Renegado perro, aguarda.

FERN. Rey del Cuco perro, aguardo.

CUCO. ¿Cómo en tu muerte me tardo?

FERN. Pues la tuya ya se tarda.
Alimuzel, de esta vas;
Y tú, rey, irás de aquesta;—
Concluyóse ya esta fiesta.

CUCO. Muy mal herido me has.

ALIM. Muerto me has, moro fingido,
Y cristiano mal cristiano.

Cae dentro del vestuario.

FERN. Tengo pesada la mano,
Y alborotado el sentido.
Dios sabe si á mí me pesa:
Gran Don Martín valeroso,
Haz que desciendan al foso,
Y recojan esta presa.

GUZMÁN. Don Fernando, señor, es,
Que viene á hacer recompensa
De la cometida ofensa:
Diez ha herido y muerto á tres;
Y el rey del Cuco es aquel
Que yace casi difunto.

MARTÍN. Pues socorrámosle al punto.

GUZMÁN. Y el otro es Alimuzel.

MARTÍN. Vayan por la casamata
Al foso, y retírenlos.

BUIT. Vamos por ellos los dos.

Quítanse del muro GUZMAN y BUITRAGO.

AZÁN. Ya no es la empresa barata,
Pues me cuesta un rey y tantos
Que en veinte asaltos han muerto.
¡Alboroto, y en el Puerto!
¿Qué podrá ser, cielos santos?

(Suena todo).

Campanas en la ciudad
Suenan, señal de alegrías,
Y tocan las chirimías;
Aquesta es gran novedad.
Vamos á ver lo que es esto,
Y toquen á recoger.

ALABEZ. No sé lo que pueda ser.
AZÁN. Pues yo lo sabré bien presto.

(Éntranse.)

Salen BUITRAGO y GUZMÁN.

GUZMÁN. Al retirar, Don Fernando,
Que en gran peligro estás puesto.
FERN. No lo pienso hacer tan presto.
BUIT. Pues ¿cuándo?
FERN. Menos sé cuándo.
Yo que escalé estas murallas,
Aunque no para huir de ellas,
He de morir al pie de ellas,
Y con la vida amparallas.
Conozco lo que me culpa,
Y aunque á la muerte me entregue,
Haré la disculpa llegue
Á donde llegó la culpa.
BUIT. Yo sé muy poco, y diría,
(Y está muy puesto en razón)
Que la desesperación
No puede ser valentía.
GUZMÁN. Menos riesgo está en ponerte
Del Conde á la voluntad,
Que hacer la temeridad,
Donde está cierto el perderte.
Procúrate retirar,
Pues es cosa conocida,
Que al mal de perder la vida,
No hay mal que pueda llegar.
En efecto has de ir por fuerza,
Si ya no quieres de grado.

FERN. De vuestra fuerza me agrado,
Pues más obliga que fuerza.
Retirad aquellos dos
Del foso, que es gente ilustre.
BUIT. Locura fuera de lustre
El quedarte, juro á Dios.

(Éntranse todos.)

Salen AZÁN, ARLAJA, MARGARITA, D. JUAN, ROAMA que trae preso á VOZMEDIANO

ROAMA. Éste, pasando de Orán
Á Mazalquivir, fué preso.
AZÁN. Éste nos dirá el suceso,
Y por qué alegres están.
VOZM. Porque les entró un socorro
Que por él, ¡oh gran señor,
Á la hambre y al temor
Han dado carta de ahorro.
Un Don Alvaro Bazán,
Terror de naciones fieras,
Á pesar de tus galeras
Ha dado socorro á Orán.
En la cantidad es poco,
Y en el valor sobrehumano.
JUAN. Si aqueste no es Vozmediano,
Concluyo con que estoy loco.
VOZM. Suerte airada, por quien vivo
En pena casi infinita,
¿Aquella, no es Margarita
Y su hermano aquel cautivo?
AZÁN. ¿Hay nuevas de otro socorro,
Cristiano?

VOZM. Dicen que sí.
JUAN. De haber dudado hasta aquí
Ya me avergüenzo y me corro.
¿No os llamás vos Vozmediano?
VOZM. No, señor.
JUAN. ¿Qué me decís?
VOZM. Que no.
JUAN. ¡Por Dios, que mentís!
VOZM. Estoy preso y soy cristiano,
Y así no os respondo nada.
JUAN. ¿Aquella, no es Margarita?
Viejo ruin.
VOZM. Es infinita
Vuestra necedad pensada.
Pedro Alvarez es mi nombre,
Ved si os habéis engañado.
JUAN. El seso tengo turbado,
No hay cosa que no me asombre;
Que si éste no es Vozmediano,
Y no es Margarita aquélla,
Y el que causó mi querella
No es el otro mal cristiano,
Tampoco soy yo Don Juan,
Sino algún hombre encantado.

Entra un MORO.

MORO. ¿Cómo estás tan sosegado,
Valeroso y fuerte Azán?
Si tardas un momento, no habrá fusta,
Galera ni bajel de cuantos tienes
En este mar, que no sea miserable
Presa del español, que á remo y vela
Viene á embestirte; rey Azán, ¿qué aguardas?

AZÁN. Todo moro se salve, que los turcos
Solos se han embarcar. Adios, amigos. (Vase).
ARLAJA. Fátima, no me dejes, ven conmigo,
Que tiempo habrá donde á tu gusto acudas.
MARG. No te puedo faltar; guía, señora.

(Éntranse las dos.)

JUAN. Solos quedamos, hombre, y sólo quiero
Que me digas quién eres, que yo pienso
Que eres un Vozmediano de mi tierra.
VOZM. No es este tiempo para tantas largas:
La libertad tenemos en las manos,
Dejalla de cobrar será locura:
Pedro Alvarez me llamo por agora. (Éntrase).
JUAN. ¿Cómo podré dejarte, hermana ó mora?

Éntrase: salen á la muralla D. MARTÍN, GUZMÁN, D, FERNANDO y BUITRAGO

MARTIN. ¡Oh, que se embarca el perro, y que se escapa!
Dobla la punta, general invicto,
Y embístele.
GUZMÁN. Por más que lo procura,
No es posible alcanzarle.
FERN. A orza, á orza,
Con la vela hasta el tope. ¡Oh, que se escapa!
De Canastel el cabo dobla y vase.
MARTÍN. Los perros de la tierra en remolinos
Confusos, con el miedo á las espaldas,
Huyen y dejan la campaña libre.
BUIT. Toda la artillería se han dejado.
GUZMÁN. Las proas endereza nuestra armada
Al puerto, y ya de Orán el Conde insigne

Ha salido también.

MARTÍN. A la marina;
Que el bravo Don Francisco de Mendoza
No tardará en llegar.

Éntranse D. MARTÍN y BUITRAGO.

FERN. Amigo, escucha:
¿No ves aquel montón que va huyendo
De moros por la falda del ribazo?

GUZMÁN. Muy bien: ¿por qué lo dices?

FERN. Allí creo
Que va de esta alma la mitad.

GUZMÁN. ¿Va Arlaja?

FERN. Arlaja va.

GUZMÁN. Mahoma la acompañe.

FERN. Ven, que con ella va la que me lleva
El alma, y me conviene detenellas;
Sígueme, que has de hacer por mí otras cosas
Que me importan la honra.

GUZMÁN. Yo te sigo;
Que hasta las aras he de serte amigo.

Éntranse; sale, como se desembarca, D. FRANCISCO DE MENDOZA: recíbenle el CONDE y D. MARTÍN, BUITRAGO y otros.

CONDE. Sea vuesa señoría bien venido,
Cuanto ha sido el deseo
Que de verle estas fuerzas han tenido.

FRAN. El cielo, á lo que creo,
En mi mucha tardanza ha sido parte,
Porque viese esta tierra más de un Marte:
Que de aquellas murallas las ruinas
Muestran que aquí hubo brazos

De fuerzas que llegaron á divinas.

BUIT. Rompen por embarazos
Imposibles los hartos y valientes,
Y esto saben mis brazos y mis dientes.

MARTÍN. Paso, Buitrago.

BUIT. Yo, señor, bien puedo
Hablar, pues soy soldado
Tal, que á la hambre sola tengo miedo.
Ya el cerco es acabado.

MARTÍN. No es para aquí, Buitrago, aqueso; paso.

BUIT. Nadie sabe la hambre que yo paso.

CONDE. Cincuenta y siete asaltos reforzados
Dieron los turcos fieros
Á estos terrones, por el suelo echados.

BUIT. Cincuenta y siete aceros
Tajantes respondieron á sus bríos,
Todos en peso de estos brazos míos.
Corté y tajé más de una turca estambre.

CONDE. Buitrago, basta agora.

BUIT. Bastara, á no morirme yo de hambre.

FRAN. En vuestro pecho mora,
Famoso Don Martín, la valentía.

BUIT. Y en el mío la hambre y sed se cría.

Entra el capitán GUZMÁN y lee un billete á D. FRANCISCO; y en leyéndole, dice:

FRAN. Haráse lo que pide Don Fernando:
Que todo lo merece
Lo que de él va la fama publicando:
Coyuntura se ofrece,
Donde alegre y seguro venir puede.

GUZMÁN. Tu gran valor al que es mayor excede.

(Éntrase.)

FRAN. Pido en albricias de este buen suceso,
Señor Conde, una cosa,
Que por algo atrevida la confieso,
Mas no dificultosa.

CONDE. ¿Qué me puede mandar vueseñoría
Que no haga por deuda ó cortesía?

FRAN. De Don Fernando Saavedra pido
Perdón, por que su culpa
Con su fogoso corazón la mido,
Y él dará su disculpa.

CONDE. Muy mal la podrá dar; pero, con todo,
Señor, á vuestro gusto me acomodo.

Entran D. FERNANDO y ALIMUCEL, con una banda, como que está herido; ARLAJA, MARGARITA, D. JUAN y VOZMEDIANO.

FERN. Si confesar el delito
Con claro arrepentimiento
Mitiga en parte la ira
Del jüez que es sabio y recto,
Yo, arrepentido, aunque tarde,
El mal que hice confieso,
Sin dar más disculpa dél,
Que un honrado pensamiento.
A la voz del desafío
De este moro corrí ciego,
Sin echar de ver los bandos
Que al más bravo ponen freno;
Pero no es este lugar
Para alargarme en el cuento
De mi extraña y rara historia,
Que dejo para otro tiempo.

CONDE. Agradecedlo al padrino
Que habéis tenido; que creo

Que allí llegara la pena
Do llegó el delito vuestro.
Pero ¿qué moras son estas,
Y qué cautivos? ¿Qué es esto?

FERN. Todo lo sabrás después,
Y por agora te ruego
Que me des, señor, licencia
Para hablar sólo un momento,
Y acomodar muchas causas
De quien verás los efectos.

CONDE. Hablad lo que os diere gusto,
Que del vuestro lo tendremos;
Que siempre vuestras palabras
Responden á vuestros hechos.

FERN. Yo soy, Arlaja, el cristiano:
Y entiende que ya no miento,
Don Fernando el de la fama
Que te enamoró el deseo.
La palabra que le diste
Á Alimuzel tenga efecto,
Que él hará entrega de mí,
Pues yo en sus manos me entrego;
Y vos, Don Juan valeroso,
Cuyo honrado y noble intento
Os trujo á tal confusión
Que os turbó el conocimiento,
Perdonad á vuestra hermana;
Que el romper del monesterio
Redundará en su alabanza,
Señor, si vos gustáis dello.
Sin dote será mi esposa,
Que nunca falta el dinero
Donde los gustos se miden
Y se estrechan los deseos.

En esta mora en el traje
Á vuestra hermana os ofrezco,
Y á mi esposa, si ella quiere.

MARG. Yo sí quiero.

FERN. Yo sí quiero.

JUAN. ¿No es aqueste Vozmediano?

VOZM. El mismo.

JUAN. Gracias al cielo,
Que tras de tantos nublados,
Claro el sol y alegre veo.
No es este famoso día
De venganzas, y no tengo
Corazón á quien no ablande
Tal sumisión y tal ruego:
Yo perdono á Margarita,
Y por esposa os la entrego,
Alejandro de mi hacienda,
Pues la mitad os ofrezco.

ARLAJA. Y yo la mano á Muzel,
Que aunque mora, valor tengo
Para cumplir mi palabra,
Cuanto más que lo deseo.

CONDE. Tan alegre de estas cosas
Estoy, cuanto estoy suspenso,
Porque de ellas veo el fin,
Y no imagino el comienzo.

FERN. ¿Ya no te he dicho, señor,
Que te lo diré á su tiempo?

Entra UNO.

UNO. En este punto expiró
El buen alférez Robledo.

GUZMÁN. Dios le perdone, y mil gracias

Doy al pïadoso cielo,
Que me quitó de los hombros
Tan pesado sobrehueso.
Quien quiere tener la vida
Rendida á cualquier encuentro
Y no tener gusto en ella,
Ni velando ni durmiendo,
Afrente á algún bien nacido,
Y verá presente luego
El rostro que el temor tiene,
Las sospechas y el recelo.

BUIT. Quien quisiere se le quite
Todo temor, todo miedo,
Tenga hambre, y verá como
Cesa todo en no comiendo.

MARTÍN. Yo añadiré las raciones,
Buitrago.

BUIT. Hágate el cielo
Vencedor nunca vencido,
Por casi siglos eternos.

CONDE. Entremos en la ciudad,
Señor Don Francisco.

FRAN. Entremos,
Porque á la vuelta me llaman
Estos favorables vientos,
Y quiero de este principio
Entender estos sucesos,
Porque en ser de Don Fernando,
Gustaré de que sean buenos.

BUIT. Tóquense las chirimías,
Y serán, si bien comemos,
Dulces y alegres las fiestas.

GUZMÁN. ¿Y si no?

BUIT. Renegaremos.

UNO. Büitrago, daca el alma.
BUIT. Hijo de puta, ¿tenemos
Más almas que dar? bellaco.
UNO. Daca el alma.
BUIT. ¡Por San Pedro,
Que si os asgo, hi de poltrón,
Que habéis de saber si tengo
Alma que daros!
GUZMÁN. Buitrago,
No haya más; que llega el tiempo
De dar fin á esta comedia,
Cuyo principal intento
Ha sido mezclar verdades
Con fabulosos intentos.

FIN DE ESTA COMEDIA

LA CASA DE LOS CELOS
Y SELVAS DE ARDENIA

JORNADA PRIMERA

Los que hablan en ella son:

REINALDOS.
MALGESI.
ROLDÁN.
GALALÓN.
EMPERADOR CARLOMAGNO.
ANGÉLICA.
BERNARDO DEL CARPIO.
UNA DUEÑA.
UN ESCUDERO.
ARGALIA.
ESPÍRITU DE MERLÍN.
MARFISA.
LAUSO, pastor.
CORINTO, pastor.
RÚSTICO, pastor.
CLORI, pastora.
EL TEMOR.
LA CURIOSIDAD.
LA DESESPERACIÓN.
LOS CELOS.
LA DIOSA VENUS.
CUPIDO.
MALA FAMA.
BUENA FAMA.
FERRAGUTO.
CASTILLA.

Entran REINALDOS y MALGESI

REIN. Sin duda que el ser pobre es causa de esto.
Pues ¡vive Dios! que pueden estas manos
Echar á todas horas todo el resto
Con bárbaros, franceses y paganos.
¿A mí, Roldán, á mí se ha de hacer esto?
Levánta tú á los cielos soberanos
El confalón que tienes de la Iglesia,
Ó reniego, ó descreo...

MALG. ¡Oh, hermano!

REIN. ¡Oh, pesia...

MALG. Mira que suenan mal esas razones.

REIN. Nunca las pasa mí intención del techo.

MALG. Pues ¿por qué á pronunciallas te dispones?

REIN. Rabio de enojo y muero de despecho.

MALG. Pónesme en confusión.

REIN. Y tu me pones.....
Déjame, que revienta de ira el pecho.

MALG. Por Dios, que has de decirme en este instante
Con quién las has.

REIN. Con el señor de Aglante,
Con aquese bastardo, mal nacido,
Arrogante, hablador, antojadizo,
Más de soberbia que de honor vestido.

MALG. ¿No me dirás, Reinaldos, qué te hizo?

REIN. ¡Que á tanto desprecio he yo venido
Que así ose atrevérseme un mestizo!
Pues juro á fe, que aunque le valga Roma,
Que le mate y le guise y me lo coma.
En un balcón estaba de palacio,
Y con él Galalón junto á su lado:
Yo entraba por el patio muy despacio,
Cual suelo, de mí mismo acompañado;

Los dos miraron mi bohemio lacio,
Y no de perlas mi capelo ornado;
Tomáronse á reir, y á lo que creo,
La risa fué de ver mi pobre arreo.
Subí como con alas la escalera,
De rabia lleno y de temor vacío;
No los hallé donde los vi, y quisiera
Ejecutar en mí mi furia y brío;
Entráronse allá dentro, y si no fuera
Porque debo respeto al señor mío,
En su presencia le sacara el alma,
Pequeña á tanta injuria, y débil palma.
De aquel traidor de Galalón no hago
Cuenta ninguna, que es cobarde y necio;
De Roldán sí, y en ira me deshago,
Pues me conoce, y no me tiene en precio;
Pero presto tendrán los dos el pago,
Pagando con sus vidas mi desprecio,
Aunque lo estorbe.....

MALG. ¿No ves que desatinas?

REIN. Con aquesas palabras más me indinas.

MALG. Roldán es éste; vesle aquí que sale,
Y con él Galalón.

REIN. Hazte á una parte;
Que quiero ver lo que este infame vale,
Que es tenido en el mundo por un Marte.

Entran ROLDÁN y GALALÓN.

Agora sí, burlón, que no te cale
En la estancia de Carlos retirarte;
Ni á ti forjar traiciones y mentiras
Para volver pacíficas mis iras.

GAL. (Ap.) Vuélvome, porque es éste un atrevido,

Y el decir y hacer pone en un punto.

REIN. Bien os habéis de mi ademán reído
Los dos á fe.

ROLD. Que está loco barrunto.

REIN. ¿Dónde está aquel cobarde?

MALG. Ya se ha ido.

REIN. Tuvo temor de no quedar difunto,
Si un soplo le alcanzara de mi boca.

ROLD. A risa su arrogancia me provoca.
¿Con quién las has, Reinaldos?

REIN. ¿Yo? contigo.

ROLD. ¿Conmigo? Pues ¿por qué?

REIN. Ya tú lo sabes.

ROLDÁN. No sé más de que siempre fuí tu amigo,
Pues de mi voluntad tienes las llaves.

REIN. Tu risa ha sido deso buen testigo;
No hay para qué tan sín por qué te alabes.
Dime: ¿puede por dicha la pobreza
Quitar lo que nos da naturaleza?
Que yo trujera con anillos de oro
Adornadas mis manos, y trujera
Con pompa, á modo de rëal decoro,
Mi persona compuesta á donde quiera,
¿Rindiera yo con esto al fuerte moro.
Ó al gallardo español que nos espera?
No; que no dan costosos atavíos
Fuerza á los brazos, y á los pechos bríos.
Mi persona desnuda y esta espada,
Y este indomable pecho que conoces,
Ancha se harán á donde quiera entrada,
Como en la seca mies agudas hoces.
Mi fuerza conocida y estimada
Está por todo el orbe dando voces,
Diciendo quién yo soy, y así tu burla

Contra toda razón de mí se burla.
Y porque veas que en razón me fundo,
Mete mano á la espada y haz la prueba,
Verás que en nada no te soy segundo,
Ni es para mí el probarte cosa nueva;
¡Qué! ¿de nuevo te ríes? Pese al mundo...

ROLDÁN. ¿Qué endiablado furor, primo, te lleva
Á romper nuestras paces, ó qué risa
Así el aviso tuyo desavisa?

MALG. Dice, que de él hiciste burla cuando
Entraba por el patio de palacio,
Su poco fausto y soledad mirando,
Y su bohemio, por antiguo lacio.
Pensólo, y su estrecheza contemplando,
Y creyendo la burla, en poco espacio
La escalera subió, y si allí os hallara,
En llanto vuestra risa se tornara.

ROLDÁN. Hiciera mal, porque por Dios os juro
Que no me pasó tal por pensamiento,
Y de esto puede estar cierto y seguro,
Pues yo lo digo, y más con juramento.
Al pilar de la iglesia, al fuerte muro,
Al amparo de Francia y al aliento
De los pechos valientes, ¿quién osara,
Aunque en ello la vida le importara?
Esta disculpa baste, ¡oh primo amado!
Para templar vuestra no vista furia;
Que no es costumbre de mi pecho honrado
Hacer á nadie semejante injuria;
Y más á vos, que solo habéis ganado
Más oro que tendrá y tiene Liguria,
Si es que la honra vale más que el oro,
Que en Tibar cierne el mal vestido moro.
Dadme esa mano, ¡oh primo!, porque en uno,

Estas dos, que imagino sin iguales,
No siento yo que habrá valor alguno
Que de su puerta llegue á los umbrales.

Vuelve GALALÓN hablando con el EMPERADOR CARLOMAGNO

EMPER. ¿Que así comenzó á hablar el importuno,
Y descubrió en el modo indicios tales,
Que presto de la lengua desmandada
Pasaría la cólera á la espada?

GAL. No los pongas en paz, porque es prudencia,
Y en materia de estado esto se advierte,
Tener á tales dos en diferencia,
Que son ministros de tu vida y muerte:
Que habiendo entre dos grandes competencia,
Y entre dos consejeros, de tal suerte,
El uno y otro á sus contrarios temen,
Que es fuerza que en virtud ambos se extre-
[men,
Por temor de las ciertas parlerías
Que te podrá decir aquél de aqueste;
Y no desprecies las razones mías,
Si no quieres que caro no te cueste.

EMPER. No están de aquel talante que decías.
Dí: ¿Roldán no es aquél, Reinaldos éste?
En paz están y asidos de la mano.

GAL. (A ellos.) Señores, ¿no habéis visto á Carlo-
[mano?

ROLDÁN. ¡Oh grande Emperador!

EMPER. ¡Oh amados primos!
¿Habéis tenido algún enojo acaso?

ROLDÁN. Sin padrinos los dos nos avenimos,
Cuando torcemos de amistad el paso.

Muchas veces confieso que reñimos,
Mas ninguna de veras.

GAL. A hablar paso
Reinaldos y sin cólera, no hiciera
Que nuestro Emperador aquí viniera;
Que yo le truje, imaginando incierto
Que estábades los dos ya en gran batalla.

MALG. (Ap.) Holgáraste que el uno fuera muerto,
Y aun los dos, que este intento en ti se halla.

EMPER. Tu temor ha salido en todo incierto;
De lo que á mí me place es, que la malla
Y los aceros de estos dos varones,
Requieren más honrosas ocasiones.

ROLD. Reinaldos, no le tengas ojeriza
A Galalón, que á fe que es nuestro amigo.

MALG. (Ap.) Así le viese yo hecho ceniza
O de la suerte que en mi mente digo.
Este es el soplo que aquel fuego atiza,
Y enciende, por quien siempre es enemigo
Nuestro buen Rey de nuestro buen linaje.

REIN. ¡Cuán sin aliento viene aqueste paje!

Llega un PAJE

PAJE. Señor, si quieres ver una aventura
Que en la vida se ha visto semejante,
Ponte á ese corredor, que te aseguro
Que es aventicio hermoso y elegante.

REIN. Donoso ha estado el paje.

PAJE. Yo lo juro
Por vida de mi padre: trae delante
Una diosa del cielo, dos salvajes,
Que sirven de escuderos y de pajes.
Una, que debe ser su visabuela,

Viene detrás, sobre una mula puesta:
Digo que es cosa de admirar; mas hela
Dó asoma: ved si viene bien compuesta.

MALG. ¿Si viene con mixtura de cautela
Tan grande novedad?

EMPER. Poco te cuesta
Saberlo, si tu libro traes á mano.

MALG. Aquí le tengo, y el saberlo es llano.

Apártase MALGESI á un lado del teatro, saca un libro pequeño, pónese á leer en él, y luego sale una FIGURA de DEMONIO por lo hueco del teatro, y pónese al lado de MALGESI, y han de haber comenzado á entrar por el patio ANGÉLICA LA BELLA sobre un palafrén, embozada, y lo más ricamente vestida que ser pudiere: traen la rienda dos salvajes, vestidos de hiedra, ó de cáñamo teñido de verde: detrás viene UNA DUEÑA sobre una mula con gualdrapa: trae delante de sí un rico cofrecillo, y á una perrilla de falda: en dando una vuelta al patio, la apean los salvajes, y va donde está el EMPERADOR, el cual, como la ve, dice:

EMPER. Digo que trae gallarda compostura,
Y que es gallardo el traje y peregrino,
Y que si llega al brío la hermosura,
Que pasa de lo humano á lo divino.

MALG. ¿Aventura es aquesta? Es desventura.

EMPER. ¿Qué dices, Malgesi?

MALG. No determino
Aun bien lo que es.

EMPER. Pues mira más atento.

MALG. Ya procuro cumplir tu mandamiento.

EMPER. Salid á la escalera á recibilla,
Y traer á la dama á mi presencia.

REIN. Cierto que es ésta extraña maravilla.

MALG. Y cierto que no yerra aquí mi ciencia.

EMPER. ¿Qué es ello, Malgesi?

MALG. Darás á oílla
Gratos oídos, pero no creencia;
Que esta dama que ves..... aun no sé el resto;
Escúchala, que yo lo sabré presto.

Entra en el teatro ANGÉLICA y la DUEÑA, acompañada de REINALDOS, ROLDAN y GALALÓN; viene ANGÉLICA embozada.

ANG. Prospere el alto cielo,
Poderoso señor, tu real estado,
Y seas en el suelo,
Por uno y otro siglo prolongado
De tan rara ventura,
Que del tiempo mudable esté segura.
Puesto que tu presciencia
De un sí cortés me tiene asegurada,
No osaré sin licencia
Decirte ¡oh gran señor! una embajada,
Que aumentará la fama
Que á tanto prez, y á tanto honor te llama.
EMPER. Decid lo que os pluguiere.
ANG. Hizo verdad tu sí mi pensamiento:
Presta á lo que dijere,
Sagrado Emperador, oído atento,
Y préstenmele aquellos
Á quien la gola señaló sus cuellos.
Soy única heredera
Del gran rey Galafrón, cuyo ancho Imperio.
De este mar la ribera,
Ni aun casi la mitad del emisferio,
Sus límites describe;
Que en otros mares y otros cielos vive.
A su grandeza iguala

Su saber, en el cual tuvo noticia
Ser mi ventura mala,
Si así como el estado real codicia,
Á varón me entregase
Que en sangre y en grandeza me igualase.
  Halló por cierto y llano
Que el que venciese en singular batalla
Á un mi pequeño hermano
Que viste honrosa, aunque temprana malla.
Este cierto sería
Bien de su reino y la ventura mía.
  Por provincias diversas
He venido con él, donde he tenido
Ya prósperas, ya adversas
Venturas, y á la fin me he conducido
Á este reino de Francia,
Donde tengo por cierta mi ganancia.
  De Ardenia en las umbrosas
Selvas queda mi hermano, allí esperando
Quien ya por codiciosas
Prendas, ó esta belleza deseando,

(Desembózase).

Su fuerte brazo pruebe,
Y es lo que he de decir lo que hacer debe.
  Quien fuere derribado
Del golpe de la lanza, ha de ser preso,
Porque le está vedado
Poner mano á la espada; y es expreso
Del rey este mandato,
Ó por mejor decir, concierto y pato;
  Y si tocare el suelo
Mi hermano, quedará quien le venciere

Levantado á mi cielo,
Ó noble sea, ó sea el que se fuere,
Y no de otra manera.

MALG. ¡Qué bien que lo relata la hechicera!

ANG. Ea pues, caballeros,
Quien reinos apetece y gentileza,
Aprestad los aceros,
Que á poco precio venden la belleza
Que veis; venid en vuelo.

ROLDÁN. Por Dios que encanta.

REIN. Admira, vive el cielo.

ANG. Ya te he dicho mi intento;
Conviéneme que dé la vuelta luego.

(Éntrase la sombra.)

EMPER. Deteneos un momento,
Si es que puede con vos mi mando ó ruego;
Porque seáis servida,
Según vuestra grandeza conocida.

ANG. Lo imposible me pides;
Dame licencia y queda en paz.

EMPER. Pues veo,
Que á tu gusto te mides,
En buen hora te vuelve, y el deseo
De servirte recibe.

MALG. El mismo engaño en esta falsa vive.

Vase ANGÉLICA y su compañía.

REIN. ¿Para qué vas tras ella,
Roldán?

ROLDÁN. Son excusadas tus demandas.

REIN. Yo sólo he de ir con ella.

ROLDÁN. ¡Qué impertinente y qué soberbio andas!
REIN. Detente, no la sigas.
ROLDÁN. Reinaldos, bueno está, no me persigas.
MALG. Detenlos, no los dejes.
Haz, señor, que se prenda aquella maga.
REIN. Como de aquí te alejes,
Daréte de tu intento justa paga.
EMPER. ¿Qué desvergüenza es esta?
MALG. Manda prender aquella deshonesta,
Que será, á lo que veo,
La ruina de Francia en cierto modo.
ROLDÁN. (A Reinaldos.) Cumpliré mi deseo
A tu pesar, y aun al del mundo todo.
REIN. Camina, pues, y guarte.
EMPER. Acaba, Malgesi, de declararte.
MALG. Esta que has visto es hija
Del Galafrón cual dijo; mas su intento
Que el cielo le corrija,
Es diferente del fingido cuento
Porque su padre ordena
Tener tus doce pares en cadena:
Y si los prende, piensa
Venir sobre tu reino, y conquistalle;
Y trázase esta ofensa
Con enviar su hijo, y adornalle
Con una hermosa lanza,
Con que de todos la victoria alcanza.
La lanza es encantada,
Y tiene tal virtud, que aquel que toca,
Le atierra; y es dorada:
Por eso pide aquella infame y loca,
Que la espada no prueben
Los que á la empresa con valor se atreven.
Por añagaza pone

Aquella incomparable hermosura,
Que el corazón dispone
Aun de la más cobarde criatura,
Para que el hecho intente,
Do, aunque se pierda, nunca se arrepiente.
Serán tus doce Pares
Presos, si no lo estorbas, señor mío,
Y otros muchos millares
De los tuyos, que tienen fuerza y brío
Para mayores cosas.

EMPER. Las que has contado son bien espantosas;
Mas no sé remediallas,
Y es porque no las creo; á ti te queda
Creellas y estorballas.

MALG. Haré cuanto mi industria y ciencia pueda.

GALAL. No son muy verdaderos,
Á decirte verdad, tus consejeros.

Éntranse el EMPERADOR y GALALÓN.

MALG. Mi hermano va enojado
Con Roldán; estorbar quiero su daño;
En laberinto he entrado,
Que apenas saldré del. ¡Oh ciego engaño!
¡Oh fuerza poderosa
De la mujer; que es, sobre falsa, hermosa!

Éntrase MALGESI, y entra BERNARDO del CARPIO, armado, y tráele la celada un VIZCAÍNO, su escudero, con botas y fieltro y su espada.

BERN. Aquí, fuera de camino,
Podré reposar un poco.

VIZCAÍNO. Señor sabio, que estás loco,

Tino vuelves desatino.
Vizcaíno que escudero
Llevas contigo te avisa
Camines no tanta prisa;
Paso lleves de arrïero.
Tierra buscas, tierra dejas,
Tanta parece hazaña,
Pues metiendo en tierra extraña,
Por Dios, de propia te alejas.
Bien que en España hay que hacer,
Moros tienes en fronteras,
Tambores, pitos, banderas
Hay allá, ya puedes ver.

BERN. ¿Ya no te he dicho el intento
Que á esta tierra me ha traído?

VIZCAÍNO. Curioso mucho atrevido,
Goza nunca pensamiento;
Y bien podrás, bien podrás
Dejar mala tanto hazaña,
Á las de guerra, y España,
Llama.

BERN. Ya te entiendo, Blas.

VIZCAÍNO. Bien es que sepas de yo,
Buenos que consejos doy,
Que por Juan Gaicoa soy,
Vizcaíno, burro no.
Señor, mira, si es que ver
Poder quieres del francés,
Camino aqueste no es
Derecho; puedes volver.

BERN. Dicen que estas selvas son
Donde se hallan de contino,
Por cualquier senda ó camino,
Venturas de admiración;

Y que en la mitad, ó al fin,
Ó al principio, ó no sé dónde,
Entre unos bosques se esconde
El gran padrón de Merlín,
Aquel grande encantador,
Que fué su padre el demonio.

VIZCAÍNO. Echado está testimonio,
Y levántanle, señor.

BERN. Héle de buscar y hallar,
Si mil veces rodease
Estas selvas.

VIZCAÍNO. Tiempo vase,
Duerme ó vuelve á caminar.

BERN. Vuelve y ve si Ferraguto
Viene, que se quedó atrás
Y á do quedo le dirás.

VIZCAÍNO. Escudero siempre puto.

BERN. Dura y detestable guerra,
Por sólo aquesto eres buena,
Que en pluma vuelves la arena,
Y en blanda cama la tierra.
Tú ofreces, doquier que estás,
Anchos y extendidos lechos,
Si no es que hay campos estrechos
Por donde los pasos das.
Eres un cierto veleño,
Que entre cuidados y enojos
Ofreces siempre á los ojos
Blando, aunque forzoso sueño.
Eres de su calidad,
Según muestra la experiencia,
Madre de la diligencia,
Madrastra de ociosidad.
Venid acá vos, cimera,

Rica y extremada pieza,
Y pues sois de la cabeza,
Servidme de cabecera;
Que ya el sueño de rondón
Va ocupando mis sentidos:
Bien dicen que los dormidos
Imagen de muerte son.

Échase á dormir BERNARDO junto al padrón de MERLÍN, que ha de ser un mármol jaspeado, que se pueda abrir y cerrar, y á este instante parece encima de la montaña el mancebo ARGALIA, hermano de ANGÉLICA la bella, armado y con una lanza dorada.

ARGALIA. Mucha tierra se descubre
De encima de esta montaña;
De aquesta parte es campaña,
De estotra el bosque la cubre.
Allí el camino blanquea
Y hasta París va derecho:
¡Si mi hermana hubiese hecho
El gran caso que desea!
Mas, si no me miente acaso
La vista, aquella es sin duda
Que el camino trueca y muda,
Y hacia aquí endereza el paso.
Los palafrenes envía
Por el camino real;
En cuanto hace, no hace mal;
Recibirla es cortesía.

Éntrase ARGALIA y sale ANGÉLICA con los salvajes y la DUEÑA.

ANG. Cierto que es ésta la senda,
Ó no acierto bíen las señas;

Y á la vuelta de estas peñas
Sin duda está nuestra tienda.

DUEÑA. ¿Cuándo, señora, veremos
El fin de nuestros caminos?
¿Cuándo de estos desatinos
Á buen acuerdo saldremos?
¿Cuándo me veré (¡ay de mí!)
Con mi almohadilla sentada
En estrado, y descansada,
Como algún tiempo me vi?
¿Cuándo dejaré de andar,
Cuando el sol salga ó tramonte
De este monte en aquel monte,
De un lugar á otro lugar?
¿Cuándo de mis redomillas
Veré los blancos afeites,
Las unturas, los aceites,
Las adobadas palillas?
¿Cuándo me daré un buen rato
En reposo y sin sospecha?
Que traigo esta cara hecha
Una suela de zapato.
Los crudos aires de Francia
Me tienen de aqueste modo.

ANG. Calla; que bien se hará todo.

DUEÑA. No te arriendo la ganancia;
Que según yo vi el denuedo
De aquellos dos paladines,
De tus caminos y fines
Esperar buen fin no puedo.

ANG. No atinas con la verdad;
Calla, que mi hermano viene.

Entra ARGALIA.

ARGALIA. ¡Oh rico archivo, do tiene
Sus tesoros la beldad!
¿Cómo vienes, y en qué modo
Has salido de tu intento?

ANG. Midióse á mi pensamiento
La ventura casi en todo.
Vámonos al pabellón;
Que allí, despacio y sentada,
Contaré de mi embajada
El principio y conclusión.

ARGALIA. Bien dices, hermana, ven,
Que bien cerca de aquí está.

DUEÑA. La triste que cual yo va,
Yo sé que no va muy bien,
Que de la madre me aprieta
Un gran dolor en verdad;
Todo aquesto es frialdad
De este andar á la jineta.

Éntranse todos, sino BERNARDO, que aun duerme: suene música de flautas tristes, despierta BERNARDO, ábrese el padrón, pare UNA FIGURA DE MUERTO y dice:

ESPÍRITU. Valeroso español, cuyo alto intento
De tu patria y amigos te destierra;
Vuelve á tu amado padre el pensamiento,
Á quien larga prisión y escura encierra;
Á tal hazaña es gran razón que atento
Estés, y no en buscar inútil guerra,
Por tan remotas partes y excusadas,
Á donde son las dichas desdichadas.
Tiempo vendrá que del francés valiente,
Al márgen de los montes Pirineos,
Bajes la altiva y generosa frente,

Y goces de honrosísimos trofeos;
Sigue de tu ventura la corriente,
Que iguala al gran valor de tus deseos,
Verás como te sube tu fortuna
Sobre la faz convexa de la luna.
Por ti tu patria se verá en sosiego,
Libre de ajeno mando y señorío;
Tú serás agua al encendido fuego
Que arde en el pecho, que de casto es frío;
Deja estas selvas, do caminas ciego,
Llevado de un curioso desvarío:
Vuelve, vuelve, Bernardo, á do te llama
Un inmortal renombre y clara fama.
De Merlín el espíritu encantado
Soy, que aquí yago en esta selva escura,
Del cielo para bien y mal guardado,
Aunque en mis males siempre se conjura;
Y no seré de este lugar llevado
Á la negra región do el llanto dura,
Hasta que crucen estas selvas fieras
Muchas y cristianísimas banderas.
Mil cosas se me quedan por contarte,
Que otra vez te diré, porque ahora importa
Detrás de aquestas ramas ocultarte,
Donde será tu estada breve y corta.
Á dos, que cada cual por sí es un Marte,
Pondrás en paz ó mostrarás que corta
Tu espada, y sin hablar haz lo que digo,
Y entiende que te soy y seré amigo.

Ciérrase el padrón; éntrase en él BERNARDO sin hablar palabra, y luego sale REINALDOS.

REIN. En vano mis pasos muevo,

Pues entre estas flores tantas
No hay señales de las plantas
Que por guía y norte llevo;
Que si aquí hubieran pisado,
Claro estaba que este suelo
Fuera un traslado del cielo,
De varias lumbres pintado.
¿Qué flor tocara la bella
Planta, á mí tan dulce y cara,
Que luego no se tornara,
Ó ya en sol ó en cara estrella?
Lejos estoy del camino
Que á do está mi cielo guía,
Pues este suelo no envía,
Ó luz clara ó olor divino;
Mas ya no tendré pereza
En buscar este sol bello,
Pues me han de guiar á bello,
Ya su luz, ya su belleza.
Pero ¿qué es esto que el sueño
Así me acosa y aprieta?
¡Oh fuerza libre, sujeta
Á fuerzas de tal vil dueño!
Aquí me habré de acostar
Al pie de este risco yerto,
Haciendo imagen de un muerto,
Pues estoy para expirar.

Recuéstase REINALDOS, pone el escudo por cabecera, y entra luego ROLDÁN embrazado del suyo.

ROLDÁN. ¡Tantas vueltas sin provecho!
¿Dónde, ¡oh sol! te tramontaste,
Después que tu luz dejaste

En lo mejor de mi pecho?
  Descúbrete, sol hermoso;
Que voy buscando tu lumbre
Por el llano y por la cumbre,
Desalentado y ansioso.
  ¡Oh Angélica, luz divina
De mi humana ceguedad!
¡Norte cuya claridad
Á nuevo ser me encamina!
  ¿Cuándo te verán mis ojos,
Ó cuando, si no he de verte,
Vendrá la espantosa muerte
Á triunfar de mis despojos?
  Mas ¿quién es este holgazán
Que duerme con tal remanso?
No hay quien no viva en descanso,
Sino el mísero Roldán.
  ¿Qué es esto? Reinaldos es
El que yace aquí dormido.
¡Oh primo, al mundo nacido
Para grillos de mis pies,
  Para esposas de mis manos,
Para infierno de mis glorias,
Para opuesto á mis victorias,
Para hacer mis triunfos vanos,
  Para acíbar de mi gusto!
Mas yo haré que no lo seas,
Sin que el mundo ni tú veas
Que paso el término justo.
  Quitarle quiero la vida;
Mas ¡hay Roldán!, ¿cómo es esto?
¿Ansí os arrojáis tan presto
Á ser traidor y homicida?
  ¿Qué decís, mal pensamiento?

¿Decirme que es mi rival,
Y que consiste en su mal
Todo el bien de mi tormento?
Sí, decís; mas yo sé al fin
Que el que es buen enamorado,
Tiene más de pecho honrado
Que de traidor y de ruin.
Yo fuí Roldán sin amor,
Y seré Roldán con él,
En todo tiempo fiel,
Pues en todo busco honor.
Duerme, pues, primo, en sazón
Que arrimo te sea mi escudo,
Que aunque amor vencerme pudo,
No me vence la traición.
El tuyo quiero tomar,
Porque adviertas si despiertas
Que amistades que son ciertas,
Nadie las puede turbar.

Échase ROLDÁN junto á REINALDOS, y pone á su cabecera el escudo de REINALDOS, y luego despierta REINALDOS.

REIN. Angélica... ¡oh extraña vista!
¿No es Roldán este que veo,
Y el que del bien que deseo
Procura hacer la conquista?
Él es; pero ¿quién me puso
Su escudo para mi arrimo?
Tu cortés bondad, ¡oh primo!,
Sin duda que esto dispuso.
Bien me pudieras matar,
Pues durmiendo me hallaste,
Por quitar aquel contraste,

Que en mi vida has de hallar;
  Empero tu cortesía
Más que amor pudo en tu pecho,
Por la costumbre que has hecho
De hacer actos de hidalguía.
  Mas si fué por menosprecio
El dejarme con la vida,
No, por ser cosa sabida
Que yo soy hombre de precio,
  Y tú mismo lo has probado
Una y otra vez y ciento,
No atino cuál pensamiento
Tenga por más acertado.
  ¿Si me deja de arrogante,
Ó si fué por amistad?
Que tal vez la deslealtad
Vive en el celoso amante.
  ¡Oh si aqueste me dejase
Señero en mi pretensión!
Con el alma y corazón,
¡Vive Dios! que le adorase;
  Pero si no, no imagines,
Primo, que por tu bondad
Dejará mi voluntad
De seguir mis dulces fines.
  Y de aquesta intención mía
No me debes de culpar,
Porque el amor y el reinar
Nunca admiten compañía.
  Seguramente á mi lado
Pudiste echarte á dormir,
Pues no se puede herir
Un hombre que es encantado:
  Y así la ocasión quitaste,

Que tu sueño me ofrecía,
Para usar la cortesía
De que tú conmigo usaste;
Pero despierto veremos
Tu intención á do se inclina;
Y si, donde yo, camina,
Pondré medio en sus extremos.
Irá el parentesco afuera,
La cortesía á una parte,
Si bajase el mismo Marte
Á impedirlo de su esfera.
¡Ah Roldán, Roldán! despierta,
Que es gran descuido el que tienes,
Y más si por dicha vienes
Donde mi sospecha acierta.
Toma tu escudo, y el mío
Me vuelve; despierta agora.

ROLDÁN. (Soñando.) ¡Ay Angélica, señora
De mi vida, y mi albedrío!
¿A do se esconde tu faz,
Que todo mi bien encierra?

REIN. Declarada es nuestra guerra,
Y perdida nuestra paz.—
Roldán, acaba, levanta:
Destroquemos los escudos.

ROLDÁN. ¡Con qué dulces, ciegos nudos
Me añudaste la garganta!
La voluntad decir quiero,
Y el alma que te entregué.

REIN. Si no despiertas, á fe
Que te despierte este acero,
Y aun te mate, pues me matas,
Ahora duermas, ahora veles:
Estos intentos crueles

Nacen de entrañas ingratas.
Estoy por dejar de ser
Quien soy: acudid al punto,
Respetos, que está difunto
Mi acertado proceder.
Ansias ¿qué me consumís?
Sospechas ¿qué me cansáis?
Recelos ¿qué me acabáis?
Celos ¿qué me pervertís?

ROLDÁN despierta.

ROLDÁN. Reinaldos, ¿qué quiés hacer?
REIN. Deshacerme ó deshacerte.
ROLDÁN. ¿Quieres, primo, darme muerte?
REIN. Tu vida está en mi querer.
ROLDÁN. ¿Cómo en tu querer?
REIN. Dirélo;
No más de en querer decirme
Si vienes á perseguirme
En la busca de mi cielo;
Si es tu venida á buscar
Á Angélica; ¿no me entiendes?
ROLDÁN. De saber lo que pretendes,
REIN. Acabarte ó acabar.
ROLDÁN. ¿Tanto el vivir te embaraza,
Que tras tu muerte caminas?
REIN. Profeta falso, adivinas
El mal que así te amenaza.
ROLDÁN. Contigo las cortesías
Siempre fueron por demás.
REIN. Dame mi escudo y verás
Cómo siempre desvarías;
Y si á París no te vuelves,
Verás también en un punto

Tu culpa y castigo junto.

ROLDÁN. Fácilmente te resuelves.
Ni á París he de volver.
Ni á Angélica he de dejar;
Mira qué quieres

REIN. Cortar
Tu insolente proceder.
Desharéte entre mis brazos,
Aunque seas encantado.

ROLDÁN. Eres villano atestado,
¿Y quieres luchar á brazos?

REIN. Mientes, y ven con la espada,
Que aunque seas de diamante,
Verás, infame arrogante,
Mi verdad averiguada.

Vanse á herir con las espadas; salen del hueco del teatro llamas de fuego, que no los dejan llegar.

ROLDÁN. Bien sé que anda por aquí,
Temeroso de su muerte,
Mas no ha de poder valerte
Tu hechicero Malgesí;
Que pasaré de Aqueronte
La barca por castigarte.

REIN. Yo pondré, por alcanzarte,
Un monte sobre otro monte.
Arrojaréme en el fuego,
Como ves que aquí lo hago.

ROLDÁN. ¿No te deja dar tu pago
Tu hermano?

REIN. Pues dél reniego.

Dice EL ESPÍRITU DE MERLÍN:

ESPÍR. Fuerte Bernardo, sal fuera,
Y á los dos en paz pondrás.

Sale BERNARDO.

BERN. Caballeros, no haya más;
Guerreros fuertes, afuera.
REIN. ¿Hate el cielo aquí llovido?
¿Qué quieres ó qué nos mandas?
BERN. Son tan justas mis demandas,
Que he de ser obedecido;
Y es, que dejéis la dudosa
Lid de tan esquivo trance.
REIN. Tu has echado muy buen lance,
Y la demanda es donosa.
¿Eres español á dicha?
BERN. Por dicha soy español.
REIN. Vete, porque solo el sol
Ha de ver nuestra desdicha;
Que no queremos testigos,
Más que el sol, en la lid nuestra.
BERN. No me he de ir, sin que la diestra
Os deis de buenos amigos.
ROLDÁN. Pesado estás.
BERN. Más pesados
Estáis los dos, si advertís.
REIN. Español, ¿cómo no os is?
BERN. Por corteses ó rogados,
Vuestra cuestión por ahora,
No ha de pasar adelante.
ROLDÁN. Yo soy el señor de Aglante.
REIN. Yo Reinaldos.
BERN. Sea en buen hora;
Que ser quien sois os obliga
Á conceder con mi ruego.
ROLDÁN. Esa razón no la niego.

REIN. Este español me atosiga,
Que siempre aquesta nación
Fué arrogante y porfiada.
ROLDÁN. Señor, pues que no os va nada,
No impidáis nuestra cuestión.
Dejadnos llevar al fin
Nuestro deseo, que es justo.
BERN. Aqueste fuera mi gusto,
Á serlo así el de Merlín.
ROLDÁN. ¡Oh cuerpo de San Dionís,
Con el español marrano!
BERN. Mientes, infame villano.
REIN. Á plomo cayó el mentís.
Á fuera Roldán, no más.
ROLDÁN. Deja, que me abraso en ira.
¿Qué es esto? ¿quién me retira?
¿El pie de Roldán atrás?
¿Roldán el pie atrás? ¿Qué es esto?
Ni huyo, ni me retiro.
REIN. De Merlín es este tiro.
BERN. Pues yo haré que huyáis presto.

Vase retirando ROLDÁN hacia atrás, y sube por la montaña, como por fuerza de oculta virtud.

REIN. Por cierto á gentiles manos
Te ha traído tu fortuna.
BERN. Manos, yo no veo ninguna;
Pies sí, ligeros y sanos;
¿Y qué os importa tenellos
Para huir de mi presencia?
REIN. Sin igual es tu insolencia.

Sube BERNARDO por la peña arriba, siguiendo á ROLDÁN, y va tras él REINALDOS. Sale MARFISA, armada ricamente; trae por timbre una ave Fénix y una águila blanca pintada en el escudo, y mirando subir á los tres de la montaña con las espadas desnudas, y que acaban de desparecer, dice:

MARFISA. ¿Si se combaten aquéllos?
Sí hacen. Ponerlos quiero
En paz, si fuere posible.
¡Oh qué montaña terrible!
Subir por ella no espero;
Ni podré á caballo ir,
Aunque le vuelva á tomar;
Mas con todo, he de probar
El trabajo de subir.
Bien se queda en la espesura
Mi caballo hasta que vuelva:
Nunca falta en esta selva,
Ó buena ó mala ventura.

Sube MARFISA por la montaña, y vuelven á salisr al teatro riñendo ROLDÁN, BERNARDO y REINALDOS.

ROLDÁN. No sé yo cómo sea,
Que contra ti no tengo alguna saña,
Ni puedo en tal pelea
Mover la espada. ¡Cosa es esta extraña!
BERN. La razón que me ayuda
Pone tus fuerzas y tu esfuerzo en duda.
REIN. De Merlín es el hecho,
Que no hay razón que valga con su encanto;
Que aunque fuera tu pecho
León en furia y en dureza un canto,
Si hechiceros no hubiera,
Nunca mi primo atrás el pie volviera.

Entra ANGÉLICA llorando y con ella el VIZCAÍNO escudero de BERNARDO.

VIZCAÍNO. Pardios, echóte al río;
Tienes Granada, bravo Ferraguto.
ANG. ¡Ay triste hermano mío!
ROLDÁN. ¿Por qué ese cielo al suelo da tributo
De lágrimas tan bellas,
Si el mismo cielo se le debe á ellas?
ANG. Un español ha muerto
Á mi querido hermano, y es un moro,
Que no guardó el concierto
Debido á la milicia y su decoro,
Y arrojóle en un río.
ROLDÁN. ¿Quién es el moro?
BERN. Es un amigo mío.
ROLDÁN. ¿Amigo tuyo? ¡Oh perro!
Tú llevarás de su maldad la pena.
REIN. Roldán, no hagas tal yerro,
Déjame á mí el castigo.
ANG. Aquí se ordena
Mi muerte y más desdicha,
Si de los dos me coge alguno á dicha.
Á esta selva escura
Quiero entregar, y á mis ligeras plantas,
Mi guarda y mi ventura.
BERN. ¿Cómo, Reinaldos, di, no te adelantas
Á herirme con tu primo?
Por la honra, la vida en poco estimo.

Sale MARFISA poniendo paz, y poniendo mano á la espada; éntrase huyendo ANGÉLICA.

MARFISA. ¿Qué es esto? Afuera, afuera,
Afuera, caballeros, que os lo pide

Quien mandarlo pudiera,
Que si no es que mi luz la vista impide,
Mirando esta divisa,
Veréis que soy la sin igual Marfisa.

VIZCAÍNO. (Aparte.) La puta; la doncella
Fe es ida.

ROLDÁN. ¡Oh nunca vista desventura!
Forzoso he de ir tras ella.

REIN. Yo sí, tú no.

ROLDÁN. Notable es tu locura.

REIN. No muevas de aquí el paso.

ROLDÁN. No hago yo de tus locuras caso.

REIN. Por Dios, que si te mueves,
Que te haga pedazos al instante.

ROLDÁN. Que ¿á estorbarme te atreves,
Fanfarrón, pordiosero y arrogante?
¿Cómo te estás tan quedo?
¡Que no me tenga este cobarde miedo!

(Éntrase.)

VIZCAÍNO. Señor, déjale, vaya;
Que pues no por allí, que por la senda
Quedan arriz en playa,
Pon la dama.

MARFISA. ¿Por qué fué la contienda?

BERN. Por celos sé que ha sido.
Y dime ¿Ferraguto quedó herido?

VIZCAÍNO. Bueno, puto, y ¡qué sano!

BERN. ¿Con quién tuvo batalla?

VIZCAÍNO. ¿Ya no oiste?
Batalla con hermano
De bella huidora y pobre, y muerto y triste,
De moro enojo, brío

Teniendo, dió con él todo en el río,
Y queda aquí aguardando
Espaldas de montaña.

MARFISA. Iréte acompañando,
Que quiero saber más de tu hazaña;
Que descubro en ti muestras,
Que muestran que eres más de lo que mues-
[tras;
Y advierte que contigo
Llevas á la simpar sola Marfisa,
Que en señas y testigo,
Que es única en el mundo, la divisa
Trae de aquella ave nueva,
Que en el fuego la vida se renueva.

BERN. Haréte compañía,
Subas al cielo ó bajes al abismo.

MARFISA. Tan grande cortesía
No puede parecer sino á ti mismo;
Y usando de este gusto,
Yo he de seguir el tuyo, que es muy justo.

JORNADA SEGUNDA

Sale LAUSO, pastor, por una parte de la montaña, con su guitarra, y CORINTO por la otra con otra.

LAUSO. ¡Ah Corinto! ¡Corinto!
CORINTO. ¿Quién me llama?
LAUSO. Lauso, tu amigo.
CORINTO. ¿A dónde estás?
LAUSO. ¿No miras?
CORINTO. Algún árbol te encubre, alguna rama,
Ó estás en el lugar donde suspiras,
Cuando Clori te muestra el rostro airado,
Y en solitaria parte te retiras.
Baja, si quieres, Lauso, al verde prado,
En tanto que de Febo la carrera
Declina de esta cumbre al otro lado;
Cantaremos de Clori lisonjera,
Al pie de un verde sauce, ó murto umbroso,
Que pasa el pensamiento en ser ligera.
LAUSO. Ya abajo, pero no á buscar reposo,
Sino á cumplir lo que amistad me obliga,
Y á pasar á la sombra el sol fogoso:
Que en tanto que la dulce mi enemiga
Se esté fortalecida en su dureza,
No hay mal que huya ni placar que siga.

Bajan los dos de la montaña.

CORINTO. Pesado contrapeso es la pobreza
Para volar de amor, ¡oh Lauso!, al cielo,
Aunque tengas cien alas de firmeza.
No hay amor que se abata ya al señuelo
De un ingenio sutil, de un tierno pecho,
De un raro proceder, de un casto celo.
Granjería común amor se ha hecho,
Y de él hay feria franca donde quiera,
Do cada cual atiende á su provecho.

LAUSO. ¡Oh Clori, para mí serpiente fiera,
Por mi estrecheza, aunque paloma mansa
Para un alma de piedra verdadera!
¿Qué es posible, cruel, que no te cansa
De Rústico el ingenio, que es de robre,
Y que el tuyo estimado en él descansa?

CORINTO. Vuélvese el oro más cendrado en cobre,
Y el ingenio más claro en tonta ciencia
Si le toca ó le tiene el hombre pobre;
Y de esto es buen testigo la experiencia.
Pero escucha, que cantan en la sierra,
Y aun es la voz bien para dalle audiencia.

Canta CLORI en la montaña y sale cogiendo flores.

CLORI. «Derramastes el agua la niña,
Y no dijistes *¡agua va!*
La justicia os prenderá.»

LAUSO. De aquella que el placer de mí destierra
Es el suave y regalado acento,
Y en quien sus gustos el amor encierra.

CORINTO. Escuchémosla, pues.

LAUSO. Ya estoy atento.

CLORI. «Derramástesla á deshora,
Y fué con tan poca cuenta,

Que mojastes con afrenta
Al que os sirve y os adora.
Pero llegada la hora
Donde el daño se sabrá,
La justicia os prenderá.»

LAUSO. Bien es que la ayudemos;
Acuerda con el mío tu instrumento.

CORINTO. Yo creo que está bien; mas ¿qué diremos?

LAUSO. Su mismo villancico trastrocado,
Cual tú sabrás hacer.

CORINTO. Los dos lo haremos.

Canta CORINTO.

«Cautivásteme el alma, la niña,
Y tenéisla siempre allá;
El amor me vengará.
Vuestros ojos salteadores,
Sin ser de nadie impedidos,
Se entraron por mis sentidos,
Y se hicieron salteadores;
Lleváronme los mejores,
Y tenéislos siempre allá;
El amor me vengara.»

LAUSO. Así, Clori gentil, te ofrezca el prado
En mitad del invierno flores bellas,
Y cuando el campo esté más agostado;
Y que siempre te halles al cogellas
Con el júbilo alegre, que nos muestra
La voz con que se ahuyentan mis querellas
Que esa rara beldad, que nos adiestra
Á conocer al Hacedor del cielo,
En este sitio haga alegre muestra.
Volverás paraíso aqueste suelo;

Y este calor, que nos abrasa ardiente,
En aura blanda y regalado hielo.

CLORI. Porque no es tu demanda impertinente,
Cual otras veces suele, haré tu gusto,
Que es en todo del mío diferente.

CORINTO. Dime, Clori gentil: ¿do está el robusto,
El bronce, el robre, el mármol, leño ó tronco
Que así á tu gusto le ha venido al justo?
Por aquél digo, desarmado y bronco,
Calzado de la frente y de pies ancho,
Corto de zancas y de pecho ronco,
Cuyo dios es el extendido pancho,
Y á do tiene la crápula su estancia,
Él tiene siempre su manida y rancho,

CLORI. Con él tengo, Corinto, más ganancia,
Que contigo, con Lauso y con Riselo,
Que vendéis discreción con arrogancia.
Rústica el alma y rústico es el velo
Que al alma cubre, y Rústico es el nombre
Del pastor que me tiene por su cielo;
Mas, por rústico que es, en fin, es hombre
Que de sus manos llueve plata y oro,
Júpiter nuevo y con mejor renombre;
Él guarda de mis gustos el decoro,
Ora le envíe al blanco cita frío,
Ó al tostado engañoso libio moro.
Tiene por justa ley el gusto mío;
Y el levantado cuello humilde inclina
Al yugo que le pone mi albedrío.
No tiene el rico Oriente otra tal mina
Como es la que yo saco de sus manos,
Ora cruel me muestre, ora benina.
Quédense los pastores cortesanos
Con la melifluidad de sus razones

Y dichos, aunque agudos, siempre vanos.
No se sustenta el cuerpo de intenciones,
Ni de conceptos trasnochados hace
Sus muchas y forzosas provisiones.
El rústico, si es rico, satisface
Aun á los ojos del entendimiento,
Y el más sabio, si es pobre, en nada place.
Dirán Corinto y Lauso que yo miento,
Y muestra la experiencia lo contrario,
Y Rústico lo sabe, y yo lo siento.

LAUSO. Es gusto de mujeres ordinario,
En lo que es opinión, tener la parte
Que más descubra ser su ingenio vario.
Quisiera de este error, Clori, sacarte;
Mas ya estás pertinaz en tu locura,
Y en vano será agora predicarte.

CORINTO. Así, pastora, goces tu hermosura,
Que me dejes hacer una experiencia;
Quizá te hará volver de tu locura.
Verás, pastora, al vivo la inocencia
De Rústico, el pastor por quien nos dejas.

CLORI. ¿Para qué es el pedirme á mí licencia?

LAUSO. Paréceme que llega á mis orejas
De Rústico la voz.

CORINTO. Él es sin duda,
Que á sestear recoge sus ovejas.

RÚSTICO parece por la montaña.

RÚSTICO. Mirad si se cayó en aquella azuda
Una oveja, pastores; corred luego,
Y cada cual á su remedio acuda.
Dejad, mal hora, del herrón el juego;
Aguija, Coridón: ¡oh, como corre!

¿Quién quitara á Damón de su sosiego?
Llegó; ya se arrojó, ya la socorre,
Y la saca en los brazos medio muerta,
Y parece que un río de ambos corre.
Esta noche tú, ¡hola! está alerta;
No venga, como hizo en la pasada,
El lobo que la cabra dejó muerta.—
Tú acudirás, Cloanto, á la majada
Del valle de la Enceña, y darás orden
Que estén todos aquí de madrugada.—
Orompo, tú harás que se concorden
En el patio Corbato con Francenio,
Que me da pesadumbre su desorden.

CLORI. Mirad si tiene Rústico el ingenio
Para mandar acomodado y presto.

RÚSTICO. Tú acude á las colmenas, buen Partenio.
Llévese de las vacas todo el resto
Al padrón de Merlín, y de las cabras
Al monte, ó soto de Ciprés Funesto.

CLORI. ¿Parécen-os de pobre las palabras
Que dice?

CORINTO. Pues aquí en esta espesura
Te has de esconder, y mira que no abras
La boca, porque importa á la aventura
Que queremos probar de nuestro intento,
Por ver si es suya ó nuestra la locura.

CLORI. Yo enmudezco, y me escondo, y vuestro [cuento
Sea, si puede ser, breve y ligero;
Que si es pesado y grande, da tormento.

(Escóndese.)

LAUSO. Corinto, ¿qué has de hacer?

CORINTO. Estáme atento.—
Rústico, amigo, al llano abaja, aguija,
Que es cosa que te importa; corre, corre.
RÚSTICO. Ya voy, Corinto amigo, espera, espera,
Mientras que cuento un centenar de bueyes
Y tres hatos de ovejas, y otros cinco
De cabras, desde encima de este pico
Do estoy sentado. ¿No me ves?
CORINTO. Acaba;
¿Haces burla de mí?
RÚSTICO. Por Dios no hago;
Mas yo lo dejo todo por servirte.
Vesme aquí; ¿qué me mandas?
CORINTO. Que me ayudes
Á alcanzar de este ramo un papagayo
Que viene del camino de las Indias,
Y esta noche hizo venta en aquel hueco
De este árbol, y alcanzalle me conviene.
RÚSTICO. ¿Qué llamas papagayo? ¿es un pintado,
Que al barquero da voces y á la barca,
Y se llama real por fantasía?
CORINTO. De esa ralea es éste; pero entiendo
Que es bachiller y sabe muchas lenguas,
Principal la que llaman bergamasca.
RÚSTICO. Pues ¿qué se ha de hacer para alcanzalle?
CORINTO. Conviene que te pongas de esta suerte:
Daca este brazo y lígale tú, Lauso,
Y átale bien; que yo le ataré esotro.
RÚSTICO. Pues ¿yo no estaré quedo sin atarme?
CORINTO. Si te meneas, espantarse ha el pájaro,
Y así conviene que aun los pies te atemos.
RÚSTICO. Atad cuanto quisiéredes, que á trueco
De tener esa joya entre mis manos,
Para que luego esté en las de mi Clori,

Dejaré que me ateis dentro de un saco.
Ya bien atado estoy; ¿qué falta agora?

CORINTO. Que yo me suba encima de tus hombros,
Y que Lauso, pasito y con silencio,
Me ayude á levantar las verdes hojas
Que cubren, según pienso, el dulce nido.

RÚSTICO. Sube, pues; ¿á qué esperas?

CORINTO. Ten paciencia;
Que no soy tan pesado como piensas.

RÚSTICO. Vive Dios, que me brumas las costillas;
¿Has llegado á la cumbre?

CORINTO. Ya estoy cerca.

RÚSTICO. Avisa á Lauso, que las ramas mueva
Pasito, no se vaya el pajarote.

LAUSO. No se nos puede ir, que ya le he visto.

RÚSTICO. Pregúntale, Corinto, lo que suelen
Preguntar á los otros papagayos,
Por ver si entiende bien nuestro lenguaje.

CORINTO. ¿Cómo estás, loro, dí?—«Como cautivo.»

RÚSTICO. Hi de puta, ¡qué pieza! Di otra cosa.

CORINTO. «Daca la barca, ¡hao! daca la barca.»

RÚSTICO. Y aqueso, ¿quien lo dijo?

CORIRTO. El papagayo.

RÚSTICO. ¡Oh Clori!, ¡qué presente que te hago!

CORINTO. «Clori, Clori, Clori, Clori, Clori».

RÚSTICO. ¿Es todavía el papagayo aquése?

CORINTO. Pues ¿quién había de ser?

RÚSTICO. ¿Hasle ya asido?

CORINTO. Dentro en mi caperuza está ya preso.

RÚSTICO. Desciende, pues, y véndemele, amigo,
Que te daré por él cuatro novillos,
Que aun no ha llegado el yugo á sus cervices,
No más de porque dél mi Clori goce.

LAUSO. No se dará por treinta mil florines.

RÚSTICO. ¡Ah, por amor de Dios! yo daré ciento.
Desatadme de aquí, porque á mi gusto
Le vea y le contemple.
CORINTO. Es ceremonia
Que en semejantes cazas suele usarse,
Que tan sola una mano se desate
Del que las dos tuviere y pies atados.
Con esta suelta puedes blandamente
Alzar mi caperuza venturosa,
Que tal tesoro encubre: despavila
Los ojos para ver belleza tanta;
Pasito, no le ajes; mas espera,
Que está la mano sucia; con saliba
Te la puedes limpiar.
RUSTICO. Ya está bien limpia.
CORINTO. Agora sí. ¡Dichoso aquel que llega
Á descubrir tan codiciosa prenda!
RÚSTICO. Donosa está la burla. Di, Corinto,
¿Es ése el papagayo?
CORINTO. Este es el pico,
Las alas estas, estas las orejas
Del asno de mi Rústico y amigo.
RÚSTICO. Desátame; que á fe que yo me vengue.

Sale CLORI.

CLORI. ¡Ah simple! ¡Ah simple!
RÚSTICO. ¿Y haslo visto, Clori?
Por ti la burla siento, y no por otrie.
CLORI. Calla; que para aquello que me sirves
Más sabes que trescientos Salomones.
Di que se vista Lauso de esta burla,
Ó que compre Corinto algún tributo,
Ó me envíe mañana una patena

Y unos ricos corales, como espero
Que podrás y querrás con tu simpleza
Enviármelos luego.

RÚSTICO. Y ¡cómo, Clori!
Y aun dos sartas de perlas hermosísimas.

CLORI. ¿Compárase con esto algún soneto,
Lauso? Y dime, Corinto, ¿habrá sonada,
Aunque se cante á tres, ni aun á trecientos,
Que á la patena y sartas se compare?

LAUSO. Eres mujer y sigues tu costumbre.

CLORI. Sigo lo que es razón.

LAUSO. Será milagro
Hallarla en las mujeres.

CLORI. ¿Qué razones
Puede decir la lengua que se mueve,
Guiada del desdén y de los celos?
Tú eres la causa.

Entra ANGÉLICA alborotada.

ANG. Socorredme, cielos:
Si en vuestros pechos mora
Misericordia alguna,
Hermosa y agradable compañía,
En mí os ofrece agora
El cielo y la fortuna
Sujeto igual á vuestra cortesía;
Que la desdicha mía,
Sabida, me asegura
Que podrá enterneceros,
Y al remedio moveros,
Si es que le tiene tanta desventura.

CLORI. Señora, di, ¿qué tienes?

ANG. Sin tasa males y ningunos bienes;
Pero no estoy en tiempo
En que pueda contaros
De mi dolor la parte más pequeña,
Ni vuestro pasatiempo
Será bien estorbaros,
Contando el mal que ablandará esta peña.
¿No hay por aquí una breña
Donde me esconda, amigos?
LAUSO. Luego ¿quies esconderte?
¿Quién podrá aquí ofenderte?
ANG. Persíguenme dos bravos enemigos.
CORINTO. ¿No somos tres nosotros?
ANG. Ni aun á tres mil no temerán los otros.
Llevadme á vuestras chozas,
Mudadme este vestido:
Amigos, escondedme.
LAUSO. No te espantes:
¿Para qué te alborozas,
Si has á parte venido
Do se estiman en poco los gigantes?
Montalvanes y Aglantes
Se tienen aquí en nada,
Porque, por Dios, si quiero,
Que los compre á dinero.
ANG. Hoy acaba mi vida su jornada.
CORINTO. ¿Quieres que te escondamos?
RÚSTICO. Dice que sí.
LAUSO. Pues sus, ¿en qué tardamos?
Ven, mudarás de traje,
Y de lugar y todo.
ANG. De mis contrarios casi veo la sombra.
CORINTO. Parece de linaje,
Y su habla y su modo

Á mí me admira.

RÚSTICO. Pues á mí me asombra.

Éntranse ANGÉLICA y LAUSO.

¿Sabéis cómo se nombra?

CORINTO. Pues ¿cómo he de sabello?

RÚSTICO. Busca algún nuevo ensayo.

CORINTO Buscaré un papagayo
Que me lo diga.

CLORI. Ganarás en ello.

CORINTO. Ganarás tú patenas.

CLORI. Siempre tus burlas para mí son buenas.

Éntranse todos y sale REINALDOS.

REIN. ¿Eres Dafne por ventura,
Que de Apolo va huyendo,
Ó eres Juno, que procura
Librarse del monstruo horrendo,
Cerrada en la nube obscura?
¡Oh selvas de encantos llenas,
Do jamás se ha visto apenas
Cosa en su ser verdadero!
Contar de vosotras quiero
Aun las menudas arenas.
Quizá esta fiera homicida,
Que cual sombra desparece,
Porque padezca mi vida,
Á donde menos se ofrece
La tendrá amor escondida.
De nuevo vuelvan mis plantas
Á buscar entre estas plantas
Á la bella fugitiva.

¡Dura ocasión, que yo viva
Muriendo de muertes tantas!

(Crujidos de cadenas, ayes y suspiros dentro.)

¡Válgame Dios! ¿Qué rüido
Es éste, que suena extraño?
¿Estoy despierto ó dormido?
¿Engáñome ó no me engaño?
Otra vez llega al oído.
De entre estas hojas entiendo
Que sale el horrible estruendo;
Mas ¡ay qué boca espantosa!
Terrible y extraña cosa
Es aquella que estoy viendo.
Mientras más vomitas llamas,
Boca horrenda ó cueva obscura,
Más me incitas y me inflamas
Á ver si en esta aventura
Para algún buen fin me llamas.

(Descúbrese la boca de la sierpe.)

Acógeme allá en tu centro,
Porque por tus fuegos entro
Á tu estómago de azufre.

MALGESI, vestido como diré, sale por la boca de la sierpe.

MALGESI. ¿Adónde aquesto se sufre?
REIN. Este sí que es mal encuentro.
¿Quién eres?
MALGESI. Soy el Horror,

Portero de aquesta puerta,
Adonde vive el Temor
Y la Sospecha más cierta
Que engendra el cielo de amor.
Soy ministro de los Duelos,
Embajador de los Celos,
Que habitan en esta cueva.

REIN. Pues adonde están me lleva.

MALGESI. Espera, y avisarélos;
Mas primero has de mirar
Las guardas que puestas tiene
En este triste lugar,
Y esto es lo que te conviene.

REIN. Comiénzalas á mostrar,
Que aunque me muestras cifrados
En ellas los condenados
Rostros que encierra el abismo,
Seré en este trance el mismo
Que he sido en los regalados.

Suena dentro música triste, como la pasada del padrón: sale EL TEMOR vestido como diré, con una tunicela parda, ceñida con culebras.

MALGESI. Esta figura que ves
Es el Temor sospechoso
Que engendra ajeno interés;
Impertinente curioso,
Que mira siempre al través;
Y así el mezquino se admira
De cada cosa que mira,
Hora sea mala ó buena:
La verdad le causa pena,
Y tiembla con la mentira.

Sale LA SOSPECHA con una tunicela de varios colores.

Esta es la infame Sospecha,
De los Celos muy parienta,
Toda de contrarios hecha:
Siempre de saber sedienta
Lo que menos le aprovecha.
Aquí nace y muere allí,
Y torna á nacer aquí;
Tiene mil padres á un punto,
Éste vivo, aquél difunto,
Y ella vive y muere así.

Sale LA CURIOSIDAD.

La vana Curiosidad
Es esta que ves presente,
Hija de la Liviandad,
Con cien ojos en la frente,
Y los más con ceguedad.
Es en todo entremetida,
Y susténtale la vida
Estar continuo despierta,
Y hace la guarda á una puerta
De muy difícil salida.

Con una soga á la garganta y una daga desenvainada en la mano, sale la DESESPERACIÓN, como diré.

Es la Desesperación
Ésta espantosa figura,
Sobre todas cuantas son,
Y aunque es mala su hechura,
Es peor su condición.

Ésta sigue las pisadas
De los Celos, desdichadas,
Y anda tan junto con ellos,
Que desde aquí puedes vellos,
Si cesan las llamaradas.

Suena la música triste y salen los CELOS como diré, con una tunicela azul, pintada en ella sierpes y lagartos, con una cabellera blanca, negra y azul.

Mas veslos, salen, advierte
Cuanto con ellos mirares,
Amenaza triste suerte,
Ciertos y luengos pesares,
Y al fin desdichada muerte.
Todos sus secuaces son,
Puestos en comparación
De sus males, una sombra,
Que puesto que nos asombra,
No desmaya al corazón.
Toca su mano y verás
En el estado que quedas,
Diferente del que estás,
Y tal quedes, que no puedas
Ni quieras ya querer más.

Tocan los CELOS la mano á REINALDOS.

REIN. Celos, que se me abrasa el pecho,
Y se cela; en duro estrecho
Me pone el señor de Aglante:
Celos, quitáosme de delante;
Basta el mal que me habéis hecho.

MALGESI. ¿Cómo? ¡qué! ¡con la invención

De quien yo tanto fié,
No se cela el corazón
De mi primo! yo no sé
La causa de la razón.

Dice de dentro MERLÍN.

Malgesi, ¡cuán poco sabes!
Mas yo haré que no te alabes
De tu invención, aunque extraña;
Pártete de esta montaña,
Antes que la vida acabes.

MALGESI. Ya te conozco, Merlín;
Pero yo veré si puedo
Ver de mi deseo el fin,
Porque no me pone miedo
Desa tu voz el retín.

MERLIN. Á tu primo entre esta hierba
Pondrás, que á mí se reserva,
Y á mi fuente, su salud,
Que hasta agora su virtud
El cielo en ella conserva.

MALGESI. Volveos por do venisteis,
Figuras feas y tristes,
Que mi primo quedará
Adonde esperar podrá
El remedio que no distes;

(Éntranse las sombras.)

Y yo en tanto buscaré
Medio para remedialle,
Y creo que lo hallaré.

Desvía de allí á REINALDOS.

MERLÍN. Calla y procura dejalle,
Malgesi.
MALGESI. Así lo haré.

Éntrase MALGESI; parece á este instante el carro tirado de los leones de la montaña y en él la DIOSA VENUS.

VENUS. De Adonis la compañía
Dejó casi de mi grado,
Por seguir la fantasía
De este espíritu encantado
Que en apremiarme porfía.
Espérame hasta que vuelva
Mi Adonis y amor resuelva
Tu brío, que no le alabo;
Míra que es el puerco bravo
De la Calidonia selva.
Pero ¿qué puedo hacer
Sin mi hijo en este trance,
Donde tanto es menester?
Merlín ha errado este lance,
Que á veces yerra el saber;
Mas yo le quiero llamar,
Que á las veces suele estar
Mezclado entre los pastores,
Y entonces son los amores
Para mirar y admirar.—
Hijo mío, ¿dónde estáis?
Si acaso la voz oís
Y como á madre me amáis,
Decid, ¿cómo no venís?
Que si venís, ya tardáis.

Mas los músicos acentos
Que van rompiendo los vientos,
Su venida manifiestan.
¡Oh hijo, y cuánto que cuestan
Aun tus fingidos contentos!

Suena música de chirimías: sale la nube y en ella el DIOS CUPIDO vestido, y con alas, flecha y arco desarmado.

AMOR. ¿Qué quieres, madre querida,
Que con tal priesa me llamas?
VENUS. Está en peligro una vida,
Ardiendo en tus vivas llamas,
Y en un hielo consumida.
Los Celos, que en opinión
Están que tus hijos son
(¡Ciego y simple desvarío!)
Le tienen el pecho frío,
Y abrasado el corazón.
Conviene que te resuelvas
En su bien, y que le vuelvas
En su antigua libertad.
AMOR. Remedio á su enfermedad
Ha de hallar en estas selvas.
Por tiempo hallará una fuente,
Cuya corriente templada
Apaga mi fuego ardiente,
Y mi pena enamorada
Vuelve en desdén insolente.
Beberá Reinaldos de ella,
Y de Angélica la Bella
La hermosura, que así quiere;
Si agora por vella muere,
Ha de morir por no vella.

Levanta, guerrero invicto,
Y tiende otra vez el paso
Cerca de aqueste distrito,
Que en él hallarás acaso
Medio á su mal infinito;
Aunque has de pasar primero
Trances que callarlos quiero,
Pues decillos no conviene.

REIN. Aquel que celos no tiene,
No tiene amor verdadero. (Éntrase.)

VENUS. Ya aqueste negocio es hecho:
¿No me dirás, hijo amado,
Si es invención de provecho
Andar en traje no usado,
Y el arco roto y deshecho?
¿Quién te le rompió? Y ¿quién pudo
Cubrir tu cuerpo desnudo,
Que su libertad mostraba?
¿Quién te ha quitado el aljava
Y la venda? Di: ¿estás mudo?

AMOR. Has de saber, madre mía,
Que en la corte donde he estado
No hay amor sin granjería,
Y el interés se ha usurpado
Mi reino y mi monarquía.
Yo, viendo que mi poder
Poco me podía valer,
Usé de astucia y vestíme,
Y con él entremetíme,
Y todo fué menester.
Quité á mis alas el pelo,
Y en su lugar, me dispuse
Á volar con terciopelo,
Y al instante que lo puse

Sentí aligerar mi vuelo.
Del carcaj hice bolsón,
Y del dorado harpón
De cada flecha un escudo,
Y con esto, y no ir desnudo,
Alcancé mi pretensión.
Hallé entrada en los pechos;
Y á la vista parecían
De acero, ó de mármol hechos,
Pero luego se rendían
Al golpe de mis provechos.
No valen en nuestros días
Las antiguas bizarrías
De Heros, ni de Leandros,
Y valen dos Alejandros
Más que doscientos Macías.

Entra RÚSTICO.

RÚSTICO. Lauso, acude, y tú, Corinto,
Acude, que á lo que creo,
Otro papagayo veo,
Ó si no, pájaro pinto.
Acude, Clori, y verás
La verdad de lo que digo,
Y trae á esotra contigo,
Y más, si quisieres más.

AMOR. Yo sé bien, que estos pastores
Nos han de dar un buen rato.

Entra LAUSO, CORINTO y CLORI, y ANGÉLICA como pastora.

LAUSO. ¿Tú no miras, insensato,
Que aquel es el dios de Amor?

RÚSTICO. Como con alas le ví,
Entendí que era alcotán.
CORINTO. Quítate de aquí, pausán.
RÚSTICO. Pues yo, ¿qué te hago aquí?
CORINTO. No te me pongas delante,
Que quiero hacer reverencia
Á este niño.
RÚSTICO. ¡Qué inocencia!
¿Niño es éste?
CORINTO. Y es gigante.
RÚSTICO. Niñazo le llamo yo,
Pues ya le apunta el bigote;
No os burléis con el cogote;
Mal haya quien me vistió.
AMOR. No quiero que me hagáis,
Buena gente, sacrificio,
Y téngoos en gran servicio
La voluntad que mostráis:
Y en pago, quiero deciros
La ventura que os espera.
VENUS. Harás, hijo, de manera
Que den vado á sus suspiros.
AMOR. Tú, Lauso, jamás serás
Desechado ni admitido.—
Tú, Corinto, da al olvido
Tu pretensión desde hoy más.—
Rústico, mientras tuviere
Riquezas, tendrá contento.—
Mudará cada momento
Clori el bien que poseyere.—
La pastora disfrazada
Suplicará á quien la ruega;
Y esto dicho, el fin se llega
De dar fin á esta jornada.

LAUSO. En tanto, Amor, que te vas,
Porque algún contento goces,
De nuestras rústicas voces
El rústico acento oirás.
Corinto y Clori, ayudadme;
Cantaréis lo que diré.

CLORI. ¿Qué hemos de cantar?

CORINTO. No sé.

LAUSO. Diréis después, y escuchadme.
«Venga norabuena
Cupido á nuestras selvas;
Norabuena venga.»
«Sea bien venido
Médico tan grave,
Que así curar sabe
De desdén y olvido.
Hémosle entendido,
Y lo que él ordena,
Sea norabuena.
Quedan estas peñas
Ricas de ventura,
Pues tanta hermosura
Hoy en ella enseñas;
Brotarán sus breñas
Nectar donde quiera,
Norabuena.»

Mientras cantan se va el carro de VENUS y CUPIDO en él, y suenan las chirimías, y luego dice LAUSO:

LAUSO. Vamos á nuestras cabañas
Á hacer nuevas alegrías,
Pues vemos en nuestros días
Tan ricas estas montañas:

Y si aquello que desea
Cada cual, no ha sucedido,
Pues el Amor lo ha querido,
Decíd: «Norabuena sea.»

Todos: «Norabuena sea, sea norabuena», y éntranse, y salen BERNARDO y su ESCUDERO.

BERN. ¿Cómo no viene Marfisa?
ESCU. Detrás quedó de aquel monte.
BERN. Pues sobre ese risco ponte,
Y mira si se divisa.
ESCU. Ella dijo, que al momento
Tras nosotros se vendría.
BERN. Extraña es su bizarría.
ESCU. Y su valor, según siento.
BERN. A lo menos su arrogancia,
Pues la lleva sin parar,
Á solo desafiar
Los doce Pares de Francia.
Y tengo de acompañalla,
Que ya se lo he prometido.
ESCU. En negocio te has metido
Harto extraño.
BERN. Simple, calla,
Que siempre es mi intención
Buscar y ver aventuras:
En París están seguras,
Si se traba esta quistión,
Y veré do llegar puede
El valor de aquesta dama.
ESCU. Llegará donde su fama,
Que á las mejores excede.
BERN. ¿Que se nos fué Ferraguto?

ESCU. Siempre en cuanto hacía aquel moro,
Le vi guardar un decoro
Arrojado y resoluto.
Después que mató á Argalia
Y en el río le arrojó,
Al momento se partió.
BERN. Tiene loca fantasía;
Mas dime, ¿no es el que asoma
Aquel gallardo francés
De la pendencia?
ESCU. Sí es,
Y es confaloner de Roma.
BERN ¿No es Roldán?
ESCU. Roldán es, cierto.
BERN. Agora quiero proballo,
Pues nadie podrá estorballo
En este solo desierto.
¡Qué pensativo que viene!
¿No parece que algo busca?
ESCU. Todo el sentido le ofusca
Amor, que en el pecho tiene.
BERN. ¿Cómo lo sabes?
ESCU. ¿No viste,
Que la pendencia dejó,
Y tras la dama corrió
Que allí se mostró tan triste?
BERN. ¡Ah Roldán! ¡Roldán!
ROLDÁN. ¿Quién llama?
BERN. Desciende acá y lo verás.
ROLDÁN. ¡Oh Angélica! ¿Dónde estás?
ESCU. ¿Ves si le abrasa su llama?
ROLDÁN. ¿Qué me quieres, caballero?
BERN. ¿No me conoces?
ROLDÁN. No, cierto.

ESCU. Bien en lo que digo acierto:
Él es de amor prisionero.
Haré yo una buena apuesta;
Que está puesto en tal abismo,
Que no sabe de sí mismo.

BERN. ¿Hay cosa que iguale á ésta?
¿Que no me conoces?

ROLDÁN. No.

BERN. Pues yo te conozco á ti:
¿No eres Roldán?

ROLDÁN. Creo que sí.

ESCU. Mirad si lo digo yo.
En *creo* pone si es él,
¡Cuál le tiene amor esquivo!

BERN. El estar tan pensativo
Nos muestra su mal cruel.
¡Ah Roldán! ¡Señor, señor!

ROLDÁN. ¿Hablas conmigo por dicha?

BERN. Esta sí que es gran desdicha.

ESCU. Como desdicha de amor.
¡Extraño embelesamiento!

ROLDÁN. ¡Oh Angélica, dulce y cara!
¿Adónde escondes la cara
Que es gloria de mi tormento?
El corazón se me quema,
¡Oh Angélica, mi reposo!

ESCU. De este sermón amoroso,
Ésta Angélica es el tema.
Paréceme que está en ser,
Que puedas desafialle.

BERN. Quisiera yo remedialle,
Si lo pudiera hacer.

Parece ANGÉLICA y va tras ella ROLDÁN; pónese en la tramoya y desaparece; y á la vuelta parece la MALA FAMA, vestida como diré, con una tunicela negra, una trompeta negra en la mano, y alas negras, y cabellera negra.

ROLDÁN. ¿No es aquel mi cielo, cielos?
Él es; pero ya se encubre,
Pues cuando él se me descubre,
Es porque me cubran duelos.
Tras ti voy, nueva Atalanta;
Que si quiere socorrerme
Amor, puede aquí ponerme
Mil alas en cada planta.
Mi sol, ¿dó te trasmontaste
Y qué sombra te sucede?
Más bien es que en noche quede
El que de tu luz privaste.

BERN. De aventuras están llenas
Estas selvas, según veo.

ESCU. Viendo estoy lo que no creo.

BERN. Calla.

ESCU. No respiro apenas.

MALA F. Detén el paso, senador romano,
Y aun la intención pudieras detenella,
Si tras sí en vuelo presuroso y vano
No la llevara Angélica la Bella;
Mas ¿tu consejo y proceder liviano
Así la entregas, que cebado en ella
Quieres que quede (¡oh grave desventura!)
Tu clara fama para siempre obscura?
La Mala Fama soy, que tiene cuenta
Con las torpezas de excelentes hombres,
Para entregallas á perpetua afrenta,
Y á viva muerte sus sabidos nombres.
Mi mano en este libro negro asienta,

Borrando la altivez de sus renombres
Los hechos malos que en el tiempo hicieron,
Cuando de amor la vana ley siguieron.
Aquí está el grande Alcides, no cortando
De la hidra lernea las cabezas,
Sino á los pies de Deyanira hilando
Con mujeriles paños y ternezas.
Está el Rey Salomón, mas no juzgando
Las diferencias faltas de certezas,
Sino dando ocasión por mil razones,
Que esté su salvación en opiniones.
Uno de aquel famoso Triunvirato,
Aquí le tengo escrito y señalado,
Cuando á su patria y á su honor ingrato,
Cegó en la luz del rostro delicado;
En mitad de la pompa y aparato
Del bélico furor, de miedo armado,
Los ojos vuelve y ánimo á la nueva
Angélica egipciana, que le lleva.
Es infinito el número que encierran
Aquestas negras hojas de los hechos
De aquellos que su nombre y fama atierran,
Porque amor sujetó sus duros pechos:
Y si tú quieres ser de los que yerran,
Aunque están los renglones tan estrechos,
Ancho lugar haré para que escriba
Tu nombre, y en infamia eterna viva.

Vuélvese la tramoya.

ROLDÁN. Yo mudaré parecer,
Á pesar de lo que quiero.
BERN. ¿Conocéisme, caballero?
ROLDÁN. Pues ¿no os he de conocer?

Bien sé que sois español,
Y que Bernardo os llamáis.

BERN. Gracias á Dios que miráis
Ya sin nublados el sol.

ROLDÁN. ¿Habéis estado presente
Al caso de admiración?

BERN. Sí he estado.

ROLDÁN. ¿Y no es gran razón
Que yo vuelva diferente,
Siendo una joya la honra
Que no se puede estimar?

BERN. Verdad es; mas por amar
No se adquiere la deshonra.

ROLDAN. No hay amador que no haga
Mil disparates, si es fino;
Mas ya he cobrado el tino,
Y sanado de mi llaga;
Mis pasos caminarán
Por diferente sendero.

Entra MARFISA.

MARFISA. Bernardo, ¿no es el guerrero
Éste, á quien llaman Roldán?

BERN. Él es; mas ¿por qué lo dices?

MARFISA. Porque su fama me fuerza
Á probar con él mi fuerza,
Porque tú la solenices,
Y veas qué compañero
Te ha dado en mí la fortuna.

ROLDÁN. No hay cual Angélica, alguna
En todo nuestro emisfero.

ESC. Por Dios, que se ha vuelto al tema.

ROLDÁN. Falsa fué aquella visión,

Y de nuevo el corazón
Parece que se me quema.

Aparece otra vez ANGÉLICA, y huye á la tramoya, y vuélvese, y parece la BUENA FAMA vestida de blanco, con una corona en la cabeza, alas pintadas de varios colores y una trompeta.

¿Has tornado á amanecer,
Sol mío? Pues ya te sigo.

ESC. Poco ha durado el amigo
En su honroso parecer.

MARFISA. ¿Bernardo, ¿qué es lo que veo?

BERN. Calla y escucha, y verás
Misterios.

ESC. No digo más;
Que quiere hablar, según creo.

BUENA F. Pues temor de la infamia no ha podido
Tus deseos volver á mejor parte,
Vuélvalos el amor de ser tenido
En todo el orbe por segundo Marte.
En este libro de oro está esculpido,
Como en mármol ó en bronce, en esta parte
Tu nombre y el de aquellos esforzados,
Que dieron á las armas sus cuidados.
Aquí con inmortal alto trofeo,
Notado tengo en la verdad que sigo,
Aquel gran caballero Macabeo,
Guía del pueblo, que de Dios fué amigo:
Casi á su lado el nombre escrito veo
De aquel batallador que fué enemigo
De la pereza infame; del que, en suma,
Puso en igual balanza lanza y pluma.
Tengo otros mil que no puedo contarte,
Porque el tiempo y lugar no lo concede,

Y porque yo le tenga de avisarte
Lo que mi voz con mis escritos puede;
De ella verás, y de ellos levantarte
Sobre el altura, que aun al cielo excede,
Si dejas de seguir del niño ciego
La blandura, regalo y dulce fuego.
Huye, Roldán, de Angélica, y advierte
Que en seguir la belleza que te inflama,
La vida pierdes, y granjeas la muerte,
Perdiendo á mí, que soy la Buena Fama.
Deben estas razones convencerte,
Pues Marte á nombre sin igual te llama,
Amor á un abatido; en paz te queda,
Y lo que te deseo te suceda.

(Vuélvese la tramoya.)

ROLDÁN. Bien sé que de Malgesi
son todas estas visiones.
RERN. Pues dime, ¿á qué te dispones?
MARFISA. De espanto no estoy en mí:
Mal dije, de admiración;
Que espanto jamás le tuve.
ROLDÁN. Corto de manos anduve
Con una y otra visión.
Si pedazos las hiciera,
No me dejaran confuso;
Mas volverán, que es su uso
Asaltarme donde quiera.
Respondiendo, pues, Bernardo,
Á lo que me preguntaste,
Digo que no hay mar que baste
Templar el fuego en que ardo;
Y quedaos en paz los dos,

Porque ir de aquí me conviene.

MARFISA. Extremado brío tiene.

BERN. Dios vaya, Roldán, con vos.

MARFISA. Vilo, y no puedo creello:
Tal es lo que visto habemos.

BERN. Por el camino podremos
Hacer discurso sobre ello.

ESCUD. En fin, ¿vamos á París?

BERN. ¿Ya no te he dicho que sí?

MARFISA. Yo á lo menos.

ESCUD. Por allí
Hay camino, si advertís.

BERN. Los caballos, ¿dónde están?

ESCUD. Aquí junto.

BERN. Ve por ellos.

ESCUD. Allá subiréis por ellos.

MARFISA. Pensativo iba Roldán.

JORNADA TERCERA

Salen LAUSO y CORINTO, pastores.

LAUSO. En el silencio de la noche, cuando
Ocupa el dulce sueño á los mortales,
La pobre cuenta de mis ricos males
Estoy al cielo y á mi Clori dando;
Y al tiempo, cuando el sol se va mostrando
Por las rosadas puertas orientales,
Con gemidos y acentos desiguales,
Voy la antigua querella renovando.
Y cuando el sol de su estrellado asiento
Derechos rayos á la tierra envía,
El llanto crece y doblo los gemidos.
Vuelve la noche y vuelvo al triste cuento,
Y siempre hallo en mi mortal porfía,
Al cielo sordo, á Clori sin oídos.

CORINTO. ¿Para qué tantas endechas?
Lauso amigo, déjalas,
Pues mientras más dices más,
Siempre menos te aprovechas.
Yo tengo el corazón negro
Por Clori y por sus desdenes,
Mas pues no me vienen bienes,
Ya con los males me alegro.
Clori y la nueva pastora,
Ajenas de nuestros males,

Con voces claras é iguales
Venían cantando agora.
Al encuentro les salgamos
Y ayudemos su canticio,
Que tanto llorar es vicio,
Si bien lo consideramos.

LAUSO. ¿Viene Rústico con ellas?

CORINTO. No se les quita del lado.

LAUSO. ¡Ah Pastor afortunado!
Ni quiero oíllas, ni vellas.

CORINTO. Eso ya no puede ser,
Que veslas vienen allí;
Canta por amor de mí.

LAUSO. Procúralas de entender.

Entra CLORI cantando y RÚSTICO con ellas, y ANGÉLICA.

«Bien haya quien hizo
Benditas cadenas;
Bien haya quien hizo
Cadenas de amor.
Bien haya el acero
De que se formaron,
Y los que inventaron
Amor verdadero.
Bien haya el dinero
De metal mejor:
Bien haya quien hizo
Cadenas de amor.»

LAUSO. «Bien haya el amante
Que á tantos vaivenes,
Iras y desdenes,
Firme está y constante:

Este se adelante
Al rico mayor.
Bien haya quien hizo
Cadenas de amor.»

RÚSTICO. ¡Oh quien supiera cantar!

CORINTO. ¿Que no lo sabes, pastor?

RÚSTICO. Ni contralto, ni tenor;
Que estoy para reventar.

CORINTO. Mas ¿va que tienes agallas?
Muestra, abre bien la boca,
Que esta cura á mí me toca:
Abre más, si he de curallas.
Ven acá, mal hayas tú,
Y el padre que te engendró.

RÚSTICO. Pues ¿qué culpa tengo yo?

CORINTO. Ofrézcote á Bercebú.
¿Y no has caído en la cuenta
De que tenías agallas?

RÚSTICO. Pues ¿hay más sino sacallas?

CLORI. Esta burla me contenta;
Que puesto que bien le quiero,
Que le burlen me da gusto.

CORINTO. Yo te sacaré, á tu gusto,
Ó cantor ó pregonero.
¿Tienes algún senogil?

RÚSTICO. Una ligapierna tengo,
Y buena.

CORINTO. Ya me prevengo
Á hacerte cantor sutil.
Aquesta poco aprovecha,
Que para este menester,
Izquierda tiene de ser;
Que no vale la derecha.
¿Qué me darás y te haré

Cantor subido y notable?
RÚSTICO. En la paga no se hable,
Que un novillo te daré.
La liga izquierda es aquesta;
Tómala y pon diligencia
En mostrar aquí tu ciencia.
CORINTO. Dios sabe cuánto me cuesta;
Mas con esta liga y lazo
Saldré muy bien con mi intento.
RÚSTICO. Hacia esta parte las siento.
CORINTO. Déjame atar, quita el brazo.
¿Con qué voz quieres quedar?
¿Tiple, contralto ó tenor?
RÚSTICO. Contrabajo es muy mejor.
CORINTO. Ese no te ha de faltar
Mientras tratares conmigo;
Ten paciencia, sufre y calla:
Ya se ha quebrado una agalla.
RÚSTICO. Que me ahogas, enemigo.
CORINTO. Contralto quedas sin duda.
Que la voz lo manifiesta,
....
Pues aun ahora está en muda.
A otro estirón que le de
Estará como ha de estar.
RÚSTICO. Ladrón, ¿quiéresme ahogar?
CORINTO. No lo sé, mas probaré.
CLORI. Acaba la burla, baste.
RÚSTICO. ¿Á mí semejantes burlas?
CORINTO. Rústico, ¿de mí te burlas
Qué no me pagas y vaste?
Pues á fe que has de llevar
Comida y sobrecomida;
Todo, amigo, se comida

Á ayudarme á este cantar.
«Corrido va el abad
Por el cañaveral,
Corrido va el abad.
Corrido va y muy mohino,
Porque por su desatino
Cierto desastre le vino,
Que le hizo caminar
Por el cañaveral.
Confiado en que es muy rico,
No ha caído en que es borrico,
Y por aquesto me aplico
Á decirle este cantar
Por el cañaveral.»

Parece REINALDOS por la montaña.

LAUSO. La burla ha estado, á lo menos
Como al sujeto conviene.
ANG. Otra vez mi muerte viene.
Abrid, tierra, vuestros senos,
Y encerradme en ellos luego.
LAUSO. ¿De qué, pastora, te espantas?
ANG. Á vosotras, tiernas plantas,
Mi vida ó mi muerte entrego.

(Éntrase huyendo.)

CLORI. Lauso, vámonos tras ella
Á ver qué le ha sucedido.
LAUSO. Á tu voluntad rendido
Estoy siempre, ingrata bella.

Éntranse todos y quédase CORINTO.

CORINTO. Quedar quiero á ver quien es
Este pensativo y bravo.
El ademán yo le alabó;
Mas ¿si es paladín francés?

REIN. Ó le falta al amor conocimiento,
Ó le sobra crueldad, ó no es mi pena
Igual á la ocasión que me condena
Al género más duro de tormento,
Pero si amor es dios, es argumento
Que nada ignora y es razón muy buena
Que un dios no sea cruel: pues ¿quién ordena
El terrible dolor que adoro y siento?
Si digo que es Angélica, no acierto;
Que tanto mal en tanto bien no cabe,
Ni me viene del cielo esta ruina.
Presto habré de morir, que es lo más cierto;
Que al mal de quien la causa no se sabe,
Milagro es acertar la medicina.

CORINTO. Ta, ta, de amor viene herido;
Bien tenemos que hacer.

REIN. ¿Que no quieres parecer
¡Oh bien! por mi mal, perdido?
¿Has visto, pastor, acaso,
Por entre aquesta espesura,
Un milagro de hermosura,
Por quien yo mil muertes paso?
¿Has visto unos ojos bellos
Que dos estrellas semejan,
Y unos cabellos que dejan,
Por ser oro, ser cabellos?
¿Has visto á dicha una frente,
Como espaciosa ribera,
Y una hilera y otra hilera
De ricas perlas de Oriente?

Dime si has visto una boca
Que respira olor sabeo,
Y unos labios por quien creo
Que el fino coral se apoca.
¿Di si has visto una garganta
Que es coluna de este cielo,
Y un blanco pecho de hielo
Do su fuego amor quebranta?
Y unas manos que son hechas
Á torno de marfil blanco,
Y un compuesto que es el blanco
Do amor despunta sus flechas

CORINTO. ¿Tiene, por dicha, señor,
Ombligo aquesa quimera,
Ó pies de barro, como era
La de aquel Rey Donosor?
Porque á decirte verdad,
No he visto en estas montañas
Cosas tan ricas y extrañas
Y de tanta calidad.
Y fuera muy fácil cosa,
Si ellas por aquí anduvieran,
Por invisibles que fueran,
Verlas mi vista curiosa;
Que una espaciosa ribera,
Dos estrellas y un tesoro
De cabellos que son oro,
¿Donde esconderse pudiera?
Y el sabeo olor que dices,
¿No me llevara tras sí?
Porque en mi vida sentí
Romadizo en mis narices.
Mas, en fin, decirte quiero
Lo que he hallado, y no ser terco.

REIN. ¿Qué son? Dí.
CORINTO. Unos pies de puerco,
Y unas manos de carnero.
REIN. ¡Oh hi de puta, bellaco,
Pues ¿con Reinaldos te burlas?
CORINTO. De mis donaires y burlas
Siempre tales premios saco.

(Éntrase huyendo.)

Suena dentro esta voz de ANGÉLICA.

ANG. ¡Socorredme, Reinaldos! ¡que me matan!
Mira que soy la sin ventura Angélica.
REIN. La voz es esta de mi amada diosa—
¿Adónde estás, tesoro de mi alma,
Única al mundo en hermosura y gracia?
La triste barca del barquero horrendo
Pasaré por hallarte, y al abismo,
Cual nuevo Orfeo, bajaré llorando,
Y romperé las puertas de diamante.
ANG. Moriré si te tardas; date prisa.
REIN. ¿Qué camino he de hacer, amada mía?
¿Estás en las entrañas de la tierra,
Ó enciérrante estas peñas en su centro?
Do quier que estás te buscaré, viviendo,
Ó ya desnudo espíritu sin carne.

Salen dos Sátiros, que traen á ANGÉLICA como arrastrando, con un cordel á la garganta.

ANG. ¡Socorredme, Reinaldos! ¡que me matan!
REIN. No corráis más; volved, ligeras plantas,
Que no os va menos que la vida en esto.
¡Miserable de mí! ¿Quién me detiene?

¿Quién mis pies ha clavado con la tierra?—
Verdugos infernales, deteneos,
No añudéis el cordel á la garganta,
Que es basa donde asienta y donde estriba
El cielo de hermosura sobrehumana.
¡Miserable de mí cien mil vegadas,
Que no puedo moverme, ni dar paso!
Canalla infame, ¿para qué os dais prisa
Á acabar esa vida de mi vida,
Á obscurecer el sol que alumbra el mundo?
Tate, traidores, que apretáis un cuello
Adonde el amor forma tales voces,
Que el mal desmenguan y la gloria aumentan
Del venturoso que escucharlas puede.
¡Oh, que la ahogan! Socorredla, cielos,
Pues yo no puedo. ¡Oh sátiros lascivos!
¿Cómo tanta belleza no os ablanda?

(Vanse los sátiros.)

Ya dieron fin á su cruel empresa:
Muerta queda mi vida, muerta queda
La esperanza que en pie la sostenía.
Ahora os moveré, pies, sin provecho;
Otra vez y otras mil soy miserable.
Ahora, pies, me llevaréis do vea
La imagen de la muerte más hermosa
Que vieron, ni verán ojos humanos.
¡Oh pies, al bien enfermos y al mal sanos!

Llégase REINALDOS á ANGÉLICA.

¿Es posible que ante mí
Te mataron, dulce amiga?

Y ¿es posible que que se diga,
Que yo no te socorrí?
¿Que es posible que la muerte
Ha sido tan atrevida,
Que acabó tu dulce vida
Con trance amargo y tan fuerte
¿Y que mi ventura encierra
Tanta desventura y duelo,
Que hoy tengo de ver mi cielo
Puesto debajo la tierra?
¿Qué antropófagos, qué scitas
Contra ti se conjuraron?
Y ¿qué manos te acabaron,
Sacrílegas y malditas?
Sin duda el infierno todo
Fué en tan desdichada empresa;
Que así lo afirma y confiesa
De tu muerte el triste modo;
Mas yo le moveré guerra,
Si es que me alcanza la vida
En tu triste despedida,
Para vivir en la tierra.
¿Yo vivir? démoste agora
Sepultura, ¡oh ángel bello!
Y después me veré en ello
Cuando se llegue la hora.
Sirva de azada esta daga,
Que abrirá la estrecha fuesa,
Y daráse en ello priesa,
Porque ha de hacer otra llaga.
Brazo en valor sin segundo,
Trabajad con entereza,
Para enterrar la riqueza
Mayor que ha tenido el mundo.

Vuestro afán, y no mi celo,
Parece que en esto yerra,
Si he de sacar tanta tierra,
Que venga á cubrir el cielo.
La tierra te sea liviana,
Extremo de la beldad,
Que crió en cualquier edad
La naturaleza humana.
El tesoro desentierra
El que halla algún tesoro,
Mas yo sigo otro decoro,
Que cubro el mío con tierra;
Esta parte es concluída;
Otra falta y concluiráse,
Si bien el alma costase,
Como ha de costar la vida.
Otra sepultura esquiva
Abriréis, daga, en mi pecho,
Con que daréis fin á un hecho
Que por luengos siglos viva.
Mi cuerpo, mi dulce y bella
Quede en esta tierra dura,
Cual piedra de sepultura
Que dice quien yace en ella.
Ea, cobarde francés,
Morid con bríos ufanos,
Pues no os ataron las manos,
Como os ligaron los pies.

Vase á dar REINALDOS con la daga; sale MALGESI en su misma figura y detiénele el brazo, diciendo:

MALGESI. No hagas tal, hermano amado,
Porque en este desconcierto,

Antes que no verte muerto,
Quiero verte enamorado.
Aquesa enterrada y muerta
No es Angélica la Bella,
Sino sombra ó imagen della,
Que tu vista desconcierta.
Para volverte en tu ser
Hice aquesta semejanza;
Que el amor sin esperanza
No suele permanecer;
Mas pues es tal tu locura
Que aun sin ella perseveras,
Mira, para que no mueras,
Vacía la sepultura.

REIN. ¿Que estos sobresaltos das
Al que tienes por hermano,
Hechicero, mal cristiano?
Mas tú me lo pagarás,
Pues lo sabes ¿por qué gustas
De tratarme de este modo?

MALGESI. Porque te extremas en todo,
Y á ningún medio te ajustas.
Ven, y pondréte en la mano
Á Angélica, y no fingida.

REIN. Seréte toda mi vida
Humilde obediente hermano.

(Éntranse todos.)

Suena una trompeta bastarda lejos y entran en el teatro CARLOMAGNO y GALALÓN.

CARLOM. ¿Qué trompeta es la que suena?
¿Si es acaso otra aventura

Que nos ponga en desventura?
Que la otra no fué buena.
Bien lo dijo Malgesi;
Mas yo incrédulo y cristiano,
Tuve su aviso por vano,
Y crédito no le di.
Otra vez suena; ¿no habrá
Quien nos avise qué es esto?

GALAL. Yo te lo diré bien presto.

CARLOM. Mejor éste lo dirá.

Entra un PAJE.

PAJE. Por San Dionís han entrado
Dos apuestos caballeros,
Que parecen forasteros,
Pero de esfuerzo sobrado:
Uno mayor y robusto,
Otro mancebo y galán.

GALAL. ¿Dónde llegan?

PAJE. Llegarán;
Mas miradlos, si os da gusto,
Que veis dó asoman allí.

Entran MARFISA y BERNARDO á caballo.

CARLOM. ¡Bravo ademán y valiente!

GALAL. ¡Qué gran número de gente
Que traen los dos tras de sí!

CARLOM. Pondré yo que es desafío.

GALAL. El continente así muestra.

CARLOM. ¿Dónde está agora la diestra
De Roldán?

GALAL. ¡Ah señor mío!
¿Faltan en tu corte iguales

Á Roldán?

CARLOM. Yo no lo sé:
Calla, que hablan.

GALAL. Sí haré.

CARLOM. Si dijeras desiguales....

MARFISA. Escúchame, Carlomagno;
Que yo hablaré como alcance
Mi voz hasta tus orejas,
Por más que estemos distantes;
Y dénme también oídos
Tus famosos doce Pares,
Que yo les daré mis manos
Cada y cuando gustaren.
Una mujer soy que encierra
Deseos en sí tan grandes,
Que compiten con el cielo,
Porque en la tierra no caben.
Soy más varón en las obras,
Que mujer en el semblante;
Ciño espada y traigo escudo;
Huyo á Venus, sigo á Marte.
Poco me curo de Cristo;
De Mahoma no hay que hablarme.
Es mi dios mi brazo solo,
Y mis obras mis penates.
Fama quiero y honra busco,
No entre bailes ni cantares,
Sino entre acerados petos,
Entre lanzas y entre alfanjes:
Y es fama que las que vibran
Y las que ciñen tus Pares,
Vuelan y cortan más que otras,
Regidas de brazos tales.
Por probar si esto es verdad,

Vivos deseos me traen,
Y á todos los desafío,
Pero á singular certamen:
Y para que no se afrenten
De una mujer que esto hace,
Mi nombre quiero decilles:
Soy Marfisa, y esto baste.

BERN. En el padrón de Merlín
Va Marfisa á aposentarse,
Donde esperará tres días
El deseado combate.
Y si tantos acudieren
Que no puedan despacharse,
Ella desde aquí me escoge
Y elige por su ayudante.
Soy caballero español,
De prendas y de linaje,
Y quizá el mismo deseo
De Marfisa aquí me trae;
Y entended que el desafio
Ha de ser á todo trance,
Porque grandes honras deben
Comprarse á peligros grandes.

MARFÍSA. Decid que deje Roldán
Amorosos disparates,
Que con Venus y Cupido
Se aviene mal el dios Marte.
Lo que el español ha dicho
Lo confirmo, y porque es tarde,
Y el padrón no está muy cerca,
El dios que adoráis os guarde.

CARLOM. ¿Hay, por dicha, Galalón,
En París otros Roldanes?
¿Hay otro alguno que pueda

Con Reinaldos igualarse?
Si los hay ¿cómo han callado,
Oyendo desafiarles?
¡Oh, mal hubieses, Angélica,
Que tantos males me haces!
Colgados de tu hermosura
Todos mis valientes traes;
Solo han dejado á París,
Solo por ir á buscarte.

GALAL. Mientras vive Galalón,
Ninguno podrá agraviarte,
Y mañana con las obras
Haré mis dichos verdades.
Dame licencia, señor,
Porque al punto vaya á armarme.

CARLOM. No hay para qué me la pida
Quien es de los doce Pares.

(Éntranse.)

Entran FERRAGUTO y ROLDÁN riñendo, con las espadas desnudas.

ROLDÁN. Tú le mataste, y fué alevosamente,
Moro español, sin fe y sin Dios nacido:

FERRA. Tu falsa lengua, como falso, miente,
Y mentirá mil veces y ha mentido.

ROLDÁN. ¿No fué maldad echarle en la corriente
Del río?

FERRA. Muy bien pudo del vencido
Hacer el vencedor lo que quisiere.

ROLDÁN. De tu falso argüir eso se infiere.
No te retires, bárbaro arrogante;
Que quiero castigar tu alevosía.

FERRA. Sí me retiro, fanfarrón de Aglante;

El paso sí, la voluntad no es mía.
Por Mahoma te juro y Trivigante,
Que no sé quién me impele y me desvía
De tu presencia, ¡oh paladín gallardo!

ROLDÁN. Con esta acabarás, que ya me tardo.

Retírase FERRAGUTO, y puesto en la tramoya, al tirarle ROLDÄN una estocada, se vuelve la tramoya, y parece en ella ANGÉLICA; y ROLDÁN, echándose á los pies de ella, al punto que se inclina se vuelve la tramoya, y parece uno de los sátiros, y hállase ROLDÄN abrazado con sus pies.

ROLDÁN. ¡Qué milagros son estos, Dios inmenso!
¿Es piedad del amor esta que veo?
Arrójome á tus pies, y en esto pienso
Que satisfago en todo mi deseo.
Coge, amada enemiga, el fruto y censo
Que estos labios te dan, y por trofeo
Ponga amor en su templo, que un Orlando
Está tus bellas plantas adorando.
De ámbar pensé, mas no es si no de azufre
El olor que despiden estas plantas.
¿A dónde tanto engaño, amor, se sufre,
Ó quién puede formar visiones tantas?
Ésta veré si esta estocada sufre.

Vuélvese la tramoya, y parece MALGESI en su forma.

MALGESI. Primo, ¿qué, no te enmiendas ni te espantas?

ROLDÁN. ¡Oh Malgesi! Hazaña ha sido aquesta,
Que mi amor y tu ciencia manifiesta.
Mas dime, ¿de qué sirven tantas pruebas
Para ver que estoy loco y que me pierdo,
Sabiendo que el estilo que tú llevas,
Ni le cree, ni le admite el hombre cuerdo?

MALGESI. Ven conmigo, Roldán; daréte nuevas
De tu bien por tu mal.
ROLDÁN. ¡Oh sabio acuerdo!
Llévame, primo, en presuroso vuelo,
De este infierno de ausencia á ver mi cielo.
MALGESI. Arrima las espaldas á esa caña,
Los ojos cierra y de Jesús te olvida.
ROLDÁN. Grave cosa me pides.
MALGESI. Date maña;
Qué importa á tu contento esta venida.
ROLDÁN. ¿Estoy bien puesto?
MALGESI. Bien.
ROLDÁN. Jesús me valga,
Aunque jamás con esta empresa salga.

Vuélvese la tramoya con ROLDÁN: salen BERNARDO y MARFISA, y suena dentro una trompeta.

BERN. Trompeta y caballos siento,
Y según mi parecer,
Paladín debe de ser,
Que viene al padrón, contento
Y seguro de alcanzar
De ti, Marfisa, el trofeo.
MARFISA. A pie viene, á lo que veo.
BERN. Pues ¿quién le hizo apear?
MARFISA. Lo que á nosotros: ¿no ves,
Que aquí caballo no llega?
BERN. Sin duda es de la refriega;
Que me parece francés.

Entra GALALÓN armado de peto y espaldar.

GALAL. Sálveos Dios, copia dichosa,
Tan bella como valiente.

BERN. Dios te salve y te contente.
MARFISA. Salutación enfadosa.
Sálveme mi brazo á mí,
Y conténteme mi fuerza.
GALAL. Vuestro desafío me fuerza,
Y muéve á venir aquí.
MARFISA. Dime si eres paladín.
GALAL. Paladín digo que soy.
BERN. ¿Partiste de París hoy?
GALAL. Anoche.
BERN. Pués ¿á qué fin?
GALAL. No más de á ver si hay que ver
En ti y la bella Marfisa.
BERN. Tú te has dado buena prisa.
GALAL. Conviene, porque hay que hacer.
MARFISA. ¿Qué tienes que hacer?
GALAL. Venceros,
Y dar á París la vuelta.
BERN. Si cual tienes lengua suelta
Tienes agudos aceros,
Bien saldrás con tu intención;
Mas dime, ¿cómo es tu nombre?
GALAL. Diréoslo, porque os asombre;
Es mi nombre Galalón,
El gran señor de Maganza:
De los doce el escogido.
BERN. Días ha que yo he sabido
Que eres una buena lanza,
Un crisol de la verdad,
Un abismo de elocuencia,
Un imposible de ciencia,
Un archivo de lealtad.
MARFISA. Contra la razón te pones,
Bernardo, porque la fama

Por todo el mundo derrama
Que éste es saco de traiciones,
Y aun enemigo mortal
De todos los paladines,
Malsín sobre los malsines,
Mentiroso y desleal,
Y sobre todo, cobarde.

GALAL. Á la prueba me remito,
Y vengamos al conflito,
Que se va haciendo tarde;
Empero si quereis iros
Sln comenzar esta empresa,
Yo os juro y hago promesa
De eternamente serviros,
Y de no desenvainar
En contra vuestra mi espada.

BERN. Promesa calificada,
Y muy digna de estimar.

MARFISA. Dame la mano, que quiero
Aceptarte por amigo.

GALAL. Doila, porque siempre sigo
Proceder de caballero.
¡Cuerpo de quien me parió,
Que los huesos me quebrantas!

MARFISA. Pues ¿desto poco te espantas?

GALAL. De menos me espanto yo.
De modo vas apretando,
Que se acerca ya mi fin.

BERN. ¿Un famoso paladin
Ansí se ha de estar quejando
Porque le dé una doncella
La mano por gran favor?

GALAL. ¿Esta es doncella? es furor,
Es rayo que me atropella:

Es de mi vida el contraste,
Pues que ya me la ha quitado.

MARFISA. ¡Por Dios, que se ha desmayado!

BERN. ¡Cómo! ¿Y tanto le apretaste?

MARFISA. La mano le hice pedazos.

BERN. ¡Oh desdichado francés!

MARFISA. Quitarle quiero el arnés,
Pues viene sin guardabrazos,
Y ponerle por trofeo
Colgado de alguna rama,
Con un mote, que su fama
Descubra como deseo;
Pero fáltanme instrumentos
Con que ponello en efecto.

MALGESI dice dentro:

MALGESI. No faltarán, te prometo,
Pues sé tus buenos intentos.
Estos ministros que envío
Cumplirán tu voluntad.

BERN. ¡Oh qué extraña novedad!

MARFISA. ¿Quién sabe el intento mío?
Los versos dicen lo mismo
Que imaginé en mi intención.
¿Si llevan á Galalón
Estos diablos al abismo?

GALAL. Ya yo entiendo que aquí andas;
Á ti digo, Malgesi:
Di: ¿no hallaste para mí
Otro coche, ni otras andas?

Llévanle los sátiros en brazos á GALALÓN.

MARFISA. Di cómo dice el trofeo;
Quizá yo no lo he entendido

BERN. Agudo está y escogido.
MARFISA. Léelo en voz.
BERN. En voz lo leo.
«Estar tan limpio y terso aqueste acero,
Con la entereza que por todo alcanza,
Nos dice que es, y es dicho verdadero,
Del señor de la casa de Maganza.»
Estas selvas, está cierto
Que están llenas de aventuras.
MARFISA. Quedado habemos á escuras,
Por el sol, que se ha encubierto;
Y entretanto que él visita
Los antípodas de abajo,
Demos al sueño el trabajo,
Que el reposo solicita.
A esta parte dormiré;
Tú, Bernardo, duerme á aquélla,
Hasta que salga la estrella
Que á Febo guarda la fe;
Y si en aquellos tres días
No vinieren paladines,
Buscaremos otros fines
De más altas bizarrías.
BERN. Bien dices, aunque el sosiego
Pocas veces le procuro:
Con todo, á este peñón duro
El sueño y cabeza entrego.

Échase á dormir; sale por lo hueco del teatro CASTILLA, con un león en una mano y en la otra un castillo.

CASTILLA. Duermes, Bernardo amigo,
Y aun de pesado sueño,
Como el que de cuidados no procede;

Huyes de ser testigo,
De que un extraño dueño
Tu amada patria sin razón herede.
¿Esto sufrirse puede?
Advierte que tu tío,
Contra todo derecho,
Forma en el casto pecho
Una opinión, un miedo, un desvarío,
Que le mueve á hacer cosa
Ingrata á ti, infame á mí y dañosa.
Quiere entregarme á Francia,
Temeroso que él muerto,
En mis despojos no se entregue el moro;
Y está en esa ignorancia,
De mi valor incierto,
Y de este tuyo sin igual, que adoro.
No mira que el decoro
De animosa y valiente,
Sin cansancio ó desmayo
Que me infundió Pelayo,
He guardado en mi pecho eternamente,
Y he de guardar contino,
Sin que pavor le tuerza su camino.
Ven, y con tu presencia
Infundirás un nuevo
Corazón en los pechos desmayados;
Curarás la dolencia
Del Rey, que cegó al cebo
De pensamientos en temor fundados.
Sigue vanos cuidados
Tan en deshonra mía,
Que si tu no me acorres
Y luego me socorres,
Huiré la luz del sol, huiré del día,

Y en noche eterna obscura
Lloraré sin cesar mi desventura.
Por oculto camino,
Del centro de la tierra
Te llevaré, Bernardo, al patrio suelo:
Ven luego, que el destino
Propicio tuyo encierra,
Tú en tu brazo tu honra y mi consuelo.
Ven, que el benigno cielo
Á tu favor se inclina;
Llevaré á tu escudero
Por el mismo sendero.
Y tú, sin par, que aspiras á divina,
Procura otras empresas,
Que es poco lo que en estas interesas.
Nadie en esta querella
Batallará contigo;
Que tras sí se los lleva la hermosura
De Angélica la Bella,
Común fiero enemigo
De los que en éste ponen su ventura.
Y está cierta y segura
Que dentro en pocos años
Verás extrañas cosas,
Amargas y gustosas:
Engaños falsos, ciertos desengaños;
Y en tanto en paz te queda,
Y así cual lo deseo te suceda.

(Éntrase con BERNARDO por lo hueco del teatro.)

MARFISA. Selvas de encantos llenas,
¿Qué es aquesto que veo?
¿Qué figuras son estas que se ofrecen?
¿Son malas ó son buenas?

Entre creo y no creo
Me tienen estas sombras que parecen
Admiraciones crecen;
En mí no ningún miedo.
Lleváronme á Bernardo
Y aquí sin causa aguardo:
Ir quiero á do mostrar mi esfuerzo puedo.
Vuelto me he en un instante,
Derecha voy al campo de Agramante.

CORINTO, pastor, y ANGÉLICA como pastora.

CORINTO. Digo que te llevaré,
Si fuese á cabo del mundo.
ANG. En tu valor sin segundo
Sé bien que bien me fié.
CORINTO. Haya *guelte,* y tú verás
Si te llevo do quisieres.
ANG. Mira tú cuanto pudieres,
Que eso mismo gastarás;
Que tengo joyas que son
De valor y parecer.
CORINTO. Y ¿á dónde se han de vender?
ANG. Ahí está la confusión.
CORINTO. No reparar en el precio;
Que cuando hay necesidad,
Es punto de habilidad
Dar la cosa á menos precio;
Y más que todo lo allana
Un buen ingenio cursado:
Y ¿cuándo has determinado
Que partamos?
ANG. ¿Yo? mañana.
CORINTO. Daremos de aquí en Marsella,

Y alli nos embarcaremos,
Y el camino tomaremos
Para España rica y bella;
Y en saliendo del estrecho,
Tomar el rumbo á esta mano,
Por el mar profundo y cano
Que tantas burlas me ha hecho.
Digo que si naves hay,
Y en el viento no hay reveses,
En menos de trece meses
Yo te pondré en el Catay.
¿Quieres más?

ANG. Eso me basta,
Si así lo ordenase el cielo.

CORINTO. Aunque me ves de este pelo,
Soy marinero en de casta,
Y nado como un atún,
Y descubro como un lince,
Y trabajo más que quince,
Y más que veinte y aún,
Pues en el guardar secreto,
Haz cuenta que mudo soy.
¿Quieres que nos vamos hoy?

Entra REINALDOS.

ANG. ¡Oh nuevo y terrible aprieto!
Si éste me conoce, es cierta
Mi muerte y mi sepultura.

CORINTO. Pues encubre tu hermosura,
Si es que puede estar cubierta.
Pero dime, ¿qué? ¿este es
El francés del otro día?
Adiós, pastoraza mía,

Que está mi vida en mis pies. (Huye.)

ANG. No es acertado esperalle;
Muy mejor será huir.

REIN. ¿Sabrásme, amiga, decir
De un rostro, donaire y talle,
Que es más que humano, divino?
Alza el rostro; ¿á qué te encubres?
Que parece que descubres
Un no se qué peregrino.
Alza á ver... ¡Oh santos cielos!
¿Qué es esto que ven mis ojos?
¡Oh gloria de mis enojos!
¡Oh quietud de mis recelos!
¿Quién os puso en ese traje?
¿Huísos? Pues, vive Dios,
Ingrata, que he de ir tras vos
Hasta que al infierno baje,
Ó hasta que al cielo me encumbre,
Si allá os pensáis esconder,
Que el tino no he de perder,
Pues va delante tal lumbre.

Corre ANGÉLICA y entra por una puerta, y REINALDOS tras ella, y al salir por otra, haya entrado ROLDÁN, y encuentra con ella.

ROLDÁN. De mi dolor conmovido
Te ha puesto el cielo en mis brazos.

REIN. Suelta, que te haré pedazos,
Amante descomedido.
Suelta, digo, y considera
La grosería que haces.

ROLDÁN. ¿Para qué turbas mis paces,
Sombra despiadada y fiera?
¿No ves que esta prenda es mía

De razón y de derecho?
REIN. Por Dios que te pase el pecho.
ANG. ¡Suerte airada! ¡estrella impía!
REIN. ¿Fiaste el ser encantado,
Que no quieres defenderte?
ROLDÁN. No fío, sino en tenerte
Por un simple enamorado.
REIN. Mataréte, ¡vive el cielo!
ROLDÁN. Si puedes, luego me acaba.
REIN. ¿Hay desvergüenza tan brava?
ROLDÁN. ¿Hay tan necio y simple celo?
ANG. ¿Hay hembra tan sin ventura
Como yo? Dúdolo cierto;
Suelta, cruel, que me has muerto
Á manos de tu locura.
REIN. Suéltala, digo.
ROLDÁN. No quiero.
REIN. Defiéndete pues.
ROLDAN. Ni aqueso.
REIN. Loco estás.
ROLDÁN. Yo lo confieso,
Aunque de estar cuerdo espero.
ANG. Divididme en dos pedazos,
Y repartid por mitad.
ROLDÁN. No parto yo la beldad
Que tengo puesta en mis brazos.
REIN. Dejarla tienes entera,
Ó la vida en estas manos.
ANG. ¡Oh hambrientos lobos tiranos,
Cuál tenéis esta cordera!
El cielo se viene abajo,
De mi angustia condolido.
ROLDÁN. ¡Oh salteador atrevido,
Cuán sin fruto es tu trabajo!

Descuélgase la nube y cubre á todos tres, que se esconden por lo hueco del teatro, y salen luego el EMPERADOR CARLOMAGNO y GALALÓN, la mano en una banda, lastimada cuando se la apretó MARFISA.

CARLOM. ¿Que, vencistes á Marfisa?
GALAL. Llegué y vencí, todo junto,
Porque yo no pierdo punto,
Si acaso importa la prisa.
Maltratóme aquesta mano
De un bravo golpe de espada,
De que quedó magullada,
Porque fué el golpe de llano.
CARLOM. ¿Qué se hizo el español?
GALAL. Como vió en mí á toda Francia,
Se deshizo su arrogancia
Como las nubes al sol.
También le dejé vencido.
CARLOM. ¡Brava hazaña, Galalón!
GALAL. Hazaña de un corazón
Que es de ti favorecido.
CARLOM. ¿Quién es este?
GALAL. Malgesi.
CARLOM. ¡Oh á qué buen tiempo que viene!
Parece que se detiene:
¿Viene armado?
GALAL. Creo que sí

Entra MALGESI con el escudo de GALALÓN, donde vienen escritos los cuatro versos de antes.

CARLOM. Extraña armadura es esta,
¡Oh Malgesi, caro amigo!
GALAL. La ciencia de este enemigo,
Honra y vida, y más me cuesta.
MALGESI. Señor, pues sabéis leer,

Leed aquesta escritura.

GALAL. Mi cobardía se apura,
Si más quiero aquí atender.
Irme quiero á procurar
Venganza de este embaidor. (Éntrase.)

MALGESI. Después os diré, señor,
Cosas que os han de admirar.

CARLOM. ¿Á dónde queda Roldán,
Y á dónde queda Reinaldos?

MALGESI. Sacro Emperador, miraldos
De la manera que están.

Vuelven á salir ROLDÁN, REINALDOS y ANGÉLICA, de la misma manera como se entraron cuando les cubrió la nube.

REIN. Mi trabajo doy al viento,
Por más que mi fuerza empleo.

ROLDÁN. Reinaldos, no soy Anteo,
Que me ha de faltar aliento.

ANG. Cobardes, como arrogantes,
De tal modo me tratáis,
Que no es posible seáis
Ni caballeros, ni amantes.

MALGESI. Vuelve la vista, Emperador supremo,
Verás el genio de París, rompiendo
Los aires y las nubes, paraninfo
Despachado del cielo en favor tuyo.

CARLOM. Hermosa vista y novedad es esta.

(Aparece UN ÁNGEL en una nube volante.)

ANG. Préstame, Carlo, atento y grato oído,
Y escucha del divino acuerdo, cuanto
Tiene en tu daño, y gusto estatuído

Allá en las aulas del Alcázar Santo.
Presto estos campos, con marcial rüido,
Retumbarán, y con horror y espanto
Volverá la espaldas la cristiana
Á la gente agarena y africana.
En honor de Macón y Trivigante,
Con torcida y errada fantasía
Viste las duras armas Agramante,
Y deja Ferragut á Andalucía.
Rodamonte feroz viene delante:
Sus fuertes moros Zaragoza envía.
Con Marsilio, su Rey, y el Rey Sobrino,
Tan prudente, que casi es adivino.
Queda Libia desierta sin un moro:
De África quedan solas las mezquitas,
Y todos á una voz tus lirios de oro
Afrentan con palabras inauditas;
Mas tú, guardando el sin igual decoro
Que guardas en empresas exquisitas,
Sal al encuentro luego á esta canalla,
Puesto que perderás en la batalla.
Pero después la poderosa mano
Ayudarte de modo determina,
Que del moro español y el africano
Seas el miedo y la total rüina.
Vuelvo con esto al trono soberano,
Á ver si en tu favor se determina
De nuevo alguna cosa, y en un punto
Tendrás mi vista y el aviso junto. (Vase.)

CARLOM. Gracias te doy, Dios inmenso,
Por el aviso y merced.

ROLDÁN. Pues ella cayó en mi red,
Gozalla sin duda pienso.

REIN. ¿Todavía estás en eso?

ROLDÁN. ¿Y tú en eso todavía?
CARLOM. De vuestra loca porfía
He de sacar buen suceso;
Y ha de ser de esta manera:
Aquesta dama llevad,
Y al momento la entregad
Al gran Duque de Baviera;
Y el que más daño hiciere
En el contrario escuadrón,
Llevará por galardón
La prenda que tanto quiere.
ROLDÁN. Soy contento.
REIN. Soy contento.
ROLDÁN. Morirán luego á mis manos
Andaluces y africanos.
MALGESI. Vano saldrá vuestro intento.
ROLDÁN. Despedazaré á Agramante,
Y á su ejército en un punto;
Cuéntenle ya por difunto.
MALGESI. No te alargues, arrogante,
Que Dios dispone otra cosa,
Como en efecto verás.
ROLDÁN. ¡Oh Agramante! ¿Dónde estás?
REIN. Por mía cuento esta diosa.
Cuando con victoria vuelvas,
Crecerá tu gusto y fama,
Que por ahora nos llama
Fin suspenso á nuestras selvas.

(Suenan chirimías.)

FIN DE LA CASA DE LOS CELOS